K. 415727

L.T. 1332

UNED

COLECCION SELECTA

DE

MORAL Y ELOCUENCIA

EN PROSA Y VERSO,

entresacada de

LOS MEJORES ESCRITORES ESPAÑOLES

PARA SERVIR DE TEXTO DE LECTURA

en las

ESCUELAS PRIMARIAS,

por una sociedad de

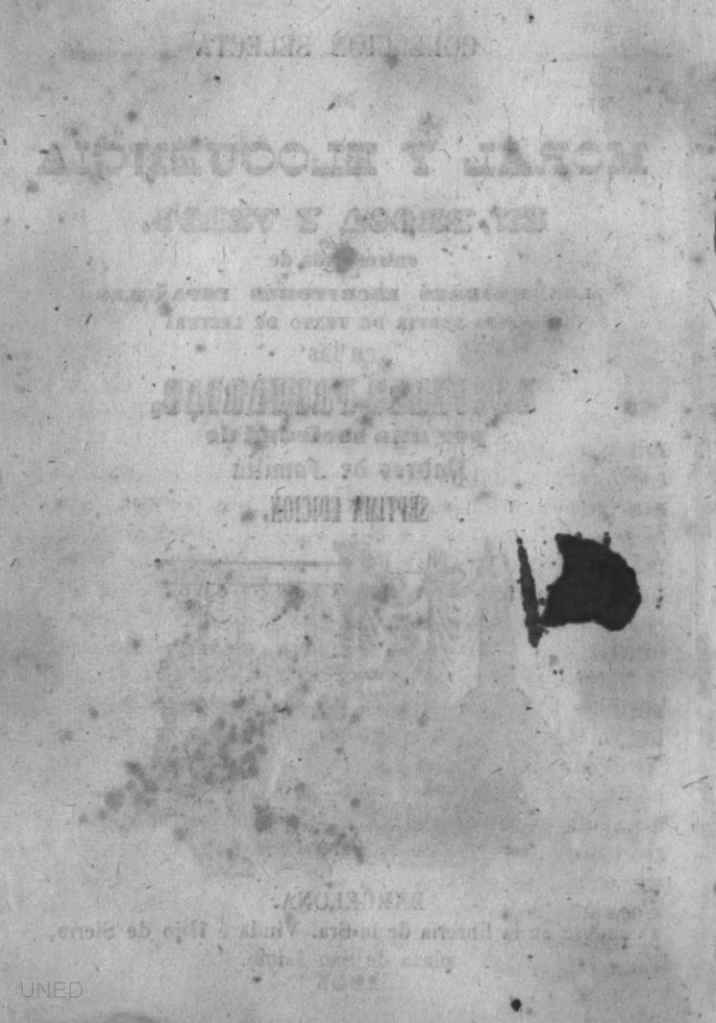
Padres de Familia

SÉPTIMA EDICION.

BARCELONA.

Véndese en la librería de la Sra. Viuda é Hijo de Sierra, plaza de San Jaime.

1851



Prólogo.

Suma es la influencia, y si decirse puede asi, dominio que las primeras ideas é inspiraciones ejercen en el corazon del hombre, predisponiéndole desde su mas tierna infancia al feliz ó infausto porvenir que le espera. Cimentar las buenas ideas, guiar el natural instinto de la juventud tierna haciéndole beber insensiblemente en las mas puras fuentes de moral y elocuencia, tal ha sido el objeto que se ha propuesto el editor de la *Coleccion selecta de moral y elocuencia*.

No pretende este apropiarse el mérito de la composicion; al pié de cada trozo va el nombre del autor, ó bien de la obra de que ha sido entresacado. Ni creen parto de su inspiracion la feliz idea de recopilar en un solo libro para el uso de la juventud española algunos de los mejores cuadros de nuestros literatos, pues que reconocen con toda ingenuidad ese mérito en el autor de las *Lecciones españolas de elocuencia y moral que la sociedad del Fomento de la Ilustracion de la ciudad de Barcelona dedica á la juventud española*.

UNED

Á mas de la utilidad intelectual ha consultado el editor la material, reduciendo á un corto volúmen las máximas de moral y buen gusto que mas profusamente han tratado otros autores, conciliando así en lo posible la baratura con el mérito de la obra.

DE LOS SENTIMIENTOS HUMANOS.

Una de las mas espléndidas demostraciones de la existencia de Dios, es la admirable correspondencia que se observa entre los sentimientos, deseos y necesidades del hombre, y las leyes del mundo físico, moral é intelectual. Es imposible que hubiera esta correspondencia, esta relacion íntima entre necesidades y deseos por una parte, y pootra facultades y objetos estraordinarios destinados á satisfacerlos, á no existir una inteligencia suprema que estableció aquellas relaciones y armonías. El que dotó al hombre de la vista, le rodeó tambien de una esfera de luz, sin la cual fueran inútiles los ojos. El que puso el oido en la cabeza humana, creó tambien el aire, vehículo de los sonidos. Un mismo entendimiento sobera-

no fué el que escitó el hambre en el estómago del niño recien nacido, y abrió las fuentes del primer alimento en los pechos de su madre. Este exámen, que podríamos estender á todas las necesidades físicas y materiales del hombre, prueba que sin una providencia que hubiese adaptado á cada instinto los medios de satisfacerle, seria imposible la existencia del universo.

El mismo razonamiento puede hacerse con respecto á los sentimientos de una clase mas elevada. No hay ningun daseo moral de los que son innatos y generales, y no pertenecen á la clase de facticios y creados por la sociedad, que no tenga facultad y objeto que les satisfaga. Dígalo el sentimiento del amor, considerado así física como moralmente: dígalo el de la amistad, mas puro, mas desinteresado, mas noble: dígalo el de la curiosidad, para cuya satisfaccion se han concedido al hombre las facultades de abstraer y analizar: dígalo en fin el sentimiento social impreso igualmente en todos los hombres, y que se satisface cercenando una parte de la libertad natural, para hacer mas agradable y fructífera la que se conserva en el órden civil: bien como se podan en un árbol algunas ramas, y se asegura así en las guias el fruto mas abundante y sazonado.

De estas consideraciones se deduce por legítima analogia, que el sentimiento religioso, tan innato y general como los otros ya citados, ha de corresponder, como ellos, á un objeto fuera de nosotros que les satisfaga; y pues los hombres sienten la necesidad de que exista una Divinidad, indudablemente existe Dios.....

Es indudable la generalidad del sentimiento que eleva á Dios el corazon humano: pues para aniquilar su influjo se necesita un gran trabajo intelectual que pervierta el en-

UNED

tendimiento con sofisterías, ó una contínua serie de malas acciones que corrompan el corazon, y á veces uno y otro: y aun asi es corto, cortísimo, quizá cero el número de los hombres íntimamente persuadidos de la no existencia del Sér Supremo. Algunos la niegan por orgullo ó despecho: mas no por eso dejan de creerla. Otros dudan, y creen satisfacer á su conciencia, permaneciendo en esta duda, que es tan fácil como necesario deponer. Pero estas escepciones y anomalías nada prueban contra la universalidad del sentimiento. Lo que todos los hombres sienten, sin necesidad de esfuerzos de raciocinio, de estudios, de conocimientos, de vicios ni de virtudes; lo que todos conocen y espresan naturalmente, ignorantes y sabios, desde el gañan hasta el rey, en todos los paises, en todas las regiones del universo, y en todas las épocas de la historia, sea cual fuere el grado de su civilizacion ó de su barbarie, eso es lo que nosotros creemos *sentimiento innato y general*: y tan general é innato es el sentimiento religioso como el de la propia conservacion.....Pues ¿cómo es, dirán algunos, que siendo universal el sentimiento religioso, no lo es el conocimiento del verdadero Dios á quien debe dirigirse? Por la misma razon que un hombre ama muchas veces á una persona indigna de su cariño, por la misma razon que se equivoca frecuentemente en los medios de buscar su felicidad. El instinto es cierto y seguro en el hombre como en los demás animales; pero la razon que dirige al primero está sujeta al error, mucho mas cuando la ofuscan otras pasiones ú otros sentimientos del corazon humano. Así dice muy bien Ciceron, que todas las naciones reconocen la divinidad por instinto, aunque su razon no alcance distinguir cual es el verdadero Dios.

LISTA.

UNED

DE LA INMORTALIDAD DEL ALMA.

PRIMERO.

La razon nos dicta y nos enseña que un Dios sabio, consiguiente, firme en sus designios, inmutable en sus consejos, no quita á sus criaturas la existencia que les ha dado, miéntras dura el fin, el objeto para el que fueron criadas: no quita por ejemplo la existencia al sol, en tanto que existan tierra y planetas para iluminar y calentar. Porque, ¿cómo puede suponerse que el Criador niegue de repente una existencia concedida, sin motivo alguno para este retroceso, y subsistiendo el fin para que se la dió? Hay una razon eterna de conveniencia y de órden que emana de Dios, y que él mismo nos ha inspirado, y esta razon, la misma razon de la naturaleza, es de una transgresion inconcebible en el mismo que la ha dictado. Si existen, pues, séres, cuya destruccion no exige motivo alguno, y cuya naturaleza puede siempre llenar su fin y su destino, hemos de creer que estos séres no deben perder jamás su existencia, á ménos de incurrir en la sospecha sacrílega de hacer inconsecuente al Sér Supremo. Si el alma humana tiene por su naturaleza un fin y un destino siempre permanente, debe siempre subsistir. Examinémoslo.

¿Quién dudará que el destino del alma humana, dotada de inteligencia y de amor, es conocer la verdad, y amar el bien, y que siendo Dios la verdad por esencia y el bien sumo, ese destino es siempre subsistente y tan eterno

UNED

como Dios mismo? ¿Quién dirá que el alma pierde este destino al separarse del cuerpo, cuando este es esencialmente incapaz de sentir y de pensar, facultades que dimanan del alma y residen en ella esclusivamente? Y si son esenciales al alma, el sentimiento y el pensamiento, ¿quién negará que puedan existir en el alma separada del cuerpo, así como existen unida á él?

Si uno de los destinos del alma es conocer la verdad, porque la verdad es el objeto necesario de toda inteligencia creada, la verdad ó su conocimiento, el que llamamos ciencia, es inmortal; luego el alma que la tiene por objeto, y en la que reside como en su asiento, la ciencia debe ser tambien inmortal.

Es tal la fuerza de esta reflexion sobre la facultad intelectiva de nuestra alma para deducir de ella su inmortalidad, que merece fijar la atencion por un momento. Nuestra racionalidad, ó sea capacidad de razon, seria una contradiccion monstruosa, si el alma no fuese inmortal. Porque la razon, que en cierto modo se confunde con el alma, es inmutable y eterna, y el ser dotado de ella ha de estar precisamente dotado de inmortalidad.

Nuestra alma conoce las existencias primarias, que forman las ciencias abstractas, cuyo carácter distintivo es ser independientes del sistema que rige al mundo material, son unas verdades que no podemos concebir que dejen de ser, son una necesidad absoluta, no son efecto de causa alguna; de tal manera que aun cuando todos los cuerpos de la naturaleza desapareciesen, subsistirian del mismo modo. Tales son, por ejemplo, las ideas de espacio, duracion, número, órden, etc., pues, exista ó no el universo material, el espacio subsistirá el mismo, y la idea de tiempo podrá servir para continuar á marcar la duracion.

UNED

Estas ideas, pues, eternas como Dios mismo, ó llámense eterna espresion de sus leyes inmutables, son las que residen en el alma, formando, por decirlo así, parte de su capacidad, ó de su esencia. Este mundo metafísico, pues, del cual forma parte nuestra alma por su inteligencia, es cierto que no existe en la naturaleza material. Los números, segun los considera el pensamiento, están fuera de la naturaleza, donde no puede haber sino unidades. Este incomprensible misterio de las combinaciones de cifras que producen cantidades abstractas, crecen ó disminuyen en las razones dadas; este misterio, pues, no existe en el órden físico. Mas, el mundo metafísico, estando colocado fuera de la materia, debe ser, ó un mundo intelectual que existe aparte, ó solamente una modificacion del alma. En ambos casos está probado la inmortalidad de esta; porque el hombre puramente material no podia concebir fuera de la materia un mundo metafísico y eterno, y mucho ménos tener dentro de él alguna cosa que encerrase un mundo de pensamientos abstractos y verdades eternas.

Aun cuando por un imposible pudiese llegarse á conjeturar que el alma fuese material, prescindiendo de todas las pruebas incontrastables de su espiritualidad, tampoco pudiera probarse que una materia capaz de inteligencia no fuese capaz de la inmortalidad, ni que seria mas posible concebir una materia inmortal que una materia capaz de pensar, porque el pensamiento es tan escelente como la inmortalidad. Aun mas, los primeros elementos de la materia son indestructibles por su simplicidad é incorruptibilidad, y todos los filósofos convienen en que ni un solo átomo se aniquila en el universo, pues lo que llamamos destruccion en materia, no es mas que descomposicion y mudanza de formas. Y aun en la hipótesis de ser el alma de la mis-

UNED

ma naturaleza de la materia ¿no gozará tambien de su perpetuidad, siendo, como es, su simplicidad, infinitamente mas perfecta y mas conocida? ¿seria de peor condicion que su cuerpo el cual no se aniquila, sino que únicamente se descompone? la espiritualidad del alma, pues, no es la única prueba de su inmortalidad, pues aun cuando la religion apoyada sobre documentos indestructibles no me enseñara que soy inmortal, bastaria para demostrármelo la simple é innegable verdad de la existencia de Dios, que dejamos ya manifestada.

Sí, la existencia de Dios por sí sola es una demostracion de la inmortalidad del alma. Pues, ¿dónde estaria su justicia, que como hemos visto es un atributo inseparable de la Divinidad? ¿dónde su providencia, sin la realidad de una vida futura? ¿dónde el premio debido al hombre recto, y el castigo al malvado? ¡Cuando tantas veces vemos en el mundo la prosperidad del impío y la persecucion del virtuoso; cuando el perverso nada en la abundancia y ciñe la diadema de la fortuna, y el inocente, el bueno, el justo, espira entre cadenas y agoviado por los tormentos; cuando tantas veces el opresor juega con su víctima, la sacrifica, bebe su sangre...! ¡oh Dios! qué seria de vuestra eterna justicia si el sepulcro devorase toda la existencia del hombre! Esta razon irresistible ha sido reconocida por un filósofo religioso por sentimiento, y sofista por orgullo. «Cuando no tuviese mas pruebas de la inmortalidad del alma, dice Rousseau, que el triunfo en que veo por lo comun á los malvados en este mundo, y la opresion del justo, esto solo bastaria para no poner la menor duda en ello. Una disonancia tan estraña en la armonía del universo, me haria buscar modo de resolverla, y me diria á mí mismo: no, todo no acaba para mí con la vida, preciso es que todo

UNED

entre en su órden á la muerte.» ¿Quién responde á este argumento presentado con toda la fuerza de la conviccion?

Y ¿quién osará alegar ahora las breves recompensas y los castigos, muchas veces imaginarios con que las buenas y malas obras reciben en el mundo su merecido? ¿Quién dirá que el crímen halla siempre en sí mismo su castigo y su verdugo, por los temores y remordimientos que le siguen y le devoran? ¿Eso decís? No importa: demos á esta fútil objecion toda la fuerza. Nos dirán que la virtud, por el contrario, halla su recompensa en sí misma por el placer inefable de hacer bien. ¿Deduciréis de aquí que no hay necesidad de otra vida para que el crímen tenga su justo castigo y la virtud su justa recompensa, y para que el Criador se muestre justo vengador de aquel y remunerador de esta? ¡Apologistas hipócritas de la virtud! ¡Amadores solapados del vicio, que soñais una impunidad para vuestros delitos! No: la justicia de Dios es infinita como todos sus demás atributos. ¿Cómo habeis decidido que los hombres infames, los malvados sean siempre desgraciados en este mundo? ¿No nos descubre la esperiencia todo lo contrario? Los primeros crímenes son los que turban la paz del alma; y cuando el hombre es entregado á su *réprobo sentido*, segun la espresion profunda de la santa escritura, asi como se halla ciego para el conocimiento de la verdad, se halla tambien como tranquilo en el hábito funesto del vicio y del desórden; paz horrorosa que el esceso mismo de su maldad le proporciona. ¿Y qué? este esceso de maldad estaria destinado para procurar al crímen una calma parecida á la de la virtud? ¿Fuera dado al hombre el funesto poder de sofocar los remordimientos á copia de maldades para saciarse de ellas sin zozobra ni agitacion? Y aun cuando le quedase á intervalos un resto de

UNED

remordimiento, ¿seria este bastante castigo, con respecto á un Dios justísimo, para quien se harta de delitos?

¿Y cómo se probará que el solo placer de hacer bien sea siempre una recompensa bastante para la virtud? El hombre virtuoso, afeado con la calumnia, agoviado por el infortunio, que pasa sus dias en la miseria y en la opresion, que los acaba en la ignorancia y en los suplicios ¿quedará bien recompensado de su virtud en este mundo por el solo placer de ser justo y virtuoso en lo interior de su alma? Grande es la felicidad del justo en el colmo de su tribulacion, es innegable: mas, ¿en qué se funda esta felicidad sino en la conviccion íntima de que Dios es el gran testigo de su inocencia, y con la esperanza que le inspira en la otra vida esta consoladora verdad? ¿Pensais que por el solo nombre de virtud (que seria un fantasma sin otra vida), y por un amor abstracto de órden, sin otro estímulo mayor, aspiraria el hombre á la dicha y al placer de ser virtuoso?

Fácil es conocer el motivo de estos efugios miserables. Nada alarma tanto al impío como el pensamiento aterrador de que Dios haya destinado al hombre á sobrevivir á la desolacion del cuerpo, y á entrar en un nuevo órden de cosas despues del presente. Estremécese al momento el que se hace á sí mismo esta reflexion: ¿Cómo un Dios infinitamente grande en todos sus designios, y sabio hasta lo infinito en todas sus obras, habrá dado sucesivamente la existencia y la vida á tantos millones de millones de criaturas, sensibles y racionales, con el solo fin de abandonarlas por un corto período de dias ó de años á la tiranía cruel de las pasiones, de las necesidades, de las inquietudes, de las miserias de todo género? ¿A una farsa tan rápida y tan miserable en que debiera figurar el hombre, se reduciría todo el destino de esta criatura subli-

UNED

me, y todàs las miras adorables de su Criador? ¿Cómo, Dios, cuya justicia es un atributo suyo tan esencial, que no puede dejar de ser justo, sin dejar de ser Dios, no hará diferencia alguna entre la virtud y el crímen? ¿entre el hijo obediente que honra y sustenta á los autores de sus dias, y el hijo bárbaro que les ultraja y maquina su muerte? ¿entre el buen ciudadano que se inmola para salvar su patria, y el pérfido que la vende ó la destruye? ¿entre el hombre religioso que rinde el homenaje del espíritu y del corazon al autor adorable de su existencia, y el hombre sacrílego que desprecia sus sagradas leyes, y vomita contra él horrendas blasfemias? Dios no recompensa ni castiga siempre en este mundo: ¿no debe, pues, existir de necesidad una otra vida destinada á sus recompensas y á sus castigos?

Los remordimientos que acompañan al crímen, las dulzuras que siguen la virtud, suponen siempre la existencia imprescindible de un Dios justo y de una vida futura. Al paso que son un prenuncio infalible de aquella nueva economía de Dios, son tambien un principio de castigo y de recompensa en este mundo para el mundo que ha de venir: son un sentimiento saludable de aliciente ó de temor para mover al hombre á asegurar la suerte de aquella inmortalidad, en que la justicia divina desplegará con mayor abundancia y enerjía la retribucion de las obras de sus criaturas.

No puede negarse, pues, que los castigos y premios de esta vida no bastan á la justicia infinita de Dios. Añadamos una reflexion. ¿Cómo se castigaria el suicidio? ¿ese atentado sacrílego del hombre contra sí mismo, esa usurpacion de la soberanía de Dios sobre la vida del hombre? ¿Acaso por su aniquilamiento? Esta pena seria comun á justos é injustos. ¿Y dónde estaria la justicia eterna de

UNED

Dios, si confundiese en la nada del sepulcro al siervo humilde, al bienhechor de los hombres que pasa toda su vida haciendo bien, y al suicida que no pudo haber tenido en remordimiento?

II.

Pasemos á las pruebas del sentimiento. Por mas que algunos filósofos llenos de orgullo, al examinar las operaciones del alma, hayan desdeñado el examinar su naturaleza, contentándose con decir que no siendo su existencia una *verdad geométrica*, debia desecharse como *incierta*, y dejándonos pérfidamente en una duda horrorosa porque á ellos les convenia dudar; sin embargo, aun cuando la razon no la demostrase como una verdad innegable en el órden metafísico, el sentimiento con que el alma se reconoce á sí misma, y concibe la estension de su capacidad para lo infinito, bastaria para convencer al hombre de que su destino no está circunscrito al estrecho recinto de algunos momentos, á que llama vida, y que como un astro brillante, aunque parece eclipsarse con el velo de la muerte, ha sido criada para brillar en el horizonte de la inmortalidad: á le manera que el sol parece morir hundido en la profundidad de su occidente, pero en la realidad resplandece lleno de luz y de gloria en una perpetuidad inalterable.

Así lo ha sentido siempre el hombre, tanto si ha elevado sus ojos á la Divinidad, como si los ha echado sobre las miserias de la tierra. Este sentimiento vivo y universal de inmortalidad, esta reunion de siglos y de pueblos acordes sobre un mismo punto, esa voz inmensa y uniforme del género humano, el cual como hemos visto ya, conservó siempre desde la cuna del mundo el sentimiento de una existencia mas allá del sepulcro, ese oráculo admirable de la natu-

UNED

raleza ¿deberá ser tenido por un error ó por una preocupacion, porque así se les ha entojado decirlo á ciertos hombrecillos tan llenos de soberbia como de ignorancia, que se llaman sabios á sí mismos: y que á pesar de su porfía estúpida en negar la verdad de este sentimiento, ni una sola prueba razonable han sabido deducir para contrariarla, ni aun ponerla en duda?

¡Y qué bello regalo quisieran hacernos esos genios sublimes, esos filósofos filantrópicos, esos amantes de la humanidad, cuya mision de regenerarla se han espontáneamente abrogado! ¡Qué bello descubrimiento para los hombres el dogma absurdo y sacrílego de la inmortalidad del alma! Si por un imposible fuese asequible el introducirlo en el mundo, vierais desplomarse en un momento no solo toda religion, sino toda virtud y todo deber social. Que haya un Dios ó que no le haya diria el hombre de la materia, ¿qué me importa? El hombre muere, y todo muere con él. ¿Qué significa esta palabra providencia? La providencia no es nada, porque nada hay que esperar ni que temer despues de la muerte. ¿Qué cosa es la virtud? Será una quimera capaz solo de seducir ignorantes, el placer, la alegría, el deleite, la hartura, la embriaguez misma será la suprema felicidad, el deber único del hombre, y la virtud soberana. Todos los demás deberes son invenciones de hombres, privaciones inútiles, trabas que se han puesto arbitrariamente á su libertad de gozar. La virtud, tal como la entienden los hombres que esperan en una vida futura, seria, sino un crímen, (porque sin la idea de la justicia de Dios desaparece tambien la idea del crímen) á lo ménos una locura, con que los hombres insensatos se atormentarian sin provecho.

Pero la ley natural, se replica á sí mismo el ya citado

UNED

autor del Catecismo filosófico, ¿no dicta que no hagamos á los otros, lo que no quisiéramos se hiciera con nosotros mismos? ¿no hay otras leyes del todo independientes de todo sistema? Desde el momento en que dais al hombre un alma material y perecedera, desaparece esa decantada ley natural, porque falta tambien la idea justa del legislador supremo. Entónces la ley natural no es mas que la espresion vana del capricho del hombre destituido por sí solo de toda fuerza para obligar y para constituir un deber. Ó cuando mas, será la ley natural una invencion ingeniosa para poner un cierto órden entre los hombres y los pueblos, para detener su ambicion, su egoismo, su voracidad, é impedir en el vago nombre de la razon el que se destruyan unos á otros. En otro lugar darémos quizás mayor estension á las ideas de esa ley, ó derecho natural, que tan pérfidamente ha querido desfigurarse.

Sin inmortalidad del alma, pues no hay justicia de Dios, y sin justicia divina no hay ley natural propiamente dicha, porque el legislador, aunque en tal caso se admitiese su existencia no tiene fuerza para obligar, porque siendo el hombre libre en sus acciones, y pereciendo todo en el sepulcro, no sentiria premio ni castigo por el cumplimiento, ó transgresion de la ley, y de consiguiente esta ley seria nula, ineficaz, supérflua. Por manera que si el alma no es sino una materia sutil que se apaga cuando cesa el soplo de la vida, todos mis servicios en favor de un sér semejante no importan mas que el modo con que trato á los animales que devoro para alimentarme. El horror que me inspira el ser pérfido con otro, el cometer un homicidio, etc., seria un sentimiento ridículo si el hombre acabase como un cerdo ó un carnero. ¿De dónde dimana, pues, esa repugnancia natural en causar un mal grave á nuestro semejante, aun

UNED

cuando de ello no puede resultarnos daño? De la dignidad del hombre; mas, si este muriese en el sepulcro, esa dignidad seria igual á la de un bruto á quien damos la muerte sin remordimiento. Así que, subiendo por esa cadena de ilaciones, se verá que sin el sentimiento de la inmortalidad del alma no hay deberes propiamente dichos entre hombres y hombres; de consiguiente no hay ley, no hay virtudes porque no hay órden moral, y desaparece hasta la racionalidad, el cual sin el freno de la ley, no seria sino un medio de mas para aumentar la ferocidad del hombre contra el hombre.....

Cuando el hombre reflexiona sobre sí mismo, sobre su rápida detencion en la tierra y sobre el olvido que casi indudablemente le hundirá en el caos del sepulcro, no halla otro estímulo mas poderoso para las acciones generosas, que el sentimiento de la inmortalidad. Solo este dogma consolador puede empeñarle en hacer aquellos sacrificios heróicos que asombran al mundo, por Dios, por la religion, por la patria, por la sociedad. Solo este impulso sublime puede obligarle á renunciar todos los placeres, todas las ventajas sociales, hasta su propia existencia, para salvarlos. Este sentimiento es el que arroja en medio de los contagios, entre los pueblos bárbaros y feroces despreciando la muerte para socorrer á la doliente humanidad, ó abrir á los hombres un cielo. Si todo lo limita á lo presente, todo lo debe dirigir al bien, al placer, al interés presente, y á no ser que delire, nada debe importarle un quimérico porvenir.

El respeto que tributamos á la memoria de los hombres grandes, si estuviésemos persuadidos de que nada de ellos nos ha quedado, seria una necesidad igual á la suya, si

UNED

con igual persuasion hubiese esperado de nosotros este tributo. Ese respeto no seria mas razonable, dice muy bien el autor poco ha citado, que el que se tuviese á una lluvia benéfica que hubiese regado los campos, ó á un viento propicio que nos hubiese facilitado una navegacion feliz. Repugna en verdad que aquellos hombres justos, aquellos bienhechores de sus semejantes que fueron la imágen mas bella de la Divinidad sobre la tierra, aquellos pechos gènerosos, depósito inagotable de bondad, de compasion, de misericordia, que enjugaron tantas lágrimas, que derramaron entre los hombres tanta felicidad, sean del todo aniquilados y no haya quedado mas de ellos que el nombre y las cenizas. No, Providencia eterna, no puedo persuadirme de tan horrenda desventura. Una voz, la voz de mi razon mas poderosa que todos los sofismas, se levanta contra esta sospecha que ofende y te insulta. No puedo creer sin blasfemar de tí, que hayas arrojado al hombre á tal abismo de infelicidad, al paso que en su naturaleza has reunido todas las bellezas del universo. Esta contradiccion horrible en la obra mas preciosa de tus manos es incompatible con tu eterna justicia, con tu bondad inagotable; con tu inmensa sabiduría. No te cebas en atormentar víctimas inocentes como los tiranos del mundo, y para tan profunda desdicha, no hubieras dado al hombre el cetro de la creacion. El destino del bruto seria entónces envidiable para su señor; y la suerte de las bestias seria la felicidad suprema. Oigamos otra vez al poeta filósofo estremecido con tan horrorosa idea. «¡Hombre! si tal es tu suerte, vé á buscar en los establos á tus señores, y depon á sus piés tu cetro imaginario, y tu ridícula dignidad de rey de todos ellos. El esclavo eres tú: ellos son tus reyes y tus superiores en todo lo que pertenece á los sentidos. Bajo sus piés crece la yerba que pacen sin

UNED

necesidad de cultivarla : la bebida se la ofrece por donde quiera gratuitamente la naturaleza, el arroyuelo no cesa de correr, y murmullando les ofrece sus aguas para apagar su sed, su vestido nace con ellos, y crece á la par con su cuerpo, sin que tenga que ir arrostrando peligros y trabajos á buscarlo en paises estrangeros, ni han menester llevar la guerra á paises lejanos para arrebatarles sus tesoros: su fortuna y sus riquezas están custodiadas por la naturaleza; ni para conservarlas tienen jamás precision de citar á sus hermanos á los tribunales del foro contencioso, ni buscar árbitros que los concuerden con el repartimiento de sus herencias. Un verde y fecundo prado es para ellos el Eden, el jardin de su felicidad..... Solo el hombre tiene el triste privilegio de derramar lágrimas, y las ocasiones de ejercitarlo le son bien frecuentes. Mas dichosos los animales que él, no viven afligidos en el curso de su vida; sus males se limitan al dolor: sus lamentos cesan con la sensacion, y no dejan el recuerdo triste de los trabajos y sentimientos pasados; no se afligen de los males que sufrieron, ni una funesta prevision les hace temblar de los que les amenazan. La muerte les sobreviene sin espantarlos, ni la sienten mas que en el momento que los acaba. Un mismo golpe comienza y termina sus males. Y nosotros, tan cruelmente distinguidos de los brutos durante la vida, ¿nos confundirémos á la muerte con ellos en un monton de polvo?

No, no es el hombre tan desventurado, ni debe creerse tal. El Criador ha puesto en su corazon un deseo inmenso de felicidad que no puede llenar; ni aun concebir, sino con la esperanza. Sus pasiones aisladas pueden ser satisfechas hasta la hartura, pero el ansia inestinguible de gozar y de ser feliz le anuncia que no nació destinado para las tristes

UNED

alegrías y los tormentosos placeres de la vida. Aunque se figure elevado por la fortuna á aquellas alturas de gloria y de poder humano que le deslumbran, al momento reconoce que no dejaria de ser hombre, y de consiguiente infeliz, porque el mundo entero no puede llenar su corazon. Los Salomones, Alejandros y Tiberios agotaron la copa de la felicidad humana, y hallaron tambien en su fondo amargura y lágrimas. Conoce que nada limitado puede satisfacerle, y cuando se ceba en las ideas de lo infinito, cuando se abisma en las tinieblas misteriosas de aquel Dios que percibe tan cerca de su corazon, y sin embargo se le oculta con un velo, cuando se lanza por los espacios á buscar por entre la inmensidad de los astros al mismo que inspira en su alma, entonces y solo entonces se siente en cierto modo saciado con lo que espera, entonces siente su inmortalidad. Aunque agoviado con todo el peso de los males de la vida, y sintiéndose tan capaz de gozar de un bien seguro é infinito, conoce que estos males no son para él mas que una espiacion: que para gozar de este bien inefable ha de pasar antes por el crisol de la vida, y ha de hacerse digno de él. Mira mas allá del sepulcro un embeleso inconcebible pero que llama su corazon fatigado, y le disminuye como una luz celestial la lobreguez del sepulcro; está cierto que el mismo Dios que puso este vivo deseo en su alma, no lo puso sin objeto; cree en la felicidad venidera, se afana para los sacrificios que cuesta la virtud, y se lanza en la muerte en los brazos de Dios... ¿Juzgais que ese Dios, riéndose de su engaño, se los aparta, y le deja caer en el abismo de la nada?

Todos los sentimientos que nacen en nosotros mismos antes que el alma se halle gangrenada por el vicio, todos nos advierten que separados de la materia que nos aprisio-

UNED

na somos de una naturaleza inmortal. Esa voz interior que juzga tan severamente de nuestros actos, tantas veces sufocada y jamás estinguida, ese sentimiento íntimo que corroe sin cesar el corazon del culpado y mezcla algunas gotas de veneno en el cáliz de sus deleites, que presenta al opresor y al asesino la fantasma de su víctima, ese temor que no viene de los castigos de los hombres, ese horror que cobra el criminal á sí mismo, ese odio que llega á convertir contra él su puñal homicida.... ¡ah! ningun sofista creerá en este momento que esa inquietud sea de su polvo: el sentimiento de la esperanza se convierte en horror, en desesperacion, y agoviada el alma ya en esta vida con los tormentos del infierno, osa cometer el último ultraje á la Divinidad, de cuyo perdon desespera, y se anticipa á sí misma los castigos de la eternidad. Oponed á ese cuadro espantoso la dulce satisfaccion de la virtud, el apacible encanto de una accion bella, ese amor virtuoso de sí mismo que se derrama sobre los demas como un bálsamo suave por la compasion y la beneficencia: oponed al cuadro infernal del impío, á sus horribles remordimientos y á su desespero el sosiego de una conciencia pura, y aquella inquietud del amor que envia á su Dios las lágrimas de la esperanza, el deseo de una felicidad, que no puede faltar cuando se confia en el que la promete.... ¡Corazones de mármol! almas de hierro endurecidas por el vicio, desesperad enhorabuena, negad vuestro destino, insultad los huesos de vuestros padres con la misma indiferencia con que el bruto pasa sobre el cadáver de su semejante, no mireis en el sepulcro del hombre sino los restos mudos de un polvo que vivió, oponeos al clamor y á la creencia de todo el género humano, y aun de aquellos mortales inspirados por la sola naturaleza; burlaos del culto fúnebre con que se honran

UNED

las cenizas de nuestros hermanos, afirmaos en vuestros débiles sofismas, en los que tampoco teneis fé. Cuando disecando en vuestras manos la naturaleza, en un punto de cerebro nuevamente descubierto, os parecerá ver pensar en la materia y vejetar al espíritu, tratadnos de insensatos, mostradnos con la otra mano las ruínas de los tiempos, los mares agotados, pueblos sepultados por el polvo de otros pueblos, anunciadnos el desquiciamiento del sol y la muerte futura del universo: calificad de orgullo el pretender hallar la vida en el fondo del sepulcro, cuando arrastrados hácia la nada por el raudo torbellino del tiempo que nos abate, os parezca que soñamos la eternidad..... No, quedaos con el orgullo de vuestro saber y de vuestros descubrimientos. Si hasta aquí no os habeis convencido, seguid en vuestro sistema, engalanad con vuestros placeres, á ese ídolo de la nada en que confiais, dirigidle todos los deseos de vuestro corazon, dormid tranquilos bajo la esperanza de vuestra disolucion entera, gloriaos de vuestro letargo y compadecednos. Ninguna voz os darémos ya para despertaros de él. Vosotros habeis examinado, y habeis tomado vuestra resolucion. No importa, tolerad nuestro miserable fanatismo, nuestra ilusion en ver la imágen de Dios como término de nuestro destino. Seguid... Una sola cosa debemos advertiros. Aun cuando tuvieseis fuerza bastante para destruir los fundamentos en que la razon apoya nuestra creencia sobre la inmortalidad de nuestra alma, sentimos en nosotros mismos la existencia de un sér mas noble, mas elevado que todo ese universo visible, cuyo aparato, sin asombraros, nos oponeis á la esperanza de nuestros deseos. No pudiendo nosotros averiguar de donde le ha podido venir al alma ese sentimiento tan inherente á su esencia, y que ninguna otra criatura del mundo es-

UNED

perimenta en sí mismo, creemos que no en vano ha dispuesto el Hacedor supremo que concibiéramos todo el horror de la nada, y sintiésemos toda la necesidad de existir. Si Dios nos hubiera puesto este sentimiento sin objeto nos hubiera engañado; y nosotros, perdonemos vuestra sabiduría, no tenemos bastante fortaleza de espíritu para no creer en su palabra.

LA RELIGION.

MONARQUÍA GODA.

Para alcanzar el orígen de la monarquía absoluta es necesario subir hasta el orígen de la monarquía española, y sorprender allí los elementos que en toda la prolongacion de los tiempos históricos le han constituido una inalterable, y hasta nuestra edad invencible. El enigma de las instituciones que el tiempo consagra, solo puede ser adivinado por el que penetra con sus ojos en los orígenes de las cosas, y por los que asisten al lento y sucesivo desarrollo de las formas políticas y sociales; porque lo que el tiempo guarda, solo puede ser revelado por el tiempo.

Cuando la ciudad de los Césares postrada y desfallecida abdicó el imperio del mundo, la soberanía de la tierra no por eso dejó de pertenecer al Capitolio. La ciudad de los Pontífices volvió á ser el centro de la humanidad, y el mundo volvió á gravitar hácia Roma; lo cual no podrá estrañarse si se advierte, que solo Roma estaba en posesion de un principio que habia de ser, andando el tiempo, fuente y orígen de las sociedades modernas. Por la misma razon, cuando los Césares atentos solo á la defensa de la

UNED

ciudad que los abrigaba en sus muros emanciparon sucesivamente las provincias lejanas de su imperio, esas provincias no quedaron huérfanas y á la merced de los bárbaros, porque con el cristianismo estaban en posesion del milagroso talisman que habia de amansar las iras y contener el ímpetu de los gigantes del Polo.

Entre las provincias del imperio, la península Ibérica era sin duda en la que el cristianismo habia echado mas profundas raíces, cuando llegó á consumarse la desmembracion del occidente..... Tal era el estado de la nacion española, cuando el imperio de los Césares, sostenido solo mucho tiempo habia por su volúmen y su nombre, se desplomó abrumado por el grave peso de cien invasiones simultáneas. Luego que los bárbaros del norte salvaron las frágiles barreras que los imbéciles señores de un imperio caduco opusieron á sus ímpetus, sus indiciplinadas hordas se derramaron por las maravillosas regiones que habian visto pasar delante de sí como imágenes místicas y voluptuosas en sus sueños, y tomaron posesion en desordenado tumulto del magnífico eden que la civilizacion es abandonada en despojos como su tierra prometida.

La imaginacion de los hombres de la presente edad que no es bastante poderosa para abarcar en idea aquel inmenso naufragio de todas las sociedades, aquel violento trastorno de todas las instituciones, aquella profunda conmocion de todos los intereses, no es bastante poderosa tampoco para pintar en nuestros dias la profundísima tristeza que hubo de apoderarse del mundo, y el prolongado y doloroso gemido que debió desprenderse de las entrañas de los pueblos. Pero si nuestra imaginacion no puede abarcar este cuadro espantoso de todas las miserias humanass nuestra razon puede concebir y concibe que en aquello,

UNED

dias, para la humanidad de llanto y amargura, debió fortificarse el sentimiento religioso en el corazon de las naciones. El desgraciado necesita de la fe, porque está necesitado de esperanza, y la fe es la única esperanza, en el estremo infortunio. ¿Qué fuera del triste náufrago si no tuviera delante de sí la inmensidad de los cielos, teniendo delante de sí la inmensidad de los abismos?

DONOSO CORTÉS.

BACON, DESCARTES, NEVVTON, LEIBNITZ.

Los nombres de estos célebres filósofos son aun respetables para la juventud de nuestros dias, ¿cómo no han de serlo? Su inteligencia se elevó á una esfera muy superior á la de sus contemporáneos y á la de todos los filósofos de los siglos sucesivos. El autor del gran discurso, que precede á la famosa enciclopedia, duda si estos hombres grandes habrán sido unos éntes intermedios entre los ángeles y los hombres. Lo que parece indudable es que toda la ilustracion de los siglos XVIII y XIX, no ha producido un solo hombre comparable con aquellos grandes ingenios. Siendo esta una verdad innegable, rogamos á nuestra juventud lea con alguna detencion las siguientes líneas que consagramos únicamente á su verdadera felicidad.

Bacon, este sabio tan superior á su siglo, esta guia tan ilustrada en el estudio de la naturaleza, este legislador de la razon humana, que habia penetrado en las profundidades de la filosofía y empezado á ilustrar la física con las luces de la esperiencia: Bacon, cuyos vastos conocimientos han publicado, y cuyas obras han traducido, y

UNED

analizado los filósofos modernos, no era verdaderamente tal como han querido pintárnosle algunas veces. Se sabe hoy cuanto habian ellos desfigurado sus sentimientos. El autor del *Cristianismo de Bacon* publicado pocos años ha, le ha vengado de la alteracion de sus obras. Su vida de Bacon, los fragmentos que ha dado del ilustre canciller, las notas y reflexiones con que ha acompañado sus estractos, muestran hasta que punto se habia alterado su método y obscurecido su doctrina. Bacon creia que la revelacion sola nos ha ilustrado sobre el verdadero orígen del mundo y del hombre. Tenia las ideas mas nobles de la divinidad, profesaba un gran respeto á los libros santos, y la observacion de la naturaleza era para él un nuevo motivo de admirar y bendecir al autor benéfico de todas las cosas.

Descartes, honra de la Francia, no nos ha dejado en duda sobre sus sentimientos religiosos. En su metafísica probó la existencia de Dios, la distincion del cuerpo y del alma. Las verdades de la fé (se lee sobre este asunto en la enciclopedia, artículo *cartesianismo*) siempre fueron las primeras en su creencia, siempre conservó el fondo de piedad que le habian inspirado sus maestros en la *Flecha* (1). Jamás filósofo pareció mas respetuoso que él hácia la Divinidad. Siempre habló de Dios con sabiduría, siempre de un modo noble y elevado. Estaba en la contínua aprension de no decir ni escribir cosa que fuese indigna de la religion, y nada igualaba á su delicadeza sobre este punto. Sus cartas particularmente respiran una moral elevada y una filosofía religiosa, que muestran un alma recta é ilustrada con las luces de la fé.

Néwton, este hombre inmortal, este prodigio de la Ingla-

(1) *Uno de los colegios de Paris.*

UNED

terra, este físico profundo, este genio verdaderamente inventor, que ha hecho dar tantos pasos á la ciencia, y que juntaba al talento de comprender los pormenores, el arte mas admirable de unir los hechos particulares por los resultados generales: Néwton encontraba en los numerosos fenómenos, que hacian el objeto de sus investigaciones, nuevos motivos de admirar el poder infinitamente fecundo del soberano Sér. Descubriendo nuevas leyes en este universo, tomaba de ellas ocasion para rendir homenage á la simplicidad de los medios por los que Dios gobernaba esta máquina tan complicada en la apariencia. Se sabe que mutilaciones se han hecho en su *óptica*, por unas gentes que veian con dolor el que este hombre, que habia iluminado una materia tan delicada y tan poco profundizada hasta entónces, no viese menos claro en la causa de tantas maravillas. *Él estaba persuadido de la revelacion*, dice Fontenelle en su *elogio de Néwton* (y Fontanelle es tanto mas digno de crédito sobre este artículo, cuanto no hizo la misma justicia á Leibnitz, como vamos á ver); *y entre los libros de toda especie, que sin cesar tenia entre las manos, el que mas continuamente leia era la Biblia.*

No se habia puesto ménos cuidado en iuducirnos al error sobre Leibnitz que sobre Néwton. Voltaire en la *Historia de Cárlos XII* pretende que este filósofo pensaba y hablaba libremente, y que habia inspirado sus sentimientos libres á mas de un príncipe. Fontenelle dice tambien con bastante inconsideracion en su *Elogio de Leibnitz*, que se le ha acusado de no haber sido mas que un grande y rígido observador del derecho natural, y que sus pastores le reprendieron pública é inútilmente. Conviene destruir estas aserciones. Todo prueba por el contrario que Leibnitz fué eminentemente religioso. Su metafísica está de tal suerte refundida

UNED

en su religion, que es imposible separarlas. Bien diferente de algunos ideólogos modernos que se consumen en vanas abstracciones, y no quieren ver en todo sino la materia, abunda en reflexiones nobles y elevadas sobre Dios, el alma y la libertad. No deja pasar ocasion alguna de prestar homenage al cristianismo. Impúgnó á los incrédulos de su tiempo, y sucesivamente refutó á Hobbes, Baile, Espinosa, Socin y Vissouats. Recientemente se han publicado sus *Pensamientos sobre la religion y la moral.* Allí se vé un carácter singular de piedad, y tienen de particular que no parecen corresponder á los principios de la comunion en que el autor habia nacido. Allí habla de la autoridad eclesiástica como hombre que habia examinado sus derechos y calculado sus ventajas. El modo con que declara sus sentimientos sobre los papas, podria avergonzar á mas de un católico, queria que se restableciese su poder en toda la cristiandad. Sobre la reunion de las dos Iglesias se esplica con una moderacion que hace sentir no haya llevado mas adelante estas disposiciones tan sabias; lo que dice sobre la belleza del cristianismo, la elevacion de sus misterios, la eternidad de las penas, etc., no es ménos digno de elogios. Pero el pasage de estos pensamientos, que merece nuestra atencion, es aquel en que manifiesta sus temores sobre las consecuencias de las malas doctrinas que veia esparcirse contra la moral y la religion: preveia que sus secuaces libres del importuno temor de una providencia vigilante y de un porvenir amenazador, soltarian las riendas á sus pasiones brutales, se dedicarian á seducir y corromper á los demás, y aun serian capaces por su placer y adelantamiento de poner fuego á los cuatro ángulos de la tierra. Creia que estas opiniones perniciosas introduciéndose en los libros á la moda, disponian todas las cosas á la revolucion general

UNED

de que la Europa estaba amenazada, y veia, con dolor apagarse los sentimientos de una alma honrada con los de la religion. Tales eran las religiosas alarmas de este gran filósofo. ¿Qué debe decirse despues de esto de los que han querido arrebatar al cristianismo un hombre tan cristiano, tan firme en su creencia, tan prudente y moderado en sus opiniones? ¿No es una cosa singular el que en nuestro siglo se hayan complacido en desnaturalizar la doctrina de los grandes hombres del precedente? Pero este artificio y esta mala fé se convierte en vergüenza de los detractores.

Bacon, Descartes, Néwton y Leibnitz fueron cristianos: profesaron y amaron la religion, la fe que los animó no deslució en ellos el ingenio. Estos hombres tan superiores á sus contemporáneos no creyeron abatirse creyendo como el vulgo. Tuvieron á honra inclinar la cerviz al yugo del cristianismo, y marchar humildemente por las sendas de la revelacion, los mismos que habian abierto tantos nuevos caminos en la carrera de las ciencias. ¿Qué nombres opondrémos á los de estos? ¿Quién vacilará á vista de sus votos? ¿Qué espíritus fuertes lucharán contra estos sublimes y dóciles ingenios? ¿Y qué será si á tan grandes autoridades se juntan, como ya hemos observado tantos otros recomendables escritos del mismo tiempo, y particularmente los que ilustraron el reinado de Luis XIV? Con este séquito respetable se presenta el siglo XVII á sus detractores: con esta masa de testimonios manifiesta su asenso á las verdades cristianas, y no parece ver la religion pasando por medio de este siglo, caminar rodeada de ese grupo venerable de sabios literatos y filósofos que se reunen para prestarle homenage, y se apresuran á adorar su triunfo.

EL AMIGO DE LA RELIGION Y DE LOS HOMBRES.

UNED

CANTARES SAGRADOS.

En verdad, en verdad, vivimos en bien aciagos tiempos. —Apénas se pasa hora, instante alguno, en que un espíritu asolador y de maledicencia, transformado unas veces en principio político, en principio religioso otras, no venga á envenenar la existencia mas pura, á destruir el fundamento de la felicidad mas completa. La corrupcion pública no encuentra dique que oponer á la calumnia, á la perversidad, porque, á medida que el hombre se estravia, va perdiendo hasta la fuerza para defenderse.—Sin embargo, la inteligencia sublime y de bondad, á que debemos el sér, nos ha adornado con una inspiracion grandiosa y admirable que es consuelo en la adversidad, alegría en el dolor y regocijo en la pena; esta inspiracion sublime es la religion. La religion, ese faro brillante de paz en medio de un océano de perversidad y corrupcion, único guia del hombre en la tierra, estrella que jamás se obscurece!—¿Qué fuera del hombre sin esa religion santa?.... Tan terribles, tan agudos son sus males que todos los recursos de la sana moral, de la razon humana, fueran insuficientes para calmar la ansiedad que devora su corazon; y sin embargo, en este tempestuoso mar de dolor, navega con la brújula de la conformidad cristiana... ¡Á tí debe este beneficio, religion santa!...

Jóvenes, unamos nuestra voz á la voz de los defensores de la poesía del cristianismo; poesía á la cual todos debemos algunas horas de solaz en la vida, que ha mejorado las costumbres del pueblo, que ha dulcificado el corazon del hombre. ¿Qué no alcanzarémos por su medio?

Tan jóven como soy, he llevado mi desgracia á climas muy apartados, y en todas partes he encontrado al hombre

luchando con el hombre sin que otro rey dominase al mundo mas que la maldad.—He visto á esos míseros indios, esparcidos en los inmensos bosques de la vírgen América, víctimas de la perfidia de los hombres llevados por la ambicion á aquellos términos, y en todas partes he hallado una luz de esperanza y consuelo que brillaba encima de la existencia mas desgraciada. He entrado en la cabaña del indio esclavizado, y he querido con palabras de mansedumbre y filosofía desterrar de su pecho el encono y el mal querer. Pero, ¡qué elocuencia bastará para calmar la agitacion de su seno, para retratar con colores de paz á los hombres que sin cesar los perseguian y acosaban! Mis palabras eran impotentes, mis mismas lágrimas eran la esterilidad, vanos eran mis esfuerzos; pues bien, lo que lograr no pude con el medio poderoso de la persuasion filosófica, lo logré tomando el libro sagrado, la poesía del cristianismo, y leyendo uno de esos admirables cánticos de los cuales cada verso es un precepto de vida y consuelo. Al pintar á Jeremías sentado sobre las ruinas de Jerusalen, llorando la destruccion de la Ciudad Santa; á Job sin hijos ni camellos, abandonado y perseguido, alabando al Señor, yo ví aquellos hombres rústicos electrizarse y derramar lágrimas de ternura y amor.

Yo les dije:

Cuando vinieron á anunciar á Job que le habian robado sus bueyes, que el fuego del cielo habia consumido sus siete mil ovejas, que los caldeos le robaron sus tres mil camellos, que el huracan le habia privado de sus hijos y destruyera su casa, Job, el varon sencillo y recto, que temió á Dios y se apartó del mal, contestó:

Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo he de

UNED

volver al no sér. Dios me dió lo que tenia, Dios me lo quitó. ¡Bendito sea!

Este noble ejemplo de conformidad cristiana movió el corazon de aquellos infelices al bien y á la paciencia.

Yo recorrí con ellos los cánticos de los profetas. Les pinté á Jeremías llorando al ver desierta á Jerusalen, viuda á la señora de las gentes, á la reina de las naciones pagando tributo, á Jeremías que exhorta al pueblo á la penitencia, anunciándole los castigos que el Señor le enviaria si de su ley se apartaba, á Jeremías, el modelo de las buenas costumbres. Es imposible, á no tener el alma de bronce leer la lamentaciones del Profeta sin llorar con el poeta cristiano.

Les enseñé á estudiar á Ezequiel, el poeta del consuelo ¡Ah! ¡qué alma mas sensible formara el Señor!... Al traves de la oscuridad de su lenguaje misterioso se descubre el gérmen de la verdadera filosofía, de la pureza mas encantadora. Sus mismas espresiones de hierro aprisionan el alma, cuando se piensa que es al pueblo hebreo, al mas duro de los pueblos á quien iban dirigidas.

¿Qué les diria de Daniel, el sublime, el defensor de Susana, que vivió largos años y esplicó el sueño de Nabucodonosor y las proféticas palabras escritas en la pared de Baltasar?

Estos y otros infinitos cantos que les recitaba un dia y otro movieron mas su alma que todos los razonamientos mundanos. Les leí los versos en que la Escritura cuenta la destruccion de Sodoma y Gomorra, y temblaron. Les hablé de Moisés y del *maná*, y se regocijaron.

En aquellos séres no correspondidos todavía con la falsía y mal querer de sus semejantes, he estudiado yo el corazon del hombre, y allí, donde no hay mezquinas pasiones engendradas por una educacion estúpida é inmoral tal vez, he visto las considerables ventajas que tienen los cantos de

poesía cristiana sobre las profanas ficciones. Yo me he tomado el trabajo de leer con igual interés á un salvaje la destruccion de Troya y la de Sodoma, son tan distintas las sensaciones que esperimenta el alma noble al escuchar entrambas lecturas, es tan distinto el efecto que produce en este caso la poesía cristiana sobre la profana, que bastará este solo ejemplo para desvanecer toda ilusion á las ficciones mitológicas.

¡Jóvenes, unamos nuestra voz á la voz de los defensores de la poesía del cristianismo! ¡Todos le debemos horas de solaz; débanos ella horas de gloria!!!

SALAS Y QUIROGA.

MEDITACIONES.

PRIMERA.

Piensa en los pecados que has hecho y haces cada dia despues que abriste los ojos al conocimiento de Dios; y hallarás que todavía vive en tí Adan con muchas de las raíces y costumbres antiguas. Mira cuan descarado eres para con Dios, cuan ingrato á sus beneficios, cuan rebelde á sus inspiraciones, cuan perezoso para las cosas de su servicio... Considera cuan duro eres para con el próximo, y cuan piadoso para contigo; cuan amigo de tu propia voluntad, y de tu cárne, y de tu honra, y de todos tus intereses. Mira como todavía eres soberbio, ambicioso, airado, súbito, vanaglorioso, envidioso, malicioso, regalado, mudable, liviano, sensual, amigo de tus recreaciones y conversaciones, risas y parlerías. Mira otro sí, cuan inconstante eres en los buenos propósitos, cuan inconsiderado en tus palabras, cuan desproveido en tus obras, y

UNED

cuan cobarde y pusilánime para cualesquiera graves negocios. Considerada ya por esta órden la muchedumbre de tus pecados, considera luego la gravedad de ellos, para que veas como por todas partes es crecida tu miseria. Para lo cual debes primeramente considerar contra quien pecaste, y hallarás que pecaste contra Dios, cuya bondad y magestad es infinita, y cuyos beneficios y misericordias para con el hombre sobrepujan las arenas del mar....¿Así se paga aquella sangre preciosa que se derramó en la cruz?.... ¡O miserable de tí por lo que perdiste, y mucho mas por lo que hiciste; y muy mucho mas, si con todo esto no sientes tu perdicion!

Despues de esto es cosa de grandísimo provecho detener un poco los ojos de la consideracion en pensar tu nada, esto es: como de tu parte no tienes otra cosa mas que nada y pecado; y como todo lo demas es de Dios. Porque claro está, que así los bienes de naturaleza como los de gracia que son los mayores, son todos suyos: porque suya es la gracia de la predestinacion, que es la fuente de todas las otras gracias, y suya la de la vocacion, y suya la gracia de la perseverancia, y suya la gracia de la vida eterna. Pues ¿qué tienes de que te puedas gloriar, sino nada y pecado? Reposa, pues, un poco en la consideracion de esta nada, y pon esto solo á tu cuenta, y todo lo demas á la de Dios paraque clara y palpablemente veas quien eres tú y quien es él; cuan pobre tú y cuan rico él: y por consiguiente cuan poco deben confiar en tí y estimar á tí, y cuanto fiar en él, amar á él y glorificarse en él....

II.

Piensa primeramente cuan cierta es aquella hora en que te ha de saltear la muerte, pues no sabes en que dia, ni en

UNED

que lugar, ni en que estado te tomará.... Piensa en el apartamiento que allí habrá, no solo entre las cosas que se aman en esta vida, sino tambien entre el ánima y el cuerpo, compañía tan antigua y tan amada. Si se tiene por grande mal el destierro de la patria y de los aires en que el hombre se crió, pudiendo el desterrado llevar consigo todo lo que ama, ¿cuánto mayor será el destierro universal de todas las cosas, de las casas, de la hacienda, y de los amigos, y del padre, y de la madre, y de los hijos, y de esta luz y aire comun, y finalmente de todas las cosas? Si un buey da bramidos cuando lo apartan de otro buey con quien araba, ¿qué bramido será el de tu corazon, cuando te aparten de todos aquellos en cuya compañía trujistes á cuestas el yugo de las cargas de esta vida?....

Allí, pues, se le presentan al hombre todos los pecados de la vida pasada como un escuadron de enemigos que vienen á dar sobre él: y los mas graves y en que mayor deleite recibió, esos se presentan mas vivamente, y son causa de mayor temor. ¡O cuán amarga es allí la memoria del deleite pasado, que en otro tiempo parecia tan dulce! Por esto con mucha razon, dijo el Sabio: «No mires al vino cuando está rubio y cuando resplandece en el vidrio su color, porque aun-«que al tiempo del beber parece blando, mas á la postre «muerde como culebra, y derrama su ponzoña como basilisco.» Estas son las heces de aquel brevaje ponzoñoso del enemigo: este el dejo que tiene aquel cáliz de Babilonia, por fuera dorado. Pues entónces el hombre miserable, viéndose cercado de tantos acusadores, comienza á temer la tela de este juicio y á decir entre sí: miserable de mí, que tan engañado he vivido, y por tales caminos he andado ¿qué será de mí ahora en este juicio? Si san Pablo dice: que lo que el hombre hubiere sembrado, eso cojerá;

UNED

yo que ninguna otra cosa he sembrado sino obras de carne, ¿qué espero cojer de aquí sino corrupcion? Si san Juan dice: que en aquella soberana ciudad, que es todo oro limpio, no ha de entrar cosa sucia, ¿qué espera quien tan sucia y torpemente ha vivido?...

Mira tambien aquellos postreros accidentes de la enfermedad, que son como mensajeros de la muerte, cuan espantosos son y cuan para temer. Levántase el pecho, enronquécese la voz, muérense los piés, yélanse las rodillas, afílanse las narices, húndense los ojos, párase el rostro del difunto, y luego la lengua no acierta á hacer su oficio; y finalmente con la gran priesa del ánima que se parte, turbados todos los sentidos, pierden su valor y virtud. Mas sobre todo el ánima es la que allí padece los mayores trabajos, porque allí está batallando y agonizando, parte por la salida, y parte por el temor de la cuenta que se le apareja, porque ella naturalmente rehusa la salida, y ama la estada, y teme la cuenta...

III.

Piensa cuan terrible será aquel dia, en el cual se averiguarán las causas de todos los hijos de Adan, y se concluirán los procesos de nuestras vidas, y se dará sentencia definitiva de lo que para siempre ha de ser. Aquel dia abrazará en sí los dias de todos los siglos, presentes, pasados, y venideros: porque en él dará el mundo cuenta de todos estos tiempos, y en él derramará Dios la ira y la saña que tiene recojida en todos los siglos. Pues, que tan arrebatado saldrá entónces aquel tan caudaloso rio de la indignacion divina, teniendo tantas acojidas de ira y saña, ¡cuántos pecados se han hecho desde el principio del mundo! Considera las señales espantosas que precederán este dia: porque

UNED

como dice el Salvador, *antes que venga este dia, habrá señales en el sol y en la luna, y en las estrellas*, y finalmente en todas las criaturas del cielo y de la tierra: porque todas ellas sentirán su fin ántes que fenezcan, y se estremecerán y comenzarán á caer ántes que caigan. Mas los hombres, dice, que andarán secos y ahilados de muerte, oyendo los bramidos espantosos de la mar, viendo las grandes olas y tormentos que levantará, barrutando por esto las grandes calamidadas y miserias que amenazan al mundo tan tenebrosas señales. Y así andarán atónitos y espantados, las caras amarillas y desfiguradas; ántes de la muerte muertos, y ántes del juicio sentenciados, midiendo los peligros con sus propios temores, y tan ocupado cada uno con el suyo, que no se acordará del ageno aunque sea padre ó hijo. Nadie habrá para nadie; porque nadie bastará para sí solo...

Despues de esto considera, cuan estrecha será la cuenta que allí á cada uno se pedirá... Pues, que será entónces cada uno de los malos, cuando entre Dios con él en este exámen, y allá dentro de su conciencia diga así: Ven acá hombre malo ¿qué viste en mí, porque así me despreciaste y te pasaste al bando de mi enemigo? Yo te crié á mi imágen y semejanza, yo te dí la lumbre de la fé, y te hice cristiano, y te redimí con mi propia sangre... Testigos son esta cruz y clavos que aquí parecen; testigos estas llagas de piés y manos que en mi cuerpo quedaron; testigos el cielo y la tierra delante quien padecí. Pues ¿qué hiciste de esa ánima tuya, que yo con mi sangre hice mia; en cuyo servicio empleaste lo que yo compré tan caramente? ¡O generacion loca y adúltera! ¿porqué quisiste mas servir á ese enemigo tuyo con trabajo, que á mí, tu redentor y criador, con alegría? Llaméos tantas veces, y no me respondísteis; toqué á vuestras puertas, y no despertásteis; estendí mis manos en la cruz,

UNED

y no las mirásteis. Menospreciásteis mis consejos, y todas mis promesas y amenazas: pues decid ahora vosotros, ángeles, juzgad vosotros, jueces entre mí y mi viña: ¿qué mas debia yo hacer por ella que lo que hice? Pues ¿qué responderán aquí los malos, los burladores de las cosas divinas, los mofadores de la virtud, los menospreciadores de la simplicidad, los que tuvieron mas cuenta con las leyes del mundo que con las de Dios, los que á todas sus voces estuvieron sordos, á todas sus inspiraciones insensibles, á todos sus mandatos rebeldes, y á todos sus azotes y beneficios ingratos y duros?...

IV.

Despues de la excelencia del lugar, considera la nobleza de los moradores de él, cuyo número, cuya santidad, cuyas riquezas y hermosura esceden todo lo que se puede pensar... ¿Qué cosa puede ser mas admirable? Por cierto, cosa es esta, que si bien se considerase, bastaba para dejar atónitos á todos los hombres. Y si cada uno de aquellos bienaventurados espíritus, aunque sea el menor de ellos, es mas hermoso de ver que todo este mundo visible, ¿qué será el ver tanto número de espíritus tan hermosos, y ver las perfecciones y oficios de cada uno de ellos? Allí discurren los ángeles, ministran los arcángeles, triunfan los principados, y alégranse las potestades, enseñoréanse las dominaciones, resplandecen las virtudes, relampaguean los tronos, lucen los querubines, y arden los serafines, y todos cantan alabanzas á Dios.

Pues si la compañía y comunicacion de los buenos es tan dulce y amigable, ¿qué será tratar allí con tan buenos? ¿hablar con los apóstoles? ¿conversar con los profetas? ¿conversar con los mártires, y con todos los escogidos? Y si tan

UNED

grande gloria es gozar de la compañía de los buenos, ¿qué será gozar de la compañía y presencia de aquel á quien alaban las estrellas de la mañana, de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, ante cuyo acatamiento se arrodillan los ángeles y todos aquellos espíritus soberanos? ¿Qué será ver aquel *bien* universal, en quien están todos los bienes, y aquel mundo mayor, en quien están todos los mundos, y aquel que siendo uno, es todas las cosas, y siendo simplicísimo, abraza las perfecciones de todas? Si tan grande cosa fué oir y ver al rey Salomon, que decia la reina Saba: bienaventurados los que asisten delante de tí y gozan de tu sabiduría, ¿qué será ver aquel sumo Salomon? ¿aquella eterna sabiduría? ¿aquella infinita grandeza? ¿aquella inestimable hermosura? ¿aquella inmensa bondad? ¿y gozar de ella para siempre? Esta es la gloria esencial de los santos: este el último fin y puerto de todos nuestros deseos.

V.

Acabados los discursos y el oficio de la predicacion del evangelio, y llegándose ya el tiempo de aquel grande sacrificio de la pasion, quiso el cordero sin mancilla llegarse al lugar donde habia de dar cabo á la redencion del género humano, Y porque se viese con cuanta caridad y alegría de ánimo iba á beber por nosotros este cáliz, quiso ser recibido este dia con gran fiesta, saliéndole á recibir todo el pueblo con grandes voces y alabanzas, con ramos de olivas y palmas en las manos, y contender muchos sus vestiduras por tierra, clamando todos á una voz, y diciendo bendito sea el que viene en nombre del Señor: sálvanos en las alturas. Junta pues, hermano mio tus voces con estas voces, y tus alabanzas con estas alabanzas; y da gracias al Señor por este tan grande

UNED

beneficio como aquí te hace, y por el amor con que lo ha hecho. Porque aunque le debes mucho por lo que por tí padeció, mucho mas le debes por el amor con que lo padeció. Y aunque fueron tan grandes los tormentos de su pasion, mucho mayor fué el amor de su corazon: y asi amó mas que padeció.

Aquí tambien tienes un grande argumento y motivo para despreciar la gloria del mundo, tras la que los hombres andan tan perdidos, y por cuya causa hacen tantos escesos. ¿Quieres, pues, ver en que se puede estimar esta gloria? Pon los ojos en esta honra que aquí hace el mundo á este Señor, y verás que el mismo mundo que hoy le recibió con tanta honra, de ahí á cinco dias lo tuvo por peor que Barrabás, y le pidió la muerte, y dió contra él voces, diciendo: *crucifícalo, crucifícalo.* De manera, que al que hoy predicaba por hijo de David, que es, por el mas santo de los santos, mañana lo tiene por el peor de los hombres, y por mas indigno de la vida que Barrabás. Pues ¿qué ejemplo mas claro para ver lo que es la gloria del mundo, y en lo que se deben estimar los testimonios y juicios de los hombres? ¿Qué cosa mas liviana, mas antojadiza, mas ciega, mas desleal y mas inconstante en sus pareceres, que el juicio de este mundo?... ¡O mundo perverso, prometedor falso, engañador cierto, amigo fingido, enemigo verdadero, lisonjeador público, traidor secreto; en los principios dulce, en los dejos amargo, en la cara blando, en las manos cruel, en las dádivas escaso, en los dolores pródigo, al parecer algo, dentro vacío, por de fuera florido, y por debajo de la flor espinoso!

VI.

¡O buen Jesus! ¿qué es eso que haces? ¡O dulce Jesus!

UNED

¿porqué tanto se humilla tu majestad? ¿Qué sintieras, ánima mia, si vieras allí á Dios arrodillado ante los piés de los hombres, y ante los piés de Judas? ¡O cruel! ¿cómo no te ablanda el corazon esta tan grande humildad? ¿cómo no te rompe las entrañas esa grande mansedumbre? ¿Es posible que tu hayas ordenado de vender este mansísimo cordero! ¡es posible que no te hayas ahora compungido con este ejemplo! ¡O hermosas manos! ¿cómo podeis tocar piés tan sucios y abominables? ¡O purísimas manos! ¿cómo no teneis asco de lavar los piés enlodados en los caminos y tratos de vuestra sangre? ¡O apóstoles bienaventurados! ¿cómo no temblais, viendo esta tan grande humildad? Pedro ¿qué haces? ¿por ventura consentirás que el Señor de la majestad te lave los piés? Maravillado y atónito san Pedro, como viese al Señor arrodillado delante de sí, comenzando á decir: *¿tú, Señor, lavas á mí los piés?* ¿No eres tú hijo de Dios vivo? ¿No eres tú el criador del mundo? ¿la hermosura del cielo? ¿el paraíso de los ángeles? ¿el remedio de los hombres? ¿el resplandor de la gloria del Padre? ¿la fuente de la sabiduría de Dios en las alturas? Pues ¿tú me quieres lavar á mí los piés? Tú, Señor, de tanta magestad y gloria, ¿quieres entender en oficio de tan gran bajeza?...

VII.

¡O ánima mia! ¿qué haces? ¡O corazon mio! ¿que piensas? ¿cómo has enmudecido? ¡O dulcísimo Salvador mio, cuando yo abro los ojos y miro este retablo tan doloroso que se pone delante, el corazon se me parte de dolor! Pues, como, Señor, ¿no bastan ya los azotes pasados y la muerte venidera, y tanta sangre derramada; sino que por fuerza habian de sacar las espinas la sangre de la ca-

UNED

beza á quien los azotes perdonaron? Pues, para que sientes algo, ánima mia, de este paso tan doloroso, pon primero ante tus ojos la imájen antigua de este Señor, y la excelencia de sus virtudes; y luego vuelve á mirarla de la manera que aquí está. Mira la grandeza de su hermosura, la hermosura de sus ojos, la dulzura de sus palabras, su autoridad, su mansedumbre, su serenidad, y aquel aspecto suyo de tanta veneracion. Y despues que así lo hubieres mirado, y deleitándote de ver tan acabada figura, vuelve los ojos á mirarlo tal cual lo ves, cubierto con aquella púrpura de escarnio, la caña por cetro real en la mano, y aquella horrible diadema en la cabeza, aquellos ojos mortales, aquel rostro difunto, y aquella figura toda borrada con la sangre.... Míralo todo dentro y fuera; el corazon atravesado con dolores, el cuerpo lleno de llagas, desamparado de sus discípulos, perseguido de los judíos, escarnecido de los soldados, despreciado de los pontífices, desechado del rey inícuo, acusado injustamente, y desamparado de todo favor humano....

Acabada la coronacion y escarnio del Salvador, tomólo el juez por la mano así como estaba maltratado, y sacándolo á vista del pueblo furioso, díjoles: *Ecce homo.* Como si dijera: si por envidia le procurábades la muerte, veislo aquí tal, que no está para tenerle envidia sino lástima. Temíades no se hiciese rey; veislo aquí tan desfigurado, que apenas parece hombre. De estas manos atadas, ¿qué os temeis? A este hombre azotado ¿qué mas le demandais? Por aquí puedes entender, ánima mia, que tal saldria entónces el Salvador: pues el juez creyó que bastaba la figura que allí traia, para quebrantar el corazon de tales enemigos....

UNED

EPÍTOME DE LA HISTORIA DE ESPAÑA

HASTA EL PRINCIPADO DEL SIGLO XVIII.

La península llamada España, solo está contigua al continente de Europa por el lado de Francia de la que la separan los montes Pirineos. Es abundante en oro, plata, azogue, hierro, piedras, aguas minerales, ganados de excelentes calidades, pescas tan abundantes como deliciosas. Esta feliz situacion la hizo objeto de la codicia de los fenicios y otros pueblos. Los cartagineses, parte por dolo, y parte por fuerza, se establecieron en ella, y los romanos quisieron completar su poder y gloria con la conquista de España; pero encontraron una resistencia, que pareció tan estraña, como terrible á los soberbios dueños de lo restante del mundo. Numancia, una sola ciudad, les costó catorce años de sitio, la pérdida de tres ejércitos, y el desdoro de los mas famosos generales, hasta que reducidos los numantinos á la precision de capitular, ó morir por la total ruina de la patria, corto número de vivos, y abundancia de cadáveres en las calles (sin contar los que habian servido de pasto á sus conciudadanos despues de concluidos todos sus víveres) incendiaron sus casas, arrojaron sus mujeres, niños y ancianos en las llamas, y salieron á morir en el campo raso con las armas en la mano. El grande Escipion fué testigo de la ruina de Numancia, pues no puede llamarse propiamente conquistador de la ciudad, siendo de notar, que Lúculo, encargado de levantar un ejército para aquella espedicion, no halló en la juventud

UNED

romana reclutas que llevar, hasta que el mismo Escipion se alistó para animarla. Si los romanos conocieron el valor de los españoles como enemigos, tambien experimentaron su virtud como aliados. Sagunto sufrió por ellos un sitio igual al de Numancia contra los cartagineses, y desde entónces formaron los romanos de los españoles el alto concepto que se ve en sus autores, oradores, historiadores y poetas. Pero la fortuna de Roma, superior al valor humano, la hizo señora de España, como de lo restante del mundo, menos algunos montes de Cantabria, cuya total conquista no consta de la historia, de modo que no pueda dudarse. Largas revoluciones inútiles de contarse en este paraje trujeron del norte enjambres de naciones feroces, codiciosas y guerreras, que se establecieron en España: pero con las delicias de este clima tan diferente del que habian dejado, cayeron en tal grado de afeminacion y flojedad, que á su tiempo fueron esclavos de otros conquistadores venidos del medio dia. Huyeron los godos españoles hasta los montes de una provincia, hoy llamada Asturias; y apénas tuvieron tiempo de desechar el susto, llorar la pérdida de sus casas y ruina de su reino, cuando salieron mandados por Pelayo, uno de los mayores hombres que la naturaleza ha producido.

Desde aquí se abre un teatro de guerras que duraron cerca de ocho siglos. Varios reinos se levantaron sobre la ruina de la monarquía goda española, destruyendo el que querian edificar los moros en el mismo terreno regado con mas sangre española, romana, cartaginesa, goda y mora de cuanto se puede ponderar con horror de la pluma que lo escriba, y de los ojos que lo vean escrito. Pero la poblacion de esta península era tal, que despues de tan largas guerras y tan sangrientas, aun se contaban veinte millones de habitantes en ella. Incorporáronse tantas provincias, y tan dife-

UNED

rentes en dos coronas, la de Castilla y la de Aragon, y ambas en el matrimonio de don Fernando y doña Isabel, príncipes que serán inmortales entre cuantos sepan lo que es gobierno. La reforma de abusos, aumento de ciencias, humillacion de los soberbios, amparo de la agricultura y otras operaciones semejantes, formaron esta monarquía, ayudándoles la naturaleza con un número increible de vasallos insignes en letras y armas; y se pudieron haber lisonjeado de dejar á sus sucesores un imperio mayor y mas duradero, que el de Roma antigua, (contando las Américas nuevamente descubiertas) si hubieran logrado dejar su corona á un heredero varon. Nególes el cielo este gozo á trueque de tantos como les habia concedido, y su cetro pasó á la casa de Austria, la cual gastó los tesoros, talentos y sangre de los españoles en cosas agenas de España por las contínuas guerras, que así en Alemania como en Italia tuvo que sostener Cárlos I de España, hasta que cansado de sus mismas prosperidades, ó tal vez conociendo con prudencia las vicisitudes de las cosas humanas, no quiso exponerse á sus reveses, y dejó el trono á su hijo don Felipe II.

Este príncipe, acusado por la emulacion por ambicioso político como su padre, pero ménos afortunado, siguiendo los proyectos de Cárlos, no pudo hallar los mismos sucesos aun á costa de ejércitos, de armadas y de caudales. Murió dejando á su pueblo extenuado con las guerras, afeminado con el oro y plata de América, disminuido con la poblacion de un nuevo mundo, disgustado con tantas desgracias, y deseoso de descanso. Pasó el cetro por las manos de tres príncipes menos activos para manejar tan grande monarquía, y en la muerte de Cárlos II no era España sino el esqueleto de un gigante.

CADAHALSO.

UNED

PARALELO ENTRE LAS COSTUMBRES PRIMITIVAS

DE LOS ESPAÑOLES, Y LAS QUE TENIAN Á FINES DEL SIGLO XVI.

Groseras y sin policía ni crianza fueron antiguamente las costumbres de los españoles: sus ingenios mas de fieras que de hombres. En guardar secreto se señalaron estraordinariamente; no eran parte los tormentos, por rigurosos que fuesen, para hacérsele quebrantar. Sus ánimos inquietos y bulliciosos; la ligereza de los cuerpos extraordinaria: dados á las religiones falsas y culto de los dioses aborrecedores del estudio de las ciencias, bien que de grandes ingenios. Lo cual, transferidos en otras provincias, mostraron bastantemente: que ni en la claridad de entendimiento, ni en excelencia de memoria, ni aun en la elocuencia y hermosura de las palabras daban ventaja á ninguna otra nacion. En la guerra fueron mas valientes contra los enemigos que astutos y sagaces. El arreo de que usaban, simple y grosero: el mantenimiento mas en cantidad que exquisito ni regalado: bebian de ordinario agua, vino poco: contra los malechores eran rigurosos, con los extrangeros benignos y amorosos.

Esto fué antiguamente, porque en este tiempo mucho se han acrecentado asi los vicios como las virtudes. Los estudios de sabiduría florecen cuanto en cualquiera parte del mundo. En ninguna provincia hay mayores ni mas ciertos premios para la virtud, en ninguna nacion tiene la carrera mas abierta y patente el valor y doctrina para adelantarse... En lo que mas se señalan es en la constancia de la religion y creencia antigua, con tanta mayor gloria, que en las na-

UNED

ciones comarcanas en el mismo tiempo todos los ritos y ceremonias se alteraron con opiniones nuevas y extravagantes. Dentro de España florece el consejo, fuera las armas. Sosegadas las guerras domésticas, y echados los moros de España, han peregrinado por gran parte del mundo con fortaleza increible. Los cuerpos son por naturaleza sufridores de trabajos y de hambre, virtudes con que han vencido todas las dificultades, que han sido en ocasiones muy grandes por mar y por tierra. Verdad es que en nuestra edad se ablandan los naturales y enflaquecen con la abundancia de deleites y con el aparejo que hay de todo gusto y regalo de todas maneras en comida, y en vestido, y en todo lo ál. El trato y comunicacion de las otras naciones que acuden á la fama de nuestras riquezas, y traen mercaderías que son á propósito para enflaquecer los naturales con su regalo y blandura, son ocasion de este daño. Con esto, debilitadas las fuerzas y estragadas con las costumbres estrangeras, demás de esto por la disimulacion de los príncipes, y por licencia y libertad del vulgo, muchos viven desenfrenados, sin poner fin ni tasa ni á la lujuria, ni á los gastos, ni á los arreos y galas. Por donde, como dando vuelta á la fortuna, desde el lugar mas alto dó estaba, parece á los prudentes y avisados que (mal pecado) nos amenazan graves daños y desventuras, principalmente por el grande odio que nos tienen las demás naciones, cierto compañero sin duda de la grandeza y de los grandes imperios, pero ocasionado en parte de la aspereza de las condiciones de los nuestros, y de la severidad y arrogancia de algunos de los que mandan y gobiernan.

MARIANA.

UNED

RAZONAMIENTO DE CORTÉS Á SUS SOLDADOS

ANTES DE ACOMETER Á NARVAEZ.

Esta noche, amigos, ha puesto el cielo en nuestras manos la mayor ocasion que pudiera fingir nuestro deseo: veréis ahora lo que fio de vuestro valor, y yo confesaré que vuestro mismo valor hace grandes mis intentos. Poco ha que aguardábamos á nuestros enemigos, con esperanza de vencerlos, al reparo de esa ribera: ya los tenemos descuidados y desunidos, militando por nosotros el mismo desprecio con que nos tratan. De la impaciencia vergozosa con que desampararon la campaña huyendo esos rigores de la noche, se colije como estarán en el sosiego que buscaron con flojedad, y disfrutan sin recelo. Narvaez entiende poco de las puntualidades á que obligan las contingencias de la guerra: sus soldados por la mayor parte, son visoños, gente de la primera ocasion, que no ha menester la noche para moverse con desacierto y ceguedad. Muchos se hallan desobligados ó quejosos de su capitan; no faltan algunos á quien debe inclinacion nuestro partido; ni son pocos los que aborrecen como voluntario este ropimiento: y suelen pesar los brazos cuando se mueven contra el dictámen, ó contra la voluntad. Unos y otros se deben tratar como enemigos hasta que se declaren; porque si ellos nos vencen, hemos de ser nosotros los traidores. Verdad es que nos asiste la razon; pero en la guerra es la razon enemiga de los negligentes, y ordinariamente se quedan con ella los que pueden mas. A usurparos vienen cuanto habeis adquirido: no aspiran á menos que hacerse dueños de vuestra libertad,

UNED

de vuestras haciendas, y de vuestras esperanzas; suyas han de llamar nuestras victorias; suya la tierra que habeis conquistado con vuestra sangre; suya la gloria de vuestras hazañas. Y lo peor es, que con el mismo pié que intentan pisar vuestra serviz, quieren atropellar el servicio de nuestro rey, y atajar los progresos de nuestra religion: porque se han de perder si nos pierden; y siendo suyo el delito, han de quedar en duda los culpados. A todo se ocurre con que obreis esta noche como acostumbrais; mejor sabréis ejecutarlo que yo descurrirlo. Alto, á las armas, y á la costumbre de vencer: Dios y el rey en el corazon, el pundonor á la vista, y la razon en las manos...

Solís.

RETRATO DEL CARÁCTER MORAL Y POLÍTICO DE MOTEZUMA.

Era Motezuma de la sangre real, y en su juventud siguió la guerra, donde se acreditó de valeroso y esforzado capitan, con diferentes hazañas que le dieron grande opinion. Volvió á la corte algo elevado con estas lisonjas de la fama, y viéndose aplaudido y estimado como el primero de su nacion, entró en esperanzas de empuñar el cetro en la primera eleccion, tratándose, en lo interior de su ánimo como quien empezaba á coronarse con los pensamientos de la corona. Puso toda su felicidad en ir ganando voluntades, á cuyo fin se sirvió de algunas artes de la política, ciencia que no todas veces se desdeña de andar entre los bárbaros, y que ántes suele hacerlos cuando la razon que llaman de estado se apodera de la razon natural. Afectaba grande obediencia y veneracion á su rey, y estraordinaria modestia y compos-

UNED

tura en sus acciones y palabras, cuidando tanto de la gravedad y entereza del semblante, que solian decir los indios que le venia bien el nombre de Motezuma, que en su lengua significa *Principe sañudo;* aunque procuraba templar esta severidad forzando el grado con la liberalidad. Acreditábase tambien de muy observante en el culto de su religion: poderoso medio para cautivar á los que se gobiernan por lo exterior. Con este fin labró en el templo mas frecuentado un apartamiento á manera de tribuna, donde se recogia muy á la vista de todos; y se estaba muchas horas entregado á la devocion del aura popular, ó colocando entre sus dioses el ídolo de su ambicion. Hízose tan venerable con este género de exterioridades, que cuando llegó el caso de morir el rey su antecesor, le dieron su voto sin controversia todos los electores, y le admitió el pueblo con grande aclamacion. Tuvo sus ademanes de resistencia, dejándose buscar para lo que deseaba, y dió su aceptacion con especies de repugnancia, pero apénas ocupó la silla imperial, cuando cesó aquel artificio en que traia violentado su natural, y se fueron conociendo los vicios que andaban encubiertos con nombre de virtudes. La primera accion en que manifestó su altivez, fué despedir toda la familia real, que hasta él se componia de gente mediana y plebeya; y con pretexto de mayor decencia se hizo servir de los nobles hasta en los ministerios ménos decentes de su casa. Dejábase ver pocas veces de sus vasallos, y solamente lo muy necesario de sus ministros y criados, tomando el retiro y la melancolía como parte de su majestad. Para los que conseguian el llegar á su presencia, inventó nuevas reverencias y ceremonias, estendiendo el respeto hasta los confines de la adoracion. Persuadióse á que podia mandar en la libertad y vida de sus vasallos, y ejecutó grandes crueldá-

UNED

des para persuadirlo á los demas. Impuso nuevos tributos sin pública necesidad, que se repartian por cabezas entre aquella inmensidad de súbditos; y con tanto rigor que hasta los pobres mendigos reconocian miserablemente el vasallaje... Consiguió con estas violencias que le temiesen sus pueblos; pero como suelen andar juntos el temor y aborrecimiento, se le rebelaron algunas provincias á cuya sujecion salió personalmente, por ser tan zeloso de su autoridad, que se ajustaba mal á que mandase otro en sus ejércitos; aunque no se le puede negar que tenia inclinacion y espíritu militar. Solo resistieron á su poder, y se mantuvieron en su rebeldía las provincias de Mechoacan, Tlascala, y Tepeaca; y solia decir él que no las sojuzgaba, porque habia menester aquellos enemigos para proveerse de cautivos que aplicar á los sacrificios de sus dioses. Tirano hasta en lo que sufria ó en lo que dejaba de castigar.

Fué Motezuma por otra parte, príncipe de raros dotes naturales, de agradable y majestuosa presencia, de claro y perspicaz entendimiento, falto de cultura, pero inclinado á la substancia de las cosas. Su valor le hizo el mejor entre los suyos ántes de llegar á la corona, y despues le dió entre los estraños la opinion mas venerable de los reyes.... Fué naturalmente dadivoso y liberal; hacia grandes mercedes sin género de ostentacion, tratando las dádivas como deudas, y poniendo la magnificencia entre los oficios de magestad. Amaba la justicia, y zelaba su administracion en los ministros con rígida severidad. Era contenido en los desórdenes de la gula, y moderado en los incentivos de la sensualidad. Pero estas virtudes, tanto de hombre como de rey, se duslucian ó apagaban con mayores vicios de hombre y de rey. Su continencia le hacia mas vicioso que templado, pues se introdujo en su tiempo

UNED

el tributo de las concubinas, naciendo la hermosura en todos sus reinos esclava de sus moderaciones, desordenado el antojo, sin hallar disculpa en el apetito. Su justicia tocaba en el estremo contrario, y llegó á equivocarse con su crueldad, porque trataba como venganzas los castigos, haciendo muchas veces el enojo lo que pudiera la razon. Su liberalidad ocasionó mayores daños que produjo beneficios, porque llegó á cargar sus reinos de imposiciones y tributos intolerables, y se convertia en profusiones y desperdicios el fruto aborrecible de su iniquidad. No daba medio, ni admitia distincion, entre la esclavitud y el vasallaje: y hallando política en la opresion de sus vasallos, se agradaba mas de su temor que de su paciencia. Fué la soberbia su vicio capital y predominante: votaba por sus méritos cuando encarecia su fortuna, y pensaba de sí mejor que de sus dioses, aunque fué sumamente dado á la supersticion de su idolatría... Sujetóse á Hernan Cortés voluntariamente, rindiéndose á una prision de tantos dias, contra todas las reglas naturales de su ambicion y su altivez.

SOLÍS.

MEMORIA SOBRE EDUCACION PÚBLICA.

¿Es la instruccion pública el primer orígen de la prosperidad social? Sin duda. Esta es una verdad no bien reconocida todavía, ó por lo ménos no bien apreciada; pero es una verdad. La razon y la esperiencia hablan en su apoyo.

Las fuentes de la prosperidad social son muchas; pero todas nacen de un mismo orígen, y este orígen es la instruccion pública. Ella es la que las descubrió, y á ella todas están su-

UNED

bordinadas. La instruccion dirije sus raudales para que corran por varios rumbos á su término; la instruccion remueve los obstáculos que pueden obstruirlos, ó estraviar sus aguas. Ella es el matriz, el primer manantial que abastece estas fuentes. Abrir todos sus senos, aumentarle, conservarle, es el primer objeto de la solicitud de un buen gobierno; es el mejor camino para llegar á la prosperidad. Con la instruccion todo se mejora y florece; sin ella todo decae y se arruina en un estado.

¿No es la instruccion la que desenvuelve las facultades intelectuales, y la que aumenta las fuerzas físicas del hombre? Su razon sin ella es una antorcha apagada: con ella alumbra todos los reinos de la naturaleza, y descubre sus mas ocultos senos, y la somete á su albedrío. El cálculo de la fuerza oscura é inesperta del hombre produce un escasísimo resultado; pero con el ausilio de la naturaleza, ¿qué medios no puede emplear? ¿qué obstáculos no puede remover? ¿qué prodigios no puede producir? Así es como la instruccion mejora el sér humano, el único que puede ser perfeccionado por ella, el único dotado de perfectibilidad. Este es el mayor don que recibió de la mano de su inefable Criador. Ella le descubre, ella le facilita todos los medios de su bienestar, ella en fin es el primer orígen de la felicidad individual.

Luego lo será tambien de la prosperidad pública. ¿Puede entenderse por este nombre otra cosa que la suma ó el resultado de las felicidades de los individuos del cuerpo social? Difínase como se quiera, la conclusion será siempre la misma. Con todo yo desenvolveré esta idea para acomodarme á la que se tiene de ordinario acerca de la prosperidad pública.

Sin duda que son varias las causas ó fuentes de que se

UNED

deriva esta prosperidad; pero todas tienen un orígen, y están subordinadas á él: todas lo están á la instruccion. ¿No lo está la agricultura, primera fuente de la riqueza pública, y que abastece todas las demas? ¿No lo está la industria, que aumenta y avalora esta riqueza, y el comercio que la recibe de entrambas, para espenderla y ponerla en circulacion? ¿Y la navegacion, que la difunde por todos los ángulos de la tierra? Y qué, ¿no es la instruccion la que ha criado estas preciosas artes, la que las ha mejorado y las hace florecer? ¿No es ella la que ha inventado sus instrumentos, la que ha multiplicado sus máquinas, la que ha descubierto é ilustrado sus métodos? ¿Y se podrá dudar que á ella sola está reservado llevar á su última perfeccion estas fuentes fecundísimas de la riqueza de los individuos, y del poder del estado?

Se cree de ordinario que esta opulencia y este poder pueden derivarse de la prudencia y de la vigilancia de los gobiernos; pero ¿acaso pueden buscarlos por otro medio que el de promover y fomentar esta instruccion, á que deben su orígen todas las fuentes de la riqueza individual y pública? Todo otro medio es dudoso, es ineficaz: este solo es directo, seguro é inefable.

¿Y acaso la sabiduría de los gobiernos puede tener otro orígen? ¿No es la instruccion la que los ilumina, la que les dicta las buenas leyes, y la que establece en ellas las buenas máximas? No es la que aconseja á la política, la que ilustra á la magistratura, la que alumbra y dirige á todas las sociedades del globo, desde la mas bárbara á la mas culta, y se verá que donde no hay instruccion todo falta, que donde la hay todo abunda, y que en toda la instruccion es la medida comun de la prosperidad.

UNED

¿Pero acaso la prosperidad está cifrada en la riqueza? ¿No se estimarán en nada las calidades morales en una sociedad? ¿No tendrán influjo en la felicidad de los individuos y en la fuerza de los estados? Pudiera creerse que no, en medio del afan con que se busca la riqueza, y la indiferencia con que se mira la virtud. Con todo, la virtud y el valor deben contarse entre los elementos de la prosperidad social. Sin ella toda riqueza es escasa, todo poder es débil. Sin actividad ni laboriosidad, sin frugalidad y parsimonia, sin lealtad y buena fé, sin providad personal y amor público, en una palabra, sin virtud ni costumbres, ningun estado puede prosperar, ninguno subsistir. Sin ellas el poder mas colosal se vendrá á tierra, la gloria mas brillante se disipará como el humo.

Y bien, esta otra fuente de prosperidad, ¿no tendrá tambien su orígen en la instruccion? ¿Quién podrá dudarlo? ¿No es la ignorancia el mas fecundo orígen del vicio, el mas cierto principio de la corrupcion? ¿No es la instruccion la que enseña al hombre sus deberes, y la que le inclina á cumplirlos? La virtud consiste en la conformidad de nuestras acciones con ellos, y solo quien los conoce puede desempeñarlos. Es verdad que no basta conocerlos, y que tambien es un oficio de la virtud abrazarlos; pero en esto mismo tiene mucho influjo la instruccion, porque apénas hay mala accion que no provenga de algun artículo de ignorancia, de algun error, ó de algun falso cálculo en su determinacion. El bien es de suyo apetecible: conocerle es el primer paso para amarle. Salva pues siempre la libertad de nuestro albedrío, y salvo el influjo de la divina gracia en la determinacion de las acciones humanas, ¿puede dudarse que aquel hombre tendrá mas aptitud, mas disposicion, mas medios de dirigirlas al bien, que mejor conozca este bien; esto es, que tenga mas instruccion.

UNED

Aquí debo ocurrir á un reparo. Se dirá tambien que la instruccion corrompe, y es verdad. Ejemplos á millares se pueden tomar de la historia de los antiguos y modernos pueblos en confirmacion de ello. Si la instruccion, mejorando las artes, atrae la riqueza, tambien la riqueza produciendo el lujo inficiona y corrompe las costumbres. ¿Y qué es la instruccion sin ellas? Entónces ¡qué males y desórdenes no apoya! ¡qué errores no sostiene! ¡qué horrores no defiende y autoriza! Y si la felicidad estriba en las dotes morales del hombre y de los pueblos, ¿quién que tienda la vista sobre la culta Europa se atreverá á decir, que los pueblos mas instruidos son los mas felices?

La objeccion es demasiado importante para que quede sin respuesta. Sin duda que el lujo corrompe las costumbres, pero absolutamente hablando, el lujo no nace de la riqueza. Hay lujo en todas las naciones, en todas las provincias, en todos los pueblos, y en todas las profesiones de la vida, ora sean ó se llamen ricas ó pobres. Hayle en las naciones cultas é instruidas como en las bárbaras é ignorantes. Hayle en Constantinopla como en Lóndres: y mientras un europeo adorna su persona con galas y preseas, el salvaje rasga sus orejas, horada sus labios, y se engalana con airones y plumas. En todas partes el amor propio es el patrimonio del hombre: en todas partes aspira á distinguirse y singularizarse. He aquí el verdadero orígen del lujo.

Sin duda que la riqueza le fomenta; pero ¿cómo? Donde las leyes autorizan la desigualdad de las fortunas; cuando la mala distribucion de la riqueza pone la opulencia en pocos, la suficiencia en muchos, y la indigencia en el mayor número, entónces es cuando un lujo escandaloso devora las clases pudientes, y cuando difundiendo su infeccion, las contagia, y aun ménos visible, las enflaquece y arruina.

UNED

Pero sea la que fuere la causa del lujo, la instruccion léjos de fomentarle le modera: mejora, si asi puede decirse, los objetos; le dirije mas bien á la comodidad que á la ostentacion, y pone un límite á sus escesos. Ciertamente que no es un defecto de hombres instruidos; es de hombres frívolos y vanos. Es en fin, el vicio, es la pasion de la ignorancia.

No por eso negaré que haya desórdenes y horrores producidos ó patrocinados por la instruccion; pero por una instruccion mala y perversa, que tambien en ella cabe corrupcion; y entónces ningun mal mayor puede venir sobre los hombres y sobre los estados. *Corruptio optimi pessima.*

La instruccion que trastorna los principios mas ciertos; la que desconoce todas las verdades mas santas; la que sostiene y propaga los errores mas funestos: esa es la que alucina, estravia y corrompe los pueblos. Pero á esta no llamaré yo instruccion, sino delirio. La buena y sólida instruccion es su antídoto; y esta sola es capaz de resistir su contagio, y oponer un dique á sus estragos; ésta sola debe reparar lo que aquella destruye, y esta sola es el único recurso que puede salvar de la muerte y desolacion los pueblos contagiados por aquella. La ignorancia los hará su víctima, la buena instruccion los salvará tarde ó temprano, porque el dominio del error no puede ser estable ni duradero; pero el imperio de la verdad será eterno como ella.

JOVELLANOS.

UNED

ELOGIO DE LAS BELLAS ARTES.

La bellas artes cultivadas en varios antiguos pueblos desde los siglos mas remotos, promovidas en Grecia desde el tiempo de Pisistrato, y elevadas á su mayor perfeccion en el largo gobierno de Periclides el protector y el amigo de Fidias, se conservaron en todo su esplendor hasta la muerte de Alejandro, amigo tambien de Apeles, protector de Lisipo, y digno apreciador de los artistas y las artes.

Las sangrientas turbaciones que agitaron la Grecia despues de la muerte de Alejandro; las feroces guerras de Pirro, y de Perseo, y Mithrídates, y la total sujecion de una y otra Grecia al duro yugo de los romanos, acabaron casi del todo con las artes griegas.

Los bellos monumentos de escultura y pintura, de que habia tanta copia en las célebres ciudades del Peloponeso, de Achaya, y del Epiro, ó perecieron en los estragos de la guerra, ó fueron trasladados á la triunfante Roma. Desde entónces los artistas griegos pasaron tambien á servir á sus vencedores los romanos, que ya contaban entre sus pasiones el lujo y la aficion de las artes. Pero Roma, ni supo conocerlas, ni honrarlas debidamente, ni ménos acertó con los medios de fijarlas en su imperio.

Primero alteraron los romanos la sencillez de las artes griegas; luego empezaron á gustar de los adornos magníficos, y al cabo perdieron todas las ideas del gusto y proporcion. Sabemos por Plinio que el honor de la pintura no pasó del tiempo de Tiberio, y que en el de Trajano ya la habian desterrado de Roma los mármoles y el oro.

UNED

La traslacion de la silla imperial á Bizancio en tiempo de Constantino, la ruina de los sepulcros, templos, ídolos, vasos y todos los instrumentos del culto gentílico en el de sus sucesores, la ignorancia, las guerras intestinas, y sobre todo, las irrupciones de los bárbaros del norte, y su establecimiento en el imperio, acabaron con las artes en todo el mundo culto.

Cuando Roma empezó á manifestar alguna pasion por ellas, era ya España una de sus provincias, y á ella acaso mas que á otra del imperio, estendieron los romanos el influjo de su magnificencia. Por este tiempo se erigieron en España aquellos célebres monumentos, templos, anfiteatros, circos, naumaquias, puentes, acueductos y vias militares, cuyas ruinas han sobrevivido al estrago de tantas guerras, y al curso de tantos siglos.

Aquí seria preciso, señor excelentísimo, interrumpir el curso de nuestra oracion, y pasar de un salto al vacío que nos presenta la historia de los conocimientos humanos. En este vacío se hunden á un mismo tiempo la literatura, las ciencias, las artes, el buen gusto y hasta el genio creador que las podia reproducir. Parece que cansado el espíritu humano de las violentas concursiones con que le habian afligido el desenfreno y la barbarie, dormia profundamente, negado á toda accion y ejercicio, abandonando el gobierno del mundo al capricho y la ignorancia.

En el espacio de muchos siglos casi no encontramos las artes sobre la tierra, y si de cuando en cuando divisamos alguno de sus monumentos, es tal, que apenas nos libra de la duda de su existencia; así como aquel rio que despues de haber conducido penosamente sus aguas por sitios pedregosos y quebrados, desaparece repentinamente de nuestra vista, sumido en los abismos de la tierra, y vuelve á brotar

UNED

despues de trecho en trecho no ya rico y magestuoso como ántes era, sino pobre, desfigurado y con mas apariencias de lago que de rio.

En medio de las tinieblas que cubrian la Europa en esta época triste y memorable, divisamos á España haciendo grandes esfuerzos para sacudir el yugo de la ignorancia, y buscar su ilustracion. En el siglo XII vemos en ella abiertos estudios públicos para la enseñanza de las ciencias y artes liberales, en el XIII aparece la lengua castellana despojada de su antigua rudeza, y cubierta ya de esplendor y magestad. Los poetas, los historiadores y los filósofos la cultivan y acreditan; y finalmente un sabio legislador, á quien deben eternas alabanzas otras ciencias, producen un código admirable, que será perpetuo testimonio de los progresos del espíritu humano en aquel tiempo.

Por entónces vuelven á parecer las bellas artes en España, desfiguradas é imperfectas á la verdad, mas no por eso indignas de la especulacion de los aficionados. La arquitectura especialmente ofrece muchos monumentos dignos de admiracion por su inmensa grandeza, por el lujo de sus adornos y por la delicadeza de su trabajo.

Los romanos habian hecho primero mas complicados los principios de este arte, añadiendo á los tres órdenes griegos el toscano y el compuesto, y desfigurado despues todos los órdenes con adornos estraños. Los griegos del bajo imperio empezaron á alterar los principios y reglas de proporcion de la arquitectura antigua; y los árabes y alemañes, trabajando á imitacion de estos griegos, pero sin ningun sistema cierto de proporcion, produjeron dos especies de arquitectura, á la última de las cuales se dió impropiamente el nombre de gótica.

Ambas se ejercitaron en España con esplendor desde el

UNED

siglo XIII, y aun se ven algunas obras, donde se observa confundido el gusto de una y otra. Parece que esta arquitectura representa el carácter de los tiempos en que fué cultivada. Grosera, sólida y sencilla en los castillos y fortalezas: séria, rica y cargada de adornos en los templos; ligera, magnífica y delicada en los palacios, retratada en todas partes la marcialidad, la supersticion y la galantería que distinguió los nobles de los siglos caballerescos.

Pero sobre todo es admirable en los templos. ¡Qué suntuosidad! ¡qué delicadeza! ¡qué seriedad tan augusta no admiramos todavía en las célebres iglesias de Búrgos, de Toledo, de Leon y Sevilla! parece que el ingenio de aquellos artistas apuraba todo su saber para idear una morada digna del Sér Supremo. Al entrar en estos templos, el hombre se siente penetrado de una profunda y silenciosa reverencia, que apoderándose de su espíritu le dispone suavemente á la comtemplacion de las verdades eternas.

Pero examinad las partes de estos inmensos edificios á la luz de los principios del arte. ¡Qué multitud tan prodigiosa de delgadas columnas, reunidas entre sí para formar los apoyos de las altas bóvedas! ¡Qué profusion, qué lujo en los adornos! ¡qué menudencia, qué nimiedad en el trabajo! ¡qué laberinto tan intrincado de capiteles, torrecillas, pirámides, templetes derramados sin órden y sin necesidad por todas las partes del templo! ¡qué desproporcion tan visible entre su anchura y elevacion! ¡entre las partes sostenidas, y las que sostienen! ¡entre lo principal y lo accesorio!

Lo mismo se puede decir de la pintura y escultura contemporáneas. Alguna vez hallamos en las obras de aquel tiempo ciertos rasgos de ingenio que nos sorprenden: nobleza en los semblantes, espresion en las actitudes, gentileza en las formas, grandiosidad en los pliegues, sin que

UNED

por eso el todo de las figuras ofrezca á nuestros ojos la idea del gusto y armonía, que solo pueden resultar de la mas exacta proporcion. Al lado de una figura lánguida y esbelta, se halla tal vez otra enana y reducida. Las edades y los sexos no se distinguen por la simetría, sino por el tamaño de las figuras; y en fin, los movimientos de aquel tiempo no nos ofrecen la idea de otra proporcion, que la que determinaba el ojo del artista.

JOVELLANOS.

DISCURSO SOBRE LA GEOGRAFÍA HISTÓRICA.

La mas sencilla, la mayor recomendacion de esta ciencia, se encierra en su nombre; porque geografía quiere tanto decir como pintura ó descripcion de la tierra. Pero si reflexionais que ella debe conduciros al conocimiento del lugar que fué señalado á nuestro planeta en el gran sistema del universo, al de su figura y tamaño, al de los climas, y rejiones en que está dividido, de los mares que le abrazan, de las montañas que le cruzan, de los pueblos y naciones que le habitan, y finalmente al de esta superabundancia de los bienes y consuelos que la bondad del Criador derramó en su superficie, ó encerró en sus montañas para dicha del hombre, fácilmente concebiréis cuanta sea la estension, cuanta la escelencia de este nuevo estudio.

Pero esta escelencia se realzará mas á vuestros ojos cuando reuniendo el estudio de la historia al de la geografía, consideraréis la tierra como morada del género humano. Entónces este estudio, levantándoos á mas alta contemplacion, os pondrá delante de los hombres de todos los tiempos, como

UNED

los de todos los paises, las varias sociedades en que se reunieron, las leyes é instituciones que los gobernaron, y los ritos, usos y costumbres que les distinguieron. Él os descubrirá las secretas causas y las grandes revoluciones que levantaron los imperios de la tierra, y los borraron de sobrehaz; y el rápido torrente de tantas generaciones, viendo al hombre subir lentamente, desde la mas estúpida ignorancia hasta la mas alta ilustracion, ó caer precipitado desde las virtudes mas sublimes á la mas corrompida depravacion, conoceréis que no puede presentárseos un estudio mas provechoso ni mas digno del hombre.

Y todavía este estudio recibe mayor recomendacion por el auxilio que presta á las demas ciencias; pues si bien se adelanta y perfecciona por ellas, tambien las vuelve con usura lo que recibe, concurriendo á perfeccionarlas. El conocimiento de la naturaleza es el fin á que se encaminan todas las ciencias: pero el hombre no puede subir á este conocimiento sino por el estudio del planeta, do tiene su morada, y por el exámen de las relaciones que le enlazan con el gran sistema del universo. La misma astronomía, que mas que otra alguna ha concurrido á ilustrar los principios geográficos, parte desde el conocimiento de este planeta á contemplar los cielos, y busca en él sus puntos de apoyo para fijar la situacion de los astros, señalar sus órbitas, y seguir su curso en los inmensos desiertos del espacio. En él toma la geometría el tipo original y eterno de sus medidas, para perfeccionar sus teorías y aplicarlas despues á tantos usos públicos como la hacen recomendable. La geografía dirije al navegante por los inciertos mares, al mismo tiempo que abre al geólogo todos los ángulos de la tierra; y conduciendo por su inmenso ámbito al historiador y al estudioso de la naturaleza, desenvuelve á sus ojos todos los séres que

UNED

debe describir, todos los hechos que debe recojer, todos los fenómenos que debe someter á la observacion y á la esperiencia para indagar estas leyes eternas á que obedece constantemente el universo, y que forman el grande y universal objeto de las ciencias; pero las que pertenecen á la política tienen aun mas clara dependencia de la geografía. ¿Pueden por ventura sin su conocimiento organizarse las sociedades ni regularse su gobierno? ella es la que fija sus límites, y los subdivide; la que determina los objetos de las leyes y su conveniencia, y la que señala la necesidad y el provecho de sus instituciones. Sin ella no puede la política combinar sus empresas, la magistratura dirigir su vigilancia y providencias, ni la economía perfeccionar su sistema y sus planes. La agricultura, la industria y el comercio deben consultarla á todas horas, ya sea para dirijir sus operaciones, ya para rectificar sus cálculos, ó ya para buscar, determinar y estender la esfera de los consumos; y si es cierto que las ciencias morales se apoyan principalmente sobre el conocimiento del hombre, ¿cuánta luz, cuánto auxilio no podrán esperar de la geografía histórica, la única que le puede presentar en todas las épocas, en todos los climas, en todos los estados y en todas las situaciones de la vida pública y privada?

No os negaré yo que los hombres, abusando de la geografía, han prostituido sus luces á la direccion de tantas sangrientas guerras, tantas feroces conquistas, tantos horrendos planes de destruccion esterior, y de opresion interna, como han aflijido al género humano; pero ¿quién se atreverá á imputar á esta ciencia inocente y provechosa las locuras y atrocidades de la ambicion? ¿No será mas justo atribuir á sus luces estos pasos tan lentos, pero tan seguros con que el género humano camina hácia la época que debe

reunir todos sus individuos en paz y amistad santa? ¿No será mas glorioso esperar que la política, desprendida de la ambicion, é ilustrada por la moral, se dará priesa á estrechar estos vínculos de amor y fraternidad universal, que ninguna razon ilustrada desconoce, que todo corazon puro respeta, y en los cuales está cifrada la gloria de la especie humana? Entónces ya no indagará de la geografía naciones que conquistar, pueblos que oprimir, regiones que encubrir de luto y horfandad, sino paises ignorados y desiertos, pueblos condenados á obscuridad é infortunio, para volar á su consuelo, llevándoles con las virtudes humanas, con las ciencias útiles y las artes pacíficas, todos los dones de la abundancia y de la paz, para agregarlos á la gran familia del género humano, y para llenar así el mas santo y sublime designio de la creacion... Miéntras la envidia pesa en injusta balanza la sangre y lágrimas de tantos pueblos descubiertos y conquistados, sin poner en ella la santa moral, las leyes justas y las instituciones benéficas que recibieron en cambio, saquemos nosotros una útil leccion de estas pasadas glorias; y veamos como España, despues de haber despertado la atencion de las demas naciones, y dádoles el primer impulso para que la siguiesen en tan ilustre carrera, contenta con el fruto de sus victorias, y dormida sobre sus laureles, empezó á desdeñar los estudios á que los debiera; y como olvidándolos, casi por dos siglos enteros se abandonó á las especulaciones de una filosofía estrepitosa y vacía en tanto que otros pueblos, contemplando los cielos, esplorando la tierra, y cultivando las ciencias naturales, corrian á un mismo paso á la cumbre de la ilustracion y la opulencia.

¡Qué época tan gloriosa no abre aquí la historia á vuestros ojos, y cuantos ilustres genios no presenta á vuestra veneracion! Copérnico fijando el sol en su trono, Keplero

UNED

dando leyes al giro de los planetas. Néwton reduciéndolas á un principio tan sublime por su sencillez como por su grandeza; Galileo, Hevelio, Gasini, Lacaille y Herschel describiendo, poblando y ensanchando los cielos, y tantos como buscando en ellos el conocimiento del globo, lograron colocar su nombre entre los fundadores de la geografía moderna.

Su ilustre ejemplo infunde un ardiente espíritu de investigacion en la filosofía, que aliada con las artes inventa instrumentos, perfecciona métodos, multiplica recursos, y doblando el alcance de la vista y las fuerzas de la razon humana, abre á su contemplacion los cielos y la tierra, y somete á sus cálculos así los cuerpos grandes y remotos, como los mas imperceptibles y escondidos de la naturaleza.

Entónces fué cuando la política, avergonzada de no tener alguna parte en esta gloria, empezó á inspirar en los gobiernos el deseo de asociarse á las ciencias, y aclarar y proteger sus designios. Y ved aquí el noble impulso á que fueron debidas aquellas empresas memorables, que solo pudo coronar la generosidad del poder reunida al amor de la sabiduría, y que levantaron á tanto esplendor la ciencia geográfica. Premios señalados á los inventores de instrumentos para combinar con mayor exactitud las medidas del tiempo y del espacio, colonias de sabios destinadas al ecuador y á nuestro polo para resolver la cuestion cardinal de la figura y tamaño de la tierra: astrónomos derramados por todas las playas del mundo, para determinar el tránsito de Vénus por el disco solar, la paralaje de este gran planeta, y su tamaño y distancia de nosotros: navegantes entregados á mares nunca conocidos, para descubrir entre peligros y naufragios los helados continentes de uno y otro polo.... No, no nos es dado reducir á los estrechos límites de un

discurso tan amplia materia de alabanzas. Algun dia la descubriréis en la historia de las ciencias, cuando con los nombres de Condamina y Maupertuis os presente los de tantos dignos compañeros de sus trabajos; y algun dia tambien leyéndola, honraréis con vuestras lágrimas los de Cook, Malespina y Laperouse, y desploraréis el maligno hado que se complacia en confundir en su memoria, como en la de Colon y Magallanes, la gloria y el infortunio.

España, cediendo al mismo noble impulso, habia asociado sus hijos á la gloria y á las fatigas de estas empresas: pero como si solo hubiese recobrado su antigua energía, para hacer mas digno uso de tantas luces y esperiencias, la veréis ahora acometiendo otra empresa cuya grandeza se recomienda por su misma utilidad. Yo os la recuerdo con tanto mas placer, cuanto con algunos nombres, muy caros á mi amistad, presente á vuestra gratitud el del piadoso monarca á quien Asturias debe este instituto, y vosotros esta enseñanza. Cárlos IV siguiendo las huellas de su ilustre padre y los consejos de un celoso ministro, nuestro protector y compatriota, supo aplicar todas las luces atesoradas por la astronomía y la náutica al adelantamiento de nuestra geografía nacional. Á ellas se debe el escelente atlas hidrográfico que teneis á la vista trabajando con tan sabia diligencia, y publicado con tanta generosidad. Él encierra un rico depósito de útiles é indispensables conocimientos, y él es el mas irrefragable testimonio de la beneficencia del soberano, y de la ilustracion de su ministro. Él fijó con eternas señales los límites del continente de España ofreciendo á sus pilotos y al estrangero navegante una senda segura en sus mares, una cierta guia en los arrumbamientos de sus costas, una sonda y una luz constante en las radas y puertos do quieran conducir sus naves. Nuevas cartas esféricas se su-

UNED

ceden todos los dias, y enriquecen nuestra coleccion hidrográfica y estienden tan importante beneficio á los vastos continentes de nuestras colonias; y si algun hado adverso no detuviese tan loable impulso, la hidrografía española, ilustrando la mayor porcion de la tierra, restablecerá el nombre de España al digno lugar que ocupó algun dia, y que le destina la posteridad en la historia geográfica...

Mirémos como una desgracia del espíritu humano que sea mas propia de sú condicion esta inquieta curiosidad de saber lo que ménos le importa, que la constancia en adquirir lo que mas le interesa. ¿Por qué correrá desalado tras lo distante y estraño, descuidando lo cercano y doméstico? Observamos con mas ahinco el cielo que la tierra, y preferimos el descubrimiento de regiones estrañas y remotas al conocimiento de nuestra propia morada. Estudiamos con mas afan las historias de Roma y Grecia que la de España, y la geografía del Japon que la de nuestra península. Y miéntras podemos señalar con el dedo el lugar que ocupa una estrella solitaria en los cielos, y una isla desierta en la inmensidad de los mares, ignoramos el orígen de nuestros rios, las raices de nuestros montes, la situacion de nuestras provincias, y acaso el punto que ocupa en España el centro de nuestra circulacion, y el asiento de nuestro gobierno. ¡Funesto abandono que pareceria increible, si propio de la humana flaqueza no fuese mas ó ménos imputable á todos los gobiernos!

JOVELLANOS.

INFLUENCIA DEL CRISTIANISMO EN LA LITERATURA.

La enseñanza de la moral no pertenece á ninguna religion

UNED

sino á la cristiana. Todas las creencias del gentilismo admitieron en el antiguo orbe griego y romano, y admiten hoy en los pueblos idólatras del Asia, templos, solemnidades, sacrificios, procesiones y un largo ritual de ceremonias; pero ninguna tiene enseñanza moral: en ninguna es parte esencial del sacerdocio la mision de anunciar al pueblo las verdades morales, como consecuencias de los principios religiosos. La predicacion es esclusivamente del cristianismo.

No es difícil de adivinar la razon de este privilegio. Las demas religiones tienen dogmas, pero sin coherencia alguna con la moral, cuando ménos; y cuando mas, contrarios á ella. No son ciertamente muy edificantes las costumbres, ni las acciones que la mitología atribuye á Júpiter, á Vénus, á Marte y á los otros dioses que adoraban Grecia y Roma á los cuales se asociaban dignamente por medio de la apoteósis los emperadores difuntos. Pero los dogmas del cristianismo tienen una alianza íntima con la moral universal del género humano: todos ellos nos prueban el amor de Dios, á los hombres, y el que los hombres deben á Dios, y por consiguiente á sus hermanos, hijos del mismo padre celestial. El axioma luminoso de la caridad, convertido en un sentimiento sagrado, dió base é impulso á la ciencia de las costumbres, la llevó de un solo paso á su perfeccion, y la hizo popular; pues lo que ántes ni podian obrar ni entender los varones mas virtuosos, ni los filósofos mas sagaces del gentilismo, lo supo despues y lo practicó el mas ignorante de los hijos de la Iglesia.

La predicacion de la divina palabra, ejercida y recomendada por el Salvador, por los apóstoles y por la Iglesia en todos los siglos, es una parte esencial de la mision del sacerdocio cristiano, porque si esta mision tiene por objeto la santificacion de las almas, claro es que debe convencer

UNED

el entendimiento de las verdades religiosas y morales que tan enlazadas están entre sí, y persuadir la voluntad á la práctica de las virtudes. La religion de la inteligencia debe dirigirse á aquellas dos facultades que son las principales del hombre.

La elocuencia sagrada es pues un género de literatura debido única y esclusivamente al cristianismo. En nada se parece á los demas géneros oratorios, conocidos de los antiguos. Los efectos que debe escitar son de diferente especie: su objeto es persuadir la práctica de verdades, ciertamente conocidas de los oyentes, pero nunca suficientemente apreciadas, sus medios consisten en mostrar la armonía de la creencia con los principios de la virtud, y su lenguaje es superior al de los hombres.

Pues existe una elocuencia cristiana, claro es que ha de existir tambien una poesía que merezca el mismo nombre.

LISTA.

CARTAS MARRUECAS.

XXVI.

DIVERSIDAD DE LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA.

Por la última tuya, veo cuan estraña te ha parecido la diversidad de las provincias que componen esta monarquía. Despues de haberlas visitado, hallo ser muy verdadero el informe que me habia dado Nuño de esta diversidad.

En efecto los cántabros, entendiendo por este nombre

UNED

todos los que hablan el idioma vizcaino, son unos pueblos sencillos y de notoria probidad. Fueron los primeros marineros de Europa, y han mantenido siempre la fama de escelentes hombres de mar. Su país, aunque sumamente áspero, tiene una poblacion numerosísima, que no parece disminuirse con las contínuas colonias que envia á la América. Aunque un vizcaino se ausente de su patria, siempre se halla en ella como se encuentre un paisano suyo. Tienen entre sí tal union, que la mayor recomendacion que puede uno tener para con otro, es el mero hecho de ser vizcaino; sin mas diferencia entre varios de ellos para alcanzar el favor de poderoso, con la mayor ó menor inmediacion de los lugares respectivos. El señorío de Vizcaya, Guipúzcoa, Álava y el reino de Navarra tienen tal pacto entre sí, que algunos llaman á estos países las Provincias unidas de España.

Los de Asturias y las Montañas hacen sumo aprecio de su genealogía, y de la memoria de haber sido aquel país el que produjo la reconquista de España con la espulsion de nuestros abuelos. Su poblacion demasiada para la miseria y estrechez de la tierra, hace que un número considerable de ellos se emplea contínuamente en Madrid en la librea, que es la clase inferior de criados; de modo, que si yo fuese natural de este país, y me hallare con coche en la corte, examinaria con mucha madurez los papeles de mis cocheros y lacayos, por no tener algun dia la mortificacion de ver á un primo mio echar cebada á mis mulas, ó á uno de mis tios limpiarme los zapatos. Sin embargo de todo esto varias familias respetables de esta provincia se mantienen con el debido lustre: son acreedores á la mayor consideracion, y producen contínuamente oficiales del mas alto mérito en el ejército y marina.

UNED

Los gallegos en medio de la pobreza de su tierra son robustos; se esparcen por toda España á emprender los trabajos mas duros, para llevar á sus casas algun dinero físico á costa de tan penosa industria. Sus soldados, aunque carecen de aquel lucido esterior de otras naciones, son escelentes para la infantería por su subordinacion, dureza de cuerpo y hábito de sufrir incomodidades de hambre, sed y cansancio.

Los castellanos son de todos los pueblos del mundo los que merecen la primacía en línea de lealtad. Cuando el ejército del primer rey de España de la casa de Francia quedó arruinado en la batalla de Zaragoza, la sola provincia de Soria dió á su soberano un ejército nuevo y numeroso con que salir á campaña, y fué el que ganó las victorias, de que resultó la destruccion del ejército y bando austríaco. El ilustre historiador que refiere las revoluciones del principio de este siglo con todo el rigor y verdad que pide la historia para distinguirse de la fábula, pondera tanto la fidelidad de estos pueblos, que dice será eterna en la memoria de los reyes. Esta provincia aun conserva cierto orgullo nacido de su antigua grandeza, que hoy no se conserva sino en las ruinas de sus ciudades y en la honradez de sus habitantes.

Estremadura produjo los conquistadores del Nuevo Mundo, y ha continuado siendo madre de insignes guerreros. Sus pueblos son poco afectos á las letras; pero los que entre ellos las han cultivado, no han tenido ménos sucesos que sus patriotas en las armas.

Los andaluces, nacidos y criados en un país abundante, delicioso y ardiente tienen fama de ser algo arrogantes; pero si este defecto es verdadero, debe atribuirse á su clima, siendo tan notorio el influjo de lo físico sobre lo moral. Las ventajas con que la naturaleza dotó aquellas pro-

UNED

vincias, hacen que miren con desprecio la pobreza de Galicia, la aspereza de Vizcaya y la sencillez de Castilla; pero como quiera que todo esto sea, entre ellos ha habido hombres insignes, que han dado mucho honor á toda España; y en tiempos antiguos los Trajanos, Sénecas y otros semejantes, que pueden envanecer el país en que nacieron. La viveza, astucia y atractivo de las andaluzas las hace incomparables. Te aseguro, que una de ellas seria bastante para llenar de confusion el imperio de Marruecos, de modo, que todos nos matásemos unos á otros.

Los murcianos participan del carácter de los andaluces y valencianos. Estos últimos están tenidos por hombres de sobrada ligereza, atribuyéndose este defecto al clima y suelo; pretendiendo algunos, que hasta en los mismos alimentos falta aquel jugo que se halla en los de otros países. Mi imparcialidad no me permite someterme á esta preocupacion por general que sea; ántes debo observar, que los valencianos de este siglo son los españoles que mas progresos hacen en las ciencias positivas y lenguas muertas.

Los catalanes son los pueblos mas industriosos de España. Manufacturas, pescas, navegacion, comercio, asientos, son cosas apénas conocidas en otras provincias de la península, respecto de los catalanes. No solo son útiles en la paz, sino del mayor servicio en la guerra. Fundicion de cañones, fábricas de armas, vestuario y monturas para ejércitos, conduccion de artillería, municiones, víveres, formacion de tropas ligeras de escelente calidad, todo esto sale de Cataluña. Los campos se cultivan, la poblacion se aumenta, los caudales crecen, y en suma parece estar aquella nacion mil leguas de la gallega, andaluza y castellana. Pero sus genios son poco tratables, únicamente de-

UNED

dicados á su propia ganancia é interés, y asi los llaman algunos los holandeses de España. Mi amigo Nuño me dice, que esta provincia florecerá, miéntras no se introduzca en ella el lujo personal y la manía de ennoblecer los artesanos: dos vicios, que hasta ahora se oponen al genio que la ha enriquecido.

Los aragoneses son hombres de valor y espíritu, honrados, tenaces en su dictámen, amantes de su provincia, y notablemente preocupados á favor de sus paisanos. En otros tiempos cultivaron con suceso las ciencias, y manejaron con mucha gloria las armas contra los franceses en Nápoles y contra nuestros abuelos en España. Su país, como todo lo restante de la península, fué solamente poblado en la antigüedad, y tanto, que es comun tradicion entre ellos, que en las bodas de uno de sus reyes entraron en Zaragoza diez mil infanzones con un criado cada uno, montados los veinte mil en otros tantos caballos de la tierra.

Por causa de los muchos siglos que todos estos pueblos estuvieron divididos, guerrearon unos con otros, hablaron diversos idiomas, se gobernaron por diferentes leyes, llevaron distintos trages; y en fin, fueron naciones separadas, se mantuvo entre ellos cierto odio, que sin duda ha minorado, y aun llegado á aniquilarse; pero aun se mantiene cierto desapego entre los de provincias lejanas; y si este puede dañar en tiempo de paz, porque es obstáculo considerable para la perfecta union, puede ser muy ventajoso en tiempo de guerra por la mútua emulacion de unos con otros. Un regimiento todo de aragoneses no mirará con frialdad la gloria adquirida por una tropa toda castellana, y un navío tripulado de vizcainos no se rendirá al enemigo miéntras se defienda otro montado por catalanes.

UNED

XXVII.

FAMA PÓSTUMA.

Toda la noche pasada ha estado hablando mi amigo Nuño de una cosa que llaman fama póstuma. Este es un fantasma que ha alborotado muchas provincias y quitado el sueño á muchos hasta secarles el cerebro y perder el juicio. Alguna dificultad me costó entender lo que era, pero lo que aun no puedo comprender, es que haya hombres que apetezcan la tal fama. Cosa que yo no he de gozar, no sé por qué la he de apetecer. Si despues de morir en opinion de hombre insigne hubiese yo de volver á segunda vida en que sacase el fruto de la fama que merecieron las acciones de la primera, y que esto fuese indefectible, seria cosa muy cuerda trabajar en la actual para la segunda: era una especie de economía aun mas plausible que la del jóven que guarda para la vejez; pero, Ben-Beley, ¿de qué me servirá? ¿Qué puede ser este deseo que vemos en algunos tan eficaz de adquirir tan inútil ventaja? En nuestra religion y en la cristiana el hombre que muere no tiene ya conexion temporal con los vivos que quedan. Los palacios que fabricó no lo han de hospedar, ni ha de comer el fruto del árbol que dejó plantado, ni ha de abrazar á los hijos que le sobreviven: ¿de qué, pues, le sirven los hijos, los huertos, los palacios? ¿Será acaso la quinta esencia de nuestro amor propio este deseo de dejar nombre á la posteridad? Sospecho que sí. Un hombre que logró atraerse la consideracion de su país ó siglo, conoce que va á perder el humo de tanto incienso desde el instante que espire. Conoce que va á ser igual con el último de sus esclavos. Su orgullo padece

UNED

en este instante un abatimiento tan grande, como lo fué la suma de las lisonjas todas recibidas miéntras adquirió la fama. ¿Por qué no he de vivir eternamente, dícese á sí mismo, recibiendo los aplausos que voy á perder? ¿Voces tan agradables no han de volver á lisonjear mis oidos? ¿El gustoso espectáculo de tanta rodilla hincada ante mí no ha de volver á deleitar mi vista? ¿La turba de los que me necesitan han de volverme la espalda? ¿Han de tener ya por objeto de asco y horror al que fué para ellos un dios tutelar á quien temblaban airado y aclamaban piadoso? Semejantes reflexiones le atormentan en la muerte; pero hace el último esfuerzo su amor propio, y le engaña diciendo: tus hazañas llevarán tu nombre de siglo en siglo á la mas remota posteridad. La fama no se obscurece con el humo de la hoguera, ni se corrompe con el polvo del sepulcro. Como á hombre te comprende la muerte, como héroe la vences. Ella misma se hace la primera esclava de tu triunfo, y su guadaña el primero de tus trofeos. La tumba es una nueva cuna para semi-dioses como tú; en su bóveda han de resonar las alabanzas que te canten futuras generaciones. Tu sombra ha de ser tan venerada por los hijos de los que viven, como lo fué tu presencia entre sus padres. ¿Hércules, Alejandro y otros no viven? ¿Acaso han de olvidarse sus nombres? Con estos y otros iguales delirios se aniquila el hombre. Muchos de este carácter inficionan la especie y anhelan á inmortalizarse algunos, que ni aun en su vida son conocidos.

XXVIII.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO.

He leido muchas veces la relacion que me haces de esa

UNED

especie de locura que llaman deseo de la fama póstuma. Veo lo que me dices del esceso de amor propio de donde nace esa necesidad de querer un hombre sobrevivirse á sí mismo. Creo como tú, que la fama póstuma de nada sirve al muerto, pero puede servir á los vivos con el estímulo del ejemplo que deja el que ha fallecido. Tal vez este es el motivo del aplauso que logra.

En este supuesto, ninguna fama póstuma es apreciable, sino la que deja el hombre de bien. Que un guerrero trasmita á la posteridad la fama de conquistador con monumentos de ciudades asaltadas, naves incendiadas, campos desbaratados, provincias despobladas, ¿qué ventajas producirá su nombre? Los siglos venideros sabrán que hubo un hombre que destruyó medio millon de hermanos suyos: nada mas. Si algo mas produce esta inhumana noticia, será tal vez enardecer el tierno pecho de algun jóven príncipe, llenarle la cabeza de ambicion y el corazon de dureza; hacerle dejar el gobierno de sus pueblos, y descuidar la administracion de la justicia, para ponerse á la cabeza de cien mil hombres que esparzan el terror y llanto por todas las provincias vecinas. Que un sabio sea nombrado con veneracion por muchos siglos, con motivo de algun descubrimiento nuevo, en las que se llaman ciencias, ¿qué fruto sacarán los hombres? Dar motivo de risa á otros sabios posteriores, que demostrarán ser engaño lo que el primero dió por punto evidente. Nada mas: si algo mas sale de aquí, es que los hombres se envanezcan de lo poco que saben, sin considerar lo mucho que ignoran.

La fama póstuma del justo y bueno tiene otro mayor y mejor influjo en los corazones de los hombres, y puede causar superiores efectos en el género humano. Si nos hubiéramos aplicado á cultivar la virtud tanto como las ar-

UNED

mas y las letras, y si en lugar de las historias de los guerreros y literatos se hubieran escrito con exactitud las vidas de los hombres buenos, ¡tal obra cuánto mas provechosa seria! los niños en las escuelas, los jueces en los tribunales, los reyes en los palacios, los padres de familia en el centro de ellas leyendo pocas hojas de semejante libro, aumentarian su propia bondad y la agena; y con la misma mano desarraigarian la propia y la agena maldad.

El tirano al ir á cometer un horror, se detendria con la memoria de los príncipes que contaban por perdido el dia de su reinado que no señalaban con algun efecto de benignidad. ¿Qué madre prostituiria sus hijas? ¿qué marido se volveria verdugo de su mujer? ¿qué insolente abusaria de la flaqueza de una inocente virgen? ¿qué padre maltrataria á su hijo? ¿qué hijo no adoraria á su padre? ¿qué esposa violaria el lecho conyugal? En fin, quién seria malo, acostumbrado á ver tantos actos de bondad? Los libros frecuentes en el mundo apénas tratan sino de venganzas, rencores, crueldades y otros defectos semejantes, que son las acciones celebradas de los héroes, cuya fama póstuma tanto nos admira. Si yo hubiese sido muchos siglos ha un hombre de estos insignes, y resucitase ahora á recoger los frutos del nombre que dejé aun permanente, sintiera mucho oir estas ó semejantes palabras: Ben-Beley fué uno de los principales conquistadores que pasaron el mar con Tarif. Su alfange dejó á las huestes cristianas como la hoz deja el campo en que hubo trigo; las aguas del Guadalete se volvieron rojas con la sangre goda que él solo derramó; tocáronle muchas leguas de terreno conquistado, lo hizo cultivar por muchos millares de esclavos españoles; con el trabajo de otros tantos se mandó fabricar dos alcázares suntuosos, uno en los fértiles campos de Córdova,

UNED

otro en la deliciosa Granada, adornólos ambos con el oro y plata que tocaron en el reparto de los despojos; mil españolas de singular belleza se ocupaban en su delicia y servicio. Llegado ya á una gloriosa vejez, lo consolaron muchos hijos dignos de besar la mano á tal padre, instruidos por él, que llevaron nuestros pendones hasta la falda de los Pirineos, é hicieron á su padre abuelo de una prole numerosa, que el cielo pareció multiplicar para la total aniquilacion del nombre español. En estas hojas, en estas piedras, en estos bronces están los hechos de Ben-Beley; con esta lanza atravesó á Atanagildo, con esta espada degolló á Endeca, con aquel puñal mató á Valia, etc.

Nada de esto lisonjearia mi oido. Semejantes voces harian estremecer mi corazon, mi pecho se partiria como la nube que despide el rayo. ¡Cuán diferentes efectos me causaria oir estos elogios! aquí yace Ben-Beley que fué buen hijo, buen padre, buen esposo, buen amigo, buen ciudadano. Los pobres lo querian porque les aliviaba en las miserias: los magnates tambien, porque no tenia el orgullo de competir con ellos. Amábanle los estraños, porque hallaban en él la justa hospitalidad. Llóranle los propios, porque han perdido un dechado vivo de virtudes. Despues de una larga vida, gastada toda en hacer bien, murió, no solo tranquilo, sino alegre, rodeado de hijos, nietos y amigos que llorando repetian: no merecia vivir en tan malvado mundo. Su muerte fué como el ocaso del sol, que es glorioso y resplandeciente, y deja siempre luz á los astros que quedan en su ausencia.

Sí, Gazel, el dia que el género humano conozca que su verdadera gloria y ciencia consiste en la virtud, mirarán los hombres con tedio á los que tanto les pasman ahora. Estos Aquiles, Ciros, Alejandros y otros héroes de armas y los iguales en letras, dejarán de ser repetidos con fre-

UNED

cuencia: y los sabios, que entónces merecerán este nombre, andarán indagando á costa de muchos desvelos los nombres de los que cultivan las virtudes, que hacen al hombre feliz. Si tus viages no te mejoran en ellas las que empezaron á brillar en tu corazon desde niño como matices en las tiernas flores, no se aumentan con lo que veas y oigas, volverás tal vez mas erudito en las ciencias europeas ó mas lleno de furor ó entusiasmo soldadesco, pero miraré como perdido el tiempo de tu ausencia. Si al contrario, como lo pido á Alá, han ido creciendo tus virtudes al paso que te acercas mas á tu patria, semejante al rio que toma notable incremento al paso que llega al mar, me parecerán tantos años mas de vida, concedidos á mi vejez, los que hayas gastado en tus viages.

XLVI.

HOMBRÍA DE BIEN.

Cada dia me agrada mas la noticia de la continuacion de tu amistad con Gazel, mi discípulo. De ello infiero, que ambos sois hombres de bien. Los malvados no pueden ser amigos. En vano se juran mil veces mútua amistad y estrecha union: en vano trabajan unidos en algun objeto comun: nunca creeré que se quieran. El uno engaña al otro, y este á aquel por recíprocos intereses de fortuna ó esperanza de ella. Para esto sin duda necesitan ostentar á una amistad firmísima con una aparente confianza; pero de nadie desconfian mas, que el uno del otro, porque el primero conoce los fraudes del segundo, á ménos que se recaten mútuamen-

UNED

te el uno del otro, en cuyo caso habrá ménos franqueza, y por consiguiente ménos amistad. No dudo que ambos se unan muy de veras en daño de un tercero, pero perdido este entre los dos, inmediatamente riñen por quedar uno solo en posesion del bocado que arrebataron de las manos del perdido: así como dos salteadores de camino se juntan para robar al pasagero, pero luego se hieren mútuamente sobre repartir lo que han robado. De aquí viene que el pueblo ignorante se admira cuando ve convertida en odio la amistad, que tan firme y pura le parecia. ¡Alá! ¡Alá! ¿quién creyera que aquellos dos se separaron al cabo de tantos años? ¡Qué corazon el del hombre! ¡qué inconstancia! ¿A dónde te refugiaste, santa amistad? ¿Dónde te hallarémos? Creíamos que tu asilo era el pecho de cualquiera de estos dos, ¡y ambos te destierran! Pero considérense las circunstancias de este caso; y se conocerá que todas estas son vanas declamaciones é injurias al corazon humano. Si el vulgo (tan discretamente llamado profano por un poeta filósofo latino cuyas obras me envió Gazel) si el vulgo, digo, profano, supiera la clase de esta y otras maravillas, no se espantaria de tantas. Entenderia que aquella amistad no lo fué, ni merecia mas nombre, que el de una mútua traicion, conocida por ambas partes, y mantenida por las mismas el tiempo que les pareció conducente.

Al contrario, entre dos corazones rectos, la amistad crece con el trato. El recíproco conocimiento de las bellas prendas, que por dias se van descubriendo, aumenta la mútua estimacion. El consuelo que el hombre bueno recibe, viendo crecer el fruto de la bondad de su amigo, lo estimula á cultivar mas y mas la suya propia. Este gozo que tanto eleva al virtuoso, jamás puede llegar á gozarle ni aun á

UNED

conocerle el malvado. La naturaleza le niega un número grande de gustos inocentes y puros en trueque de las satisfacciones inícuas, que él mismo se procura fabricar con su talento siniestramente dirigido. En fin dos malvados que se juzgan felices á costa de delitos, se miran con envidia, y la parte de aquella prosperidad que goza el uno, es tormento para el otro. Pero dos hombres justos que se hallan en alguna situacion dichosa, gozan no solo de la propia dicha, sino tambien de la del otro. De donde se infiere, que la maldad, aun en el mayor auge de la fortuna es abundante semilla de recelos y sustos; y que al contrario la bondad, aun cuando parece desdichada, es fuente perenne de gustos, deleites y sosiego. Este es mi dictámen sobre la amistad de los buenos y malos: y no lo fundo sino en esta especulacion, que me parece justa, sino en repetidos ejemplares que abundan en el mundo.

LVI.

VERDADERA RAZON DE LA DECADENCIA DE ESPAÑA.

Los dias de correo ó de ocupacion suelo pasar á una casa inmediata á la mia, donde se juntan bastantes gentes, que forman una graciosa tertulia. Siempre he hallado en su conversacion cosa que me quite la melancolía, y abstraiga de pensamientos serios y pesados; pero la ocurrencia de hoy me ha hecho mucha gracia. Entré cuando acababan de tomar café, y empezaban á conversar. Una señorita se iba á poner al clave; dos señoritos de poca edad leian con mucho misterio un papel en el balcon; una dama estaba haciendo una escarapela; un oficial jóven estaba vuelto de

UNED

espaldas á la chimenea; un viejo empezaba á roncar en una silla poltrona á la lumbre; un abate miraba al jardin, y al mismo tiempo leia algo en un libro negro y dorado; y otras gentes hablaban. Saludáronme al entrar todos, ménos unas tres señoras y otros tantos jóvenes que estaban embebidos en una conversacion al parecer la mas seria. Hijas mias, decia una de ellas, nuestra España nunca será mas de lo que es. Bien sabe el cielo, que me muero de pesadumbre, porque quiero mucho á mi patria. Vergüenza tengo de ser española, decia la segunda. ¡Qué dirán las naciones estrañas! ¡Jesus, y cuanto mejor hubiera sido quedarme yo en el convento de Francia, que no venir á España á ver estas miserias! dijo la que aun no habia hablado. Teniente coronel soy yo, y con algunos méritos estraordinarios, pero quisiera ser alférez de húsares en Hungría, primero que vivir en España, dijo uno de los tres, que estaban con las tres. Bien lo he dicho mil veces, dijo otro del triunvirato, bien lo he dicho yo. La monarquía no puede durar lo que queda del siglo. La decadencia es rápida, la ruina inmediata. ¡Lástima como ella! ¡Válgame Dios! Pero, señor, dijo el que quedaba, ¿no se toma providencia para semejantes daños? Me aturdo. Créanme Vds. que en estos casos siente un hombre saber leer y escribir. ¿Qué dirán de nosotros mas allá de los Pirineos?

Asustáronse todos al oir semejantes lamentaciones. ¿Qué es eso? decian unos. ¿Qué hay? repetian otros. Proseguian las tres parejas sus quejas y gemidos, deseoso cada uno, y cada una de sobresalir en lo enérgico. Yo tambien me sentí conmovido al oir tanta ponderacion de males; y aunque ménos interesado que los otros en los sucesos de esta nacion, pregunté cuál era el motivo de tanto lamento. ¿Es acaso, dije yo, alguna noticia de haber desem-

UNED

barcado los argelinos en la costa de Andalucía, y haber devastado aquellas hermosas provincias? No, no, me dijo una dama, no, no; mas que eso es lo que lloramos. ¿Se ha aparecido alguna nueva nacion de indios bravos, y ha invadido el nuevo Méjico por el norte? Tampoco es eso, sino mucho mas que eso, dijo otra de las patriotas. ¿Alguna peste, insté yo, ha acabado con los ganados todos de España, de modo que esta nacion se vea privada de sus lanas preciosísimas? Poco importaria eso, dijo uno de los zelosos ciudadanos, respecto de lo que pasa.

Fuíles diciendo otra infinidad de daños públicos, á que están espuestas las monarquías, preguntando, si alguno de ellos habia sucedido; cuando al cabo de mucho tiempo, lágrimas, sollozos, suspiros, quejas, lamentos, llantos, y hasta invectivas contra los astros, estrellas y cielos, la que habia callado, y que parecia la mas juiciosa de todas, exclamó con voz muy dolorida: ¿creerás Gazel, que en todo Madrid no se ha hallado cinta de este color, por mas que se ha buscado?

LXV.

ABUSO DE LA VIRTUD DE LOS BUENOS.

Yo me ví una vez, deciame Nuño no ha mucho, en la precision de que me desechasen por tonto, ó me aborreciesen como á capaz de vengarme. No tardé en escojer, á pesar de mi amor propio, el concepto que mas me abatia. Humilláronme en tanto grado, que nada me podia consolar, sino esta reflexion que hice con mucha frecuencia: con abrir yo la boca, me temblarian, en lugar de mofarme; pero yo me estimaria ménos. La autoridad de ellos

UNED

puede desvanecerse: pero mi testimonio interior me ha de acompañar mas allá de la sepultura. Hagan, pues, ellos lo que quieran; yo haré lo que debo.

Esta doctrina, sin duda es escelente, y mi amigo Nuño hace muy bien en observarla; pero es cosa fuerte que los malos abusen de la paciencia y virtud de los buenos. No me parece esta menor villanía, que la del ladron que roba y asesina al pasagero que halla dormido é indefenso en un bosque. Aun me parece mayor, porque el infeliz asesinado no conoce el mal que se le hace: pero el hombre virtuoso de este caso, está viviendo con la pena de ver continuamente la mano que lo hiere mortalmente. No obstante, dicen, que esto es comun en el mundo. No tanto, respondió Nuño. Las gentes se cansan de esta superabundancia de honradez, y suelen vengarse cuando pueden. Lo que mas me lisonjeaba en aquella situacion, era ser yo original en mi conducta. Aun les daba yo gracias de haberme precisado á hacer un exámen tan riguroso de mi hombría de bien. De su suma crueldad me resultaba el mayor consuelo; y lo que para otro hubiera sido un tormento riguroso, era para mí una nueva especie de delicia. Me tenia yo á mí mismo por un Belisario de segunda clase, y solamente me hubiera trocado por aquel general, para serlo de la primera, contemplando que hubiera sido mayor mi satisfaccion, cuanto mas alta mi elevacion, y mas baja mi caida.

CADAHALSO.

CUATRO PALABRAS

SOBRE EL ORÍGEN DE LAS PASIONES.

No puede en el órden natural concebirse un hombre per-

UNED

fecto sin pasiones, como no puede concebirse sin ideas. Tan propiedad suya es el sentir como el pensar; y si del pensamiento nacen las ideas, del sentimiento se orijinan los afectos.

Segun son ellos nobles ó bajos, adornan ó envilecen, elevan al hombre al nivel de los héroes, ó le abaten bajo el cieno del oscuro vulgo; dan sólido cimiento á las virtudes morales y relijiosas, ó pábulo al vicio torpe y al execrable crimen: aun mas, vénse pugnar en un mismo corazon afectos encontrados que colocan unos al hombre en la recta senda de la inmortalidad, que es su destino, miéntras le arrastran otros por las tortuosas veredas de todo lo caduco. La lascivia y el pudor, la sobriedad y la glotonería, la cólera y la mansedumbre, la ambicion y el desapropio se hallan en este caso. *Sentio legem in membris meis repugnantem legi mentis mea*, podemos repetir á todo instante cada uno de nosotros. Ley de la carne, ley de la razon; ved aquí ya dos influencias poderosas á cuya merced nacen en nosotros y se fomentan opuestas inclinaciones y repugnancias, opuestos apetitos y aversiones. Si la carne rije sin dependencia de la razon, la voluntad se tuerce; ceden el campo los sentimientos y pasiones virtuosas á una caterva innoble de mezquinos y degradantes afectos.

Luego moralmente hablando, el hombre, fuera de todas las leyes y tipos de la naturaleza, carece de unidad, puesto que se chocan en él dos contrarios principios; del bien y del mal, de pequeñez y de grandeza, de bajeza y de sublimidad.

Luego no podrán todas nuestras afecciones morales ó pasiones ser cómodamente esplicadas por la misma via.

Luego (y es la consecuencia mas interesante) no puede el hombre, tal cual le vemos constituido, considerarse hechura bien conservada de las manos de Dios. No pudo el divino

UNED

soplo haber encendido en él dos llamas, una que devora y consume, otra que nutre y vivifica; purísima y resplandeciente la una que guia nuestros pasos por el buen camino; otra que levanta en torno densa nube de humo ocultando los atolladeros que se abren bajo nuestras plantas... no, eternamente no.

Animó Dios al hombre con su soplo de vida, con el cual recibió un alma libre cuanto debia serlo para merecer la eterna beatitud á que estaba destinada: un alma ecsenta de pasiones rastreras y blandamente mecida por los tiernos afectos del amor conyugal, del placer puro y de la gratitud y respeto á su hacedor. La envidia, el temor y la vergüenza le eran desconocidos, y por esto era feliz. ¿Qué mas pudo desear de la eterna munificencia? ¿Ni cómo pudo mejor desplegarse para con el hombre la bondad divina, que imponiéndole un solo precepto tan sencillo de cumplir, pero que sin él nada hubiera tenido de meritorio el ejercicio de la libertad de su albedrío? mas el hombre tenia un enemigo, y este velaba en acecho de su felicidad. Satanás tan maligno como astuto introduce en el humano corazon su soplo de muerte, ciega llama de orgullo prende en él... prosélito ya del abismo, desobedece al supremo mandato; y el temor vil, y la vergüenza y la desdicha son el premio que recibe del ángel de las tinieblas. ¡Ay de tu generacion, Adan! Por un misterio que la religion enseña y que el espíritu de sana filosofía reconoce, indeleble permanecerá en tu posteridad el sello de tu prevaricacion. Ese mismo linaje, en cuyas manos habia puesto el Criador el cetro de la tierra para que la rijiese segun la ley de la razon y de la eterna justicia, será una raza de tiranos que hará temblar la tierra con sus crímenes: las discordias, las guerras, la devastacion, la muerte formarán su corte.

Sí, confesémoslo con dolor, solo el hombre entre todos los animales ha introducido el desórden en su especie: y si con justicia blasona de ser entre ellos el mas noble, no podrá jamás fundar el título de sus timbres en los males que por su perversidad deplora el mundo, sino en los escasos bienes que á impulsos de un resto de provindad nativa derrama tal cual vez entre sus semejantes. Por cada acierto, errores sin cuento; por cada acto de virtud, innumerables delitos; la equidad y la justicia casi puramente cimentadas en la utilidad propia como decia Horacio:

Atque ipsa utilitas justi prope mater et æqui.

La felicidad esquiva, y la desdicha siempre á nuestro lado; las familias unidas por el interés sórdido, y rara vez por la cordialidad; las naciones pereciendo por el afan de nueva vida;... al observar tamaño cuadro de contradicciones, no puede ménos el espíritu filosófico que reconocer en la especie humana un principio misterioso de degradacion, en una palabra el *pecado original*.

Negado este misterio, el hombre se convierte en un absurdo; su historia afrenta al Criador: su nacimiento es una desgracia, un tormento su vida, y su muerte un bien para la naturaleza, que vió por él turbada su armonía en todas partes ménos en esa máquina inmensa y majestuosa, cuyas brillantes ruedas sustraidas al poder humano alumbran nuestras miserias, y con su inmutabilidad confunden y nos reprochan en silencio nuestras vicisitudes y trastornos.

Ni ¿cómo, sin la admision de aquel arcano, podrian esplicarse tantos errores y maldades en un sér dotado de la facultad sublime de conocer el bien y averiguar la verdad? ¿cómo fuera posible que tan pocas veces acertara en el recto uso de los medios que le dió la naturaleza para hacer el uno y encontrar la otra, á no ser por esa fatal propension he-

UNED

reditaria, é incomprensible en su esencia, que le pervierte el corazon y desatienta el raciocinio? Al error seguiria la retraccion, y el remordimiento al crímen, hasta en los hombres mas foragidos, como observa Tácito, si no fuera por la íntima conviccion de los propios estravíos; y estos estravíos, segun la misma palabra lo está diciendo, ¿qué otra cosa son sino desvíos que llevan la inteligencia y la voluntad fuera de los caminos que les señaló la verdad y bondad eterna? Luego no puede venirnos del Criador, sino de una causa maléfica, reconocida bajo diferentes nombres por todas las teogonías, el ciego impulso que nos descarria á cada paso, aun cuando pertenezcamos al gremio de los justos. Pero ¿qué? replican los filósofos que nada atribuyen al espíritu y todo á la material textura de nuestra máquina: las pasiones, bajo cuyo influjo se mueve el hombre y la sociedad entera, son las únicas fuentes del bien y del mal moral, y las mismas no reconocen otro orijen que la organizacion corpórea de nuestro sér: luego concluyen, todo el órden moral se deriva de la constitucion de nuestros órganos. Ya no deberémos estrañar que una nacion vecina, plagada de esta clase de filósofos, haya rendido el tributo de su veneracion á un escritor célebre, principalmente por haber trazado el cuadro de los diferentes órganos, descubiertos por él en el célebro humano, y destinados segun él mismo, no solo á las diversas funciones de la inteligencia, sino tambien á los instintos así virtuosos como viciosos; cual si dijéramos que la mano de Dios habia construido de manera nuestra cabeza que, segun se movieran mas los órganos del bien ó del mal, saldríamos buenos ó malos, sin gran mérito ni culpa de nuestra parte, ántes debiendo como es obvio refluir en el Criador toda la gloria ó vituperio de nuestras costumbres. ¡Injusta cele-

UNED

bridad adquirida á costa de tamaños absurdos! sin necesidad de acudir mas que á la razon, probarémos demostrar cuan erradamente se pretenden esplicar todas las pasiones por el mecanismo de nuestra organizacion.

CLASIFICACION DE LAS PASIONES, Y EXÁMEN COMPARATIVO DE ALGUNAS SEGUN SU DIVERSA PROCEDENCIA.

Ello es un hecho que el hombre, como primer eslabon que es de la cadena animal, tiene de comun con el resto de los animales, y principalmente con los mas aproximados á él en perfecciones orgánicas, un órden de emociones interiores maquinales de adhesion ó aversion respecto de objetos ó actos determinados; emociones que, sino turban el habitual estado de sosiego y armonía en todas las funciones, las llamamos *instintos*, y si producen una animacion seguida de ansiedad, desasosiego, de desequilibrio funcional, en una palabra mas ó ménos accidental y duradero, las designamos con el nombre de *pasiones*; por manera que las unas no son sino un alto grado de los otros, las segundas son á los primeros como la base á la cúspide.

Los instintos de que vamos hablando, y de consiguiente las pasiones que en ellos se fundan, reconocen por comun impulso la necesidad de la propia conservacion y de la especie; de cuyos dos naturales fines contribuyen al logro las simpatías y antipatías instintivas ó involuntarias que hacen á todos los animales buscar lo necesario y útil, y repeler ó desechar lo inútil ó nocivo. El infantillo, lo mismo que el hijuelo de los demas animales mamíferos, apénas dado á luz, movido de la instintiva necesidad de alimentarse, comprime con su lengüecita el materno pezon y chupa el néctar vivificante que por él se filtra: mas uno y otro apartarán

los labios de toda la sustancia que pueda perjudicar á su existencia. Aunque con ménos fuerza que el instinto de la conservacion individual, obra en el hombre igualmente que en los brutos el de la propagacion de su especie.

Todo cuanto contraria ó exalta los instintos conservador y reproductor, los trasforma en verdaderas pasiones, comunes en sentido orgánico al hombre con los irracionales: tales son la tristeza y la alegría, la cólera, el miedo, etc. ¿Quién no ha visto al perro fiel entristecerse en los duelos, y alegrarse en los festines de la casa de su dueño; ora enfurecerse á las amenazas de un desconocido, ora tímido agacharse y temblar bajo el látigo de su amo?

Estas pasiones como oriundas que son de los instintos, las llamarémos *instintivas*, á diferencia de otras que, no figurando de todo punto en la historia de los irracionales, distinguen esclusivamente á la especie humana; á las cuales por lo mismo apellidarémos humanas.

Aquellas son puramente orgánicas ó derivadas de la organizacion animal, pues en efecto, todas suponen un cierto estado de los órganos que con solo removerle se acallan ó estinguen. Así lo observamos en la *tristeza instintiva*, la cual desaparece por la cesasion del mal estar interior que la produjo; la tristeza de las personas enfermizas es de esta clase: si por la influencia de medios higiénicos poderosos para robustecer la máquina recobran el vigor perdido los endebles órganos de la economía, píntase desde luego en sus semblantes risueña jovialidad, y al íntimo sentimiento de una existencia plácida se dilata con nueva fuerza su corazon ántes mustio y oprimido. En casos semejantes es cierto participa el alma del apocamiento del organismo, y por esto sus ideas y pensamientos vienen como á fijarse en todo lo triste, pero la raiz del mal se halla en el cuerpo, y en él es

UNED

donde debe ir á clavarse la benéfica segur de la medicina para cortarlo. Por el contrario *las pasiones humanas*, aun cuando trasciendan al cuerpo por la mutua correspondencia que le traba con el alma, estriban siempre en nuestras ideas y sentimientos morales; y sea cual se quiera la constitucion orgánica individual, encuentran igual cabida en nuestro corazon, como que son afecciones primarias del espíritu que nos anima. El comerciante honrado que contra todos sus cálculos ve malograda una especulacion mercantil en mengua de su buena reputacion y ruina de su casa, cae de improviso en una profunda *tristeza y abatimiento mental*, si ya no es que la desesperacion le arrebata al ciego frenesí; tristeza hija puramente de las ideas ó sentimientos de honor que le dominan, á par que del juicio que al recibir la infausta nueva, se ha formado de su apurada situacion: nada, absolutamente nada tiene que ver con la pasion que le abate el estado ó estructura particular de sus órganos: el remedio á su afeccion debe de ser todo moral, y dirijirse al espíritu precisamente, dándole seguridades de ver pronto á cubierto su honor y reparada su fortuna; y si alguna enfermedad hay que combatir, es meramente consecutiva y subordinada á la pasion contristante. *La alegría*.... ¿será siempre una pasion instintiva derivada solo del temperamento armónico, en que todos los sólidos y flúidos del cuerpo guardan el ritmo mas perfecto de equilibrio en las funciones? no: dáse tambien una alegría toda del corazon; *alegría nacional* vinculada á la intelijencia y sometida á su direccion inmediata. De muy diversa especie es la alegría del cordero que trisca en la montaña, la del ave que canta sus amores desde un tálamo de follaje, la del niño que travesea jugueton en la campiña, de la alegría del caduco anciano al verse rodeado de los hijos de sus hijos, de la de los amigos al encontrarse

UNED

despues de una larga separacion; de la que siente el criminal en su corazon renovado por la divina gracia y la verdadera penitencia... ¡Ah! ¿cómo seria posible, si no fuese tan cierto por desgracia, que la filosofía incrédula seca y estereliza el corazon; cómo seria posible, repetimos, que hombres, tenidos por espíritus superiores, no reconociesen en fuerza de un *íntimo sentimiento* una diferencia *esencial* entre la alegría indicada en los tres primeros ejemplos y la que contrasta con ella en los segundos? Y en efecto, la alegría del niño, como la del avecilla y el cordero, tiene su orígen y su base en la organizacion material cuya sensibilidad se ejercita con placer en los goces que ha proporcionado naturaleza á cada especie, á cada sentido, á cada edad: goces que todos los séres animados alcanzan por medio de sensaciones materiales en el cumplimiento maquinal de las leyes instintivas del crecimiento y conservacion individual y de la propia especie. Sí, todos los animales tienen sus placeres en el círculo de una vida puramente física: solo el hombre goza y se alegra apoyado en sus ideas, en la probidad, en la meditacion, en cuanto forma su moral, esa unidad espiritual que en vano se busca, ni en el animal mas parecido á él en las formas esteriores ú orgánicas cual es el *orangutan*. Y sino, considérese lo que pasa en los sugetos del ejemplo que forma el segundo término del contraste arriba propuesto. El venerable anciano cercado de dos generaciones, de cuyos brazos va á desprenderse en breve al borde del sepulcro, ¿no alimentará su imaginacion con las ideas de su pasada edad florida; de las semejanzas físicas y morales, como de los ejemplos y consejos que lega á su posteridad, en la cual presiente revivir ó no perecer jamás? en una palabra, ¿al espejarse en sus hijos y en sus nietos, no revolverá en su espíritu meditabundo las afecciones preté-

UNED

ritas con las presentes, y con unas y otras los presentimientos y las esperanzas? y dígase francamente, ¿qué parte tiene la organizacion en estas meditaciones? Como la virtud le inspire, igual aparece todo hombre en aquella situacion social, sea cual fuese su temperamento; hállese su salud robusta ó deteriorada; tenga esta ó la otra configuracion su cráneo; ora habite entre los trópicos, ora tenga su cuna y su morada en las regiones boreales. ¿Y porqué esta identidad bajo tan diversas circunstancias orgánicas? porqué el espíritu, cuando trabaja sobre sí mismo, esto es, cuando reflexiona, para nada obedece á los estímulos del cuerpo que le circunda, y por lo mismo las modificaciones de este en nada influyen, le son indiferentes. La alegría de la paternidad, la de la amistad, la de la esposa del Crucificado, la del arrepentimiento cristiano, es obra inmediata del espíritu, llevado del convencimiento que tiene de lo bueno, de lo bello y de consiguiente de lo amable del objeto en quien aquellos afectos se terminan, y por lo mismo pertenecen al rango de pasiones humanas: hácense sentir sin diferencia en todas las latitudes, con todas las complexiones, con todas las variedades normales de configuracion y estructura de nuestros órganos. Pasemos al exámen analítico de otras afecciones.

La *nostalgia*, ó sea pasion triste nacida de la falta que en un pais estraño se siente de los objetos que apegan á la tierra natal, puede ser pasion *instintiva* puramente derivada del desconsuelo de los órganos, digámoslo así, por echar ménos aquellos estímulos ó sensaciones materiales á que se habituaron en el suelo patrio desde el nacimiento; y por esta razon la padecen tambien la mayor parte de los irracionales. Pero muchas veces es en el hombre afeccion pendiente de las ideas y sentimientos morales; y en consecuen-

UNED

cia, verdadera pasion humana. Aquella simplicidad de trato que enjendra casi esclusivamente las afecciones sociales de familia; la limitacion que á la idea de *patria* pone una vida *parásita*, ó sin cambios de localidad; claro es que deberán creer en nosotros una disposicion á contraer la nostalgía, como es claro tambien que tiene el alma la iniciativa entónces en esta disposicion, toda intelectual por el concepto que hemos formado del objeto *patria*, y moral por los sentimientos de afecto y de deber que nos ligan á una sociedad mas ó ménos reducida, fuera de cuyo seno se nos vuelve amarga la existencia. No deberá estrañarse, pues, que la pasion de que hablamos la sufran con mas frecuencia los isleños y lugareños que los continentales y ciudadanos: los salvajes que los civilizados. En confirmacion de nuestro aserto no podemos ménos de traer aquí oportunamente la historia de aquel jóven marinero que nacido á bordo, sin jamás haber saltado del buque que le vió nacer, se desesperaba á la simple amenaza que para contenerle en su deber se le hacia de sacarle á tierra: ¿porqué le aflijia aquella amenaza, sino porque le aferraban al amigo bajel así la idea ó preocupacion, si se quiere, de que su patria terminaba en la orla del navío, como el afecto á la vida monótona y aislada de grumete? No eran seguramente sus órganos, sino su alma reflexionando sobre los bienes que temia perder, el causante de su pesadumbre. Y tal es la *nostalgía razonada* pasion propiamente humana.

.....*Celos.* Bajo esta palabra tomada en sentido trasladado, designamos *el temor de que se nos falte á cualesquiera obsequios y atenciones, aplicándose á otro, ó á otras.* Es esta pasion muy dominante entre la turba de cortesanos y aduladores que solo viven y se alimentan de las ideas y planes de predominio que aspiran por todos me-

UNED

dios á la privanza de los magnates y de los príncipes, y sacrifican á este loco afan su tranquilidad, interrumpida á cada instante, apénas miran acercarse otro á solicitar el acceso y las mercedes del ídolo que adoran. Hállese el hombre complexionado como se quiera, como quiera que esté modificada la textura de su organismo: siempre que respire en la admósfera de las pretensiones é intrigas, no se verá exento de esta pasion roedora: las ideas fácilmente torcidas del honor y propio valer, bajo cuya influencia se enciende, le sojuzgarán sin remedio. ¿Y habrá, segun este orígen, quien vacile en caracterizarla de pasion humana?

Temor, timidez. Con el primero de estos nombres se significan dos afectos ó pasiones muy diversas, una por la cual todo animal pierde su sosiego del momento y vuelve la espalda á la vista de objetos ó al oir sonidos para él amenazadores, á cuya accion le impele el ciego instinto de su propia conservacion: y supuesto que igual instinto rije al hombre, tambien en él cabrá el temor, bajo este sentido como en el último de los irracionales: pero en él, como en estos, pueden existir diferentes grados de la pasion medrosa, conforme á los grados en que posean la disposicion orgánica instintiva á temer, disposicion á la que llamamos *timidez*. Los vivientes mas tímidos suelen ser los mas débiles; y por esto la timidez se reconoce entre los caractéres de las personas y animales de una organizacion delicada; se encuentra mas desarrollada en la infancia y decrepitud que en la adolescencia y virilidad; mas en el sexo femenino que en el masculino... Es claro, pues, que el temor orijinario de esta disposicion del organismo deberá mirarse como pasion *instintiva*. Hay empero otro temor, hijo de la prevision y la prudencia, el cual hace al hombre retraerse de un intento y reconocer peligros en llevarle á

cabo, por un juicio comparativo que ha formado entre su situacion particular y las dificultades ciertas ó probables, presentes ó venideras, en determinados actos y circunstancias. Por consiguiente se apoya en una operacion de la inteligencia, induciéndonos tal fundamento á saludar la pasion propiamente *humana*.

Cólera. Hay la puramente animal ó instintiva, así como hay otra enteramente racional ó humana. Veamos que es lo que pasa en la primera. Una impresion cualquiera que hiere y escita de un modo desagradable el sensorio, concitando involuntaria y tumultuariamente el corazon, y órganos activos del movimiento, pone en un instante al animal en una actitud amenazadora contra el objeto de quien le vino aquella primera sensacion; constituyendo, para decirlo así, una verdadera alarma de las fuerzas propias contra la estraña que irritó de una manera instantánea, desconocida, el centro orgánico de la sensibilidad ó el célebro. Así que esta cólera es oriunda de las antipatías orgánicas ó instintivas. Véase, por ejemplo, la genial antipatía que ensaña el perro contra el gato y al reves; la del mastin contra el lobo: la que encoleriza á un hombre iracundo contra un flemático. Examínese que parte tiene el espíritu en este último caso, y se verá que es la misma que en los dos anteriores, en los tres y en otros análogos no reconoce otro orígen el rapto de cólera sino una sensacion ciega, maquinal, á la que sigue la exaltacion de los aparatos sensitivo, circulatorio y muscular con la misma celeridad que al rayo y el trueno. ¿Cuán diversa es la genealogía y filiacion de la cólera propiamente humana? demostrémoslo. No son, en efecto, los sonidos... mas breve, no son las sensaciones, sino las ideas, los juicios y los raciocinios eslabonados en séries varias, los agentes que la ponen en mo-

UNED

vimiento; siendo, no obstante, ella ya producida, igual en fenómenos vitales ú orgánicos á la puramente animal ó instintiva. Una palabra ó espresion injuriosa no es ofensiva al hombre por los sonidos con que se pronuncia, sino por atacar sus ideas de honor y sus sentimientos mas ó ménos nobles y delicados: tanto mas le aíra cuanto mas la medita, cuantas mas consecuencias contra sí va sacando de ella. Pueden sí reprimirse los afectos visibles de la cólera, como si dijéramos la cólera del cuerpo, pero la espiritual, efecto necesario de la conviccion, y justa siempre que la verdad y la virtud la inspiren, es una llama que solo la vindicacion extingue: esta es la cólera, que en el lenguaje en que nos es lícito hablar de la divinidad, atribuimos á Dios, así como le atribuimos su consecuencia la venganza: llenos están los salmos, llenas las profecías de pasajes donde se le representa bajo los atributos de airado y vengador; y hasta en la persona del manso Jesus nos le retrata el evangelio, vengando enojado con el látigo en la mano la profanacion de la santidad del templo.

Amor. Bajo la aceptacion mas lata de la palabra llámase así aquella pasion que nos inclina, apega y fija á un objeto, material ó espiritual, ya de una manera ciega é instintiva, ya por un procedimiento de nuestra intelijencia. Solo en este último caso es el amor afeccion primaria del espíritu, y como tal propiamente humana.... *El amor divino, la caridad, el patriotismo, la emulacion*, ¿no son todas afecciones que léjos de dispertarse á una voz secreta de los órganos y de tener alguno donde residan, nacen de las inspiraciones del corazon y se elaboran, digámoslo así, por el principio inteligente? Las ideas forman su materia, la reflexion y el convencimiento su actividad, el contento moral y la gloria su término, elementos, agentes y fines que en

UNED

vano se buscarian en la historia de las especies mas perfectas de irracionales, y que en vano se pretenderian esplicar por la parte material de nuestro sér.

El dolor moral que sentimos por las desgracias agenas, el *horror* que nos inspira un asesino, la *ansiedad de la incertidumbre*, ¿serán afectos prohijados por la organizacion, ó partos mas bien del principio inteligente? ¿No alteran ellos nuestra calma interior en razon de una progresion de actos de nuestra intelijencia, ocupada enteramente en las ideas de los objetos que á tales afectos nos mueven? Sin duda. Dolémonos del mal de nuestro prójimo porque reflexionamos sobre la crudeza de sus padecimientos, y poniéndonos en su lugar nos parece casi estarlos esperimentando ya. La vista de un sicario nos perturba y estremece por la representacion que nos hacemos de las víctimas inmoladas y de las que acaso intenta inmolar á su ferocidad, si ya no es que se mezcla tambien el sobresalto de temernos ser otra de tantas. Afanosa congoja agita nuestra mente, sombrías ideas vienen á cruzarse en nuestra inquieta fantasía, reflexiones aciagas sobre eventualidades azarosas fatigan el alma sin cesar, cuando no podemos en el momento descubrir la certidumbre apetecida de un acaecimiento en que libramos nuestra felicidad otramente inasequible. Y si todas estas son funciones que de un modo igual se ejercen en todos los temperamentos, en todos los sexos, así en la juventud como en la vejez, así bajo el cielo nebuloso de Albion, como en el apacible temple de la Grecia con estas ó las otras variedades de configuracion y consistencia de la maza cerebral que tan idénticamente se verifican en todos los hombres; si finalmente, las ideas, las reminicencias, los presentimientos, los deseos y los temores, forman el círculo en ellas de la accion y de la pasion

UNED

de nuestro ánimo, con entera esclusion del estado de nuestros órganos; es indisputable que aquellos afectos nacen del alma, y en el alma se terminan, debiendo por tanto graduarse de puramente *humanos*, inconcebibles del todo si quisieran esplicarse por la organizacion y no por la espiritualidad que nos constituye.

Tedio de la vida. Esta pasion triste, deprimente en sus principios, y en sus resultados á veces exaltante, que á unos conduce á una verdadera manía melancólica ó los hace misántropos, y arrastra á otros sin mas mira que la de acreditarse espíritus fuertes y despreocupados, á buscar un remedio á sus males en la muerte que se procuran con meditacion y calma: esta pasion, decimos, no tiene en los mas otro orígen que uno de aquellos contratiempos, sinsabores y penalidades tan inseparables del individuo y de la sociedad humana: mal sufridos, impacientados, no pueden tolerar la idea comparativa de sus disgustos y afanes con la de los goces y placeres de los venturosos, achacan á mengua propia á sobrevivir á una desgracia: solo la nada del sepulcro, segun discurren, puede curarlos de sus cuitas: y mas cuitados por este discurrir funesto no tienen reparo en lanzarse sobre el acero ó en beber la pócima fatal. Ved aquí el último rasgo de la filosofía moderna, del *proselitismo* romántico; y ved tambien el rapto postrimero del crímen: filosofía y crímen de que estaba reservado al hombre dar ejemplos, demasiado frecuentes por desgracia: filosofía y crímen en que si la organizacion tuvieran parte activa, jamás se hubiera producido, porque contra ella se disparan, la atacan, la hieren, la disuelven; y los instintos orgánicos, no son ni pueden ser, de destruirla, sino de conservarla, pues están destinados á procurarle todo bien y alejar de ella todo mal. Luego en otra potencia

UNED

estraña á la organizacion deberá buscarse el móvil de aquel acto *filosófico-criminal*: y esta potencia no puede ser otra que el alma pervertida por falsos juicios y desastrosas doctrinas. Luego la pasion de que hablamos debe contarse entre las *humanas*, habida razon de sus antecedentes y consecuencias, que unas y otras se encuentran en el entendimiento cegado por el error. = Paremos aquí.

De cuanto va dicho parece podemos concluir: que se verifica en el hombre un órden de emociones suscitadas por las necesidades físicas ú orgánicas; las cuales le son comunes con el mayor número de vivientes animados, y hémoslas designado con el nombre de pasiones instintivas, ó materiales, porque su principio y su fin está en la materia organizada: pero que resultan además en él un segundo órden de emociones, todas inmateriales, espirituales, por lo mismo que tienen su orígen en el sentimiento ó convencimiento moral resultante de las ideas y raciocinios que nos conducen á abrazar ó rechazar objetos determinados bajo miras de moralidad; y á estas emociones las hemos repetidamente calificado de pasiones propiamente humanas: y por último que, así como para esplicar satisfactoriamente las instintivas, tenemos que acudir por necesidad á la organizacion donde está el comun foco de ellas; las humanas al contrario no pueden esplicarse sino por nuestra parte racional de quien son originarias.

Todo lo que es de nuestra organizacion, en la organizacion encuentra la razon de su existencia y entidad. Luego las pasiones propiamente humanas suponen un principio que no es de la organizacion; y este principio es cabalmente lo que entendemos por alma. Luego de estas cuatro palabras sobre el orígen de las pasiones se desprende la existencia en nosotros del principio espiritual que nos hace semejantes á

UNED

Dios; y vistos los efectos que hacidos del espíritu segun hemos probado, nos hacen monstruosos é inferiores á los brutos, se desprende tambien, lo repetimos, la existencia en nosotros del reato de la culpa orijinal, sin cuyo supuesto no puede concebirse como habíamos de caminar al mal, casi se puede decir por instinto, llegando hasta el estremo de atentar contra nuestra vida que invariablemente debiéramos amar sino abrigáramos en nosotros un *fomes* de destruccion: ahora bien, este instinto (permítas enos llamarle así) que socava nuestra naturaleza, no puede venirnos de ella porque es su enemigo; no del Criador porque sus obras no pueden constar de principios contrarios de bien y de mal: así pues no hay otro medio que confesarle impreso en nuestro corazon por un ajente estraño opuesto á nuestra felicidad: y tal es el espíritu de las tinieblas. Donde concluye la razon comienza la revelacion, y los trabajos de la primera conducen á la segunda, pero sin penetrar al sagrado de sus ministerios. Así lo acabamos de ver en este breve ensayo sobre el estudio filosófico de las pasiones: su análisis comparativo nos ha elevado á su diversa filiacion y procedencia, reconociendo en unas el sello de la carne, en otras el del espíritu, y en estas últimas el contraste del bien y del mal, cuyo conocimiento y ejecucion atestiguan la fatal herencia que de un modo tan cierto como incomprehensible nos legaron nuestros primeros padres.

CIL.

LOS CATALANES EN GRECIA.

Luego que los turcos se hubieron enseñoreado de una gran parte de la Asia menor, comenzaron á poner sus pensamien-

UNED

tos en lo de Europa, y en la Romanía, que antiguamente se llamó Thracia. Enfrenólos para algun tiempo y reprimió sus intentos el estrecho del mar Aledaño destas dos provincias: que por lo demás los griegos estaban tan sin fuerzas y ánimo que fácilmente pudieran salir con su pretension: los regalos y deportes de todas suertes tenian abatido el valor de aquella gente. En la paz eran revoltosos, blasonaban largo; pero para la guerra eran muy flacos: propias condiciones de gente cobarde. Considerado pues el gran peligro que las cosas corrian, el emperador Andrónico determinó de ampararse á sí y á su imperio, y valerse de ayudas y socorros de fuera. Los catalanes despues que se asentó en Sicilia la paz entre los príncipes, por no sufrir el reposo como gente acostumbrada á andar siempre en la guerra, dieron en ser cosarios por el mar, y en esto se ejercitaban. Fué llamado de Grecia Rugier de Brindez, el principal capitan de los catalanes, debajo de grandes promesas que aquel emperador le hizo. Era este varon muy insigne en el arte militar, y tenia adquirida gran fama por sus grandes proezas: traia su orígen de Alemania, su padre Ricardo Floro, familiar y continuo del emperador Federico: tuvo en Brindez muchas posesiones, y en servicio de Coradino fué muerto en la batalla de Monfredonia. Su hijo fué primer caballero de la órden de los templarios, despues sirvió á don Fadrique rey de Sicilia en las guerras pasadas, en que mostró su esfuerzo y valentía en muchas ocasiones, y ganó fama y gloria de guerrero, y su nombre fué conocido aun acerca de los estrangeros. Con licencia pues de su rey fué al llamado de los griegos á Constantinopla con una armada de treinta y ocho velas, en que se contaban diez y ocho galeras, mil y quinientos caballos y hasta cuatro mil infantes: pequeño ejército para tan grande empresa, pero todos eran de

UNED

estremado valor, soldados viejos, de grande esperiencia, y los que mantuvieron todo el peso de la guerra en Sicilia y ganaron tantas victorias. Llegada que fué esta armada á Constantinopla, dieron á Rugier por mujer una hija del emperador de Zaura y de una hermana de Andrónico, y el primer lugar y autoridad despues del emperador: añadiéronle á esto, título y nombre de gran capitan, que llamaban Megaduque. Con estos halagos ganaron las voluntades de los catalanes, encendieron sus ánimos en deseo de verse ya con los enemigos: pasaron ya con su armada lo mas cercano de la Asia. En la primera batalla que dieron pasaron á cuchillo tres mil hombres de á caballo de los turcos, y diez mil infantes. Tras esto en la Phrygia y en la Meonia donde se adelantaron, tuvieron otro encuentro con los turcos junto á Philadelphia, ciudad señalada por el rio Pactolo que con hermosas y deleitables riberas la riega: sucedióles tan prósperamente como en la batalla pasada, no fué menor el estrago y matanza de los enemigos. Finalmente junto á Dania, ciudad de la provincia de Sicilia no léjos de la nombrada Epheso, en el estrecho del monte Tauro que llaman Puerta de hierro, trabaron una batalla con los turcos con el mismo esfuerzo y ventura. Estas victorias de presente muy señaladas para adelante fueron muy provechosas, porque se mejoraron de armas, de caballos y dineros de que se hallaban necesitados. La fama que ganaron fué grande, tanto que los naturales cobraron esperanza de destruir por su medio aquella nacion de turcos, y poner la cristiana en su libertad. Verdad es que á mala coyuntura falleció el suegro de Rugier, por cuya muerte los hijos del difunto fueron despojados del estado de su padre por un tío suyo, que se apoderó injustamente por fuerza de aquel imperio. Esto puso en necesidad á Rugier de dar la vuelta, mayor-

UNED

mente que el emperador Andrónico le mandaba tornar. Con su venida en breve sosegó aquella tempestad muy á su gusto: para esto y para todo el progreso de la guerra hizo mucho al caso Berenguel Entenza, caballero catalan, el cual sabido lo que en levante pasaba, acudió con trescientos hombres de á caballo y mil infantes, toda gente escogida. Diéronle luego título de graü capitan, y á Rugier nombre de César, que era la dignidad de mayor autoridad en tiempo de paz y de guerra, que en aquel imperio se podia dar despues del mismo emperador: tan grande que no la dieron á nadie por espacio de cuatrocientos años. Hasta aquí todo procedia muy prósperamente, si la fortuna ó desgracia supiera estar queda sin dar la vuelta que suele de ordinario. Fué así que los griegos tomaron ocasion de aborrecerlos así bien por envidia destas preeminencias que les dieron, como porque los soldados que invernaban en Calípoli, comenzaron á alborotarse so color de que no les pagaban. Derramábanse por la comarca, cometian robos, violencias y todo lo ensuciaban con maldades en gran daño de la tierra y peligro suyo y de sus capitanes. La indignacion que desto concibió el emperador fué grande: para vengarse procuraron que Rugier viniese á Adrianópoli con muestra de querer comunicar con él cosas de grande importancia. Llegado que fué, descuidado de semejante traicion, le mataron sin respeto de sus muchas hazañas: así es que mas fuerza tiene una injuria para mover á venganza, que muchos servicios para sosegar el disgusto, porque la obligacion nos es carga pesada, la venganza descarga de cuidados; además que ordinariamente los grandes servicios se suelen recompensar con alguna notable deslealtad. Muerto que fué Rugier, grande multitud de griegos se puso sobre la ciudad de Calípoli; los catalanes se defendieron con gran valor, y no contentos

UNED

con esto, ganaron de los contrarios muchas victorias, particularmente en una batalla les degollaron seis mil de á caballo y veinte mil infantes, los demás huyeron, ganáronles los reales, cosa maravillosa, y que apénas se pudiera creer, si Ramon Montaner que se halló en estos hechos, no lo afirmara en su historia como testigo de vista. Pasó tan adelante Berenguel Entenza en vengar la muerte de Rugier, que llegó con su armada á vista de Constantinopla: taló aquellas marinas, hizo robos de ganados, mató cuantos se le pusieron delante, puso fuego á las alquerías y cortijos de aquella ciudad. A Calojuan hijo del emperador Andrónico que le salió al encuentro, venció y desbarató en una batalla. Llevaban los catalanes en tanto muy bien encaminados sus negocios. En esto una armada de genoveses debajo la conducta de Eduardo Doria llegó á aquellas partes, que fué causa que el partido de los griegos se mejorase y empeorase el de los catalanes. Con muestra de amistad y confederacion, los genoveses se apoderaron de la armada catalana y prendieron á su general Entenza, digno al parecer de aquella desgracia por haber llamado á los turcos en su favor; cosa que siempre se ha tenido por fea entre los cristianos. Quedaba Roberto de Rocafort que estaba en guarda de Calípoli, con cuyo amparo y debajo de su gobierno los catalanes hacian grandes correrías, ganaban muchas victorias, así de los griegos, como de los genoveses. Ensoberbecido Rocafort con estos sucesos, no queria reconocer á ninguno por superior: cometia toda clase de maldades sin que nadie le fuese á la mano. Entenza despues que á cabo de mucho tiempo fué puesto en libertad, acudió á Cataluña donde vendidos muchos lugares heredados de su padre, con el dinero que allegó, aprestó una armada en que otra vez pasó á Grecia. Llegado que fué, Rocafort no le quiso re-

UNED

conocer por superior, de lo que resultaron entre ellos discordias, y armarse el uno al otro celadas. Sabido el peligro que las cosas corrian por la discordia de estos dos capitanes, el rey de Sicilia don Fadrique, por cuya órden pasaron primeramente á levante, envió á don Fernando hijo menor del rey de Mallorca para si por ventura con su autoridad y buena maña pudiese concertar aquellas diferencias. Poco aprovechó esta diligencia: solo les persuadió que pues la comarca de Calípoli la tenian destruida, juntadas sus fuerzas, marchase la vuelta de Nápoles, ciudad que es de la Thracia á los confines de Macedonia, muy principal por su fertilidad y por dos caudalosos rios que junto á ella pasan, es á saber Neso y Estrimon. En este camino los dos capitanes vinieron á las manos: Berenguel Entenza fué muerto en la pelea con otros muchos. Al infante don Fernando fué forzoso dar la vuelta á Sicilia. En el camino fué preso junto á la isla de Negroponte por ciertas galeras francesas que por allí andaban. Con esta armada puso confederacion Rocafort, como el que tenia entendido no podria alcanzar perdon de los aragoneses ni de los sicilianos. Mas era tanta su soberbia, que puesta esta amistad, menospreciaba á los franceses y hacia de ellos poco caso. Por esta causa prendieron á él y á un hermano suyo, y vueltos á Italia, los entregaron en poder de Roberto rey de Nápoles su capital enemigo, y él los mandó encerrar en Aversa. Allí estuvieron con buena guarda hasta tanto que del mal tratamiento murieron: castigo muy merecido por sus maldades. Don Fernando de Mallorca andaba mas libre, porque su prision no era tan estrecha, y poco despues á instancia de los reyes de Aragon y sicilia fué puesto en libertad; llegó á Mecina donde casó con doña Isabel nieta de Luis el postrer príncipe de la Morea, francés de nacion, y que poco ántes falleció sin

UNED

dejar hijo varon. Partidos que fueron de levante los franceses, los catalanes, que todavía quedaban algunos, por do quiera que iban todo lo asolaban. Sucedió que Gualtero de Brena duque de Athenas, del linaje de los franceses, tenia guerra con algunos señores comarcanos: este convidó á los catalanes para que le ayudasen: poco les duró la amistad: con color que no les pagaba, se amotinaron, y en cierta refriega, muerto el duque, con la misma furia se apoderaron de la ciudad y la pusieron á saco; verdad es que el nombre del duque de aquella ciudad reservaron por don Fadrique rey de Sicilia. Deseaban que les acudiese, como los que sabian muy bien el riesgo que corrian sino les venia socorro de otra parte. Aceptó pues el rey don Fadrique aquella oferta, y envió gobernadores para las ciudades y capitanes para la guerra, que todavía se continuó con diversos trances que sucedieron. Este estado mandó él despues en su testamento á don Guillen su hijo menor, á este sucedió don Juan su hermano, á don Juan don Fadrique su hijo: por cuya muerte que falleció sin dejar sucesion, recayó este principado en el rey de Sicilia don Fadrique biznieto del primer don Fadrique por cuyo mandado fueron los catalanes á Grecia la primera vez. De aquí los reyes de Aragon se intitulan como reyes que son de Sicilia, duques de Athenas y Neopatria hasta nuestra edad: estados de título solo y sin renta. Fué esta guerra muy señalada por el esfuerzo de los soldados, por las batallas que se dieron, por los diversos trances y sucesos, finalmente por los muchos años que duró, que llegaron á doce no menos. Cosa maravillosa, que se pudiese mantener tan poca gente tan léjos de su tierra, rodeada de tantos enemigos, y dividida entre sí con parcialidades y bandos perpetuos. Esto movió al papa Clemente para que el mismo año que falleció, escribiese al rey de Aragon

UNED

muy apretadamente forzase á los catalanes por sus edictos á salir de Grecia.

MARIANA.

BATALLA DE LEPANTO.

Luego que don Juan de Austria dió vista á la armada enemiga, mandó enarbolar en lo mas alto de su galera la bandera de la santa cruz; y con un cañonazo hizo la señal de que se previniesen todos á la batalla. Inmediatamente entró en una galera mas pequeña, y recorriendo toda la armada, exortó á todos á pelear valerosamente, diciéndoles que en aquel dia se trataba de la suerte de la religion, y de la patria, y de los padres y parientes; que en su diestra llevaban la victoria; y que el no conseguirla seria ignominioso á unos hombres tan fuertes; por lo cual era preciso vencer valerosamente ó perder la vida con honra. Habló en particular á cada una de las naciones, las recordó sus mas heróicas hazañas, y las animó á la pelea. Otro tanto hicieron los generales de las armadas, y al mismo tiempo se publicó por los sacerdotes la induljencia plenaria concedida por el pontífice á todos los que muriesen en tan piadosa empresa. La armada otomana navegaba en forma de media luna con viento en popa; pero la incomodaban mucho los rayos del sol que les daba de frente. Mandaba el ala derecha Mahomet Siroc, la izquierda Uluc-Alí, y el cuerpo del centro Alí. Amurates fué destinado para que sirviese de ausilio con algunas galeras y treinta fragatas que tenian muy pócas fuerzas. Al tiempo mismo de dar el combate, advirtió don Miguel de Moncada el austríaco, que en aquel dia se

UNED

celebraba con mucha devocion la fiesta de nuestra señora de los Remedios en la iglesia de los Trinitarios de Valencia. Como aquel príncipe era tan devoto de la madre de Dios, se encomendó á ella con fervorosa piedad, y habiendo hecho el enemigo la señal de la batalla, le correspodió con un cañonazo. Dispuestas ya todas las cosas, se encaminaron á la pelea. Luego que estuvieron á tiro de cañon, las seis galeazas venecianas descargaron su artillería sobre la armada enemiga, y la desordenaron, haciendo en ella grande estrago, echando á fondo algunas galeras y destrozando otras.

Para evitar los turcos tan terrible ímpetu, y la lluvia de balas que caia sobre ellos, dividieron su armada en muchas escuadras; y juntándose otra vez, acometieron con una feroz gritería, y los nuestros los recibieron con mucho ruido de trompetas. Las naves capitanas trabaron una pelea atroz y sangrienta, y á su ejemplo las galeras se embistieron unas contra otras, con grande estruendo de la artillería. El humo de la pólvora formó una niebla tan espesa, que oscureció enteramente el sol, y el dia parecia noche. Acaeció entónces una cosa admirable, y fué que de repente calmó el viento que soplaba á los turcos por la popa; y levantándose el de poniente, que era favorable á los nuestros, arrojó el humo hácia el enemigo. En el espacio de hora y media fueron rechazados por tres veces los genízaros por los españoles de la capitana, y haciendo en ellos mucha mortandad; pero entrando por la popa otros de refresco en lugar de los heridos, rechazaron á los españoles otras tres veces. Cayó el almirante Alí herido en la frente de un balazo, y los españoles renovaron el combate con mucha gritería; derribaron y destrozaron todo cuanto les servia de estorbo para la victoria: y se apoderaron de la capital enemi-

UNED

ga. Un historiador dice que al tiempo que un español se aceleraba á llevar al austríaco la cabeza de Alí, fué arrojado al mar; pero otros muchos afirman, que se clavó en la punta de una lanza, para que sirviese de espectáculo á todos, y este unánime testimonio me parece digno de mayor crédito. Fueron hechos cautivos los dos hijos de Alí, el uno de diez y siete años, y el otro de trece. Levantóse en toda la armada un gran clamor de los que con ánimo alegre proclamaban la victoria, aunque todavía se peleaba atrozmente en muchos parajes. Todo cuanto se ofrecia á la vista era triste y lastimoso, pues por todas partes solo se oian los gritos de los que peleaban, y los jemidos de los que caian: no se veia otra cosa que muertos, heridos, y sangre, galeras apresadas en gran número y otras despedazadas y echadas á fondo con sus defensores y remeros. Peleaban los venecianos intrépidamente en el ala derecha; pero habiendo sido herido Barbarigo en un ojo con una saeta, se abatieron de tal suerte los ánimos de los soldados, que estuvo muy á pique de ser tomada su galera. El marqués de Santa Cruz conociendo el peligro en que se hallaban sus socios, acudió prontamente al socorro, y reprimió el furor de los enemigos, que ya habian derrotado ocho galeras. Reanimáronse los venecianos con su ejemplo y pelearon con nuevo esfuerzo; y habiéndose mudado la fortuna, se apoderaron de muchas galeras enemigas; otras huyeron hácia tierra, de las cuales encallaron veinte en la playa, y abandonándolas sus tropas, las incendiaron los vencedores. Doria que en el ala izquierda hacia frente á Uluc-Alí para pelear, habia estendido su escuadra (separada de la armada) para evitar que le rodease el enemigo. Este para librarse de la artillería de las galeazas, que tenia mucho alcance, se retiró del lugar de la pelea, y acometiendo repentinamente á

UNED

nuestras galeras dispersas, apresó doce de ellas, con mucho estrago de su jente. La capitana de Malta fué muy mal tratada; perecieron casi todos sus soldados y cincuenta caballeros, y su capitan Justimiani recibió muchas heridas, y perdió la bandera. Pero viendo Uluc que venia contra él la escuadra de Doria, se echó á huir en alta mar para evitar la pelea, y abandonó la presa. Salióle al encuentro don Juan de Cardona con ocho galeras sicilianas; de las que era almirante, para que no quedase impune su audacia. La pelea fué desigual con un enemigo en que se hallaba en muy superiores fuerzas, y Cardona hubiera pagado su temeridad; pero el bárbaro viendo que se dirijia hácia él la escuadra vencedora del austriaco, se puso en fuga á vela y remo dejando libre á Cardona. Los vencedores procuraron seguirle el alcance, mas no pudiendo conseguirlo, se tornaron á recojer los despojos.

A esta feliz batalla se siguió el saqueo de las naves enemigas en las cuales encontraron gran cantidad de oro y plata en moneda, y muchos vestidos y otras cosas de valor. Fueron hechos cautivos siete mil nuevecientos y veinte de los enemigos, sin contar los que ocultó el soldado, y las naves apresadas ciento sesenta y siete, algunas de las cuales quedaron enteramente inútiles; las despedazadas y quemadas pasaron de setenta, y á mas de trece mil cautivos cristianos que estaban al remo fueron puestos en libertad. La armada vencedora perdió diez y siete galeras, y siete mil setecientos cincuenta y seis hombres, y es constante opinion que el número de los enemigos muertos en el combate, abrasados y sumergidos, llegó á treinta y cinco mil. Sucedió esta batalla un domingo á siete de octubre, la que se sostuvo con suma fuerza desde la hora de sexta hasta la de nona, á cuyo tiempo comenzaron á decaer los turcos;

UNED

y desde aquella hora, mas fué una carnicería que un combate. Refiérese que las aguas del mar se tiñeron de sangre, y que todo él se hallaba cubierto de antenas, mástiles, cadáveres y todo género de instrumentos navales.

MARIANA.

FIN DE LA GUERRA DE SUCESION.

En 1711 apesar de sus apuros envió Luis XIV á España un cuerpo de catorce mil hombres que entró en Cataluña y puso sitio á Gerona. La clemencia que mostró el general francés que mandaba aquellas tropas, mucho mas que las operaciones militares, redugeron á Gerona á la obediencia; y viendo que el perdon ofrecido se cumplia, empezaron á calmarse los ánimos de muchos pueblos del principado, entre ellos Vich y todos los del valle de Aran. A la sazon, desalentados los alemanes no opusieron la menor resistencia al duque de Vendoma, que á la cabeza del victorioso ejército español pasó el Segre, entró en Balaguer y otras poblaciones, miéntras que un cuerpo de ejército se apoderaba de casi toda la alta Cataluña, y se daba la mano con los franceses que ocupaban el Ampurdan. Los austríacos con nueve mil hombres, resto de su brillante ejército, se limitaron á poner en estado de defensa las plazas de Barcelona y Tarragona. Supo por entónces el archiduque Cárlos que acababa de morir sin sucesion su hermano el emperador de Alemania, y dejó la Cataluña para ponerse á la cabeza del imperio.

En 1713, Starembergh dió principio á la campaña poniendo cerco á Gerona. Sin embargo, enviaron los franceses catorce mil hombres á las órdenes del duque de Ber-

UNED

wich, que obligaron á los austríacos á levantar el sitio y á retirarse á Barcelona. Por este tiempo se firmó la paz en Utrecht. Convínose que se restituirian á Luis XIV varias plazas de la Flándes francesa, entre ellas la importante de Lila; se reconoció á Felipe V por rey de España y de las Indias con la condicion de que cedia este Gibraltar y Menorca á los ingleses, la Sicilia al duque de Saboya, Namur y el Luxemburgo al elector de Baviera, y los reinos de Nápoles, Cerdeña y el ducado de Milan, á la casa de Austria. Obligáronse los alemanes á evacuar la Cataluña, y se concedió además á los ingleses que fuesen los únicos que pudiesen vender negros en la América española. A consecuencia de este tratado Starembergh evacuó la plaza de Tarragona, y dió en ella entrada á las tropas de Felipe V. En Barcelona no le fué posible hacer lo mismo, porque hubiera tenido lugar una lucha con los habitantes en que seguramente no hubiera llevado lo mejor. Además, interesábale á Starembergh descartarse de una parte de sus tropas que ya por entónces no necesitaba el imperio, y permitió que se alistasen secretamente para quedar á sueldo de los catalanes. Estos pues persistieron en no querer conocer á Felipe V, antes se prepararon para hacer una resistencia tenaz. Felipe V reunió entónces cuantas tropas tenia en España, y las dirigió sobre Cataluña al mando del duque de Pópoli. Apoderóse este de varios puntos fortificados en la montaña, y solo quedaban ya á los catalanes las plazas de Cardona y de Barcelona. Adelantóse el duque de Pópoli, y puso sitio á la capital del principado, miéntras Felipe estaba reuniendo córtes, en las que estableció la constitucion ó pragmática á la que se ha dado el nombre de ley Sálica, y que es un documento histórico á que se dió sancion en aquella época para remover toda sospecha de que pudiese un mo-

UNED

narca estrangero venir á reinar en España. En 1714 concluyeron y firmaron la paz en Rastadt Luis XIV y el emperador de Austria, eligiendo por plenipotenciarios al mariscal de Villars y al príncipe Eugenio que tanta gloria habia adquirido; estipulóse que el emperador de Austria entrase en posesion de todos los países bajos que ántes de la guerra de sucesion pertenecian á la España. En esta no estaba aun terminada la discordia civil, pues se defendia aun obstinadamente la plaza de Barcelona. Animaba la desesperacion á los catalanes, pues despues de haber hecho los mayores sacrificios para sostener al archiduque, se veian abandonados á su propia suerte. En vano sitiaba la capital el duque de Pópoli: Felipe conoció que sería larga la lucha si no reclamaba ausilios de su abuelo. Envióle este veinte mil hombres mas al mando del duque de Berwick; y á pesar de esto y de que una numerosa escuadra bloqueaba el puerto de Barcelona, defendíanse los catalanes como á leones. Viejos, niños, mujeres, y aun sacerdotes, (dolor dá el decirlo!) se armaban con un entusiasmo digno de los tiempos de Numancia, hacian frecuentes salidas que causaban considerables pérdidas á los sitiadores, y se hacian matar con furor y con encarnizamiento. Sufrieron un bombardeo horroroso; rechazaron con teson inaudito muchos asaltos, y en el asalto general pusieron el colmo á su intrepidez y denuedo, que se hubiera llamado heroismo si hubiera triunfado la casa de Austria. Dueño Berwick de las murallas y de media ciudad, creyó que esta era suya: pero en aquel momento volvieron á acometerle los barceloneses, le rechazaron hasta la trinchera, y allí hubieran triunfado á no llegar en aquel trance batallones franceses de refuerzo. Al fin tuvieron que rendirse los defensores despues de haber muerto á mas de cuatro mil asaltantes, y de haber

UNED

perdido otro tanto de gente. Hubo quien aconsejó á Felipe que arrasase la ciudad: pero si se arrasa, dice un historiador, un pueblo pequeño como Játiva, no se hace lo mismo con una ciudad rica y grande como Barcelona. Además, los que tal aconsejaron conocian muy poco el carácter catalan, pues tan bárbara accion hubiera solo logrado levantar en masa toda la Cataluña para acabar con quien tan cruel se hubiese mostrado.

MARIANA.

DOS DE MAYO.

Amaneció el dos de mayo, dia de amarga recordacion, de luto y desconsuelo, cuya dolorosa imágen nunca se borrará de nuestro afligido y contristado pecho. Un présago é inexplicable desasosiego pronosticaba tan aciago acontecimiento, ó ya por aquel presentir obscuro que á veces antecede á las grandes tribulaciones de nuestra alma, ó ya mas bien por la esparcida voz de la prócsima partida de los infantes. Esta voz y la suma inquietud escitada por la falta de dos correos de Francia, habian llamado desde muy temprano á la plazuela de palacio numeroso concurso de hombres y mujeres del pueblo. Al dar las nueve subió en un coche con sus hijos la reina de Etruria, mirada mas bien como princesa estrangera que como propia, y muy desamada por su continuo y secreto trato con Murat: partió sin ponérsele resistencia. Quedaban todavía dos coches, y al instante corrió por la multitud que estaban destinados al viaje de los dos infantes don Antonio y don Francisco. Por instantes crecia el enojo y la ira, cuando al oir de la

UNED

boca de los criados de palacio que el niño don Francisco lloraba y no queria partir, se enternecieron todos, y las mujeres prorumpieron en lamentos y sentidos sollozos. En este estado y alterados mas y mas los ánimos, llegó á palacio el ayudante de Murat, Mr. Augusto Lagrange, encargado de ver lo que allí pasaba, y de saber si la inquietud popular ofrecia fundados temores de alguna conmocion grave. Al ver el ayudante, conocido como tal por su particular uniforme, nada grato á los ojos del pueblo, se persuadió este que era venido allí para sacar por fuerza á los infantes. Siguióse un general susurro, y al grito de una mujerzuela: *que nos los llevan*, fué embestido Mr. Lagrange por todas partes, y hubiera perecido á no haberle escudado con su cuerpo el oficial de walonas don Miguel Desmaisieres y Flores; mas subiendo de punto la gritería, y ciegos todos de rabia y desesperacion, ambos iban á ser atropellados y muertos si afortunadamente no hubiera llegado á tiempo una patrulla francesa, que los libró del furor de la embravecida plebe. Murat prontamente informado de lo que pasaba, envió sin tardanza un batallon con dos piezas de artillería: la proximidad á palacio de su alojamiento facilitaba la breve ejecucion de su órden. La tropa francesa llegada que fué al paraje de la reunion popular, en vez de contener el alboroto en su oríjen, sin previo aviso ni determinacion anterior, hizo una descarga sobre los inmensos corrillos, causando así una general dispersion, y con ella un levantamiento en toda la capital, porque derramándose con celeridad hasta por los mas distantes barrios los prófugos de palacio, cundió con ellos el terror y el miedo, y en un instante y como por encanto se sublevó la poblacion entera.

Acudieron todos á buscar armas, y con ansia á falta de

UNED

buenas, se aprovechaban de las mas arrinconadas y enmohecidas. Los franceses fueron impetuosamente acometidos por do quiera que se les encontraba. Respetáronse en general los que estaban dentro de las casas ó iban desarmados, y con vigor se ensañaron contra los que intentaban juntarse con sus cuerpos ó hacian fuego. Los hubo que arrojando las armas é implorando clemencia se salvaron, y fueron custodiados en paraje seguro. ¡Admirable generosidad en medio de tan ciego y justo furor! El gentío era inmenso en la calle mayor de Alcalá, de la Montera y de las Carretas. Durante algun tiempo los franceses desaparecieron, y los inexpertos madrileños creyeron haber alcanzado y asegurado su triunfo; pero desgraciadamente fué de corta duracion su alegría.

Los estrangeros prevenidos de antemano, y estando siempre en vela, recelosos por la pública agitacion de una populosa ciudad, apresuradamente se abalanzaron por las calles de Alcalá y carrera de san Gerónimo barriéndola con su artillería, y arrollando á la multitud la caballería de la guardia imperial á las órdenes del gefe de escuadron Daumesnil. Señaláronse en crueldad los lanceros polacos y los mamelucos, los que conforme á las órdenes de los generales de brigada Guillot y Daubrai forzaron las puertas de algunas casas, ó ya porque desde dentro hubiesen tirado, ó ya porque así lo fingieron para entrarlas á saco y matar á cuantos se les presentaban. Así asaltaron entre otras la casa del duque de Hijar en la carrera de san Gerónimo, arcabucearon delante de sus puertas al anciano portero. Estuvieron tambien prócsimos á esperimentar igual suerte el marqués de Villamejor y el conde de Talara, aunque no habian tomado parte en la sublevacion. Salvárонlos sus alojados. El pueblo combatido por todas partes

UNED

fué rechazado y disperso, y solo unos cuantos siguieron defendiéndose, y aun atacaron con sobresaliente bizarría. Entre ellos los hubo que vendiendo caras sus vidas, se arrojaron en medio de las filas francesas, hiriendo y matando hasta dar el postrer aliento: hubo otros que parapetándose en las esquinas de las calles, iban de una en otra haciendo continuado y mortífero fuego: algunos tambien en vez de huir, aguardaban á pié firme, ó asestaban su último y furibundo golpe contra el gefe ú oficial conocido por sus insignias. ¡Estériles esfuerzos de valor y personal denuedo!

La tropa española permanecia en sus cuarteles por órden de la junta y del capitan general don Francisco Javier Negrete, furiosa y encolerizada, mas retenida por la disciplina. Entretanto paisanos sin resguardo ni apoyo se precipitaron al parque de artillería, en el barrio de las Maravillas, para sacar los cañones y resistir con mas ventaja. Los artilleros andaban dudosos en tomar ó no parte con el pueblo, á la misma sazon que cundió la voz de haber sido atacado por los franceses uno de los otros cuarteles. Decididos entónces y puestos al frente don Pedro Velarde y don Luis Daoiz, abrieron las puertas del parque, sacaron tres cañones y se dispusieron á rechazar al enemigo, sostenidos por los paisanos y un piquete de infantería á las órdenes del oficial Ruiz. Al principio se cojieron prisioneros algunos franceses, pero poco despues una columna de estos de los acantonados en el convento de San Bernardino se avanzó mandada por el general Lefranc, trabándose de ambos lados una porfiada refriega. El parque se defendió valerosamente, menudearon las descargas, y allí quedaron tendidos número crecido de enemigos. De nuestra parte perecieron bastantes soldados y paisanos: el oficial Ruiz fué

UNED

desde el principio gravemente herido. Don Pedro Velarde feneció atravesado de un balazo : y escaseando ya los medios de defensa con la muerte de muchos, y aproximándose denodadamente los franceses á la bayoneta, comenzaron los nuestros á desalentar, y quisieron rendirse. Pero cuando se creia que los enemigos iban á admitir la capitulacion, se arrojaron sobre las piezas, mataron á algunos, y entre ellos traspasaron desapiadadamente á bayonetazos á don Luis Daoiz, herido antes en un muslo. Así terminaron su carrera los ilustres y beneméritos oficiales Daoiz y Velarde : honra y gloria de España, dechado de patriotismo, servirán de ejemplo á los amantes de la independencia y libertad nacional. El reencuentro del parque fué el que costó mas sangre á los franceses, y en donde hubo resistencia mas ordenada.....

Retirados los españoles, todas las bocacalles y puntos importantes fueron ocupados por los franceses, situando particularmente en las encrucijadas cañones con mecha encendida.

Aunque sumidos todos en dolor profundo, se respiraba algun tanto con la consoladora idea de que por lo ménos haria pausa la desolacion y la muerte. ¡Engañosa esperanza! A las tres de la tarde una voz lúgubre y espantosa empezó á correr con la celeridad de un rayo. Afirmábase que españoles tranquilos habian sido cojidos por los franceses y arcabuceados junto á la fuente de la puerta del Sol y la iglesia de la Soledad, manchando con su inocente sangre las gradas del templo. Apénas se daba crédito á tamaña atrocidad, y conceptuábanse falsos rumores de ilusos y acalorados patriotas. Bien pronto llegó el desengaño. En efecto, los franceses despues de estar todo tranquilo habian comenzado á prender á muchos españoles, que en virtud de las promesas cre-

UNED

yeron poder acudir libremente á sus ocupaciones. Prendiéronlos con pretesto de que llevaban armas: muchos no las tenian, á otros solo acompañaba ó una navaja ó unas tijeras de su uso. Algunos fueron arcabuceados sin dilacion, otros quedaron depositados en la casa de correos y en los cuarteles. Las autoridades españolas fiadas en el convenio concluido con los gefes franceses, descansaban en el puntual cumplimiento de lo pactado. Por desgracia fuímos de los primeros á ser testigos de su ciega confianza. Llevados á casa de don Arias Mon, gobernador del consejo, con deseo de librar la vida á don Antonio Oviedo, quien sin motivo habia sido preso al cruzar de una calle, nos encontramos con que el venerable anciano rendido al cansancio de la fatigosa mañana, dormia sosegadamente la siesta. Enlazados con él por relaciones de paisanaje y parentesco, conseguimos que se le dispertase, y con dificultad pudimos persuadirle de la verdad de lo que pasaba, respondiendo á todo que una persona como el gran duque de Berg, no podia descaradamente faltar á su palabra, ¡tanto repugnaba el falso proceder á su acendrada probidad! Cerciorado al fin, procuró aquel digno magistrado reparar por su parte el grave daño, dándonos tambien á nosotros en propia mano la órden para que se pusiese en libertad á nuestro amigo. Sus laudables esfuerzos fueron inútiles, y en balde fueron nuestros pasos en favor de don Antonio Oviedo. A duras penas penetrando por las filas enemigas con bastante peligro, de que nos salvó el hablar la lengua francesa, llegamos á la casa de correos donde mandaba por los españoles el general Sesti. Le presentamos la órden del gobernador, y friamente nos contestó que para evitar las continuadas reclamaciones de los franceses, les habia entregado todos sus presos y puéstolos en sus manos: así aquel italiano al servicio de España retribuyó á su

adoptiva patria los grados y mercedes con que le habia honrado. En dicha casa de correos se habia juntado una comision militar francesa con apariencias de tribunal; mas por lo comun sin ver á los supuestos reos, sin oirles descargo alguno ni defensa los enviaba en pelotones unos en pos de otros para que pereciesen en el Retiro ó en el Prado. Muchos llegaban al lugar de su horroroso suplicio ignorantes de su suerte; y atados de dos en dos, tirando los soldados franceses sobre el monton, caian ó muertos ó mal heridos, pasando á enterrarlos cuando todavía algunos palpitaban. Aguardaron á que pasase el dia para aumentar el horror de la trágica escena. Al cabo de veinte años nuestros cabellos se erizan todavía al recordar la triste y silenciosa noche, solo interrumpida por los lastimeros ayes de las desgraciadas víctimas, y por el ruido de los fusilazos y del cañon que de cuando en cuando y á lo léjos se oia y resonaba. Recojidos los madrileños á sus hogares lloraban la cruel suerte que habia cabido ó amenazaba al pariente, al deudo ó al amigo. Nosotros nos lamentábamos de la suerte del desventurado Oviedo, cuya libertad no habíamos logrado conseguir, á la misma sazon que pálido y despavorido le vimos impensadamente entrar por las puertas de la casa en donde estábamos. Acababa de deber la vida á la generosidad de un oficial francés, movido de sus ruegos y de su inocencia, expresados en la lengua extraña con la persuasiva elocuencia que le daba su crítica situacion. Atado ya en un patio del Retiro, estando para ser arcabuceado, le soltó, y aun no habia salido Oviedo del recinto del palacio cuando oyó los tiros que terminaban la larga y horrorosa agonía de sus compañeros de infortunio. Me he atrevido á entretejer con la relacion general un hecho que si bien particular, da una idea clara y verdadera del modo bárbaro y cruel

UNED

con que perecieron muchos españoles, entre los cuales habia sacerdotes, ancianos y otras personas respetables. No satisfechos los invasores con la sangre derramada por la noche, continuaron todavía en la mañana siguiente pasando por las armas á algunos de los arrestados la víspera, para cuya ejecucion destinaron el cercado de la casa del príncipe Pio. Con aquel sangriento suceso se dió correspondiente remate á la empresa comenzada el 2 de mayo, dia que cubrirá eternamente de baldon al caudillo del ejército francés que friamente mandó asesinar, atraillados sin juicio ni defensa á inocentes y pacíficos individuos. Léjos estaba entónces de prever el orgulloso y arrogante Murat, que años despues cojido, sorprendido y casi atraillado tambien á la manera de los españoles del 2 de mayo, seria arcabuceado sin detenidas formas, y apesar de sus reclamaciones, ofreciendo en su persona un señalado escarmiento á los que ostentan hollar impunemente los derechos sagrados de la justicia y de la humanidad. TORENO.

INSURRECCION GENERAL CONTRA LOS FRANCESES.

Encontrados afectos habian ajitado durante dos meses á las vastas provincias de España. Tras la alegría y el júbilo, tras las esperanzas tan lisonjeras como rápidas de marzo habian venido las zozobras, las sospechas, los temores de abril. El dos de mayo habia llevado consigo á todas partes el terror y el espanto, y al propagarse la nueva de las renuncias, de las perfidias y torpes hechos de Bayona, un grito de indignacion y de guerra lanzándose con

UNED

admirable esfuerzo de las cabezas de provincia, se repitió y cundió resonando por caserías y aldeas, por villas y ciudades. A porfía las mujeres y los niños, los mozos y los ancianos arrebatados de fuego patrio, llenos de cólera y rabia, clamaron unánime y simultáneamente por pronta, noble y tremenda venganza. Renació España, por decirlo así, fuerte, vigorosa, denodada, y renació recordando sus pasadas glorias; y sus provincias conmovidas, alteradas y enfurecidas se representaban á la imajinacion como las describia Veleyo Patérculo, *tam diffusas, tam frequentes, tam feras.* El viajero que un año ántes pisando los anchos campos de Castilla hubiese atravesado por medio de la soledad y desamparo de sus pueblos, si de nuevo ahora hubiese vuelto á correrlos, viéndolos llenos de jente, de turbacion y afanosa dilijencia, con razon hubiera podido achacar á májica trasformacion mudanza tan estraordinaria y repentina. Aquellos moradores como los de toda España, indiferentes no habia mucho á los negocios públicos, salian ansiosamente á informarse de las novedades y ocurrencias del dia, y desde el alcalde hasta el último labriego embravecidos y airados, estremeciéndose con las muertes y tropelías del estrangero, prorumpian al oirlas en lágrimas de despecho. Tan cierto era que aquellos nobles y elevados sentimientos, que enjendraron en el siglo décimo sexto tantos portentos de valor y tantas y tan inauditas hazañas, estaban adormecidos, pero no apagados en los pechos españoles, y al dulce nombre de patria, á la voz de su rey cautivo, de su religion amenazada, de sus costumbres holladas y escarnecidas, se despertaron ahora con viva y recobrada fuerza. Cuanto mayores é inesperados habian sido los ultrajes, tanto mas terrible y asombroso fué el público sacudimiento. La historia no nos ha transmitido ejemplo

UNED

mas grandioso de un alzamiento tan súbito y tan unánime contra una invasion extraña. Como si un premeditado acuerdo, como si una suprema intelijencia hubiera gobernado y dirigido tan gloriosa determinacion, las mas de las provincias se levantaron espontáneamente casi en un mismo dia, sin que tuviesen muchas noticias de la insurreccion de las otras, y animados todos de un mismo espíritu exaltado y heróico. A resolucion tan magnánima fué estimulada la nacion española por los engaños y alevosías de un falso amigo, que con capa de querer regenerarla, desconociendo sus usos y sus leyes, intentó á su antojo dictarle otras nuevas, variar la estirpe de sus reyes, y destruir así su verdadera y bien entendida independencia, sin la que desmoronándose los estados mas poderosos, hasta su nombre se acaba y lastimosamente perece.

TORENO.

INSURRECCION DE CATALUNA.

«Cataluña, como dice Melo, una de las provincias de »mas primor, reputacion y estima que se halla en la gran- «de congregacion de estados y reinos de que se formó la «nacion española» levantó erguida su cerviz humillada por los que con fementido engaño habian ocupado sus principales fortalezas. Mas desprovistos los habitantes de este apoyo, sobre todo del de Barcelona, grande é importante por el armamento, vestuario, tropa, oficialidad y abundantes recursos que en su recinto se encerraban, faltóles un centro de donde emanasen con uniforme impulso las pro-

UNED

videncias dirijidas á conmover las ciudades y pueblos de su territorio. No por eso dejaron de ser portentosos sus esfuerzos, y si cabe en ellos y en admirable constancia sobrepujó á todas la belicosa Cataluña. Solamente obstruida y cortada por el ejército enemigo, tuvo al pronto que levantarse desunida y en separadas porciones, tardando algun tiempo en constituir una junta única y general para toda la provincia.

Las conmociones empezaron á últimos de mayo y al entrar en junio. Dentro del mismo Barcelona se desgarraron el 31 de aquel mes los carteles que proclamaban la nueva dinastía. Hubo tumultuosas reuniones, andúvose á veces á las manos, y resultaron muertes y otros disgustos. Los franceses se inquietaron bastantemente, ya por lo populoso de la ciudad, y ya tambien porque el vecindario amotinado hubiera podido ser sostenido por 3500 hombres de buena tropa española, que todavía permanecian dentro de la plaza, y cuyo espíritu era del todo contrario á los invasores. Sin embargo acalláronse allí los alborotos, pero no en las poblaciones que estaban fuera del alcance de la garra francesa.

Habia Duhesme su general pensado en hacerse dueño de Lérida para conservar francas sus comunicaciones con Zaragoza. Consiguió al efecto una órden de la junta de Madrid, ya no débil, pero sí culpable, la cual ordenó la entrega á la tropa estrangera. Cauto sin embargo el general francés, envió por delante al rejimiento de Estremadura, que no pudiendo como español despertar las sospechas de los leridanos, le allanase sin obstáculo la ocupacion. Penetraron no obstante aquellos habitantes intencion tan siniestra, y haciendo en persona la guardia de sus muros, rogaron á los de Estremadura que se quedasen afuera. Con gusto condes-

UNED

cendieron estos aguardando en la villa de Tárrega favorable coyuntura para pasar á Zaragoza, en cuyo sitio se mantuvieron firmes apoyos de la causa de su patria. Lérida por tanto fué la que primero se armó y declaró ordenadamente. Al mismo tiempo Manresa quemó en público dos bandos y decretos del gobierno de Madrid. Tortosa luego que fué informada de las ocurrencias de Valencia, imitó su ejemplo, y por desgracia algunos de sus desórdenes, habiendo perecido miserablemente su gobernador D. Santiago de Guzman y Villoria. Igual suerte cupo al de Villafranca del Panadés don Juan de Toda. Así todos los pueblos unos tras de otros ó á la vez se manifestaron con denuedo, y allí el lidiar fué inseparable del pronunciamiento. TORENO.

REFLECCIONES

SOBRE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

Entre estas se ha presentado con mas séquito la de atribuir las conmociones de España al ciego fanatismo, y á los manejos é influjo del clero. Léjos de ser así, hemos visto como en muchas provincias el alzamiento fué espontáneo, sin que hubiera habido móvil secreto; y que si en otras hubo personas que aprovechándose del espíritu general trataron de dirijirle, no fueron clérigos, ni clases determinadas, sino indistintamente individuos de todas ellas. El estado eclesiástico cierto que no se opuso á la insurreccion, pero tampoco fué su autor. Entró en ella como toda la nacion, arrastrado de un honroso sentimiento patrio, y no impelido por el inmediato temor de que se le despojase de sus

UNED

bienes. Hasta entónces los franceses no habian en esta parte dado ocasion á sospechas, y el clero español ántes de los sucesos de Bayona, mas bien era partidario de Napoleon que enemigo suyo, considerándole como el hombre que en Francia habia restablecido con solemnidad el culto. Por tanto la resistencia de España nació de odio contra la dominacion estrangera: y el clérigo como el filósofo, el militar como el paisano, el noble como el plebeyo, se movieron por el mismo impulso, al mismo tiempo sin consultar generalmente otro interés que el de la dignidad é independencia nacional. Todos los españoles que presenciaron aquellos dias de universal entusiasmo, y muchos son los que aun viven, atestiguarán la verdad del aserto. No ménos infundado aunque no tan general, ha sido achacar la insurreccion á conciertos de los ingleses con agentes secretos. Napoleon y sus parciales que por todas partes veian ó aparentaban ver la mano británica, fueron los autores de invencion tan peregrina. Por lo espuesto se habrá notado cuan ageno estaba aquel gobierno de semejante suceso, y cuanto le sorprendió la llegada á Lóndres de los diputados asturianos que fueron los primeros que le anunciaron. Muchas de las costas de España estaban sin buques de guerra ingleses que de cerca observasen ó fomentasen alborotos, y las provincias interiores no podian tener relacion con ellos ni esperar su pronta y efectiva proteccion, y aun en Cádiz en donde habia un crucero, se desechó su ayuda, si bien amistosamente, para un combate en el que por ser marítimo les interesaba con mas especialidad tomar parte. Véase pues si el conjunto de estos hechos dan el menor indicio de que la Inglaterra hubiese preparado el primero y gran sacudimiento de España.

Mas aun careciendo de la copia de datos que muestran lo

UNED

contrario, el hombre meditabundo é imparcial fácilmente penetrará que no era dado ni á clérigos ni á ingleses ni á ninguna otra persona, clase ni potencia por poderosa que fuese, provocar con agentes y ocultos manejos en una nacion entera un tan enérjico, unánime y simultáneo levantamiento. Buscará su oríjen en causas mas naturales, y su atento juicio le descubrirá sin esfuerzo en el desórden del anterior gobierno, en los vaivenes que precedieron, y en el cúmulo de engaños y alevosías con que Napoleon y los suyos ofendieron el orgullo español.

No bastaba á los detractores dar al fanatismo ú á los ingleses el primer lugar en tan grande acontecimiento. Hánse recreado tambien en oscurecer su lustre, exagerando las muertes y horrores cometidos en medio del fervor popular. Cuando hemos referido los lamentables escesos que entónces hubo, cubriendo á sus autores del merecido oprobio, no hemos omitido ninguno que fuese notable. Siendo así, dígasenos de buena fé si acompañaron al tropel de revueltas desórdenes tales que deban arrancar las desusadas esclamaciones en que algunos han prorumpido. Solo pudieran ser aplicables á Valencia y no á la generalidad del reino, y aun allí mismo los escesos fueron inmediatamente reprimidos y castigados con una severidad, que rara vez se acostumbra contra culpados de semejantes crímenes en las grandes revoluciones. Pero al paso que profundamente nos dolemos de aquel estrago, séanos lícito advertir que hemos recorrido provincias enteras sin topar con desman alguno, y todas las otras no llegaron á treinta las personas muertas tumultuariamente. Y por ventura en la situacion de España, rotos los vínculos de la subordinacion y la obediencia, con autoridades que compuestas en general de hechuras y parciales de Godoy eran miradas al soslayo y á veces aborrecidas,

UNED

¿no es de maravillar que desencadenadas las pasiones no se suscitasen mas rencillas, y que las tropelías, multiplicándose, no hubiesen salvado todas las barreras? ¿Merece pues aquella nacion que se la tilde de cruel y bárbara? ¿Qué otra en tan deshecha tormenta se hubiera mostrado más moderada y contenida? Cítesenos una mudanza y desconcierto tan fundamental, si bien no igualmente justo y honroso, en que las demasías no hayan mucho sobrepujado á las que se cometieron en la insurreccion española. Nuestra edad ha presenciado grandes trastornos en naciones apellidadas por escelencia cultas, y en verdad que el imparcial exámen y cotejo de sus escesos con los nuestros no les seria favorable.

TORENO.

SOMATENES.

Es el somaten en Cataluña «un género de socorro, como dice Zurita, repentino y cierto que muchas veces ha sido de grande efecto.» Está conocido de tiempo inmemorial, teniendo que acudir al repique de la campana concejil todos los hombres aptos para las armas en las diversas veguerías ó partidos, segun lo dispone el usage de Barcelona. Fué en este caso no ménos provechoso que en otros antiguos y renombrados. Habia pocas armas, y municiones tan escasas, que careciendo de balas de fusil, se cortaron las barillas de hierro de las cortinas para que supliesen la falta.

Los somatenes de Igualada y Manresa fueron los primeros que se prepararon, y al hijo de un mercader llamado

UNED

Francisco Riera teníasele por principal caudillo. Apostáronse pues, y se escondieron entre los matorrales y arboleda de las alturas del Bruch. Apénas habia pasado la columna francesa las casas que llevan el mismo nombre, y tomada la revuelta que forma el camino real ántes de emparejar con el de Manresa, cuando fué detenida par el inesperado fuego de los encubiertos somatenes. Schwartz despues de un rato de espera embistió á sus contrarios, replegáronse estos, y disputando el terreno á palmos, se dividieron, unos yendo la vuelta de Igualada y otros la de Casa-Masana. Desalojados del último punto y teniéndose por perdidos, apriesa se retiraban, y completa hubiera sido su derrota á no haber afortunadamente Schwartz desistido de perseguirlos. Admirados los manresanos de la suspension del francés, cobraron aliento, y engrosados con el somaten de San Pedor, compuesto de buenos y esforzados tiradores, volvieron de nuevo á la carga. Venia con los recien llegados un tambor quien como mas experto hizo las veces de general en gefe. Vivamente acometieron todos juntos á los franceses de Casa-Masana, los que se recogieron al cuerpo de la columna que comian el rancho á retaguardia.

El número de somatenes crecia por momentos, sus ánimos se enardecian, adquiriendo ventaja sobre los franceses descaecidos con la impensada embestida. Schwartz al ver retirarse su vanguardia, y al ruido de la caja del somaten de San Pedor, persuadióse que tropa de línea auxiliaba al paisanage. Formó entónces el cuadro para evitar ser envuelto, y al cabo de cierto tiempo determinó retroceder á Barcelona. Aunque molestados los enemigos por los somatenes en flanco y retaguardia, llegaron sin desórden hasta Esparraguera.

Los vecinos de esta villa puestos en acecho, y sabiendo

UNED

que los enemigos se retiraban, atajaron la calle larga y angosta que la atraviesa con todo linaje de obstáculos, en especial con muebles y utensilios de casa. Al anochecer se acercaron los franceses, y penetrando en la calle con imprudencia la cabeza de la columna, cayeron en la celada que les estaba armada. De todas partes empezaron á ofenderlos á tejazos y pedradas con algunos escopetazos, y hasta con calderas de agua hirviendo. Schwartz suspendió el paso, y dividiendo su gente en dos trozos, la hizo caminar á derecha é izquierda de la villa. Apretó despues la marcha durante la noche, hostigado incesantemente por los somatenes, los que le cogieron un cañon en la riera de Cabrera, y le acosaron hasta Martorell. No imitaron sus habitantes el ejemplo de los de Esparraguera, y así fuéles permitido á los franceses entrar en Barcelona el 8 de julio; pero tan destrozados y abatidos, que dieron claro indicio de la derrota esperimentada. Su pérdida no dejó de ser considerable, mayormente si se atiende á que fueron acometidos por gente allegadiza y con escasas y malas armas. De los nuestros pocos perecieron, estando siempre amparados del terreno, y protegidos en el alcance por toda la poblacion.

Toca á los catalanes la gloria de haber sido los primeros en España que postraron con feliz éxito el orgullo de los invasores. Fué en efecto la victoria del Bruch la que ántes que ninguna otra mereció ser calificada con tal nombre. Y semejante triunfo, admirable en sus circunstancias, resonando por todo el Principado, escitó noble emulacion en todos sus habitadores, declarándose á porfía los pueblos unos en poz de otros y denodadamente.

TORENO.

UNED

BATALLA DE BAILEN.

Abria Dupond la marcha con 2,600 combatientes, mandando Barbon la columna de retaguardia. Ni franceses ni españoles se imaginaban estar tan cercanos: pero desengañólos el tiroteo que de noche empezó á oirse en los puntos avanzados. Los generales españoles que estaban reunidos en una almazara ó sea molino de aceite á la izquierda del camino de Andújar, paráronse un rato con la duda de si eran fusilazos de su tropa bisoña ó reencuentro con la enemiga. Luego los sacó de ella una granada que casi cayó á sus piés á las doce y minutos de aquella misma noche, y principio ya del dia 19. Eran en efecto fuegos de tropas francesas, que habiendo las primeras y mas temprano salido de Andújar, habian tenido el necesario tiempo para aproximarse á aquellos parajes. Los gefes españoles mandaron hacer alto, y don Francisco Venegas Saavedra, que en la marcha capitaneaba la vanguardia, mantuvo el conveniente órden, y causó diversion al enemigo en tanto que la demás tropa ya puesta en camino volvia á colocarse en el sitio que ántes ocupaba. Los franceses por su parte avanzaron mas allá del puente que hay á media legua de Bailen. En unas y otras no empezó á trabarse formalmente la batalla hasta cerca de las cuatro de la mañana del citado 19. Aunque los dos grandes trozos ó divisiones en que se habia distribuido la fuerza española allí presente, estaban al mando de los generales Reding y Coupigny, sometido este al primero, ambos gefes acudian indistintamente con la flor de sus tropas á los puntos atacados con

UNED

mayor empeño. Ayudóles mucho para el acierto el saber y tino del mayor general Abadía.

La primera acometida fué por donde estaba Coupigny. Rechazáronla sus soldados vigorosamente, y los guardias walonas, suizos, regimientos de Bujalance, Ciudad-Real, Trujillo, Cuenca, Zapadores y el de caballería de España embistieron las alturas que el enemigo señoreaba, y le desalojaron. Roto este enteramente, se acogió al puente, y retrocedió largo trecho. Reconcentrando en seguida Dupond sus fuerzas, volvió á posesionarse de parte del terreno perdido, y estendió su ataque contra el centro y costado derecho español en donde estaba don Pedro Grimarest. Flaqueaban los nuestros. de aquel lado, pero ausiliados oportunamente por Don Francisco Venegas, fueron los franceses del todo arrollados teniendo que replegarse. Muchas y porfiadas veces repitieron los enemigos sus tentativas por toda la línea, y en todas fueron repelidos con igual éxito. Manejaron con destreza nuestra artillería los soldados y oficiales de aquella arma, mandados por los coroneles don José Juncar y don Antonio de la Cruz, consiguiendo desmontar de un modo asombroso la de los contrarios. La sed causada por el intenso calor era tanta, que nada disputaron los combatientes con mayor encarnizamiento como el apoderarse, ya unos ya otros, de una noria sita mas abajo de la almazara ántes mencionada.

A las doce y media de la mañana, Dupond lleno de enojo, púsose con todos los generales á la cabeza de las columnas, y furioso y bravamente acometieron juntos al ejército español. Intentaron con particular arrojo romper nuestro centro, en donde estaban los generales Reding y Abadía, llegando casi á tocar con los cañones los marinos de la guardia imperial. Vanos fueron sus esfuerzos, inútil su conato.

UNED

Tanto ardimiento y maestría estrellóse contra la bravura y constancia de nuestros guerreros. Cansados los enemigos, del todo decaidos, menguados sus batallones, y no encontrando refugio ni salida, propusieron una suspension de armas que aceptó Reding.

Miéntras que la victoria coronaba con sus laureles á este general, don Juan de la Cruz no habia permanecido ocioso. Informado del movimiento de Dupond en la misma noche del 18, se adelantó hasta los Baños, y colocándose cerca del Herrumblar á la izquierda del enemigo, le molestó bastantemente. Castaños debió tardar mas en saber la retirada de los franceses, puesto que hasta la mañana del 19 no mandó á don Manuel de la Peña ponerse en marcha. Llevó este consigo la tercera division de su mando reforzada, quedándose con la reserva en Andújar el general en gefe. Peña llegó cuando se estaba ya capitulando: habia ántes tirado algunos cañonazos para que Reding estuviese advertido de su llegada, y quizá este aviso aceleró el que los franceses se rindiesen.

Vedel en su correría no habiendo descubierto por la sierra tropas españolas, unido con Doufourt permaneció el 18 en la Carolina, despues de haber dejado para resguardar el paso en Santa Elena y Despeña-Perros dos batallones y algunas compañías. Allí estaba cuando al alborear del 19 oyendo el cañoneo del lado de Bailen, emprendió su marcha, aunque lentamente, hácia el punto de donde partia el ruido. Tocaba ya á las avanzadas españolas, y todavía reposaban estas con el seguro de la pactada tregua. Advertido sin embargo Reding, envió al francés un parlamento con la nueva de lo acaecido. Dudó Vedel si respetaria ó no la suspension convenida, mas al fin envió un oficial suyo para cerciorarse del hecho.

UNED

Ocupaban por aquella parte los españoles las dos orillas del camino. En la hermita de San Cristóbal, que está á la izquierda yendo de Bailen á la Carolina, se habia situado un batallon de Irlanda, y el regimiento de órdenes militares al mando de su valiente coronel don Francisco de Paula Soler: en frente y del otro lado se hallaba otro batallon de dicho regimiento de Irlanda con dos cañones. Pesaroso Vedel de haber suspendido su marcha, ú obrando quizá con doblez, media hora despues de haber contestado al parlamento de Reding, y de haber enviado un oficial á Dupond, mandó al general Casagne que atacase el puesto de los españoles últimamente indicado. Descansando nuestros soldados en la buena fé de lo tratado, fuéle fácil al francés desbaratar al batallon de Irlanda que allí habia, cogerle muchos prisioneros, y aun los dos cañones. Mayor oposicion encontró el enemigo en las fuerzas que mandaba Soler, quien aguantó bizarramente la acometida que le dió el jefe de batallon Roche. Interesaba mucho aquel punto de la hermita de San Cristóbal, porque se facilitaba, apoderándose de ella, la comunicacion con Dupond. Viendo la porfiada y ordenada resistencia que los españoles ofrecian, iba Vedel á atacar en persona la hermita, cuando recibió la órden de su general en jefe de no emprender cosa alguna, con lo que cesó en su intento calificado por los españoles de alevoso.

Negociábase pues el armisticio que ántes se habia entablado. Fué enviado por Dupond para abrir los tratos el capitan Villoutreys de su estado mayor. Pedia el francés la suspension de armas y el permiso de retirarse libremente á Madrid. Concedió Reding la primera demanda, advirtiendo que para la segunda era menester abocarse con don Francisco Javier Castaños que mandaba en gefe. Á él se

UNED

acudió, autorizando los franceses al general Chabert para firmar un convenio. Inclinábase Castaños á admitir la proposicion de dejar á los enemigos repasar sin estorbo la Sierra-Morena. Pero la arrogancia francesa disgustando á todos, escitó al conde de Tylly á oponerse, cuyo dictámen era de gran peso como de individuo de la junta de Sevilla, y de hombre que tanta parte habia tomado en la revolucion. Vino en su apoyo el haberse interceptado un despacho de Savary de que era portador el oficial Mr. de Fenelon. Preveníasele á Dupond en su contenido, que se recogiese al instante á Madrid en ayuda de las tropas que iban á hacer rostro á los generales Cuesta y Blake que avanzaban por la parte de Castilla la Vieja. Tylly á la lectura del oficio insistió con ahinco en su opinion, añadiendo que la victoria alcanzada en los campos de Bailen de nada serviria, sino de favorecer los deseos del enemigo, caso que se permitiese á sus soldados ir á juntarse con los que estaban allende la sierra. Á sus palabras, irritados los negociadores franceses, se propasaron en sus espresiones, hablando mal de los paisanos españoles, y exagerando sus escesos. No quedaron en zaga en su réplica los nuestros, echándoles en cara escándolos, saqueos y perfidias. De ambas partes agriándose sobremanera los ánimos, rompiéronse las entabladas negociaciones.

Mas los franceses no tardaron en renovarlas. La posicion de su ejército por momentos iba siendo mas crítica y peligrosa. Al ruido de la victoria habia acudido de la comarca la poblacion armada, la cual y los soldados vencedores estrechando en derredor al enemigo abatido y cansado, sofocado con el calor y sediento, le sumergian en profunda afliccion y desconsuelo. Los gefes franceses no pudiendo los mas sobrellevar la dolorosa vista que ofrecian sus soldados, y al-

UNED

gunos si bien los ménos, temerosos de perder el rico botin que los acompañaba generalmente, persistieron en que se concluyese una capitulacion. Y como las primeras conferencias no habian tenido feliz resultado, escogióse para ajustarla al general Marescot que por acaso se habia incorporado al ejército de Dupond. De antiguo conocia al nuevo plenipotenciario don Francisco Javier Castaños, y lisonjeáronse los que le elijieron con que su amistad llevaria la negociacion á pronto y cumplido remate.

Habíanse ya trabado nuevas pláticas, y todavía hubo oficiales franceses que escuchando mas á los ímpetus de su adquirida gloria que á lo que su situacion y la fé empeñada exijian, propusieron embestir de repente las líneas españolas, y uniéndose con Vedel, salvarse á todo trance. Dupond mismo sobrecojido y desatentado dió órdenes contradictorias, y en una de ellas insinuó á Vedel que se considerase como libre y se pusiese en cobro. Bastóle á este general el permiso para empezar á retirarse por la noche burlándose de la tregua. Notando los españoles su fuga, intimaron á Dupond que de no cumplir él y los suyos la palabra dada, no solamente se romperia la negociacion, sino que tambien sus divisiones serian pasadas á cuchillo. Arredrado con la amenaza, envió el francés oficiales de su estado mayor que detuviese en la marcha á Vedel, el cual aunque cercado de un enjambre de paisanos, y hostigado por el ejército español, vaciló si habia ó no de obedecer. Mas aterrorizados oficiales y soldados, era tanto su desaliento, que de veintitres gefes que convocó á consejo de guerra, solo cuatro opinaron que debia continuarse la comenzada retirada. Mal de su grado sometióse Vedel al parecer de la mayoría.

Terminóse pues la capitulacion obscura y contradictoria en alguna de sus partes; lo que enseguida dió márgen á dis-

putas y altercados. Segun los primeros artículos se hacia una distincion bien marcada entre las tropas del general Dupond y las de Vedel. Las unas eran consideradas como prisioneras de guerra, debiendo rendir las armas, y sujetarse á la condicion de tales. A las otras, si bien forzadas á evacuar la Andalucía, no se las obligaba á entregar las armas sino en calidad de depósito, para devolvérselas á su embarco. Pero esta distincion desaparecia en el artículo 6.° en donde se estipulaba que todas las tropas francesas de Andalucía se harian á la vela desde San Lúcar y Rota para Rochefort en buques tripulados por españoles. Ignoramos si hubo ó no malicia en la insercion del artículo. Si procedió de ardid de los negociadores franceses, enredáronse entónces en su propio lazo, pues no era hacedero aprestar los suficientes barcos con tripulacion nacional. Tenemos por mas probable que anhelando todos concluir el convenio, se precipitaron á cerrarle, dejándole en parte ambiguo y vago.

La capitulacion firmóse en Andújar el 22 de julio por don Francisco Javier Castaños y el conde de Tylly á nombre de los españoles, y lo fué al de los franceses por los generales Marescot y Chabert. Al dia siguiente desfiló la fuerza que estaba á las órdenes inmediatas del general Dupond por delante de la reserva y tercera division españolas, á cuyo frente se hallaban los generales Castaños y don Manuel de la Peña. Censuróse que se diera la mayor honra y prez de la victoria á las tropas que ménos habian contribuido á alcanzarla. Componíase la primera fuerza francesa de 8248 hombres, la cual rindió sus armas á 400 toesas del campo. El 24 trasladóse el mismo Castaños á Bailen, en donde las divisiones de Vedel y Doufourt que constaban de 9,393 hombres, abandonaron sus fusiles, colocándolos en pabellones sobre el frente de banderas. Además entregaron unos y otros

UNED

las águilas como tambien los caballos y la artillería que contaba 40 piezas. De suerte que entre los que habian perecido en la batalla, los rendidos y los que despues sucesivamente se rindieron en la Sierra y Mancha, pasaba el total del ejército enemigo de 21,000 hombres. El número de sus muertos ascendia á mas de 2,000 con gran número de heridos. Entre ellos perecieron el general Dupré y varios oficiales superiores. Dupond quedó tambien contuso. De los nuestros murieron 243, quedando heridos mas de 700.

TORENO.

PRIMER SITIO DE GERONA.

En la mañana del 20 de junio de 1808 continuaron los franceses la marcha sobre Gerona. En su tránsito dejaron sangriento rastro por las muertes, robos y destrozos con que afligieron á todos los pueblos. En tanto grado convierte la guerra en hombres inhumanos á los soldados de una nacion culta. Habia solamente de guarnicion en Gerona 300 hombres del regimiento de Ultonia, y algunos artilleros, los que con gente de mar de la vecina costa dirigieron los fuegos de aquella arma. Limitadísimo número si los nobles, el clero y todos los vecinos sin escepcion, inflamados de ardor patrio no hubiesen sostenido con el mayor brio los puntos que se confiaron á su cuidado. Era gobernador interino don Julian de Bolivar.

Á las nueve de la mañana del propio dia 20 se presentó el enemigo en las alturas de la aldea de Palausacosta, mas incomodado con algunos cañonazos del baluarte de la Merced y fuerte de Capuchinos, se replegó á Salt y Santa Eugenia, cuyas aldeas saqueó á sangre y fuego. Por la tarde

despues de varios reconocimientos atacó formalmente, dirigiendo su izquierda por los lugares que acabamos de mencionar, al paso que su derecha cruzando el Oñá acometió con ímpetu é intentó forzar la puerta del Cármen. Los sitiados le repelieron con valor y serenidad. Señalóse Ultonia, cuyo teniente coronel don Pedro O-dally quedó herido. Atacó en seguida el fuerte de Capuchinos en donde fué igualmente repelido, habiendo experimentado considerable pérdida. Burladas sus esperanzas, colocó una batería cerca de la cruz de Santa Eugenia, no léjos de la plaza: causó algun daño en el colegio tridentino y otros edificios, y respondiendo con acierto á sus fuegos las baterías de la plaza, la noche puso término al combate.

Fué aquella sumamente lóbrega, y confiados los franceses en la oscuridad, se acercaron calladamente al muro, y de tal manera y con tanto arrojo, que hasta hallarse muy cerca no fueron sentidos. Peleóse entónces por ambos lados con braveza, alumbrados solamente por los fogonazos de cañon, y no interrumpido el silencio sino por su estruendo y los ayes de los heridos y moribundos. ¡Espantosa noche! El enemigo osó arrimar escalas al baluarte de Santa Clara. Algunos de sus soldados pusiéronse encima de la misma muralla, y apresuradamente les seguian sus compañeros, cuando una partida del regimiento de Ultonia matando á los ya encaramados, precipitó á los otros y estorbó á todos continuar en aquel intento. El fuego sin embargo no cesó hasta que el baluarte de San Narciso, tirando á metralla, destrozó á los acometedores y los dispersó, dejando el campo como despues se vió sembrado de cadáveres y heridos. No cansados todavía los franceses, renovaron el ataque á las doce de la noche, queriendo asaltar el baluarte de San Pedro, pero fueron rechazados de modo, que desistieron de proseguir en su em-

UNED

presa, retirándose temprano por el camino de Barcelona en la mañana del 21. Aunque corta, fué notable esta primera defensa de Gerona, cuya plaza tanto lustre adquirió despues en otra inmediata acometida, y sobre todo el célebre sitio del siguiente año. Los somatenes molestaron por todas partes al enemigo, habiendo impedido con su ayuda que pasase al otro lado del Ter. No fué ménos que de 700 hombres la pérdida de los franceses, la de los españoles mucho mas reducida.

TORENO.

SEGUNDO SITIO DE GERONA.

Duhesme por su parte luego que volvió á Barcelona despues de habérsele desgraciado su empresa de Gerona, no descansaba ni vivia tranquilo hasta vengar el recibido agravio. Juntó con premura los convenientes medios, y al frente de 6,000 hombres, un tren considerable de artillería con municiones de boca y guerra, escalas y demas pertrechos conducentes á formalizar un sitio, salió de Barcelona el 10 de julio.

Confiado en el éxito de esta nueva espedicion contra Gerona, públicamente decia: *el* 24 *llego*, *el* 25 *la ataco*, *la tomo el* 26 *y el* 27 *la arraso*. Conciso como César en las palabras, no se le asemejó en las obras. Por de pronto fué inquietado por todo el camino. Detuvieron á los soldados entre Caldetas y San Pol las cortaduras que los somatenes habian abierto, y cuyo embarazo los expuso largo tiempo á los fuegos de una fragata inglesa y de varios buques españoles. Prosiguiendo adelante se dividieron el 19 en dos trozos, tomando uno de ellos la vuelta de las asperezas de Vallgor-

UNED

quina, y el otro la ruta de la costa. De este lado tuvieron un reñido choque con la gente que mandaba don Francisco Milans, y por el de la Montaña vencidos varios obstáculos con pérdidas y mucha fatiga, llegaron el 20 á Hostalrich, cuyo gobernador don Manuel O-sulivan, de apellido estrangero, pero de corazon español, y nacido en su suelo, contestó esforzadamente á la intimacion que de rendirse le hizo el general Goulas. Volviéronse á unir las dos columnas francesas despues de otros reencuentros, y juntas avanzaron á Gerona, en donde el 24 se les agregó el general Reille con mas de 2,000 hombres que traia de Figueras. Aunque á vista de la plaza, no la acometieron formalmente hasta principios de agosto.

El número de los sitiadores, si no se ha olvidado, ascendia á cerca de 9,000 hombres; el de los nuestros dentro del recinto á 2,000 veteranos, y ademas el vecindario muy bien dispuesto y entusiasmado. Los franceses, fuese desacuerdo entre ellos, fuesen órdenes de Francia ó mas bien el trastorno que les causaban las nuevas que recibian de todas las provincias de España, continuaron lentamente sus trabajos sin intentar ántes del 12 de agosto ataque formal. Aquel dia intimaron la rendicion, y desechadas que fueron sus proposiciones, rompieron el fuego á las doce de la noche del 13. Aviváronle el 14 y 15 acometiendo con particularidad del lado de Monjuich, nombre que se da en Barcelona á su principal fuerte. Adelantaban en la brecha los enemigos, y muy luego hubiera estado practicable, si los sitiados trabajando con ahinco y guiados por los oficiales de Ultonia no se hubiesen empleado en su reparo.

Apurados sin embargo andaban, á la sazon que el conde de Caldaques colocado con su division en las cercanías, trató estando todos de acuerdo de atacar en la mañana del

UNED

16 las baterías que los sitiadores habian levantado contra Monjuich. Mas era tal el ardimiento de los soldados de la plaza, que sin aguardar la llegada de los de Caldaques, mandados por don Narciso de la Valeta, don Enrique Odonell y don Tadeo Aldea, se arrojaron sobre las baterías enemigas, y penetraron hasta por sus troneras, incendiaron una, se apoderaron de otra y quemaron sus montages. Hízose luego general la refriega: duró hasta la noche quedando vencedores los españoles, no obstante la superioridad del enemigo en disciplina y órden. Escarmentados los franceses, abandonaron el sitio, y volviéndose Reille al siguiente dia á Figueras, enderezó Duhesme sus pasos camino de Barcelona. Pero no atreviéndose á repasar por Hostalrich ni tampoco por la marina, ruta en varios puntos cortada y defendida con buques ingleses, se metió por en medio de los montes, perdiendo carros y cañones, cuyo trasporte impedian lo agrio de la tierra y la celeridad de la marcha. Llegó Duhesme dos dias despues á la capital de Cataluña con sus tropas hambrientas y fatigadas, y en lastimoso estado. Terminóse así su segunda espedicion contra Gerona, no mas dichoso ni lucida que la primera.

TORENO.

TERCER SITIO DE GERONA.

«Será pasado por las armas el que profiera la voz de capitular ó de rendirse.» Tal pena impuso por bando al acercarse los franceses en Gerona su gobernador don Mariano Alvarez de Castro. Resolucion que por su parte procuró cumplir rigurosamente, y la cual sostuvieron con inaudito teson y constancia la guarnicion y los habitantes.

UNED

Preludio fueron de esta tercera y nunca bien ponderada defensa las otras dos ya relatadas de junio y julio del año anterior. Los franceses no consideraban importante la plaza de Gerona, habiéndola calificado de muy imperfecta el general Monescau, comisionado para reconocerla: juicio tanto mas fundado, cuanto prescindiendo de lo defectuoso de sus fortificaciones, estaban entónces estas unas cuarteadas, otras cubiertas de arbustos y malezas y todas desprovistas de lo mas necesario. Corrijiéronse posteriormente algunas de aquellas faltas, sin que por eso creciese en gran manera su fortaleza.

Gerona cabeza del corregimiento de su nombre, situada en lo antiguo cuesta abajo de un monte, extendióse despues por las dos riberas del Oñá, llamándose el Mercadal la parte colocada á la izquierda. La de la derecha se prolonga hasta donde el mencionado rio se une con el Ter, del que tambien es tributario por el mismo lado, y despues de correr por debajo de varias calles y casas el Galligans formado de las aguas vertientes de los montes situados al nacimiento del sol. Comunícanse ambas partes de la ciudad por un hermoso puente de piedra, y las circuia un muro antiguo con torreones, cuyo débil reparo se mejoró despues, añadiendo siete baluartes, cinco del lado del Mercadal y dos del opuesto: habiendo solo foso y camino cubierto en el de la puerta de Francia.

Dominada Gerona en su derecha por varias alturas, eleváronse en diversos tiempos fuertes que defendiesen sus cimas. En la que mira al camino de Francia y por consiguiente en la mas septentrional de ellas, se construyó el castillo de Monjuich con cuatro reductos avanzados, y en las otras separadas de esta por el valle que riega el Galligans los del Calvario, Condestable, Reinana, Capuchinos,

UNED

del Cabildo y de la Ciudad. Antes del sitio se contaban algunos arrabales, y abríase delante del Mercadal un hermoso y fértil llano que bañado por el Ter, el riachuelo Güell y una acequia, estaba cubierto de aldeas y deleitables quintas.

La poblacion de Gerona en 1808 ascendia á 14,000 almas, al comenzar el tercer sitio constaba su guarnicion de 5,673 hombres de todas armas. Mandaba la plaza en calidad de gobernador interino don Mariano Alvarez de Castro, natural de Granada y de familia ilustre de Castilla la Vieja, quien con la defensa inmortalizó su nombre. Era teniente de rey don Juan Bolivar, que se habia distinguido en las dos anteriores acometidas de los franceses, y dirigian la artillería y los ingenieros los coroneles don Isidro de Mata y don Guillermo Minali: el último trabajó incesantemente y con acierto en mejorar las fortificaciones.

Por la descripcion que acabamos de hacer de Gerona y por la noticia que hemos dado de sus fuerzas, se ve cuan flacas eran estas y cuan desventajosa su situacion. Enseñoreada por los castillos, tomado que fuese uno de ellos, particularmente el de Monjuich, quedaba la ciudad descubierta, siendo favorable al agresor todos los ataques. Ademas si atendemos á los muchos puntos que habia fortificados, y á la extension del recinto, claro es que para cubrir convenientemente la totalidad de las obras, se requerian por lo ménos de 10 á 12,000 hombres, número lejano de la realidad. A todo suplió el patriotismo.

Animados los gerundenses con antiguas memorias y recientes en ellos la de las dos últimas defensas, apoyaron esforzadamente á la guarnicion, distribuyéndose en ocho compañías que bajo el nombre de Cruzada instruyó el coronel don Enrique Odonell. Compusiéronla todos los vecinos

UNED

sin excepcion de clase ni de estado, incluso el clero secular y regular, y hasta las mujeres se juntaron en una compañía que apellidaron de Santa Bárbara, la cual dividida en cuatro escuadras llevaba cartuchos y víveres á los defensores, recogiendo y ausiliando á los heridos.

Al comenzar junio fué la plaza del todo circunvalada. Colocóse la division wesfaliana de los franceses al mando del general Morio desde la márgen izquierda del Ter por San Medir, Montagut y Costa Roja: la brigada de Juvhan en Pont Mayor, y los regimientos de Berg y Vurszburgo en las alturas de San Miguel y Villa-Roja hasta los Angeles, cubrieron el terreno del Oñá al Ter por Montelibi, Palau y el llano de Salt tropas enviadas de Vique por Saint-Cyr, ascendiendo el conjunto de todas á 18,000 hombres. Hubiera preferido el último general bloquear estrechamente la plaza á sitiarla; mas sabiéndose en el campo francés que no gozaba del favor de su gobierno, y que iba á sucederle en el mando el mariscal Aujereau, no se atendieron debidamente sus razones, llevando Verdier adelante su intento de embestir á Gerona.

Reunido el 8 de junio el tren de sitio correspondiente, resolvieron los enemigos emprender dos ataques, uno flojo contra la plaza, otro vigoroso contra el castillo de Monjuich y sus destacadas torres y reductos. Mandaban á los ingenieros y artillería francesa los generales Sanson y Taviel. Antes de romper el fuego se presentó el 12 un parlamentario para intimar la rendicion, mas el fiero gobernador Alvarez respondió: que no queriendo tener trato ni comunicacion con los enemigos de su patria, recibiria en adelante á metrallazos á sus emisarios. Hízolo así en efecto siempre que el francés quiso entrar en habla. Criticáronle algunos de los que piensan que en tales lances han de llevarse

UNED

las cosas reposadamente, mas loóle muy mucho el pueblo de Gerona, empeñando infinito en la defensa tan rara resolucion cumplida con admirable tenacidad.

Los enemigos habian desde el 8 empezado á formar una paralela en la altura de Tramon á 600 toesas de las torres de San Luis y San Narciso, dos de las mencionadas de Monjuich, sacando al extremo de dicha paralela un ramal de trinchera, delante de la cual plantaron una batería de 8 cañones de á 24, y dos obuses de á 9 pulgadas. Colocaron tambien otra batería de morteros detrás de la altura Denroca á 360 toesas del baluarte de San Pedro situado á la derecha del Oñá en la puerta de Francia. Los cercados, á pesar del incesante fuego que desde sus muros hacian, no pudieron impedir la continuacion de estos trabajos.

Progresando en ellos, y recibida que fué por los franceses la repulsa del gobernador Alvarez, empezó el bombardeo en la noche del 13 al 14, y todo resonó con el estruendo del cañon y del mortero. Los soldados españoles corrieron á sus puestos, otro tanto hicieron los vecinos, acompañándolos á todas partes las doncellas y matronas alistadas en la compañía de Santa Bárbara. Sin dar descanso prosiguieron en su porfía los enemigos hasta el 25, y no por eso se desalentaron los nuestros ni aun aquellos que entónces se estrenaban en las armas. El 14 incendióse y quedó reducido á cenizas el hospital general: gran menoscabo por los efectos allí perdidos difíciles de reponer. La junta correjimental, que en todas ocasiones se portó dignamente, reparó algun tánto el daño, coadyuvando á ello la diligencia del intendente don Cárlos Beramendi, y el buen celo del cirujano mayor don Juan Andrés Nieto, que en un memorial histórico nos ha transmitido los sucesos mas notables de este sitio.

UNED

Al rayar del 14 tambien acometieron los enemigos las torres de San Luis y San Narciso, apagaron sus fuegos, descortinaron su muralla, y abriendo brecha obligaron á los españoles á abandonar el 19 ambas torres. Lo mismo aconteció el 21 con la de San Daniel que evacuaron nuestros soldados. Este pequeño triunfo envalentonó á los sitiadores, causándoles despues grave mal su sobrada confianza.

En la noche del 14 al 15 desalojaron los mismos á una guerrilla española del arrabal del Pedret, situado frente la puerta de Francia; y levantando un espaldon trataron de establecerse en aquel punto. Temeroso el gobernador de que erigiesen allí una batería de brecha, dispuso una salida combinada con fuerza de Monjuich y de la plaza. Destruyeron los nuestros el espaldon, y arrojaron al enemigo del arrabal.

En tanto el general en gefe francés Saint-Cyr habiendo enviado á Barcelona sus enfermos y heridos, aproximóse á Gerona. En su marcha cogió ganado vacuno, que del Llobregat iba para el abasto de la ciudad sitiada. Sentó el 20 de junio su cuartel general en Caldas, y estendiendo sus fuerzas hácia la marina, se apoderó el 21, aunque á costa de sangre, de San Feliu de Guixols. Con su llegada aumentóse el ejército francés á unos 30,000 hombres. Los somatenes y varios destacamentos molestaban á los franceses en los alrededores, y ántes de acabarse junio cogieron un convoy considerable y 120 caballos de la artillería que venian para el general Verdier. Corrió así aquel mes sin que los franceses hubiesen alcanzado en el sitio de Gerona otra ventaja mas que la de hacerse dueños de las torres indicadas.

Pusieron ahora sus miras en Monjuich. Guarnecíanle 900 hombres á las órdenes de Don Guillermo Nasch, estando todos decididos á defender el castillo hasta el último tran-

UNED

ce. Al alborear del 3 de julio empezaron los enemigos á atacarle valiéndose de varias baterías, y en especial de una llamada imperial que plantaron á la izquierda de la torre de San Luis, compuesta de 20 piezas de grueso calibre y 2 obuses. En todo el dia aportillóse ya la cara derecha del baluarte del norte, y los defensores se prepararon á resistir cualquiera acometida, practicando detrás de la brecha oportunas obras. El fuego del enemigo habia derribado del ángulo flanqueado de aquel baluarte la bandera española que allí tremolaba. Al verla caida se arrojó al foso el subteniente Don Mariano Montoro, recobróla, y subiendo por la misma brecha, la hincó y enarboló de nuevo: accion atrevida y digna de elogio.

No tardaron los enemigos en intentar el asalto del castillo. Emprendiéronle furiosamente á las diez y media de la noche del 4 de julio: vanos fueron sus esfuerzos, inutilizándolos los nuestros con su serenidad y valentía. Suspendieron por entónces los contrarios sus acometimientos, mas en la mañana del 8 renovaron el asalto en columna cerrada, y mandados por el coronel Muff. Tres veces se vieron repelidos haciendo en ellos grande estrago la artillería cargada con balas de fusil, particularmente un obus dirigido por Don Juan Candy. Insistió el gefe enemigo Muff en llevar sus tropas por cuarta vez al asalto, hasta que herido él mismo desmayaron los suyos y se retiraron. Perdieron en esta ocasion los sitiadores unos 2,000 hombres, entre ellos 11 oficiales muertos y 66 heridos. Mandaba en la brecha á los españoles Don Miguel Pierson que pereció defendiéndola, y distinguióse al frente de la reserva Don Blas de Fournás. Durante el asalto tuvieron constantemente los franceses en el aire contra el punto atacado 7 bombas y muchos otros fuegos parabólicos. Grandes y esclarecidos hechos allí se vie-

UNED

ron. Fué de notar el del mozo Luciano Ancio, tambor apostado para señalar con la caja los tiros de bomba y granada. Llevóle un casco parte del muslo y de la rodilla, y al quererle trasportar al hospital, opúsose, diciendo: «No, no, aunque herido en la pierna, tengo los brazos sanos para con el toque de la caja librar de las bombas á mis amigos.»

Enturbió algun tanto la satisfaccion de aquel dia el haberse volado la torre de San Juan, obra avanzada entre Monjuich y la plaza. Casi todos los españoles que la guarnecian perecieron, salvando á unos pocos Don Cárlos Beramendi, que sin reparar en el horroroso fuego del enemigo acudió á aquel punto, mostrándose entónces, como en tantos otros casos de este sitio, celoso intendente, incansable patriota y valeroso soldado.

Los sitiadores despues del malogrado asalto de Monjuich prolongaron sus trabajos, y abrazando los dos frentes del nordeste y noroeste se adelantaron hasta la cresta del glácis. Nuevas y multiplicadas baterías levantaron sin que los detuviesen nuestros fuegos ni el valor de los sitiados. Perecieron el 31 muchos de ellos en la torre de San Luis, que voló una bomba arrojada de la plaza, y en una salida que voluntariamente hicieron del castillo en el mismo dia varios soldados.

Entrado agosto continuaron los franceses con el mismo ahinco en acometer á Monjuich, y en la noche del 3 al 4 quisieron apoderarse del revellin del frente de ataque. Frustróse por entónces su intento; pero el dia siguiente se hicieron dueños de aquella obra, alojándose en la cresta de la brecha: 900 hombres defendian el rebellin, 50 perecieron, y con ellos su bizarro jefe don Francisco de Paula Grifols. Ni aun así se enseñorearon los franceses de Monjuich. Los defensores ántes de abandonarle hicieron una salida el 10 en daño de los contrarios.

UNED

Sin embargo previendo el gobernador del castillo Don Guillermo Nasch que no le seria ya dado sostenerse por mas tiempo, habia consultado en aquellos dias á su jefe Don Mariano Alvarez, quien opuesto á todo género de capitulacion ó retirada tardó en contestarle. Nasch entónces juntó un consejo de guerra, y con su acuerdo evacuó á Monjuich el 12 de agosto á las seis de la tarde, destruyendo ántes la artillería y las municiones. Ocupaban los franceses aquellos escombros, siendo maravilloso y dechado de defensa la de este castillo, pues los sitiadores solo penetraron en su recinto al cabo de dos meses de expugnacion, y despues de haber levantado diez y nueve baterías, abierto varias brechas y perdido mas de 300 hombres. De los 900 que componian la guarnicion española, murieron 18 oficiales y 511 soldados, sin quedar apénas quien no estuviese herido....

No obstante el gobernador Don Mariano Alvarez, activo al propio tiempo que cuerdo, no desaprovechaba ocasion de molestar al enemigo y retardar sus trabajos, y á un oficial que encargado de una pequeña salida le preguntaba que adonde en caso de retirarse se acojeria, respondióle severamente, *al cementerio.*

Mas luego que vió atacado el recinto de la plaza, puso su mayor conato en reforzar el punto principalmente amenazado: para lo cual construyendo en parajes proporcionados varias baterías, hasta colocó una de dos cañones encima de la bóveda de la catedral. Aun que los enemigos desencavalgaron pronto muchas piezas, ofendíales en gran manera la fusilería de las murallas, y sobre todo las granadas, bombas y polladas que de lugares ocultos se lanzaban á las trincheras y baterías vecinas. Los apuros sin embargo crecian dentro de la ciudad, y se disminuian mas y mas el número de defensores, siendo ya tiempo de que fuese socorrida.

UNED

Dispuso el 15 Don Mariano Alvarez una salida con intento de retardar los trabajos del sitiador y aun de destruir algunos de ellos. Dirigíala Don Blas de Fournás, y aun que al principio todo lo atropellaron los nuestros, no siendo despues convenientemente apoyadas las dos primeras columnas por otra que iba de respeto, tuvieron que abrigarse todas de la plaza sin haber recojido el fruto deseado.

Aportilladas de cada vez mas las brechas, y apagados los fuegos del frente atacado, trataron los enemigos de dar el asalto. Pero ántes enviaron parlamentarios, que segun la invariable resolucion de Alvarez, fueron recibidos á cañonazos.

Irritados de nuevo con tal acojida, corrieron al asalto á las cuatro de la tarde del 19 de setiembre; distribuidos en cuatro columnas de á 2000 hombres. Entónces brillaron las buenas y prévias disposiciones que habia tomado el gobernador español: allí mostró este su levantado ánimo. Al toque de la generala, al tañido triste de la campana que llamaba á somaten, soldados y paisanos, clérigos y frailes, mujeres y hasta niños acudieron á los puestos de antemano y á cada uno señalados. En medio del estruendo de doscientas bocas de cañon y de la densa nube que la pólvora levantaba, ofrecia noble y grandioso espectáculo la marcha magestuosa y ordenada de tantas personas de diversa clase, profesion y secso. Silenciosos todos se vislumbrába sin embargo en sus semblantes la confianza que los alentaba. Alvarez á su cabeza grave y denodado, representábase á la imaginacion en tan horrible trance á la manera de los héroes de Homero, superior y descollando entre la muchedumbre, y cierto que si no se aventajaba á los demás en estatura como aquellos, sobrepujaba á todos en resolucion y gran pecho. Con no menor órden que la marcha se habian preparado los refuerzos,

UNED

la distribucion de municiones, la asistencia y conduccion de heridos.

Presentóse la primera columna enemiga delante de la brecha de Santa Lucía que mandaba el irlandés Don Rodulfo Marshall. Dos veces tomaron en ella pié los acometedores, y dos veces rechazados quedaron muchos de ellos allí tendidos. Tuvieron los españoles el dolor de que fuese herido gravemente y de que muriese á poco el comandante de la brecha Marshall, quien ántes de espirar prorumpió diciendo «que moria contento por tal causa y por nacion tan brava.»

Otras dos columnas enemigas emprendieron arrojadamente la entrada por las brechas mas anchurosas de Alemanes y San Cristóbal, en donde mandaba Don Blas de Fournás. Por algun tiempo alojáronse en la primera hasta que al arma blanca los repelieron los rejimientos de Ultonia y Borbon, apartándose de ambas destrozados por el fuego que de todos lados llovia sobre ellos. No ménos padeció otra columna enemiga que largo rato se mantuvo quieta al pié de la torre de la Gironella. Herido aquí el capitan de artillería Don Salustiano Gerona, tomó el mando provisional Don Cárlos Beramendi, y haciendo las veces de gefe y de subalterno causó estrago en las filas enemigas.

Amenazaron tambien estas durante el asalto los fuertes del Condestable y del Calvario igualmente sin fruto.

Tres horas duró funcion tan empeñada, todas las brechas quedaron llenas de cadáveres y despojos enemigos; el furor de los sitiados era tal, que dejando á veces el fusil, sus membrudos y esforzados brazos cojian las piedras sueltas de la brecha y las arrojaban sobre las cabezas de los acometedores. Don Mariano Alvarez animaba á todos con su ejemplo y aun con sus palabras; precavia los accidentes, reforzaba los puntos mas flacos, y arrebatado de su celo no escuchaba la voz

UNED

de sus soldados que encarecidamente le rogaban no acudiese como lo hacia á los parajes mas espuestos. Perdieron los enemigos varios oficiales de graduacion y cerca de 2000 hombres : entre los primeros contaron al coronel Floresti que en 1808 subió á posesionarse del Monjuich de Barcelona en donde entónces mandaba Don Mariano Alvarez. De los españoles cayeron aquel dia de 300 á 400, en su número muchos oficiales que se distinguieron sobremanera, y algunas de aquellas mujeres intrépidas que tanto honraron á Gerona.

Escarmentados los franceses con leccion tan rigurosa, desistieron de repetir los asaltos á pesar de las muchas y espaciosas brechas, convirtiendo el sitio en bloqueo, y contando por ausiliares, como dice Saint-Cyr, el tiempo, las calenturas y el hambre....

En aquel dia llegó igualmente en el campo enemigo el mariscal Augereau, habiendo partido el 5 el general Saint-Cyr. Con el nuevo gefe francés, y posteriormente, acudieron á su ejército socorros y refuerzos, estrechándose en estremo el bloqueo. Levantaron para ello los sitiadores varias baterías, formaron reductos, y llegó á tanto su cuidado, que de noche ponian perros en las sendas y caminos, y ataban de un espacio á otro cuerdas con cencerros y campanillas; por cuya artimaña cojidos algunos paisanos, atemorizáronse los pocos que todavía osaban pasar con víveres á la ciudad.

La escasez por tanto tocaba al último punto. Los mas de los habitantes habian ya consumido las provisiones que cada uno en particular habia acopiado, y de ellos y de los forasteros refugiados en la plaza veíanse muchos caer en las calles muertos de hambre. Apénas quedaba otra cosa en los almacenes para la guarnicion que trigo, y como no habia molinos, suplíase la falta machacando el grano en almireces ó cascos de bomba, y á veces entre dos piedras; y así y mal

UNED

cocido se daba al soldado. Nacieron de aquí y se propagaron todo género de dolencias, estando henchidos los hospitales de enfermos y sin espacio ya para contenerlos. Solo de la guarnicion perecieron en este mes de octubre 793 individuos, comenzando tambien á faltar hasta los medicamentos mas comunes. Inútilmente Don Joaquin Blaque trató por tercera vez de introducir socorros. De Hostalrich aproximóse el 18 de octubre á Bañolas, y aguantó el 20 un ataque del enemigo, cuya retaguardia picó despues Odonnell hasta los llanos de Gerona. Acudiendo el mariscal Augereau con nuevas fuerzas, retiróse Blaque camino de Vique dejando solo á Odonnell en santa Coloma, quien á pesar de haber peleado esforzadamente, cediendo al número tuvo que abandonar el puesto y todo su bagaje. Quedaban así á merced del vencedor las provisiones reunidas en Hostalrich que pocos dias despues fueron por la mayor parte destruidas, habiendo entrado el enemigo en la villa, si bien defendida por los vecinos con bastante empeño.

Dentro de Gerona no dió noviembre lugar á combates escusados y peligrosos en concepto de los sitiadores. Renováronse sí de parte de estos las intimaciones, valiéndose de paisanos, de soldados y hasta de frailes que fueron ó mal acogidos ó presos por el gobernador. Pero las lástimas y calamidades se agravaban mas y mas cada dia. Las carnes de caballo, jumento y mulo de que poco ántes se habia empezado á echar mano, íbanse apurando ya por el consumo de ellas, ya tambien porque faltos de pasto y alimento, los mismos animales se morian de hambre, comiéndose entre sí las crines.

Cuando la codicia de algun paisano arrostrando riesgos introducia comestibles, vendíanse estos á exorbitantes precios; costaba una gallina diez y seis pesos fuertes, y una

UNED

perdiz cuatro. Adquirieron tambien estraordinario valor aun los animales mas inmundos, habiendo quien diese por un raton cinco reales vellon, y por un gato treinta. Los hospitales sin medicinas ni alimentos, y privados de luz y fuego, habíanse convertido en un cementerio en que solo se divisaban no hombres sino espectros. Las heridas eran por lo mismo casi todas mortales, y se complicaban con las calenturas contajiosas que á todos aflijian, acabando por manifestarse el terrible escorbuto y la disentería....

La larga y empeñada resistencia de Gerona dió ocasion á que la Junta central concediese á sus defensores iguales gracias que á los de Zaragoza, y provocó en el principado de Cataluña el deseo de un levantamiento general para ir á socorrer la plaza. Con intento de llevar á cabo esta última medida, se juntó en Manresa ántes de concluirse noviembre un congreso compuesto de individuos de todas clases y de todos los puntos del principado.

Pero ya era tarde. Tras del triste y angustiado verano en el que ni las plantas dieron flores, ni cria los brutos, llegó el otoño que húmedo y lluvioso, acreció las penas y desastres. Desplomadas las casas, desempedradas las calles, y remansadas en sus hoyos las aguas y las inmundicias, quedaron los vecinos sin abrigo, y respirábase en la ciudad un ambiente infecto, corrompido tambien con la putrefaccion de cadáveres que yacian insepultos en medio de escombros y ruinas. Habian perecido en noviembre 1378 soldados y casi todas las familias desvalidas. No se veian mujeres en cinta, falleciendo á veces de inaccion en el regazo de las madres el tierno fruto de sus entrañas. La naturaleza toda parecia muerta.

Los enemigos aunque prosiguieron arrojando bombas é incomodando con sus fuegos, no habian renovado sus

UNED

asaltos, escarmentados en sus anteriores tentativas. Mas el mariscal Augereau viendo que el congreso catalan excitaba á las armas á todo el principado, recelóse que Gerona con su constancia diese tiempo á ser socorrida, por lo que la noche del 2 de diciembre, aniversario de la coronacion de Napoleon, emprendió nuevas acometidas. Ocupó de resultas el arrabal del Cármen, y levantando aun mas baterías, ensanchó mas las antiguas brechas y abrió otras. El 7 se apoderó del reducto de la ciudad y de las casas de la Gironella, en donde sus soldados se atrincheraron y cortaron la comunicacion con los fuertes, á cuyas guarniciones no les quedaba ni aun de su corta racion sino para dos dias. Imperturbable Alvarez, si bien ya muy enfermo, dispuso socorrer aquellos puntos, y consiguiólo enviando trigo para otros tres dias, que fué cuanto pudo recogerse en su extrema penuria.

Dudaban todos que resolver, ¡tanto les pesaba someterse al estrangero! pero habiendo recibido aviso del congreso catalan de que su socorro no llegaria con la deseada prontitud, tuvieron que ceder á su dura estrella, y enviaron para tratar al campo enemigo á Don Blas de Fournás. Acogió bien á este el mariscal Augereau, y se ajustó entre ambos una capitulacion honrosa y digna de los defensores de Gerona. Entraron los franceses en la plaza el 11 de diciembre por la puerta del Areny, y asombráronse al considerar aquel monton de cadáveres y de escombros, triste monumento de un malogrado heroismo. Habian allí perecido de 9 á 10,000 personas, entre ellas 4000 moradores.

Carnot nos dice que consultando la historia de los sitios modernos, apénas puede prolongarse mas allá de 40 dias la defensa de las mejores plazas; ¡y la de la débil

UNED

Gerona duró siete meses! Atacáronla los franceses conforme hemos visto con fuerzas considerables, levantaron contra sus muros 40 baterías de donde arrojaron mas de 60,000 balas y 20,000 bombas y granadas, valiéndose por fin de cuantos medios señala el arte. Nada de esto sin embargo rindió á Gerona, «solo el hambre, segun el dicho de un historiador de los enemigos, y la falta de municiones pudo vencer tanta obstinacion.»

TORENO.

LA HEROINA ZARAGOZANA.

Al bombardeo de la ciudad de Zaragoza siguióse en la mañana del 1.° de junio un ataque general en todos los puntos. Empezaron á batir la aljafería y puerta del Portillo, mandada por Don Francisco Marcó del Pont, los fuegos de la Bernardona. La puerta del Cármen encargada al cuidado de Don Domingo Larripa fué casi al mismo tiempo embestida, y tampoco tardaron los enemigos en molestar la de Sancho, custodiada por el sargento mayor Don Mariano Renovales. Con todo siendo su mayor empeño apoderarse de la del Portillo, hubo allí tal estrago, que muertos en una batería exterior todos los que la defendian, nadie osaba ir á reemplazarlos, lo cual dió ocasion á que se señalase una mujer del pueblo llamada Agustina Zaragoza. Moza esta de 22 años y agraciada de rostro, llevaba provisiones á los defensores cuando acaeció el mencionado abandono. Notando aquella valerosa hembra el aprieto y desánimo de los hombres, corrió al peligroso punto, arrancando la mecha aun encendida de un artillero que yacia por el suelo, puso fuego á una pieza

é hizo voto de no desampararla durante el sitio sino con la vida. Imprimiendo su arrojo nueva audacia en los decaídos ánimos, se precipitaron todos á la batería, y renovóse tremendo fuego. Proeza muy semejante la de Agustina á la de María Pita en el sitio que pusieron los ingleses á la Coruña en 1589, fué premiada tambien de un modo parecido, y así como aquella le concedió Felipe II el grado y sueldo de alferez vivo, remuneró Palafox á esta con un grado militar y una pension vitalicia.

TORENO.

RETRATO DE JOVELLANOS.

Atento á ellas y formado en muy diversa escuela seguia en su conducta la vereda opuesta Don Gaspar Melchor de Jovellanos, concordando sus opiniones con las mas modernas y acreditadas. Desde muy mozo habia sido nombrado majistrado de la audiencia de Sevilla: ascendiendo despues á alcalde de casa y corte y á consejero de órdenes, desempeñó estos cargos y otros no ménos importantes con integridad, celo y atinada ilustracion. Elevado en 1797 al ministerio de gracia y justicia, y no pudiendo su inflexible honradez acomodarse á la corrompida corte de María Luisa, recibió bien pronto su exhoneracion. Motivóla con particularidad el haber procurado alejar de todo favor é influjo á Don Manuel Godoy, con quien no se avenia ningun plan bien concertado de pública felicidad. Quiso al intento aprovecharse de una coyuntura en que la reina se creia desairada y ofendida. Mas la ciega pasion de esta, despertada de nuevo con el artificioso y reiterado obsequio de su favorito, no solo preservó al último de fatal desgracia, sino que causó la del minis-

UNED

tro y sus amigos. Desterrado primero á Gijon, pueblo de su naturaleza, confinado despues en la cartuja de Mallorca, y al fin atropelladamente y con crueldad encerrado en el castillo de Bellver en la misma isla, sobrellevó tan horrorosa y atroz persecucion con la serenidad y firmeza del justo. Libertóle de su larga cautividad el levantamiento de Aranjuez, y ya hemos visto cuan dignamente al salir de ella desechó las propuestas del gobierno intruso, por cuyo noble porte y sublime y reconocido mérito le elijió Asturias para que fuese en la central uno de uss dos representantes. Escritor sobresaliente y sobre todo armonioso y elocuentísimo, dió á luz como literato y como publicista obras selectas, siendo en España las que escribió en prosa de las mejores, si no las primeras de su tiempo. Protector ilustrado de las ciencias y de las letras fomentó con esmero la educacion de la juventud, y echó en su instituto asturiano, de que fué fundador, los cimientos de una buena y arreglada enseñanza. En su persona y en el trato privado ofrecia la imájen que nos tenemos formada de la pundonorosa dignidad y apostura de un español del siglo XVI, unida al saber y exquisito gusto nuestro. Achacábanle aficion á la nobleza y sus distinciones; pero sobre no ser estraño en un hombre de su edad y nacido en aquella clase, justo es decir que no procedia de vano orgullo ni de pueril apego al blason de su casa, sino de la persuasion en que estaba de ser útil y aun necesario en una monarquía moderada el establecimiento de un poder intermedio entre el monarca y el pueblo. Así estuvo siempre por la opinion de una representacion nacional dividida en dos cámaras. Suave de condicion, pero demasiadamente tenaz en sus propósitos, á duras penas se le desviaba de lo una vez resuelto, al paso que de ánimo candoroso y recto solia ser sorprendido y engañado, defecto propio del varon esce-

UNED

lente que (como decia Ciceron, su autor predilecto) «dificilísimamente cae en sospecha de la perversidad de los otros.» Tal fué Jovellanos, cuya nombradía resplandecerá y aun descollará entre las de los hombres mas célebres que han honrado á España.

TORENO.

RETRATO DE FLORIDABLANCA.

Á los ochenta años cumplidos de su edad, Don José Moñino conde de Floridablanca, aunque trabajado por la vejez y achaques, conservaba despejada su razon y bastante fortaleza para sostener las máximas que le habian guiado en su largo y señalado ministerio. De familia humilde de Hellin en Murcia, por su aplicacion y saber habia ascendido á los mas eminentes puestos del estado. Fiscal del consejo real, y en union con su ilustre compañero el conde de Campomanes, habia defendido atinada y esforzadamente las regalías de la corona contra los desmanes del clero y desmedidas pretensiones de la curia romana. Por sus doctrinas y por haber cooperado á la espulsion de los jesuitas, se le honró con el cargo de embajador cerca de la *Santa Sede*, en donde contribuyó á que se diese el breve de supresion de la tan nombrada sociedad, y al arreglo de otros asuntos igualmente importantes. Llamado en 1777 al ministerio de estado, y encargado á veces del despacho de otras secretarías, fué desde entónces hasta la muerte de Cárlos III, ocurrida en 1788, árbitro, por decirlo así, de la suerte de la monarquía. Con dificultad habrá ministro á un tiempo mas ensalzado ni mas deprimido. Hombre de capacidad, entero, atento al desempeño de su obligacion, fomentó en lo interior casi todos

UNED

los ramos, construyó caminos, y erigió varios establecimientos de pública utilidad. Fuera de España si bien empeñado en la guerra impolítica y ruinosa de la independencia de los Estados-Unidos, emprendida segun parece mal de su grado, mostró á la faz de Europa impensadas y respetables fuerzas, y supo sostener entre las demás la dignidad de la nacion. Censurósele y con justa causa el haber introducido una policía suspicaz y perturbadora, como tambien sobrada aficion á persecuciones, cohonestando con la razon de estado tropelías, hijas las mas veces del deseo de satisfacer agravios personales. Quizás los obstáculos que la ignorancia oponia á medidas saludables irritaban su ánimo poco sufrido: ninguna de ellas fué mas tachada que la junta llamada de estado, y por la que los ministros debian de comun acuerdo resolver las providencias generales y otras determinadas materias. Atribuyósele á prurito de querer entrometerse en todo y decidir con predominio. Sin embargo la medida en sí, y los motivos en que la fundó, no solo lo justificaba, sino que tambien por ella sola se le podria haber calificado de práctico y entendido estadista. Despues del fallecimiento de Cárlos III continuó en su ministerio hasta el año de 1792. Arredrado entónces con la revolucion francesa, y agriado por escritos satíricos contra su persona, propendió aun mas á la arbitrariedad á que ya era tan inclinado. Pero ni esto ni el conocimiento que tenia de la corte y sus manejos, le valieron para no ser prontamente abatido por Don Manuel Godoy, aquel coloso de la privanza regia, cuyo engrandecimiento, aunque disimulaba, veia Floridablanca con recelo y aversion. Desgraciado en 1792, y encerrado en la ciudadela de Pamplona, consiguió al cabo que se le dejase vivir tranquilo y retirado en la ciudad de Murcia. Allí estaba en el mayo de la insurreccion, y noblemente respondió al

UNED

llamamiento que se le hizo, siendo falsas las protestas que la malignidad inventó en su nombre. Afecto en su ministerio á ensanchar mas y mas los límites de la potestad real, rompiendo cuantas barreras quisiera oponérsele, habia crecido con la edad el amor á semejantes máximas, y quiso como individuo de la central que sirviesen de norte al nuevo gobierno, sin reparar en las mudanzas ocasionadas por el tiempo, y en las que reclamaban escabrosas circunstancias.

TORENO.

DE LA SEGURIDAD INDIVIDUAL.

Este es el capítulo mas importante de mi obra, cuyas consecuencias tocan inmediatamente á todos los españoles en la crísis actual de su gobierno. Cuando calla la ley, comienza á hablar la arbitrariedad; y en levantando esta la voz, ningun ciudadano está seguro, ninguno puede descansar sobre la rectitud de las obras. No basta decir: yo no estoy en el caso de esotro á quien se persigue; porque luego supondrán que lo estoy, ó me comprenderán en otro caso al cual estiendan la persecucion. Faltando la ley en los juicios, falta la medida fija y cabal para examinar las acciones; y su calificacion depende de la opinion incierta, falible, variable, y frecuentemente interesada de los majistrados. No estando por la ley señalada la pena, su imposicion y su tamaño está pendiente de la voluntad de los jueces. He aquí en su esencia el despotismo: cuando la suerte de los hombres pende de la voluntad ilimitada de un hombre ó de muchos. Cuanto se diga de constitucion, de independencia política, de libertad civil, todo lo que se hable de ideas liberales, de mejoras en las leyes, todo es un sonido vano é insignificante,

UNED

todos son sistemas imaginarios, todas son novelas, miéntras se tolere la arbitrariedad en el conocimiento y sentencia de las causas. Esta gran máquina de la institucion social, de los pactos fundamentales, de la legislacion, toda se encamina y viene á parar en señalar la senda y el término de los juicios; así como todas las ruedas y muelles de un reloj se dirijen á regular el movimiento del índice horario. La seguridad de los individuos es el fin que se intenta desde los primeros pasos sociales. Si los juicios en que deben aplicarse las leyes á los individuos son arbitrarios, es decir, si no están sujetos á las leyes, aun cuando toda la máquina esté organizada elegantemente, falta la seguridad individual, como en el reloj, por escelente que sea, falta la fijeza de la hora sino está sujeto el puntero al muelle que debe dirigirlo. No nos deslumbremos con teorías. Los intereses individuales son los únicos intereses reales y verdaderos. Miéntras el bien no se aplica á los individuos, es un término abstracto, es un sér ideal que no tiene existencia. Pues el mas importante bien, el interés primario y radical de la vida civil, es la seguridad. La libertad política é independencia de una nacion solo es un bien porque es un medio de afianzar la seguridad de los ciudadanos. ¿Porqué entre tanto que se ha parlado sobre los derechos y libertades del hombre, no se ha proclamado altísima é incesantemente la gran máxima de que nadie puede condenarle ni castigarle sino la ley? ¿qué sin infringirla no hay delito ni pena alguna? ¿qué los nombres y notas vulgares de adictos, ó afrancesados, ó ainglesados, son palabrerías y badajadas huecas ante la ley?... La ley no persigue sino delincuentes; y no conoce mas delincuentes que quienes la quebrantan, y no sufre que se les dé otro castigo, sino el que tiene señalado.

REINOSO.

EMPEÑOS Y DESEMPEÑOS.

Tengo un sobrino, y vamos adelante, que esto nada tiene de particular. Este tal sobrino es un mancebo que ha recibido una educacion de las mas escogidas que en este nuestro siglo se suelen dar: es decir esto, que sabe leer, aunque no en todos los libros, y escribir, si bien no cosas dignas de ser leidas; contar, no es cosa mayor, porque descuida el cuento de sus cuentas en sus acreedores, que mejor que él se las saben llevar; baila como discípulo de Veluci, canta lo que basta para hacerse de rogar y no estar nunca en voz; monta á caballo como un centauro, y da gozo ver con que soltura y desembarazo atropella por esas calles de Madrid á sus amigos y conocidos; de ciencias y artes ignora lo suficiente para poder hablar de todo con maestría. En materia de bella literatura y de teatro no se hable, porque está abonado, y si no entiende la comedia, para eso la paga, y aun la suele silvar; de este modo da á entender que ha visto cosas mejores en otros paises, porque ha viajado por el estrangero á fuer de bien criado. Habla un poco de francés y de italiano siempre que habia de hablar español, y español no lo habla, sino lo maltrata: á eso dice que la lengua española es la suya, y que puede hacer con ella lo que mas le viniere en voluntad. Por supuesto que no cree en Dios, porque quiere pasar por hombre de luces; pero en cambio cree en chalanes y en mozas, en amigos y en rufianes. Se me olvidaba. No hablemos de su pundonor, porque este es tal que por la menor bagatela, sobre si lo miraron, sobre si no lo miraron, pone una estocada en el corazon de su mejor amigo con la mas singular gracia y desenvoltura que en esgrimador alguno se ha conocido.

UNED

Con esta esquisita crianza, pues, y vestirse de vez en cuando de majo, traje que lleva consigo el *¿qué se me da á mí?* y el *¡aquí estoy yo!* ya se deja conocer que es uno de los gerifaltes que mas lugar ocupan en la corte, y que constituye uno de los adornos de la sociedad de buen tono de esta capital, de qué sé yo cuantos mundos.

Este es mi pariente, y bien sé yo que si su padre le viera habia de estar tan embobado con su hijo como lo estoy yo con mi sobrino, por tanta buena cualidad como en él se ha llegado á reunir. Conoce mi Joaquin esta mi fragilidad, y aun suele prevalerse de ella.

Las ocho serian y vestíame yo, cuando entra mi criado y me anuncia á mi sobrino. =¿Mi sobrino? pues debe de ser la una. =No señor, son las ocho no mas. =Abro los ojos asombrado y me encuentro á mi elegante de pié, vestido, y en mi casa á las ocho de la mañana. =Joaquin, ¿tú á estas horas? =¡Querido tio, buenos dias! =¿Vas de viaje? =No señor. =¿Qué madrugon es este? =¿Yo madrugar, tio? todavía no me he acostado. =¡Ah! ¡ya decia yo! =Vengo de casa de la marquesita del Peñol: hasta ahora ha durado el baile. Francisco se ha ido á casa con los seis dominós que he llevado esta noche para mudarme... =¿Seis no mas? =No mas. =No se me hacen muchos. =Tenia que engañar á seis personas. =¿Engañar? Mal hecho. =Querido tio, usted es muy antiguo. =Gracias, sobrino, adelante. =Tio mio, tengo que pedirle á usted un gran favor. =¿Seré yo la séptima persona? =¡Querido tio! ya me he quitado la máscara. =Dí el favor; y eché mano de la llave de mi gaveta. =En el dia no hay rentas que basten para nada; tanto baile, tanto... en una palabra, tengo un compromiso. ¿Se acuerda usted de la repeticion de Breguet que me vió usted dias pasados? =Sí que te habia costado cinco mil reales. =No era mia. =¡Ah!

UNED

= El marqués de*** acababa de llegar de Paris, queria mandarla limpiar, y no conociendo á ningun relojero en Madrid, le prometí enviársela al mio. = Sigue. = Pero mi suerte lo dispuso de otra manera; tenia yo aquel dia un compromiso de honor; la baroncita y yo habiamos quedado en ir juntos á Chamartin á pasar un dia; era imposible ir en su coche; es demasiado conocido... = Adelante. = Era indispensable tomar yo un coche, disponer una casa y una comida de campo... á la sazon me hallaba sin un cuarto... mi honor era lo primero, además que andan las ocasiones por las nubes... = Sigue. = Empeñé la repeticion de mi amigo. = ¡Por tu honor! = Cierto. = ¡Bien entendido! ¿y ahora? = Hoy como con el marqués, le he dicho que la tengo en casa compuesta, y... = Ya entiendo. = Ya ve usted, tio... esto pudiera producir un lance muy desagradable. = ¿Cuánto es? = Cien duros. = ¿Nada mas? no se me hace mucho.

Era claro que la vida de mi sobrino y su honor se hallaban en inminente riesgo. ¿Qué podia hacer un tio tan cariñoso, tan amante de su sobrino, tan rico y sin hijos? Conté, pues sus cien duros, es decir, los mios. = Sobrino, vamos á la casa donde está empeñada la repeticion. = *Quand il vous plaira*, querido tio.

Llegamos al café, una de las lonjas de empeño, digámoslo así, y comencé á sospechar desde luego que esta aventura habia de producirme un artículo de costumbres. = Tio, aquí será preciso esperar. = ¿A quién? = Al hombre que sabe la casa. = ¿No la sabes tú? = No señor; estos hombres no quieren nunca que se vaya con ellos. = ¿Y se les confian repeticiones de cinco mil reales? = Es un honrado corredor que vive de este tráfico. Aquí está. = ¿Este es el honrado corredor? y entró un hombre como de unos cuarenta años, si es que se podia seguir la huella del tiempo en una cara como

UNED

la debe de tener precisamente el judío errante, si vive todavía desde el tiempo de Jesucristo. Rostro acuchillado con varios chirlos y girones tan bien avenidos y colocados de trecho en trecho, que mas parecian nacidos en aquella cara, que efectos de encuentros desgraciados; mirar vizco, como de quien mira y no mira; barbas independientes, crecidas, y que daban claros indicios de no tener con las navajas todo aquel trato y familiaridad que exige el aseo; ruin sombrero con oficios de quitaguas; capa de estas que no tapan lo que llevan debajo, con muchas cenefas de barro de Madrid; botas ó zapatos, que esto no se conocia, con mas lodo que cordoban; uñas de escribano, y una pierna, de dos que tenia, que, por ser coja, en vez de sustentar la carga del cuerpo, le servia á este de carga y era de él sustentada, por donde del tal corredor se podia decir exactamente aquello de que: *tripas llevan piés;* metal de voz además que á todos los ruidos desapacibles se asemejaba, y aire, en fin, misterioso y escudriñador. = ¿Está eso, señorito? = Está; tio, déselo usted. = Es inútil, yo no entrego mi dinero de esta suerte. = Caballero, no hay cuidado. — No lo habrá ciertamente, porque no lo daré. Aquí empezó una de votos y juramentos del honrado corredor, de quien tan injustamente se desconfiaba, y de lamentaciones deprecatorias de mi sobrino, que veia escapársele de las manos su repeticion por una etiqueta de esta especie; pero yo me mantuve firme, y le fué preciso ceder al hebreo mediante una honesta gratificacion que con sus votos canjeamos.

En el camino nuestro *cicerone*, mas aplacado, sacó de la faltriquera un paquetillo, y mostrándomelo secretamente: — Caballero, me dijo al oido, cigarros habanos, cajetillas: cédulas de... y otras frioleras, por si usted gusta. = Gracias, honrado corredor. Llegamos por fin, á fuerza de apisonar

UNED

con los piés calles y encrucijadas, á una casa, y á un cuarto cuarto, que alguno hubiera llamado guardilla á haber vivido en él un poeta.

No podré esplicar cuan mal se avenian á estar juntas unas con otras y en aquel tan incongruente desman, las diversas prendas que de tan varias partes allí se habian venido á reunir. ¡Oh, si hablaran todos aquellos cautivos! El deslumbrante vestido de la belleza, ¿qué de cosas diria dentro de sus límites ocurridas? ¿qué el collar muchas veces importuno, con prisa desatado y arrojado con despecho? ¿qué seria escuchar aquella sortija de diamantes, inseparable compañera de los hermosos dedos de marfil de su hermoso dueño? ¿qué diálogo pudiera travar aquella rica capa de chinchilla con aquel chal de cachemira? Desvié mi pensamiento de estas locuras, y parecióme bien que no hablasen. Admiréme sobremanera al reconocer en los dos prestamistas que dirigian toda aquella máquina á dos personas que mucho de las sociedades conocia, y de quien nunca hubiera presumido que pelecharan con aquel comercio: avergonzáronse ellos algun tanto de hallarse sorprendidos en tal ocupacion, y fulminaron una mirada, de estas que llevan en sí una larga reconvencion, sobre el israelita que de aquella manera habia comprometido su buen nombre, introduciendo profanos, no iniciados, en el santuario de sus misterios.

Hubo de entrar mi sobrino á la pieza inmediata, donde se debia buscar la repeticion y contar el dinero; yo imaginé que aquel debia de ser lugar mas á propósito todavía para aventuras que el mismo puerto Lapice; calé el sombrero hasta las cejas, levanté el embozo hasta los ojos, púseme á lo oscuro, donde podia escuchar sin ser notado, y dí á mi observacion libre rienda que caminase por do mas le pluguiese. Poco tiempo habria pasado en aquel recogimiento, cuando se

UNED

abre la puerta, y un jóven vestido modestamente pregunta por el corredor.

« Pepe, te he esperado inútilmente; te he visto pasar y he seguido tus huellas. Ya estoy aquí y sin un cuarto; no tengo recurso. — Ya le he dicho á usted que por ropas es imposible. — ¡ Un nuevo frac! ¡ una levita poco usada! ¿ No ha de valer esto mas de diez y seis duros que necesito ?—Mire usted aquellos cofres, aquellos armarios están llenos de ropas de otros como usted; nadie parece á sacarlas, y nadie dá por ellas el valor que se prestó. — Mi ropa vale mas de cincuenta duros, te juro que ántes de ocho dias vuelvo por ella.— Eso mismo decia el dueño de aquel surtú, que ha pasado en aquella percha dos inviernos, y la que trajo aquel chal, que lleva aquí dos carnavales; y la... — Pepe, te daré lo que quieras, mira; estoy comprometido; ¡ no me queda mas recurso que tirarme un tiro ! » Al llegar aquí el diálogo, eché mano de mi bolsillo, diciendo para mí: no se tirará un tiro por diez y seis duros un jóven de tan buen aspecto. ¿ Quién sabe si no habrá comido hoy su familia; si alguna desgracia.... iba á llamarle, pero me previno Pepe diciendo: ¡ Mal hecho! — Tengo que ir esta noche sin falta á casa de la señora de W.** y estoy sin traje: he dado palabra de no faltar á una persona respetable. Tengo que buscar además un dominó para una prima mia, á quien he prometido acompañar... Al oir esto solté insensiblemente mi bolsa en mi faltriquera, ménos poseido ya de mi ardiente caridad. — ¡ Es posible! traiga usted una halaja. — Ni una me queda, tú lo sabes; tienes mi reloj, mis botones, mi cadena... —¡ Diez y seis duros! — Mira, con ocho me contento. — Yo no puedo hacer nada en eso; es mucho. — Con cinco me contento, y firmaré los diez y seis, y te daré ahora mismo uno de gratificacion... — Ya sabe usted que yo deseo servirle, pero como no soy el

dueño... ¿A ver el frac? Respiró el jóven, sonrióse el corredor; tomó el atribulado cinco duros, dió de ellos uno, y firmó diez y seis, contento con el buen negocio que habia hecho. — Dentro de tres dias vuelvo por ello. A dios. Hasta pasado mañana. — Hasta el año que viene. — Y fuese cantando el especulador.

Retumbaban todavía en mis oidos las pisadas y *le friori-ture* del atolondrado cuando se abre violentamente la puerta, y la señora de H.**Z. en persona, con los ojos encendidos y toda fuera de sí, se precipita en la habitacion.—¡Don Fernando! — A su voz salió uno de los prestamistas, caballero de no mala figura y de muy galantes modales.—¡Señora! —¿Me ha enviado usted esta esquela? — Estoy sin un maravedí; mi amigo no la conoce á usted... es un hombre ordinario... y como hemos dado ya mas de lo que valen los adornos que tiene usted ahí... —¿Pero no sabe usted que tengo repartidos los billetes para el baile de esta noche? Es preciso darle, ó me muero del sofoco... — Yo, señora... —Necesito indispensablemente mil reales, y retirar siquiera hasta mañana mi diadema de perlas y mis braceletes para esta noche: en cambio vendrá una vajilla de plata y cuanto tengo en casa. Debo á los músicos tres noches de funcion; esta mañana me han dicho decididamente que no tocarán si no los pago. El catalan me ha enviado la cuenta de las velas, y que no enviará mas miéntras no le satisfaga.— Si yo fuere solo... —¿Reñirémos? ¿No sabe usted que esta noche el juego solo puede producir... ¡Nos fué tan mal la otra noche!...

Siguióse á esta escena la de un jugador perdidoso que habia perdido el último maravedí, y necesitaba armarse para volver á jugar; dejó un reloj, tomó diez y firmó quince, y se despidió diciendo: tengo corazonada; voy á sacar

UNED

veinte onzas en media hora, y vuelvo por mi reloj: otro jugador ganancioso vino á sacar unas sortijas del tiempo de su prosperidad: algun empleado vino á tomar su mesada adelantada sobre sueldo, pero descabalada de los crecidos intereses: algun necesitado verdadero se remedió, si es remedio comprar un duro con dos; y solo mentaré en particular al criado de un personage que vino por fin á rescatar ciertas alhajas que habia mas de tres años que cautivas en aquel Argel estaban. Habíanse vendido las alhajas, desconfiados ya los prestamistas de que nunca las pagáran, y porque los intereses estaban á punto de traspasar su valor. No quiero pintar la grita y la zalagarda que en aquella bendita casa se armó. Despues de dos años de reclamaciones inútiles, hoy venian por las alhajas; ayer se habian vendido. Juró y blasfemó el criado y fuese, prometiendo poner el remedió de aquel atrevimiento en manos de quien mas conviniese.

¿Es posible que se viva de esta manera? ¿Pero qué mucho, si el artesano ha de parecer artista, el artista empleado, el empleado título, el título grande, y el grande príncipe? ¿Cómo se puede vivir haciendo ménos papel que el vecino? ¡Bien haya el lujo! ¡bien haya la vanidad!

En esto salia ya del gabinete la bella convidadora; habíase secado el manantial de sus lágrimas.

A poco salió mi sobrino, que despues de darme las gracias, se empeñó tercamente en hacerme admitir un billete para el baile de la señora H.**Z. Sonreíme, nada dije á mi sobrino, ya que nada habia oido, y asistí al baile. Los músicos tocaron: las luces ardieron. ¡Oh elocuencia de la belleza! ¡Oh utilidad de los usureros!

No quisiera acabar mi artículo sin advertir que reconocí en el baile al famoso prestamista, y en los hombros de su

UNED

mujer el chal magnífico que llevaba tres carnavales en el cautiverio; y dejó de asombrarme desde entónces el lujo que en ella tantas veces no habia comprendido.

Retiréme temprano, que no les sienta bien á mis canas ver entrar á Febo en los bailes; acompañóme mi sobrino, que iba á otra concurrencia. Bajé del coche, y nos despedimos. Parecióme no encontrar en su voz aquel mismo calor afectuoso, aquel interés con que por la mañana me dirijia la palabra. Un *á Dios* bastante indiferente me recordó que aquel dia habia hecho un favor, y que el tal favor ya habia pasado. Acaso habia sido yo tan necio, como loco mi sobrino. No era mucho, decia yo, que un jóven los pidiera; ¡pero que los diera un viejo!

Para distraer estas melancólicas imaginaciones, que tan triste idea dan de la humanidad, abrí un libro de poesía, y acertó á ser en aquel punto en que dice Bartolomé de Argensola:

De estos niños Madrid vive lograd:
Y de viejos tan frágiles como ellos,
Porque en la misma escuela se han criado.

LARRA.

VARIOS CARACTERES.

No siempre está en mano del hombre el coordinar sus ideas y formar con ellas una obra arreglada, con principio, medio y fin. ¿Á quién no le habrá sucedido repetidas veces abrir un libro, leer maquinalmente y no poder establecer entre lo escrito y su cabeza ninguna especie de comunicacion, cerrar el libro y no poderse dar cuenta de lo

UNED

que ha leido? En estos casos, que muy amenudo me suceden, suelo echar mano del sombrero y la capa, y no pudiendo fijar mi atencion en una sola cosa, trato de fijarla en todas: sálgome á la calle, éntrome por los cafés, vóyme á la Puerta del Sol, á Correos, al Museo de pinturas, á todas partes, en fin, y en ninguna puedo decir que estoy en realidad. Cualquiera me conocerá en estos dias en que el fastidio se apodera de mi alma, y en que no hay cosa que tenga á mis ojos color, y ménos, color agradable. En estos dias llevo cara de filósofo, es decir, de mal humor; una sonrisa amarga de indiferencia y despego á cuanto veo se dibuja en mis labios; llevo conmigo un lente, no porque me sirva, pues veo mejor sin él, sino para poder clavar fijamente el objeto que mas me choca, que un corto de vista tiene licencia para ser desvergonzado; no saludo á ninguñ amigo ni conocido que encuentro, porque esto seria hacer yo tambien un papel en la comedia de que pretendo ser únicamente espectador, y que solo para divertirme á mí creo por entónces que representa el mundo entero. Mala crianza será, pero me acerco á escuchar conversaciones de corrillos, es de advertir que cuando el tedio me abruma con su peso, no puedo tener mas que tedio. Recibo insensible las impresiones de cuanto pasa á mi alrededor; á todas me dejo amoldar con indiferencia y abandono; en semejantes dias no hay hermosas para mí, no hay feas, no hay amor, no hay odio.

Esta es la razon porque me fuera imposible hacer hoy un artículo de costumbres medianamente coordinado: si ha menester plan, si necesita reflexion la cosa que hoy emprenda, inútil me es emprenderla; conozco que no he de poder llevarla á cabo. = Acaso encontraria, investigando metafísicamente mi corazon, la causa que ha podido poner-

UNED

me hoy en esta estraña disposicion de ánimo; pero este trabajo me cansaria, y he dicho que no quiero hacer hoy impresiones, sino recibirlas. En estos dias es, sin embargo, cuando colocado detrás de mi lente, que es entónces para mí el vidrio de la linterna mágica, veo pasar el mundo todo delante de mis ojos; é imparcial, ageno de consideracion que á él me ligue, véole tal cual se presenta en cada fisonomía, en cada accion que observo indolentemente.

=¿Qué hace don Julian en ese café? Todos los dias viene al dar las cuatro: el mozo no ha menester que le hablen una palabra, apénas se ha colocado aquel en su silla, ya tiene la cafetera encima de la mesa. Toma, paga, y se duerme. Esa es la principal ocupacion de don Julian. Tomar café una vez cada dia.

=¿Y qué hace en el café aquel viejo? Treinta años ha que viene: todas las tardes juega su partida de ajedrez: todas las tardes se la ven jugar aquellos cuatro originales que tiene en derredor: ni él hace mas en la vida, ni ellos ven otra cosa. Eso es lo que se llama aislarse en medio del mundo.

=¿Quién es aquel que cruza por aquella esquina? ¡Bello muchacho! Pero no; conforme se acerca cuento las arrugas del rostro. ¡Ah! es un jóven de sesenta años. A las ocho de la mañana sale vestido ya y ceñido, prendido y ajustado, ni una mota, ni una arruga lleva al frac: la bota es un espejo: el guante blanco como la nieve: la corbata no hace un pliegue: el pelo rizado, mejor dirémos pintado: en todos los conciertos, en todos los bailes, en el paseo, en la luneta, erguido siempre, bailando, coqueteando. ¿Nunca se descompone, nunca se ensucia? ¿Qué secreto posee? ¿No le crece nunca la barba? Jamás. Es solo de estra-

ñar que vaya solo; ó acaba de dejar algunas señoras, ó va á buscarlas. Las hablará de la ópera, del figurin, de lo mal que bailó el solo Gasparito; esta es la existencia del viejo verde: miradle contraerse y revolcarse en su vanidad al lado de una hermosa: ¿es una serpiente que se roza contra un árbol? No; el viejo verde al lado de las bellas es una oruga que se desliza por entre las rosas.

=¿Han visto ustedes unas caras paradas, unos ojos mudos, unos corbatines siempre iguales, un vestido regular y uniforme, unos cuerpos, ni elegantes ni mal vestidos, unos brazos que se balancean monotonos, siempre con la regularidad y compás de las aspas de un molino? ¿Saben ustedes que los hombres de esas señas hablan nunca nada que pueda ser referido, escriban nada que deba ser leido, hagan una accion digna de ser imitada? No: esos son oficinistas ó propietarios. Se levantan, fuman, dicen palabras, dan pasos, saludan, entran, salen, se rien (estos nunca lloran), son hombres entre otros hombres. En una palabra, duermen dispiertos.

=¿Cómo hace aquel original para llevar hace diez años el mismo frac, abrochado siempre del mismo modo: los mismos guantes, el mismo pañuelo blanco al cuello con el mismo lazo: el mismo pantalon: la misma postura de sombrero... ¿No se desnuda ese hombre? ¿No envejece? Ese es el judío errante.

=¿De qué habla don Cosme? Lo diré: don Cosme viene de la calle de la Paz: allí acude todos los dias á las ocho de la mañana: alarga una mano á la banasta de los periódicos; es un parroquiano á la lectura de papeles á cuarto. Hoy la revista, mañana el boletin... Gran noticioso. Este sabe siempre á punto fijo, de muy buena tinta, los pormenores de la última batalla: sabe si don Miguel está en Coimbra, en Lis-

boa, ó en Badajoz: entiende muy bien la marcha de Nicolás, que así llama él con franqueza al autócrata ruso. Suele suceder luego que los que él supuso entrar vencedores en un punto, entraron en él prisioneros: pero todo es entrar. Estos hombres hablan siempre al oido, contraen la costumbre de suponerse espiados por las grandes cosas que creen decir: de resultas si le encuentran á usted, le dirán al oido muy secretamente: — Buenos dias, beso á usted la mano.

—¿Hay nada mas torpe que estos hombres amigos de usted que le ven parado en una calle, y no conocen que cuando está usted parado es que no quiere andar, que cuando está callado es que no quiere hablar?

—¡Dios me libre de un hombre amable! No iré á su casa, porqué me convidará. No le encontraré en la calle porque vendrá á mí con los brazos abiertos aun que me haya visto ayer, se enganchará de mí, me preguntará de mi salud, de mis hijos, de mis comedias, de mis artículos, de mis..., Pero líbreme, aunque sea el diablo, de una mujer amable; nunca sabré si me quiere ó si me estima, si es bien criada, ó tierna, si... ¡Válgame Dios; y líbreme, aunque sea el diablo, de una mujer amable, esa me volveria loco.

—Oigan ustedes á don Lúcas Mentirola. Ese viene siempre de donde sucede algo. ¿Ha habido fuego? Vengo de allí: hace estragos horrorosos. —¿Ha llegado el tenor nuevo? — Sí, responde, le acabo de dar un abrazo: viene gordo, y su voz es un portento: le hice entrar en un portal y cantar un rato.... por mí lo hizo, es gran muchachon, rubio, alto, ¡estrangero! — Al otro dia se sabe que el tenor no ha llegado, y si ha llegado es chiquito, negro, bizco... —¿Está malo algun sugeto marcado? — Hoy está mejor, dice, se ha reido mucho conmigo: una hora he estado con él.—Luego se averigua que el que tanto se ha reido estaba ya enterrado. —

¿Quién es aquel botarate? — ¿Aquel? un mónstruo, aquel se prevale de la bondad, del candor de la casa donde le reciben: hay una mujer hermosa, nada la dice, sin imbargo afecta ir á la casa á horas de franqueza: la acompaña al Prado: en baile ó sarao donde está ella, está él, siempre al lado de la hermosa, siempre baila con ella: cuando ella no le vé, finge mirarla con celos de algun otro; afecta disimulo, que en realidad no puede existir, pues nada hay que disimular. ¿Se retiran? siempre dá el brazo á la hermosa. Ella en tanto, á quien nada dice, que nada nota en él de galanteo, está bien léjos de creer que el público malicioso, no habla de otra cosa sino de sus amores con fulanito. Se contenta con que las gentes crean que es feliz; para él no hay otro modo de serlo. ¡Qué horrible carácter! ¡Qué triste buena fé la de su víctima que no lo conoce!

LARRA.

EL CASTELLANO VIEJO.

Ya en mi edad pocas veces gusto de alterar el órden que en mi manera de vivir tengo hace tiempo establecido, y fundo esta repugnancia en que no he abandonado mis lares ni un solo dia para quebrantar mi sistema, sin que haya sucedido el arrepentimiento mas sincero al desvanecimiento de mis engañadas esperanzas. Un resto con todo eso del antiguo ceremonial que en su trato tenian adoptado nuestros padres, me obliga á aceptar á veces ciertos convites á que pareceria el negarse grosería, ó por lo ménos ridícula afectacion de delicadeza.

Andábame dias pasados por esas calles á buscar materiales para mis artículos. Embebido en mis pensamien-

UNED

tos, me sorprendí varias veces á mí mismo riendo como un pobre hombre de mis propias ideas y moviendo maquinalmente los labios; algun tropezon me recordaba de cuando en cuando que para andar por el empedrado de Madrid no es la mejor circunstancia la de ser poeta ni filósofo; mas de una sonrisa maligna, mas de un gesto de admiracion de los que á mi lado pasaban, me hacia reflexionar qué los soliloquios no se deben hacer en público; y no pocos encontrones que al volver las esquinas dí con quien tan distraida y rápidamente como yo las doblaba, me hicieron conocer que los distraidos no entran en el número de los cuerpos elásticos, y mucho ménos de los séres gloriosos é impasibles. En semejante situacion de mi espíritu, ¿qué sensacion no deberia producirme una horrible palmada que una gran mano, pegada (á lo que por entónces entendí) á un grandísimo brazo, vino á descargar sobre uno de mis hombros, que por desgracia no tienen punto alguno de semejanza con los de Atlante?

No queriendo dar á entender que desconocia este enérgico modo de anunciarse, ni desairar el agasajo de quien sin duda habia creido hacérmele mas que mediano, dejándome torcido para todo el dia, traté solo de volverme por conocer quien fuese tan mi amigo para tratarme tan mal; pero mi castellano viejo es hombre que cuando está de gracias no se le ha de dejar ninguna en el tintero. ¿Cómo dirá el lector que siguió dándome pruebas de confianza y cariño? Echóme las manos á los ojos, y sujetándome por detrás, ¿quién soy? gritaba, alborozado con el buen éxito de su delicada travesura. ¿Quién soy? = Un animal, iba á responderle; pero me acordé de repente de quien podria ser, y sustituyendo cantidades iguales, — *Braulio eres*, le dije. Al oirme, suelta sus manos, rie, se aprieta los hija-

UNED

res, alborota la calle, y pónenos á entrambos en escena. = ¡Bien, mi amigo! ¿Pues en que me has conocido? = ¿Quién pudiera sino tú... = ¿Has venido ya de tu Vizcaya? = No, Braulio, no he venido. = Siempre el mismo genio. ¿Qué quieres? es la pregunta del español. ¡Cuánto me alegro de que estés aquí! ¿Sabes que mañana son mis dias? = Te los deseo muy felices. = Déjate de cumplimientos entre nosotros; ya sabes que yo soy franco y castellano viejo: el pan pan; y el vino vino; por consiguiente exijo de tí que no vayas á dármelos, pero estás convidado. = ¿Á qué? = Á comer conmigo. = No es posible. = No hay remedio. = No puedo, insisto ya temblando. = ¿No puedes? = Gracias. = ¿Gracias? Véte á paseo: amigo, como no soy el duque de F., ni el conde de P... = ¿Quién se resiste á una sorpresa de esa especie? ¿quién quiere parecer vano? = No es eso, sino que... = Pues si no es eso, me interrumpe, te espero á las dos; en casa se come á la española; temprano. Tengo mucha gente: tendrémos el famoso X. que nos improvisará de lo lindo; T. nos cantará de sobremesa una rondeña con su gracia natural; y por la noche J. cantará y tocará alguna cosilla. = Esto me consoló algun tanto, y fué preciso ceder: un dia malo, dije para mí, cualquiera lo pasa; en este mundo para conservar amigos es preciso tener el valor de aguantar sus obsequios. — No faltarás, si no quieres que riñamos. — No faltaré, dije con voz exánime y ánimo decaido, como el zorro que se revuelve inútilmente dentro de la trampa donde se ha dejado coger. — Pues, hasta mañana; y me dió un torniscon por despedida. Víle marchar como el labrador ve alejarse la nube de su sembrado, y quedéme discurriendo como podian entenderse estas amistades tan hostiles y tan funestas.

Ya habrá conocido el lector siendo tan perspicaz co-

UNED

mo yo le imagino, que mi amigo Braulio está muy léjos de pertenecer á lo que se llama gran mundo y sociedad de buen tono, pero no es tampoco un hombre de la clase inferior, puesto que es un empleado de los de segundo órden, que reune entre su sueldo y su hacienda cuarenta mil reales de renta; que tiene una cintita atada al ojal y una crucesita á la sombra de lo solapa; que es psrsona en fin, cuya clase, familia y comodidades de ninguna manera se oponen á que tuviesen una educacion mas escogida y módales mas suaves é insinuantes. Mas la vanidad le ha sorprendido por donde ha sorprendido casi siempre á toda ó á la mayor parte de nuestra clase media, y á toda nuestra clase baja. Es tal su patriotismo, que dará todas las lindezas del estranjero por un dedo de su país. Esta ceguedad le hace adoptar todas las responsabilidades de tan inconsiderable cariño; de paso que defiende que no hay vinos como los españoles, en lo cual bien puede tener razon, defiende que no hay educacion como la española en lo cual bien pudiera no tenerla; á trueque de defender que el cielo de Madrid es purísimo, defenderá que nuestras manolas son las mas encantadoras de todas las mujeres; es un hombre, en fin, que vive de esclusivas, á quien le sucede poco mas ó ménos lo que á una parienta mia, que se muere por las jorobas, solo porque hubo un querido que llevaba una escrecencia bastante visible sobre entrambos omoplatos.

No hay que hablarle, pues, de estos usos sociales, de estos respetos mútuos, de estas reticencias urbanas, de esa delicadeza de trato, que establece entre los hombres una preciosa armonía, diciendo solo lo que debe agradar y callando siempre lo que puede ofender. El se muere *por plantarle una fresca al lucero del alba*, como suele decir, y

UNED

cuando tiene un resentimiento se le *espeta á uno cara á cara:* como tiene trocados todos los frenos, dice de los cumplimientos, que ya sabe lo que quiere decir *cumplo y miento;* llama á la urbanidad hipocresía, y á la decencia monadas; á toda cosa buena le aplica un mal apodo; el lenguaje de la finura es para él poco mas que griego: cree que toda la crianza está reducida á decir *Dios guarde á ustedes*, al entrar en una sala, y añadir *con permiso de usted* cada vez que se mueve; á preguntar á cada uno por toda su familia, y á despedirse de todo el mundo; cosas todas que asi se guardará él de olvidarlas como de tener pacto con franceses. En conclusion, hombres de estos que no saben levantarse para despedirse sino en corporacion con alguno ó algunos otros, que han de dejar humildemente debajo de una mesa su sombrero, que llaman *su cabeza*, y que cuando se hallan en sociedad por desgracia sin un socorrido baston, darian cualquier cosa por no tener manos ni brazos, porque en realidad no saben donde ponerlos, ni que cosa se puede hacer con los brazos en una sociedad.

Llegaron las dos, y como yo conocia ya á mi Braulio, no me pareció conveniente acicalarme demasiado para ir á comer; estoy seguro de que se hubiera picado; no quise sin embargo escusar un frac de color y un pañuelo blanco, cosa indispensable en un dia de dias en semejantes casas: vestíme sobre todo lo mas despacio que me fué posible, como se reconcilia al pié del suplicio el infeliz reo, que quisiera tener cien pecados mas cometidos que contar para ganar tiempo; era citado á las dos, y entré en la sala á las dos y media.

No quiero hablar de las infinitas visitas ceremoniosas que ántes de la hora de comer entraron y salieron en aquella casa, entre las cuales no eran de despreciar todos los em-

UNED

pleados de su oficina con sus señoras y sus niños; y sus capas, y sus paraguas; y sus chanclos, y sus perritos; déjome en blanco los necios cumplimientos que se dijeron al señor de los dias; no hablo del inmenso círculo con que guarnecia la sala el concurso de tantas personas heterogéneas, que hablaron de que el tiempo iba á mudar, y de que en invierno suele hacer mas frio que en verano. Vengamos al caso: dieron las cuatro, y nos hallamos solos los convidados. Desgraciadamente para mí el señor de X., que debia divertirnos tanto, gran conocedor de esta clase de convites, habia tenido la habilidad de ponerse malo aquella mañana; el famoso T. se hallaba oportunamente comprometido para otro convite; y la señorita que tan bien habia de cantar y tocar estaba ronca, en tal disposicion, que se asombraba ella misma de que se la entendiese una sola palabra, y tenia un panadizo en un dedo. ¡Cuántas esperanzas desvanecidas!

—Supuesto que estamos los que hemos de comer, esclamó don Braulio, vamos á la mesa, querida mia. —Espera un momento, le contestó su esposa, casi al oido; con tanta visita yo he faltado algunos momentos de allá dentro, y.... —Bien, pero mira que son las cuatro...—Al instante comerémos. —Las cinco eran cuando nos sentábamos á la mesa.

—Señores, dijo el Anfitrion al vernos titubear en nuestras respectivas colocaciones, exijo la mayor franqueza: en mi casa no se usan cumplimientos. ¡Ah! Fígaro, quiero que estés con toda comodidad; eres poeta; y además estos señores, que saben nuestras íntimas relaciones, no se ofenderán si te prefiero; quítate el frac, no sea que le manches.—¿Qué tengo de manchar? le respondí, mordiéndome los labios.—No importa, te daré una chaqueta mia, siento que no ha-

UNED

ya para todos. — No hay necesidad. — ¡ Oh ! sí, sí ; ! mi chaqueta ! Toma, mírala, un poco ancha te vendrá. — Pero, Braulio.... — No hay remedio ; no te andes con etiquetas; y en esto me quita él mismo el frac, *velis nolis*, y quedo sepultado en una cumplida chaqueta rayada, por la cual solo asomaba los pies y la cabeza, y cuyas mangas no me permitian comer probablemente. Díle las gracias : ¡ al fin el hombre creia hacerme un obsequio!

Los dias en que mi amigo no tiene convidados se contenta con una mesa baja, poco mas que la banqueta de zapatero, porqué él y su mujer, como se dice, ¿ porqué quieren mas? Desde la tal mesita, y como se sube el agua del pozo, hace subir la comida hasta la boca, adonde llega goteando despues de una larga travesía ; porque pensar que estas gentes han de tener una mesa regular, y estar cómodos todos los dias del año, es pensar en lo escusado. Ya se concibe, pues, que la instalacion de una gran mesa de convite era un acontecimiento en aquella casa ; así qué, se habia creido capaz de contener catorce personas que éramos una mesa donde apénas podrian comer ocho cómodamente. Hubimos de sentarnos de medio lado como quien va á arrimar el hombro á la comida, y entablaron los codos de los convidados íntimas relaciones entre sí con la mas fraternal inteligencia del mundo. Colocáronme por mucha distincion entre un niño de cinco años, encaramado en unas almohadas que era preciso enderezar á cada momento porque las ladeaba la natural turbulencia de mi jóven adlátere, y entre uno de esos hombres que ocupan en el mundo el espacio y sitio de tres, cuya corpulencia por todos lados se salia de madre de la única silla en que se hallaba sentado, digámoslo así, como en la punta de una aguja. Desdobláronse silenciosamente las servilletas, nuevas á la verdad, porque tampoco eran mue-

UNED

bles en uso para todos los dias, y fueron izadas por todos aquellos buenos señores á los ojales de sus fraques como cuerpos intermedios entre las salsas y solapas.

=Ustedes harán penitencia, señores, esclamó el Anfitrion una vez sentado; pero hay que hacerse cargo de que no estamos en Genieys; frase que creyó preciso decir. Necia afectacion es esta, si es mentira, dije yo para mí; y si verdad, gran torpeza convidar á los amigos á hacer penitencia. Desgraciadamente no tardé mucho en conocer que habia en aquella espresion mas verdad de la que mi buen Braulio se figuraba; interminables y de mal gusto fueron los cumplimientos con que para dar y recibir cada plato nos aburrimos unos á otros. — Sírvase usted. — Hágame usted el favor. — De ninguna manera. — No le recibiré. — Páselo usted á la señora. — Está bien ahí. — Perdone usted. — Gracias. — Sin etiqueta, señores, esclamó Braulio, y se echó el primero con su propia cuchara. Sucedió á la sopa un cocido surtido de todas las sabrosas impertinencias de este engorrosísimo, aunque buen plato; cruza por aquí la carne; por allá la verdura; acá los garbanzos; allá el jamon; la gallina por derecha; por medio el tocino; por izquierda los embuchados de Estremadura; siguióle un plato de ternera mechada, que Dios maldiga, y á este otro, y otros y otros; mitad traidos de la fonda, que esto basta para que escusemos hacer su elogio; mitad hechos en casa por la criada de todos los dias; por una vizcaina auxiliar tomada al intento para aquella festividad y por el ama de la casa, que en semejantes ocasiones debe estar en todo, y por consiguiente suele no estar en nada.

— Este plato hay que disimularle, decia esta de unos pichones; están un poco quemados. — Pero, mujer... — Hombre, me aparté un momento, y ya sabes lo que son las criadas. — ¡Qué lástima que este pavo no haya estado media hora

mas al fuego! se puso algo tarde.—¿No les parece á ustedes que está algo ahumado este estofado?—¡Qué quieres! una no puede estar en todo.—¡Oh, está escelente, esclamábamos todos dejándonoslo en el plato, escelente!—Este pescado está pasado.—Pues en el despacho de la diligencia del fresco dijeron que acababa de llegar; ¡el criado es tan bruto!—¿De dónde se ha traido este vino?—En eso no tienes razon, porque es...—Es malísimo.—Estos diálogos cortos iban exornados con una infinidad de miradas furtivas del marido para advertirle continuamente á su mujer alguna negligencia, queriendo darnos á entender entrambos á dos que estaban muy al corriente de todas las fórmulas que en semejantes casos se reputan finura, y que todas las torpezas eran hijas de los criados, que nunca han de aprender á servir. Pero estas negligencias se repetian tan á menudo, servian tan poco ya las miradas, que le fué preciso al marido recurrir á los pellizcos y á los pisotones; y á la señora, que á duras penas habia podido hacerse superior hasta entónces á las persecusiones de su esposo, tenia la faz encendida y los ojos llorosos.—Señora, no se incomode usted por eso, le dijo el que á su lado tenia.—¡Ah! les aseguro á ustedes que no vuelvo á hacer estas cosas en casa; ustedes no saben lo que es esto; otra vez Braulio irémos á la fonda y no tendrás...—Usted, señora mia, hará lo que...—¡Braulio! ¡Braulio! Una tormenta espantosa estaba á punto de estallar; empero todos los convidados á porfía probamos á aplacar aquellas disputas, hijas del deseo de dar á entender la mayor delicadeza, para lo cual no fué poca parte la manía de Braulio y la espresion concluyente que dirigió de nuevo á la concurrencia acerca de la inutilidad de los cumplimientos, que así llama él al estar bien servido y al saber comer. ¿Hay

UNED

nada mas ridículo que estas gentes que quieren pasar por finas en medio de la mas crasa ignorancia de los usos sociales? ¿que para obsequiarle le obligan á usted á comer y beber por fuerza, y no le dejan medio de hacer su gusto? ¿porqué habrá gentes que solo quieren comer con alguna mas limpieza los dias de dias?

A todo esto, el niño que á mi izquierda tenia hacia saltar las aceitunas á un plato de magras con tomate, y una vino á parar á uno de mis ojos, que no volvió á ver claro en todo el dia; y el señor gordo de mi derecha habia tenido la precaucion de ir dejando en el mantel, al lado de mi pan, los huesos de las suyas, y los de las aves que habia roido: el convidado de enfrente, que se preciaba de trinchador, se habia encargado de hacer la autopsia de un capon, ó sea gallo, que esto nunca se supo; fuese por la edad avanzada de la víctima, fuese por los ningunos conocimientos anatómicos del victimario, jamás parecieron las coyunturas. — Este capon no tiene coyunturas, esclamaba el infeliz sudando y forcejeando, mas como quien cava que como quien trincha. ¡Cosa mas rara! En una de las embestidas resvaló el tenedor sobre el animal como si tuviera escama, y el capon, violentamente despedido, pareció querer tomar su vuelo como en sus tiempos mas felices, y se posó en el mantel tranquilamente como pudiera en un palo de un gallinero.

El susto fué general y la alarma llegó á su colmo cuando un surtido de caldo, impulsado por el animal furioso, saltó á inundar mi limpísima camisa: levántase rápidamente á este punto el trinchador con ánimo de cazar el ave prófuga, y al precipitarse sobre ella, una botella que tiene á la derecha, con la que tropieza su brazo, abandonando su posicion perpendicular, derrama un abundante ca-

UNED

ño de Valdepeñas sobre el capon y el mantel; corre el vino, auméntase la algazara, llueve la sal sobre el vino para salvar el mantel; para salvar la mesa se ingiere por debajo de él una servilleta, y una eminencia se levanta sobre el teatro de tantas ruinas. Una criada toda azorada retira el capon en el plato de su salsa; al pasar sobre mí hace una pequeña inclinacion, y una lluvia maléfica de grasa desciende como el rocío sobre los prados, á dejar eternas huellas en mi pantalon, color de perla; la angustia y el aturdimiento de la criada no conocen término; retírase atolondrada sin acertar con las escusas; al volverse tropieza con el criado que traia una docena de platos limpios y una salvilla con las copas para los vinos generosos, y toda aquella máquina viene al suelo con el mas horroroso estruendo y confusion. ¡Por san Pedro! esclama dando una voz Braulio, difundida ya sobre sus facciones una palidez mortal, al paso que brota fuego el rostro de su esposa.=Pero, sigamos, señores, no ha sido nada, añade volviendo en sí.

¡O honradas casas, donde un modesto cocido y un principio final constituyen la felicidad diaria de una familia, huid del tumulto de un convite de dias! Solo la costumbre de comer y servirse bien diariamente puede evitar semejantes destrozos.

¿Hay mas desgracias? ¡Santo cielo! Si las hay para mí, infeliz! Doña Juana, la de los dientes negros y amarillos, me alarga de su plato y con su propio tenedor una fineza, que es indispensable aceptar y tragar; el niño se divierte en despedir á los ojos de los concurrentes los huesos disparados de las cerezas; don Leandro me hace probar el manzanilla esquisito, que he rehusado, en su misma copa, que conserva las indelebles señales de sus la-

UNED

bios grasientos ; mi gordo fuma ya sin cesar y me hace cañon de su chimenea ; por fin ¡ó última de las desgracias! crece el alboroto y la conversacion ; roncas ya las voces piden versos y décimas , y no hay mas poeta que Fígaro. — Es preciso. — Tiene usted que decir algo , claman todos. — Désele pié forzado , que diga una copla á cada uno. — Yo le daré el pié : *Á don Braulio en este dia.* — Señores, ¡por Dios ! — No hay remedio. — En mi vida é improvisado. — No haga usted el chiquito. — Me marcharé. — Cerrar la puerta. — No se sale de aquí sin decir algo : Y digo versos por fin , y vomito disparates , y los celebran , y crece la bulla y el humo y el infierno.

Á Dios gracias logro escaparme de aquel nuevo *pandemonio*. Por fin , ya respiro el aire fresco y desembarazado de la calle ; ya no hay necios , ya no hay castellanos viejos á mi alrededor.

¡Santo Dios ! yo te doy gracias , esclamo respirando , como el ciervo que acaba de escaparse de una docena de perros , y que oye ya apénas sus ladridos ; para de aquí en adelante no te pido riquezas , no te pido empleos , no honores ; líbrame de los convites caseros y de dias de dias; líbrame de estas casas en que es un convite un acontecimiento ; en que solo se pone la mesa decente para los convidados ; en que creen ser obsequios cuando dan mortificaciones ; en que se hacen finezas ; en que se dicen versos ; en que hay niños ; en que hay gordos : en que reina en fin la brutal franqueza de los castellanos viejos. Quiero que si caigo de nuevo en tentaciones semejantes, me falte un roastbeef , desaparezca del mundo el beefsteck, se anonaden los timbales de macarrones, no haya pavos en Perigueux , ni pasteles en Perigord , se sequen los viñedos de Burdeos , y beban , en fin , todos ménos yo la deliciosa espuma del Champagne.

Concluida mi deprecacion mental, corro á mi habitacion á despojarme de mi camisa y de mi pantalon, reflexionando en mi interior que no son unos todos los hombres, puesto que los de un mismo país, acaso de un mismo entendimiento, no tienen las mismas costumbres, ni la misma delicadeza, cuando ven las cosas de tan distinta manera. Vístome y vuelvo á olvidar tan funesto dia entre el corto número de gentes que piensan, que viven sujetas al provechoso yugo de una buena educacion libre y desembarazada, y que fingen acaso estimarse y respetarse mútuamente para no incomodarse, al paso que las otras hacen ostentacion de incomodarse, y se ofenden y se maltratan, queriéndose y estimándose tal vez verdaderamente.

LARRA.

LA VIDA DE MADRID.

Muchas cosas me admiran en este mundo: esto prueba que mi alma debe pertenecer á la clase vulgar, al justo medio de las almas; solo á las muy superiores, ó á las muy estúpidas les es dado no admirarse de nada. Para aquellas no hay nada que valga algo, para estas no hay cosa que valga nada. Colocada la mia á igual distancia de las unas y de las otras, confieso que vivo todo de admiracion, y estoy tanto mas distante de ellas cuanto ménos concibo que se pueda vivir sin admirar.

Cuando en un dia de esos, en que un insomnio prolongado, ó un contratiempo de la víspera preparan al hombre á la meditacion, me paro á considerar el destino del mundo; cuando me veo rodando dentro de él con mis semejantes por

UNED

los espacios imaginarios, sin que sepa nadie para qué, ni adonde; cuando veo nacer á todos para morir, y morir solo por haber nacido; cuando veo la verdad igualmente distante de todos los puntos del orbe, donde se la anda buscando, y la felicidad siempre en casa del vecino á juicio de cada uno; cuando reflexiono que no se le vé el fin á este cuadro halagüeño; cuando pregunto á todos y me responde cada cual quejándose de su suerte; cuando contemplo que la vida es un amasijo de contradicciones, de llanto, de enfermedades, de errores, de culpas y arrepentimientos, me admiro de varias cosas. Primera, del gran poder del Sér supremo, que haciendo marchar el mundo de un modo dado, ha podido hacer que todos tengan deseos diferentes y encontrados, que no sucede mas que una cosa á la vez, y que todos queden contentos. Segunda, de su gran sabiduría en hacer corta la vida. Y tercera, en fin, y de esta me asombro mas que de las otras todavía, de ese apego que todos tienen sin embargo á esta vida tan mala. Esto último bastaria á confundir á un ateo, si un ateo, al serlo, no diese ya claras muestras de no tener su cérebro organizado para el convencimiento; porque solo un Dios y un Dios Todopoderoso podia hacer amar una cosa como la vida.

Esto, considerada la vida en general, donde quiera que la tomemos por tipo; en las naciones civilizadas, en los países incultos, en todas partes, en fin. Porque en este punto, me inclino á creer que el hombre variará de necesidades, y se colocará en una escala mas alta ó mas baja; pero en cuanto á su felicidad nada habrá adelantado. Toda la diferencia entre el hombre ilustrado y el salvaje estará en los términos de su conversacion. Lord Wellington hablará de los wighs, el indio nómade hablará de las panteras; pero iguales penas le acarreará á aquel el concluir con los primeros,

UNED

que á este el dar caza á las segundas. La civilizacion le hará variar al hombre de ocupaciones y de palabaas; de suerte, es imposible. Nació víctima, y su verdugo le persigue enseñándole el dogal, así debajo del dorado arteson, como debajo de la rústica techumbre de ramas. Pero si se considera luego la vida de Madrid, preciso es cerrar enteramente el entendimiento á toda reflexion para desearla.

El jóven que voy á tomar por tipo general, es un muchacho de regular entendimiento, pero que posee sin embargo mas doblones que ideas, lo cual no parecerá inverosímil si se atiende el modo que tiene la sabia naturaleza de distribuir sus dones. En una palabra, es rico sin ser enteramente tonto. Paseábame dias pasados con él, no precisamente porque nos estreche una grande amistad, sino porque no hay mas que dos modos de pasear, ó solo ú acompañado. La conversacion de los jóvenes mas suele pecar de indiscreta que de reservada: así fué, que á pocas preguntas y respuestas nos hallamos á la altura de lo que se llama en el mundo franqueza sinónimo casi siampre de imprudencia. Preguntóme que especie de vida hacia yo, y si estaba contento con ella. Por mi parte pronto hube despachado: á lo primero le contesté: «Soy periodista; paso la mayor parte del tiempo, como todo escritor público, en escribir lo que no pienso y en hacer creer á los demás lo que no creo. ¡Cómo solo se puede escribir alabando! Esto es, que mi vida está reducida á decir lo que otros no quieren oir» A lo segundo, de si estaba contento con esta vida, le contesté que estaba por lo ménos tan resignado como lo está con irse á la gloria el que se muere.

¿Y usted? le dije. ¿Cuál es su vida en Madrid? Yo, me repuso, soy muchacho de muy regular fortuna, por consiguiente no escribo. Es decir....escribo...ayer escribí una esquela á Borrel para que me enviase cuanto ántes un panta-

UNED

lon de *patincour* que me tiene hace meses por allá. Siempre escribe uno algo. Por lo demás le contaré á usted.

Yo no soy amigo de levantarme tarde; á veces hasta madrugo; dias hay que á las diez ya estoy en pié. Tomo té, y alguna vez chocolate, es preciso vivir con el pais. Si á esas horas ha parecido ya algun periódico, me lo entra mi criado, despues de haberle ojeado él: tiendo la vista por encima; leo los partes, que se me figura siempre haberlos leido ya: todos me suenan á lo mismo: entra otro, lo cojo, y es la segunda edicion del primero. Los periódicos son como los jóvenes de Madrid, no se diferencian sino en el nombre. Cansado estoy ya de que me digan todas las mañanas en artículos muy graves todo lo felices que seriamos si fuésemos libres, y lo que es preciso hacer para serlo. Tanto valdria decirle á un ciego que no hay cosa como ver.

Como á aquellas horas no tengo ganas de volverme á dormir, dejo los periódicos: me rodeo al cuello un echarpe, me introduzco en un surtú, y á la calle. Doy una vuelta á la Carrera de San Gerónimo, á la calle de Carretas, del Príncipe, y de la Montera, encuentro en un palmo de terreno á todos mis amigos que hacen otro tanto, me paro con todos ellos, compro cigarros en un café, saludo á alguna asomada, y me vuelvo á casa á vestir.

¿Está malo el dia? El capote de barragan: á casa de la marquesa hasta las dos; á casa de la condesa hasta las tres; á tal otra casa hasta las cuatro; en todas partes voy dejando la misma conversacion: en donde entro oigo hablar mal de la casa de donde vengo, y de la otra á donde voy: esta es toda la conversacion de Madrid.

¿Está el dia regular? A la calle de la Montera. A ver á la Gallarde ó á Tomás. Dos horas, tres horas, segun. Mina, los facciosos, la que pasa, el sufrimiento y las esperanzas.

UNED

¿Está muy bueno el dia? Á caballo. De la puerta de Atocha á la de Recoletos, de la de Recoletos á la de Atocha. Andado y desandado este camino muchas veces, una vuelta á pié. Á comer á Genieys, ó al comercio: alguna vez en mi casa; las mas fuera de ella.

¿Acabé de comer? Á Sólito. Allí dos horas, dos cigarros, y dos amigos. Se hace una segunda edicion de la conversacion de la calle de la Montera. ¡Oh! y felizmente esta semana no ha faltado materia. Un poco se ha ponderado, otro poco se ha... Pero en fin, en un pais donde no se hace nada, sea lícito al ménos hablar.

—¿Qué se da en el teatro? dice uno.

—Aquí, 1.°, sinfonía: 2.°, pieza del célebre Scribe: 3.°, sinfonía: 4.°, pieza nueva del fecundo Scribe: 5.°, sinfonía: 6.°, baile nacional: 7.°, la comedia nueva en dos actos, traducida tambien del ingenioso Scribe: 8.°, sinfonía: 9°...

—Basta, basta; ¡santo Dios!

—Pero, chico, ¿qué lees ahí? si ese es el diario de ayer.

—Hombre, parece el de todos los dias.

—Sí, aquí es *Guillermo* hoy.

—¿*Guillermo*? ¡Oh, si fuera ayer! ¿Y allá?

—Allá es el teatro de la Cruz. Cualquier cosa.

—Á mí me toca el turno aquí. ¿Sabe usted lo que es tocar el turno?

—Sí, sí, respondo á mi compañero de paseo; á mí tambien me suele tocar el turno.

—Pues bien: subo al palco un rato. Acabado el teatro, si no es noche de sociedad, al café otra vez á disputar un poco de tiempo al dueño. Luego á ninguna parte. Si es noche de sociedad, á vestirme: gran tualeta. Á casa de E... Bonita sociedad; muy bonita. Ello sí, las mismas de la sociedad de la víspera, y del lúnes, y de... y las mismas de las visitas de

UNED

la mañana del Prado, y del teatro...pero lo bueno, nunca se cansa uno de verlo.

—¿Y qué hace usted en la sociedad?

—Nada; entro en la sala; paso al gabinete; vuelvo á la sala; entro al ecarté; vuelvo á entrar en la sala, vuelvo á salir al gabinete; vuelvo á entrar en el ecarté.....

—¿Y luego?

—Luego á casa, y ¡buenas noches!

Esta es la vida que de sí me contó mi amigo. Despues de leerla, y de releerla figurándome que no he ofendido á nadie, y que á nadie retrato en ella, é inclinándome casi á creer que por esta no tendré ningun desafío, aunque necios conozco yo para todo, trasládola á la consideracion de los que tienen apego á la vida. LARRA.

EL MUNDO POR DENTRO.

Es cosa averiguada (así lo siente Metrodoro Chio y otros muchos) que no se sabe nada, y que todos son ignorantes; y aun esto no se sabe de cierto, que á saberse, ya se supiera algo; sospéchase. Dícelo así el doctísimo Francisco Sanchez, médico y filósofo, en su libro, cuyo título es: *Nihil scitur*: no se sabe nada. En el mundo, fuera de los teólogos, filósofos y juristas, que atienden á la verdad y al verdadero estudio, hay algunos que no saben nada, y estudian para saber, y estos tienen buenos deseos y vano ejercicio: porque al cabo solo les sirve el estudio de conocer como toda la verdad la quedan ignorando. Otros hay que no saben nada, y no estudian; porque piensan que lo saben todo. Son de esos muchos irremediables: á estos se les ha de envidiar el ocio y la satisfaccion, y llorarles el seso. Otros hay que no saben nada, y dicen que

UNED

no saben nada, porque piensan que saben algo de verdad, pues lo es que no saben nada; y á estos se les habia de castigar la hipocresía con creerles la confesion. Otros hay (y en estos, que son los peores, entro yo) que no saben nada, ni quieren saber nada, ni creen que se sepa nada: y dicen de todos que no saben nada, y todos dicen de ellos lo mismo, y nadie miente, y como gente que en cosas de letras y ciencia tiene que perder tan poco, se atreven á imprimir y sacar á luz todo cuanto sueñan. Estos dan que hacer á las imprentas, sustentan á los libreros, gastan á los curiosos, y al cabo sirven á las especerías...

De una calle en otra andaba de tal manera confuso, que la admiracion aun no dejaba sentido para el cansancio, cuando llamado de voces descompuestas, y tirado porfiadamente del manteo, volví la cabeza. Era un viejo venerable en sus canas, mal tratado, roto por mil partes el vestido, y pisado: no por eso ridículo, ántes severo y digno de respeto. ¿Quién eres, dije, que así te confiesas envidioso de mi gusto? Déjame, que siempre los ancianos aborreceis en los mozos los placeres y deleites: no los que dejais de vuestra voluntad, sino los que por fuerza os quite el tiempo: tú vas, yo vengo: déjame gozar el mundo. Desmintiendo sus sentimientos, riéndose, dijo: Ni te estorbo, ni te envidio lo que deseas; ántes te tengo lástima. ¿Tú por ventura sabes lo que vale un dia? ¿Entiendes de cuánto precio es una hora? ¿Has examinado el valor del tiempo? Cierto es que no, pues así alegre lo dejas pasar, hurtado de la hora que fugitiva y secreta te lleva preciosísimo robo. ¿Quién te ha dicho que lo que ya fué volverá cuando lo hayas menester, si le llamares? ¿Dime, has visto algunas pisadas de los dias? No

UNED

por cierto; que ellos solos vuelven la cabeza á reirse, y burlarse de los que así los dejaron pasar. Sábete que la muerte y ellos están eslabonados, y en una cadena; y que cuando mas caminan los dias que van delante de tí, tiran hácia tí, y te acercan á la muerte, que quizá la aguardas, y es ya llegada, y segun vives, ántes será pasada que creida. Por necio tengo al que toda la vida se muere de miedo que se ha de morir; por malo al que vive tan sin miedo de ella como si no la hubiese: que este la viene á temer cuando la padece; y embarazado con el temor, ni halla remedio á la vida, ni consuelo á su fin. Cuerdo es solo el que vive cada dia, como quien cada dia y cada hora puede morir. Eficaces palabras tienes, buen viejo: traido me has el alma á mí, que me la llevaban embelesada vanos deseos. ¿Quién eres, de dónde, y qué haces por aquí? Mi hábito y traje dice que soy hombre de bien, y amigo de decir verdades en lo roto y poco medrado, y lo peor que tu vida tiene es no haber visto mi cara hasta ahora. Yo soy el desengaño: estos rasgones de la ropa son los tirones que dan de mí los que dicen en el mundo que me quieren; y estos cardenales del rostro, estos golpes y coces me dan en llegando, porque vine, y porque me vaya, que en el mundo todos decís que quereis desengaño, y en teniéndole, unos os desesperais, otros maldecis á quien os le dió, y los mas corteses no le creeis. Si tú quieres, hijo, ver al mundo, ven conmigo, que yo te llevaré á la calle mayor, que es á donde salen todas las figuras, y allí verás juntos los que por aquí van divididos. sin cansarte. Yo te enseñaré el mundo como es, que tú no alcanzas á ver sino lo que parece. ¿Y cómo se llama, dije yo, la calle mayor del mundo, donde hemos de ir? Llámase, respondió, Hipocresía: calle que empezó con el mundo,

UNED

y se acabará con él; y no hay nadie casi que no tenga si no una casa, un cuarto ó un aposento en ella. Unos son vecinos, y otros pascantes; que hay muchas diferencias de hipócritas, y todos cuantos ves por ahí lo son. ¿Y ves aquel que gana de comer como oficial, y se viste como hidalgo? es hipócrita, y el dia de fiesta con el raso, el terciopelo, el cintillo y la cadena de oro se desfigura de suerte, que no le conocerán las tijeras, agujas, ni jabon: parece tan poco sastre, que aun parece que dice verdad. ¿Ves aquel hidalgo, con aquel que es como caballero? Pues debiendo medirse con su hacienda é ir solo, por ser hipócrita, y parecer lo que no es, se va metiendo á caballero: y por sustentar un lacayo, ni sustenta lo que dice, ni lo que hace, pues ni lo cumple, ni lo paga: y la hidalguía, y la executoria le sirve solo de dispensarle los casamientos que hace con sus deudas, que está mas casado con ellas que con su mujer. Aquel caballero por señoría no hay diligencia que no haga, y ha procurado hacerse Venecia por ser señoría; sino que como se fundó en el viento para serlo, se habia de fundar en el agua. Sustenta, por parecer señor, caza de halcones, que lo primero que matan es á su amo de hambre con la costa, y luego el rocin en que los llevan, y despues, cuando mucho, una graya ó un milano, y ninguno es lo que parece. El señor, por tener acciones de grande, se empeña, y el grande remeda ceremonia de rey. ¿Pues qué diré de los discretos? ¿Ves aquel aciago de cara? ¿pues siendo un mentecato, por parecer discreto, y ser tenido por tal, se alaba de que tiene poca memoria: quéjase de melancolías, vive descontento, precíase de mal rejido, y es hipócrita, que parece entendido y es mentecato. ¿No ves los viejos hipócritas de barbas, con las canas embainadas

UNED

en tinta, querer en todo parecer muchachos? ¿No ves á los niños preciarse de dar consejos, y presumir de cuerdos? pues todo es hipocresía. ¿Pues en los nombres de las cosas no hay la mayor del mundo? El zapatero de viejo se llama entretenedor del calzado; el botero, sastre del vino, que le hace de vestir: el mozo de mulas, gentil hombre de camino: el bodegon, estado: el bodegonero, contador: el verdugo se llama miembro de la justicia: el corchete, criado: el fullero, diestro: trato, á la usura: burla, á la estafa: gracia, á la mentira: donaire, á la malicia: descuido á la bellaquería: valiente, al desvergonzado: cortesano, al vagamundo: al negro, moreno: señor maestro, al albardero: y señor doctor, al platicante. De suerte que todo el hombre es mentira, por cualquiera parte que le examines, sino es que ignorante, como tú, crea la esperiencia. ¿Ves los pecados? Pues todo son hipocresía, y en ella empiezan y acaban, y de ella nacen y se alimentan la ira, la gula, la soberbia, la avaricia, la lujuria, la pereza, el homicidio y otros mil. ¿Cómo me puedes tú decir, ni probarlo, si vemos que son diferentes y distintos? no me espanto que eso ignores, que lo saben pocos. Oye y entenderás con facilidad eso, que así se parece contrario, que bien se conviene. Todos los pecados son malos, eso bien lo confiesas; y tambien confiesas con filósofos, y teólogos, que la voluntad apetece lo malo debajo de razon de bien; y que para pecar no basta la representacion de la ira, ni el conocimiento de la lujuria, sin el consentimiento de la voluntad; y que eso, para que sea pecado, no aguarda la ejecucion, que solo le agrava mas: aunque en esto hay muchas diferencias. Esto así visto, y entendido, claro está que cada vez que un pecado de estos se hace, que la voluntad lo consiente, y lo quiere, segun su na-

UNED

tural, no pudo apetecerle, sino debajo de razon de algun bien. ¿Pués hay mas clara, y mas confirmada hipocresía, que vestirse del bien en lo aparente, para matar con el engaño? ¿Qué esperanza es la del hipócrita? dice Job. Ninguna, pues ni la tiene por lo que es, pues es malo; ni por lo que parece, pues lo parece, y no lo es. Todos los pecadores tienen ménos atrevimiento que el hipócrita; pues ellos pecan contra Dios, pero no con Dios, ni en Dios, mas el hipócrita peca contra Dios, y con Dios, pues le toma por instrumento para pecar.

En esto llegamos á la calle mayor, y ví todo el concurso que el viejo me habia prometido. Tomamos puesto conveniente para rejistrar lo que pasaba; y fué un entierro en esta forma. Venian embainados en unos sayos grandes de diferentes colores unos pícaros haciendo una taracea de mullidores. Pasó esta recua incesando con las campanillas: seguian los muchachos de la doctrina, meninos de la muerte, y lacayuelos del ataud, chirriando la calavera: seguíanse luego doce galloferos, hipócritas de la pobreza, con doce achas acompañando el cuerpo, y abrigando á los de la capacha, que hombreando testificaban el peso de la difunta. Detrás seguia larga procesion de amigos, que acompañaban la tristeza y luto al viudo, que anegado en capuz de bayeta, y devanado en una chia, perdido el rostro en la falda de un sombrero, de suerte, que no se le podian hallar los ojos; corvos é impedidos los pasos con el peso de diez arrobas de cola, que arrastraba, iba tardo y perezoso. Lastimado de este espectáculo, ¡dichosa mujer, dije, si lo puede ser alguna en la muerte, pues hallaste marido que pasó con la fé y el amor mas allá de la vida y sepultura! ¡Y dichoso viudo, que ha hallado tales amigos, que no solo acompañan su sen-

UNED

timiento: pero que parece le vencen á él! ¿No ves que tristes van y suspensos? El viejo, moviendo la cabeza, y sonriéndose, dijo: desventurado, esto todo es por fuerza, y aparece así, pero ahora lo verás por de dentro, y verás con cuanta verdad el ser desmiente las apariencias. ¿Ves aquellas luces, campanillas y mullidores, y todo este acompañamiento piadoso, que es sufragio cristiano y limosnero? Esto es saludable; mas las bravatas que en los túmulos sobrescriben podricion y gusanos, se podrian escusar: pero tambien los muertos tienen su vanidad, y los difuntos y difuntas su soberbia. Allí no va sino tierra de ménos fruto, y mas espantosa de la que pisas, por si no merecedora de alguna honra, ni aun de ser cultivada con arado ni hazadon. ¿Ves aquellos viejos que llevan las hachas? Pues algunos no las atizan, para que atizadas alumbren mas; sino porque atizadas á menudo, se derritan mas, y ellos hurten mas cera para vender. Estos son los que á la sepultura hacen la salva en el difunto y difunta; pues ántes que ella lo coma, ni lo pruebe, cada uno le ha dado un bocado, arrancándole un real, ó dos; mas con todo esto tiene el valor de la limosna. ¿Ves la tristeza de los amigos? Pues todo es de ir en el entierro: y los convidados van dados al diablo con los que los convidaron, que quisieran mas pasearse, ó asistir á sus negocios. Aquel que habla de mano con el otro, le va diciendo, que convidar á entierro, y á misa cantada, donde se ofrece, no se puede hacer con un amigo; y que el entierro solo es convite para la tierra, pues á ella solamente llevan que coma. El viudo no va triste del caso y viudez, sino de ver que pudiendo él haber enterrado á su mujer en un muladar, y sin costa y fiesta ninguna, le hayan metido en semejante barahunda, y gasto de cofradías y cera; y

UNED

entre sí dice: que le debo poco; que ya que se habia de morir, pudiera haberse muerto de repente, sin gastar en médicos, barberos, ni boticarios, y no dejarle empeñado en jarabes y pócimas. Dos ha enterrado con esta; y es tanto el gusto que tiene de enviudar, que ya va trazando el casamiento con una amiga que ha tenido; y fiado en su mala condicion, y endemoniada vida, piensa doblarla el capuz en poco tiempo. Quedé espantado de todo esto ser así, diciendo: ¡Qué diferentes son las cosas del mundo de como las vemos! Desde hoy perderán conmigo todo el crédito mis ojos, y nada creeré ménos de lo que viere. Pasó por nosotros el entierro, como si no hubiera de pasar por nosotros tan brevemente, y como si aquella difunta no nos fuera enseñando el camino, y muda no nos dijera á todos: delante voy, donde aguardo á los que quedais acompañando á otros, que yo ví pasar con este propio descuido.

QUEVEDO.

SUEÑO DE LA MUERTE.

Luego que desembarazado el alma se vió ociosa, sin la tarea de los sentidos exteriores, me embistió de esta manera la comedia siguiente: y así la recitaron mis potencias á obscuras, siendo yo para mis fantasías auditorio y teatro.

Fueron entrando unos médicos á caballo en unas mulas, que con gualdrapas negras parecian tumbas con orejas. El paso era divertido, torpe y desigual; de manera, que los dueños iban encima en mareta, y algunos vaivenes de serradores: la vista asquerosa de puro pasear los ojos por orinales y servicios: las bocas emboscadas en barbas, que

UNED

apénas se las hallara un brazo: sayos con rasabios de vaqueros, guantes en infusiones, doblados como los que curan, sortijon en el pulgar con piedra tan grande, que cuando toma el pulso, pronostica al enfermo la losa. Eran estos en gran número, y todos rodeados de platicantes, que cursan en lacayos; y tratando mas con las mulas, que con los doctores, se graduaron de médicos. Yo viéndolos, dije: si de estos se hacen estos otros, no es mucho que estos otros nos deshagan á nosotros.

Al rededor venia gran chusma, y caterva de boticarios con espátulas desenvainadas, y geringas en ristre, armados de cala en parche, como de punta en blanco. Los medicamentos que estos venden, aunque estén caducando en las redomas de puro añejos, y los socrocios tengan telarañas, los dan, y así son medicinas redomadas las suyas. El clamor del que muere empieza en el almirez del boticario, va al pasacalle del barbero, paséase por el tableteado de los guantes del doctor, y acábase en las campanas de la iglesia. No hay gente mas fiera que estos boticarios: son armeros de los doctores y ellos les dan armas. No hay cosa suya, que no tenga achaques de guerra, y que no aluda á armas ofensivas: jarabes, que ántes les sobran letras para jara, que les falten: botes se dicen los de pica: espátulas son espadas en su lengua: píldoras son balas: chisteres y melecinas, cañones: y así se llaman cañon de melecina. Y bien mirado si así toca la tecla de las purgas; sus tiendas son purgatorios, ellos los infiernos, los enfermos los condenados á muerte, y los médicos los diablos. Y es cierto que son diablos los médicos, pues unos y otros andan tras los malos, y que los malos no sean buenos jamás.

Venian todos vestidos de recetas, y coronados de erres

asaetados, con que empiezan las recetas. Y consideré que los doctores hablan á los boticarios diciendo: *recipe*, que quiere decir *recibe*. De la misma suerte habla la codicia al mal ministro. Pues decir que en la receta hay otra cosa que erres asaetadas por delincuentes, y luego *ana*, *ana*, que juntas hacen un anás, para condenar á un justo. Siguense uncias, y mas onzas, ¡qué alivio para desollar un cordero enfermo! Y luego ensartan nombres de simples, que parecen envocaciones de demonios: *Ruptolmus*, *Opeponach*, *Leontopelatum*, *Tragoriganum*, *Potamegotum*, *Senipujillo*, *Diacatolicon*, *Petroselimun*, *Scila*, *y rapa*. Y sabido que quiere decir tan espantosa baraunda de voces tan rellenas de letrones, son zanahoria, rábanos, perejil y otras suciedades. Y como han oido decir que quien no te conoce te compre, disfrazan las legúmbres, porque no sean conocidas, y las compren los enfermos. *Eglematis* dicen lo que es lamer: *Catapocia* las píldoras, *Clister* la melecina, *Cles ó bolanos*, la cala, y *Errhino* el moquear. Y son tales los nombres de sus recetas, y tales sus medicinas, que las mas veces de asco de sus porquerías, y hediondeces, con que persiguen á los enfermos, se huyen las enfermedades.

¡Ó malditos pesquisidores contra la vida; pues ahorcan con el garrotillo, degüellan con sangrías, azotan con ventosas, y destierran las almas, pues las sacan de la tierra de sus cuerpos, sin alma y sin conciencia!

Luego se seguian los cirujanos, cargados de pinzas, tientas y cauterios, tijeras, navajas, sierras, limas, tenazas y lancetones, y entre ellos se oia una voz muy dolorosa á mis oidos que decia: corta, arranca, abre, asierra, despedaza, pica, punza, agigota, rebana, descarna y abrasa. Dióme gran temor, y mas verlos el paloteado que hacian con los cauterios, y tientas: unos huesos se me querian entrar de medio dentro de otros, é híceme un ovillo.

UNED

En tanto vinieron unos demonios con unas cadenas de muelas y dientes haciendo bragueros, y en esto conocí que eran sacamuelas, el oficio mas maldito del mundo, pues no sirven sino de despoblar bocas y adelantar la vejez. Estos con muelas agenas, y no ver dientes que no quieran ver ántes en su collar que en las guijadas, desconfian á las gentes de Santa Polonia, levantan testimonios á las encías, y desempiedran las bocas. No he tenido peor rato que tuve en ver sus gatillos andar los dientes agenos, como si fueran ratones, y pedir dineros para sacar una muela, como si la pusieran.

¿Quién vendrá acompañado de esta maldita canalla? decia yo; y me parecia que aun el diablo era poca cosa para tan maldita gente; cuando veo venir gran ruido de guitarras. Alegréme un poco: tocaban todos pasacalles y bacas, que me maten si no son barberos; y ellos que entran. No fué mucha habilidad el acertar que esta gente tiene pasacalles infusos, y guitarra grátis data: era de ver apuntar á unos y rasgar á otros. Yo decia entre mí: ¡dolor de la barba, que ensayada en saltarénes, se ha de ver raspar, del brazo que ha de recibir una sangría pesada por chachonas y folías! Consideré que todos los demas ministros del martirio, inducidores de la muerte, estaban en mala moneda, y eran oficiales de vellon y hierro viejo, y que solo los barberos se habian trocado en plata. Entretúveme en verles manosear una cara, sobajar otra, y lo que se huelgan con un testuz en el lavatorio. Luego comenzó á entrar una gran cantidad de gente; los primeros eran habladores, que parecian hazudas en conversacion, cuya música era peor que la de órganos destemplados. Unos hablaban de hilban; otros á borbotones; otros á chorretadas; y otros habladorísimos hablaban á cántaros: gente que parece que

UNED

lleva pujo de decir necedades, como si hubiera tomado alguna purga confeccionada de hojas de calepino de ocho lenguas. Estos me dijeron, que eran habladores de diluvios, sin escampar de dia ni de noche, gente que hablaba entre sueños, y que madrugaba á hablar. Habia habladores secos, y habladores que llaman del rio, ó del rocío, y de la espuma, gente que graniza de perdigones. Otros que llaman tarabilla, gente que se va de palabras como de cámaras, que hallan á cada furia. Habia otros habladores nadadores, que hablan nadando, con los brazos hácia todas partes, y tirando manotadas y coces: otros ximios, haciendo gestos y visajes. Venian los unos consumiendo á los otros.

Síguense los chismosos, muy solícitos de orejas, muy atentos de ojos, muy encarnizados de malicia, y andaban hechos uñas de las vidas ajenas, espulgándolos á todos. Venian tras ellos los mentirosos, contentos, muy gordos, risueños, bien vestidos y medrados, que no teniendo otro oficio, son milagro del mundo con un gran auditorio de mentecatos y ruines.

Detrás venian los entremetidos, muy soberbios, satisfechos y presumidos, que son las tres lepras de la honra del mundo. Venian injiriéndose en los otros, y penetrándose en todo, tegidos y enmarañados en cualquier negocio: solapos de la ambicion, y pulpos de la prosperidad. Estos venian los postreros, segun pareció, porque no entró en gran rato nadie. Pregunté que ¿cómo venian tan apartados? y dijéronme unos habladores (sin preguntarlo yo á ellos): estos entremetidos son la quinta esencia de los enfadosos, y por eso no hay otra cosa peor que ellos. En esto estaba yo considerando la diferencia tan grande del acompañamiento, y no sabia imaginar quien pudiese venir.

En esto entró una, que parecia mujer, muy galana, y lle-

UNED

na de coronas, cetros, hoces, abarcas, chapines, tiaras, caperuzas, mitras, monteras, brocados, pellejos, seda, oro, garrotes, diamantes, serones, perlas y guijarros. Un ojo abierto y otro cerrado, y vestida, desnuda de todos colores: por el un lado era moza y por el otro era vieja: unas veces venia despacio, y otras apriesa; parecia que estaba léjos, y estaba cerca; y cuando pensé que empezaba á entrar, estaba ya á mi cabecera. Yo me quedé como hombre que le preguntan que es cosicosa, viendo tan estraño ajuar y tan desbaratada compostura. No me espantó: suspendióme, y no sin risa; porque bien mirado, era figura donosa. Preguntéle quién era, y díjome: la muerte. ¿La muerte? Quedé pasmado. Y apénas abrigué al corazon algun aliento para respirar, y muy torpe de lengua, dando trasijos con las razones, la dije: ¿pues á qué vienes? Por tí, dijo. ¡Jesus mil veces! Muérome, segun eso. No te mueres, dijo ella: vivo has de venir conmigo á hacer una visita á los difuntos; que pues han venido tantos muertos á los vivos, razon será que vaya un vivo á los muertos, y que los muertos sean oidos. ¿Has oido decir que yo ejecuto sin embargo? Alto, ven conmigo. Perdido de miedo, le dije: ¿No me dejarás vestir? No es menester, respondió, que conmigo nadie va vestido, ni soy embarazosa: yo traigo los trastos de todos porque vayan mas lijeros. Fuí con ella donde me guiaba, que no sabré decir por donde, segun iba poseido del espanto. En el camino la dije: ya se ven señales de la muerte, porque á ella nos la pintan unos huesos descarnados con su guadaña. Paróse, y respondió: eso no la muerte, sino los muertos, ó lo que queda de los vivos. Esos huesos son el dibujo sobre el que se labra el cuerpo del hombre. La muerte no la conoceis, y sois vosotros mismos vuestra muerte: tiene la cara de cada uno de vosotros, y todos sois muertes

de vosotros mismos. La calavera es el muerto, y la cara es la muerte; y lo que llamais morir es acabar de morir; y lo que llamais nacer es empezar á morir; y lo que llamais vivir es morir viviendo; y los huesos es lo que de vosotros deja la muerte, y lo que le sobra á la sepultura. Si esto entendiérades así, cada uno de vosotros estuviera mirando en sí su muerte cada dia, y la agena en el otro; y viérades que todas vuestras casas están llenas de ella, y que en vuestro lugar hay tantas muertes como personas; y no la estuviérades aguardando, sino acompañándola y descomponiéndola. Pensais que es huesos la muerte, y que hasta que veais venir la calavera y la guadaña no hay muerte para vosotros; y primero sois calavera y huesos, que creais que lo podeis ser. Díme, dije yo, ¿qué significan estos que te acompañan, y porque van, siendo tú la muerte, mas cerca de tu persona los enfadosos, y habladores, y entremetidos, que los médicos? Respondióme: mucha mas gente enferma de los enfadosos, que de los tabardillos y calenturas; y mucha mas gente matan los habladores y entremetidos, que los médicos. Y has de saber que todos enferman del esceso ó destemplanza de humores; pero lo que es morir, todos mueren de los médicos que los curan; y así no habeis de decir, cuando preguntan ¿de qué murió fulano? de calentura, de dolor de costado, de tabardillo, de peste, de heridas, sino: murió de un doctor tal, que le dió de un doctor cual. Y es de advertir que en todos los oficios, artes y estados se han introducido el don en hidalgos y en villanos. Yo he visto sastres y albañiles con don, y ladrones y galeotes en galeras, pues si se mira en las ciencias, en todas hay millares; solo de los médicos ninguno ha habido con don, pudiéndolo tener muchos: mas todos tienen donde matar, y quieren mas don al despedirse, que don al llamarlos.

UNED

En esto llegamos á una sima grandísima la muerte predicadera y yo desengañado : zambullóse sin llamar, como de casa, y yo tras ella, animado con el esfuerzo que me daba mi conocimiento tan valiente. Estaban á la entrada tres bultos armados á un lado, y otro mónstruo terrible enfrente, siempre combatiendo entre sí todos, los tres con el uno y el uno con los tres. Paróse la muerte, y díjome : ¿ conoces á esta gente ? Ni Dios me la deje conocer, dije yo. Pues con ellos andas á las vueltas, dijo ella, desde que naciste : mira como vives, replicó : estos son los enemigos del hombre: el mundo es aquel, este es el diablo, y aquella la carne. Y es cosa notable que eran todos parecidos unos á otros, que no se diferenciaban. Díjome la muerte ; son tan parecidos, que en el mundo teneis á los unos por otros. Piensa un soberbio que tiene todo el mundo, y tiene al diablo. Piensa un lujurioso que tiene la carne, y tiene al demonio; y así anda todo. ¿Quién es, dije yo, aquel que está allí apartado haciéndose pedazos con estos tres, con tantas caras y figuras? Ese es, dijo la muerte, el dinero, que tiene puesto pleito á los tres enemigos del alma, diciendo que quiere ahorrar de émulos, y que adonde él está no es menester, porqué él solo es todos tres enemigos. Y fúndase para decir que el dinero es el diablo, en que todos decís: diablo es el dinero : lo que no hiciere el dinero, no lo hará el diablo : endiablada cosa es el dinero. Para ser el mundo, dice que vosotros decís que no hay mas mundo que el dinero : quien no tiene dinero váyase del mundo. Al que le quitan el dinero, decís, que le echen del mundo ; y que todo se dá por el dinero....

Con esto bajamos á un grandísimo llano, donde parecia estaba depositada la obscuridad para la noche. Díjome la muerte aquí has de parar, que hemos llegado á mi tribunal y audiencia. Aquí estaban las paredes colgadas de

UNED

pésames : á un lado estaban las malas nuevas, ciertas creidas, y no esperadas : el llanto en las mujeres engañoso, engañado en los amantes, perdido de los necios, y desacreditado en los pobres. El dolor se habia desconsolado, y creido; y solo los cuidados estaban solícitos y vigilantes, hechos carcomos de reyes y príncipes, alimentándose de los soberbios y ambiciosos. Estaba la envidia con hábito de viuda, tan parecida á dueña, que la quise llamar Álvarez, ó Gonzalez : en ayunas de todas las cosas, cebada en sí misma, magra y exprimida; los dientes (con andar siempre y mordiendo de lo mejor, y de lo bueno) los tenia amarillos y gastados : y es la causa, que lo bueno y santo, para morderlo, lo llega á los dientes; mas nada bueno le puede entrar de los dientes adentro. La discordia estaba debajo de ella, como que nacia de su vientre (y creo que era su hija legítima esta.) Huyendo de los casados, que siempre andan á voces, se habia huido á las comunidades y clérigos, y viendo que sobraba en ambas partes, se fué á los palacios y córtes, donde es lugarteniente de los diablos. La ingratitud estaba en un gran horno, haciendo de una masa de soberbios y odiosos, demonios nuevos cada momento. Holguéme de verla, porque siempre habia sospechado que los ingratos eran diablos: y caí entónces en que los ángeles para ser diablos fueron primero ingratos. Andaba todo hirviendo de maldiciones. ¿Qué diablos, dije yo, está lloviendo maldiciones aquí? Dijo un muerto que estaba á mi lado; ¿maldiciones quereis que falten donde hay casamientos y sastres, que son la gente mas maldita del mundo? pues todos decís: ¡mal haya quien me casó; mal haya quien con vos me juntó; y los mas : mal haya quien me vistió! ¿Qué tiene que ver, dije yo, sastres y casamenteros en la muerte? ¡Pesia tal! dijo el muerto (que era

UNED

impaciente): ¿estais loco? que si no hubiera casamientos, ¿hubiera la mitad de los muertos, y desesperados? A mí me lo decís, que soy marido cinco (como bolo) y se me quedó allá la mujer, y piensa acompañarme con otros diez pues sastres: ¿á quién no matarán las mentiras y largas de los sastres, y hurtos? y son tales que por llamar á la desdicha peor nombre, le llaman desastre del sastre, y es el principal miembro de este tribunal que aquí veis...

¿Dime, y letrados? Hay plaga de letrados, dije yo: no hay otra cosa sino letrados, porque unos lo son por oficio, otros lo son por presuncion, otros por estudio, y de estos pocos; y otros (estos son los mas) son letrados, porque tratan con otros mas ignorantes que ellos (en esta materia hablaré como apasionado); y todos se graduan de doctores, y bachilleres, licenciados, y maestros, mas por los mentecatos con quien tratan, que por las universidades, y valiera mas á España langosta perpetua que licenciados al quitar. Por ninguna cosa saldrá de aquí, dijo el nigromántico. ¿Eso pasa? Ya los temia, y por las estrellas alcancé esta desventura; y por no ver los tiempos que han pasado embutidos de letrados, me avecindé á esta redoma, y por no los ver, me quedaré hecho pastel en bote. Repliqué: en los tiempos pasados, que la justicia estaba mas sana, tenia ménos doctores, y hala sucedido lo que á los enfermos, que cuantas mas juntas de doctores se hacen sobre él, mas peligro muestra, y peor le va: sana ménos y gasta mas. La justicia, por lo que tiene de verdad, andaba desnuda, ahora anda empapelada como especies. Un Fuero-Juzgo con su mujer, y su cuerno, y Conusco, y Faciamus, era todas las librerías, y aunque son voces antiguas, suenan con mayor propiedad, pues llaman sayon al alguacil, y otras cosas semejantes. Ahora ha entrado una cáfila de

UNED

Menochios, Surdos, y Fabios, Farinacios, y Cujacios, Consejos, Decisiones, Responciones, Lecciones, y Meditaciones, y cada dia salen autores, y cada uno con tres volúmenes: doctoris Putei, lib. 6, vol. 1. 2. 3. 4. 5, hasta 15. Licenciati Abbatis *de Usabis*, Petri Cusqui *in Codigum*, Rupis, Bruticarpia, Castanei, Montocanense *de adulterio, et parricidio*, Cornazano Rocabruno, etc. Los letrados todos tienen un cimenterio por librería, y por ostentacion andan diciendo: tengo tántos cuerpos; y es cosa brava que las librerías de los letrados todos son cuerpos sin almas, quizá por imitar á sus amos. No hay cosa en que no nos dejen tener razon; solo lo que no dejan tener á las partes es el dinero, que lo quieren ellos para sí. Y los pleitos no son sobre si lo que deben á uno se lo han de pagar á él, que eso no tiene necesidad de preguntas y respuestas: los pleitos son sobre que el dinero sea de los letrados, y del procurador sin justicia, y la justicia sin dinero de las partes. ¿Quereis ver que tan malos son los letrados? que si no hubiera letrados no hubiera porfías: si no hubiera porfías no hubiera pleitos: si no hubiera pleitos no hubiera procuradores: si no hubiera procuradores no hubiera enredos: si no hubiera enredos no hubiera delitos: si no hubiera delitos no hubiera alguaciles: si no hubiera alguaciles no hubiera cárcel: si no hubiera cárcel no hubiera jueces: si no hubiera jueces no hubiera pasion: y si no hubiera pasion no hubiera cohecho. Mirad la retahila de infernales sabandijas que se produce de un licenciadito, lo que disimula una barba, y lo que autoriza una gorra. Llegaréis á pedir un parecer, y os dirán: negocio es de estudio: diga V. que ya estoy al cabo: habla la ley en propios términos. Toman un quintal de libros, danle dos bofetadas hácia arriba, y hácia abajo, y leen de priesa: remiéndanle una anexion, luego dan un gran

UNED

golpe con el libro patas arriba sobre una mesa, muy esparrancado de capítulos, y dicen: en el propio caso habla el jurisconsulto. V. me deje los papeles, que me quiero poner bien en el hecho del negocio, y téngalo por mas que bueno, y vuélvase por acá mañana en la noche: porque estoy escribiendo sobre la Tenuta de Trasbarrás: mas por servir á V. lo dejaré todo. Y cuando al despediros le quereis pagar (que es para ellos la verdadera luz, y entendimiento del negocio que han de resolver), dice haciendo grandes cortesías y acompañamientos; ¡Jesus, señor! y entre Jesus, señor, alarga la mano, y para gastos de pareceres se emboca un doblon. No he de salir de aquí, dijo el nigromántico, hasta que los pleitos se determinen á garrotazos; que en el tiempo que por falta de letrados se determinaban las causas á cuchilladas, decian que el palo era alcalde, y de ahí vino: júzguelo el alcalde de palo. Y si he de salir, ha de ser solo á dar arbitrio á los reyes del mundo, que quien quisiere estar en paz, y rico, que pague los letrados á su enemigo, para que le embelequen, roben, y consuman...

Muy enojado á mí se llegó un hombre viejo, muy ponderado de testuz, de los que traen cámas por vanidad, un gran haz de barbas, ojos á la sombra muy metidos, freantaza llena de surcos, ceño descontento, y vestido, en que juntando el extraordinario con el desaliño, hacia misteriosa la pobreza. Mas de espacio te he menester que Arbalias, me dijo: siéntate: sentóse, y sentéme; y como si le dispararan de un arcabuz, en figura de trasgo se apareció entre los dos otro hombrecillo, que parecia hastilla de Arbalias, y no hacia sino chillar y bullir. Díjole el viejo con una voz muy honrada: idos á enfadar á otra parte, que luego vendréis. Yo tambien he de hablar, decia; y no pa-

UNED

raba. ¿Quién es este? pregunté. Dijo el viejo: ¿no has caido en quien puede ser? Este es Chisgaravís. Doscientos mil de estos andan por Madrid, dije yo: no hay otra cosa sino Chisgaravises. Replicó el viejo: este anda aquí cansando á los muertos, y á los diablos; pero déjate de eso, y vamos á lo que importa. Yo soy Pedro; no Pero Grullo, que quitándome una *d* en el nombre, me haceis el santo fruta. Es Dios verdad, que cuando dijo Pero Grullo me pareció que le veia las alas. Huélgome de conocerte, repliqué. ¿Qué, tú eres el de las profecías que dicen de Pero Grullo? A eso vengo, dijo el profeta estantigua: de eso habemos de tratar. Vosotros decís que mis profecías son disparates, y haceis mucha burla de ellas. Estemos á cuentas: las profecías de Pero Grullo, que soy yo, dicen así:

Muchas cosas nos dejaron
Las antiguas profecías:
Dijeron que en nuestros dias
Será lo que Dios quisiere.

Pues, bribones, adormecidos en maldad, infames, ¿si esta profecía se cumpliera, habia mas que desear? Si fuera lo que Dios quiere, fuera siempre lo justo, lo bueno, lo santo: no fuera lo que quiere el diablo, el dinero, y la codicia; pues hoy lo ménos es lo que Dios quiere; y lo mas, lo que queremos nosotros contra su ley: y ahora el dinero es todos los quereres, porque él es querido, y el que quiere, y no se hace sino lo que él quiere: y el dinero es el Narciso, que se quiere á sí mismo y no tiene amor sino á sí. Prosigo:

Si lloviere, hará lodos;
Y será cosa de ver,

UNED

Que nadie podrá correr
Sin echar atrás los codos.

Haced la merced de correr los codos adelante, y negándome que esto no es verdad, diréis que de pura verdad es necedad: ¡buen achaquito, hermanos vivos! La verdad decís que amarga: poca verdad decís que es mentira: muchas verdades que es necedad. ¿De qué manera ha de ser la verdad para que os agrade? Y sois tan necios, que no habeis echado de ver que no es tan profecía de Pero Grullo, como decís, pues hay quien corra echando los codos adelante, que son los médicos, cuando vuelven la mano atrás á recibir el dinero de la visita al despedirse; que toman el dinero corriendo, y corren como una mona al que se lo da, porque lo maten.

El que tuviere tendrá,
Será el casado marido,
Y el perdido mas perdido
Quien ménos guarda y mas da.

Ya estás diciendo entre tí: ¿qué perogrullada es esta: el que tuviere tendrá? replicó luego, pues así es, que no tiene el que gana mucho, ni el que hereda mucho, ni el que recibe mucho; solo tiene el que tiene, y no gasta, y quien tiene poco, tiene; y si tiene dos pocos, tiene algo; y si tiene dos algos, mas es; y si tiene dos mas es, tiene mucho; y si tiene dos muchos, es rico: que el dinero, y llevaos esta doctrina de Pero Grullo, es amigo de andar, y que le manoseen y le obedezcan: enemigo de que le guarden: que se anda tras los que no le merecen, y al cabo deja á todos con dolor de sus almas, y amigo de andar de

UNED

casa en casa. Y para ver cuan ruin es el dinero, que no parece sino que ha sido cotorrera, habeis de ver á cuan ruin gente le da el Señor; y en esto conoceréis lo que son los bienes de este mundo, en los dueños de ellos. Echad los ojos por estos mercaderes, si no es que esten ya allá, pues roban los ojos; mirad esos joyeros, que á persuasion de la locura venden enredos resplandecientes, y embustes de colores, donde se anegan los dotes de los recien casados. ¡Pues que, si vais á la Platería! no volver éis enteros. Allí cuesta la honra, y hay quien hace creer á un malaventurado se ciña su patrimonio al dedo; y no sintiendo los artejos el peso: entran ahullando en su casa. No trato de los pasteleros, y sastres, ni de las roperos, que son sastres á Dios y á la ventura, y ladrones, y diablos, y desgracia...

Pues oye, dijo, otra profecía:

Volaráse con las plumas,
Andaráse con los piés,
Serán seis dos veces tres.

Volaráse con las plumas. Pensais que lo digo por los pájaros, y os engañais, que eso fuera necedad: dígolo por los escribanos y genoveses, que estos nos vuelan con las plumas el dinero de delante. Y porque vean en el otro mundo que profeticé de los tiempos de ahora, y que hay Pero Grullo para los que vivís, llévate este mendrugo de profecías; que á fé hay que hacer en entenderlo. Fuése, y dejóme un papel en que estaban escritos estos renglones por esta órden:

Nació viernes de Pasion,
Para que Zahoria fuera,
Porque en su dia muriera

El bueno y el mal ladron.
Habrá mil revoluciones
Entre linages honrados,
Restituir á los hurtados,
Castigar á los ladrones.
Mis profecías mayores
Verán cumplida la ley,
Cuando fuere cuarto el rey,
Y cuartos los malhechores.

Leí con admiracion las cinco profecías de Pero Grullo; y estaba meditando en ellas, cuando por detrás me llamaron. Volvíme, y era un muerto muy lacio y afligido, muy blanco y vestido de blanco, y dijo: duélete de mí; y si eres buen cristiano, sácame del poder de los cuentos de los habladores y de los ignorantes, que no me dejan descansar; y méteme donde quisieres. Hincóse de rodillas, y despedazándose á bofetadas, lloraba como un niño. ¿Quién eres, dije, que á tanta desventura estás condenado? Yo soy, dijo, un hombre muy viejo á quien levantan mil testimonios, y achacan mil mentiras. Yo soy el Otro, y me conocerás, pues no hay cosa que no la diga el Otro. Y luego, en no sabiendo como dar razon de sí, dicen: como dijo el Otro. Yo no he dicho nada, ni despego la boca. En latin me llaman *Quidam*, y por esos libros me hallarás abultando renglones, y llenando cláusulas. Y quiero por amor de Dios, que vayas al otro mundo, y digas como has visto al Otro en blanco, que no tiene nada escrito, y que no dice nada, ni lo ha dicho: y que desmiente de aquí á cuantos lo citan, y achacan lo que no saben; pues soy el autor de los idiotas y el texto de los ignorantes. Y has de advertir que en los chismes me llaman Cierta persona; en los enredos No se quién; en las cátedras Cierto autor, y todo lo soy el desdichado Otro.....

UNED

D. QUIJOTE Y SANCHO PANZA EN LA VENTA

DESPUES DE APALEADOS.

El ventero, que vió á D. Quijote atravesado en el asno, preguntó á Sancho que mal traia. Sancho le respondió que no era nada, sino que habia dado una caida de una peña abajo, y que venia algo brumadas las costillas. Tenia el ventero por mujer á una, no de la condicion que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa, y se dolia de las calamidades de sus prójimos; y así acudió luego á curar á D. Quijote, y hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudase á curar á su huésped. Servia en la venta asímesmo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, de un ojo tuerta, y del otro no muy sana: verdad es que la gallardía del cuerpo suplia las demás faltas: no tenia siete palmos de los piés á la cabeza, y las espaldas, que algun tanto le cargaban, la hacian mirar al suelo mas de lo que ella quisiera. Esta gentil moza pues ayudó á la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama á D. Quijote en un camaranchon que en otros tiempos daba manifiestos indicios que habia servido de pajar muchos años, en el cual tambien alojaba un arriero, que tenia su cama hecha un poco mas allá de la de nuestro D. Quijote, y aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos, hacia mucha ventaja á la de D. Quijote, que solo contenia cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchon que en lo su-

UNED

til parecia colcha, lleno de bodoques, que á no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada cuyos hilos si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostó D. Quijote: y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo alumbrándolos Maritornes, que así se llamaba la asturiana, y como al bizmalle viese la ventera tan acardenalado á partes á D. Quijote, dijo que aquello mas parecian golpes que caida. No fueron golpes, dijo Sancho, sino que la peña tenia muchos picos y tropezones, y que cada uno habia hecho su cardenal, y tambien le dijo: haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester, que tambien me duelen á mí un poco los lomos. ¿Desa manera, respondió la ventera, tambien debísteis vos de caer? No caí, dijo Sancho Panza, sino que del sobresalto que tomé de ver caer á mi amo, de tal manera me duele á mi el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos. Bien podrá ser eso, dijo la doncella, que á mí me ha acontecido muchas veces soñar que caí de una torre abajo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño, hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caido. Ahí está el toque, señora, respondió Sancho Panza, que yo sin soñar nada, sino estando mas despierto que ahora estoy, me hallo con pocos ménos cardenales que mi señor D. Quijote. ¿Cómo se llama este caballero? preguntó la asturiana Maritornes. D. Quijote de la Mancha, respondió Sancho Panza; y es caballero aventurero, y de los mejores y mas fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo. ¿Qué es caballero aventurero? replicó la moza. ¿Tan nueva sois en el mundo que no lo sabeis

UNED

vos? respondió Sancho Panza; pues sabed, hermana mia, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se vé apaleado, y emperador: hoy está la mas desdichada criatura del mundo y la mas menesterosa, y mañana tendrá dos ó tres coronas de reinos que dar á su escudero. ¿Pués, cómo vos, siéndolo de este tan buen señor, dijo la ventera, no teneis, á lo que parece, siquiera algun condado? Aun es temprano, respondió Sancho, porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea, y tal vez hay que se busca una cosa, y se halla otra: verdad es que si mi señor Don Quijote sana de esta herida ó caida, y yo no quedo contrecho della, no trocaria mis esperanzas con el mejor título de España. Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento D. Quijote; y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano á la ventera, le dijo: creedme, fermosa señora, que os podeis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona, que es tal que si yo no la alabo, es por lo que suele decirse, que la alabanza propia envilece, pero mi escudero os dirá quien soy: solo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho para agradecéroslo miéntras la vida me durare.... CERVANTES.

ARMAS Y LETRAS.

QUÍTENSEME de delante los que dijeren que las letras hacen ventaja á las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen: porque la razon que tales suelen decir, y á lo que ellos mas se atienen, es que los trabajos del espíritu esceden á los del cuerpo, y que las armas

UNED

solo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester mas de buenas fuerzas, ó como si en esto que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutallos mucho entendimiento: ó como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un ejército ó la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Sino, véase si se alcanza con las fuerzas corporales á saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratajemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen, que todas estas cosas son acciones del entendimiento en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues ansí que las armas requieren espíritu con las letras, veamos ahora cual de los dos espíritus, el del letrado ó el del guerrero, trabaja mas: y esto se vendrá á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina, porque aquella intencion se ha de estimar en mas que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo, que á un fin tan sin fin como este ninguno otro se le puede igualar), hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto generoso y alto, y digno de grande alabanza, pero no de tanta como merece aquel á que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida; y así las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres, fueron las que dieron los ángeles la noche que fué nuestro dia, cuando cantaron en los aires: *Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad;* y la salutacion que el mejor

UNED

Maestro de la tierra y del cielo enseñó á sus allegados y favorecidos, fué decirles que cuando entraten en alguna casa dijesen: *Paz sea en esta casa*: y otras muchas veces les dijo: *Mi paz os doy, mi paz os dejo, paz sea con vosotros*: bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano, joya que sin ella en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, quo lo mismo es decir armas que guerra. Prosupuesta pues esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora á los trabajos del cuerpo del letrado y á los del profesor de las armas, y véase cuales son mayores. De tal manera y por tal buenos términos iba prosiguiendo en su plática D. Quijote, que obligó á que por entónces ninguno de los que escuchándole estaban le tuviesen por loco: ántes, como todos los mas eran caballeros á quien son anexas las armas, le escuchaban de muy buena gana, y él prosiguió diciendo: digo pues que los trabajos del estudiante son estos; principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el estremo que pueda ser; y en haber dicho que padece pobreza, me parece que no habia de decir mas de su mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena; esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto; pero con todo eso no es tanta que no coma aunque sea un poco mas tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman andar á la sopa, y no les falta algun ageno brasero ó chimenea que si no calienta á lo ménos entibie su frio, y en fin la noche duermen debajo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias, conviene á saber, de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la caridad y

poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto cuando la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que desean; el cual alzando á muchos, hemos visto que habiendo pasado por estas Sirtes, y por estas Scilas y Caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera, en reposar en holandas y damascos: premio justamente merecido á su virtud; pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del milite guerrero, se quedan muy atrás en todo. Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es mas rico el soldado, y verémos que no hay ninguno mas pobre en la misma pobreza, porque está atenido á la miseria de su paga, que viene ó tarde ó nunca, ó á lo que garbeare por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia, y á veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe de salir frio contra toda naturaleza. Pues esperad, que espere que llegue la noche, para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual si no es por su culpa, jamás pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los piés que quisiere, y resolverse en ella á su sabor, sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese pues á todo esto el dia y hora de recibir el grado de su ejercicio. lléguese un dia de batalla, que allí le pondrán la

UNED

borla en la cabeza, hecha de hilas para curarle algun balazo que quizá le habrá pasado las sienes, ó le dejará estropeado de brazo ó pierna: y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la mesma pobreza que ántes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero decidme, señores; si habeis mirado en ello: ¿cuán ménos son los premiados en la guerra que los que han perecido en ella? Sin duda habeis de responder que no tienen comparacion, ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al revés con los letrados; porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en que entretenerse: así que, aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero á esto se puede responder que es mas fácil premiar á dos mil letrados, que á treinta mil soldados; porque aquellos se premian con darles oficios que por fuerza se han de dar á los de su profesion, y á estos no se pueden prémiar sino con la mesma hacienda del señor á quien sirven; y esta imposibilidad fortifica mas la razon que tengo. Pero dejemos esto á parte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos á la preeminencia de las armas contra las letras; materia que hasta ahora está por averiguar, segun son las razones que cada una de su parte alega; y entre las que he dicho, dicen las letras que sin ellas no se podrian sustentar las armas, porque la guerra tambien tiene sus leyes y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se

UNED

conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de corsarios, y finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarian sujetos al rigor y á la confusion que trae consigo la guerra el tiempo que dura, y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas: y es razon averiguada que aquello que mas cuesta se estima y debe estimar en mas. Alcanzar alguno á ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vijilias, hambre, desnudez, vaguido de cabeza, indigestion de estómago, y otras cosas á estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos á ser buen soldado, le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado, que no tienen comparacion, porque á cada paso está á pique de perder la vida. ¿Y qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado que hallándose cercado de alguna fuerza y estando de posta ó guarda en algun rebellin ó caballero, siente que los enemigos están minando hácia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningun caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Solo lo que puede hacer, es dar noticia á su capitan de lo que pasa para que lo remedia con alguna contramina, y él estarse quedo temiendo y esperando, cuando improvisamente ha de subir á las nubes sin alas y bajar al profundo sin voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si se le iguala ó hace ventaja el de embestir dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado mas espacio del que conceden dos piés de tabla del espolon; y con todo esto, viendo que tiene delante sí tantos ministros de la muerte que le amenaza, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no

UNED

distan de su cuerpo una lanza, y viendo que el primer descuido de los piés iria á visitar los profundos senos de Neptuno, y con todo esto, con intrépido corazon, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bájel contrario: y lo que mas es de admirar, que apénas uno ha caido donde no se podrá levantar hasta el fin del mundo, cuando otro ocupa su mesmo lugar; y si este tambien cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra! Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invencion, con la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber como ó por donde, en la mitad del corage y brío que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y espantó del resplendor que hizo el fuego al disparar la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecia gozar luengos siglos!

CERVANTES.

LA DERROTA DE LOS PEDANTES.

Estábase Apolo durmiendo la siesta á mas mejor en un mullido catre de pluma: un mosquitero verde le defendia de pelusa y moscas; la alcoba tenebrosa y fresca; el palacio

UNED

en profundo silencio; y el Dios bien comido, mejor bebido, y nada cuidadoso. Roncaba pues su reluciente majestad haciendo retumbar las bóvedas; y Mercurio, que se habia quedado traspuesto en un chiribitil cercano, dábase á Pluton, por no darse al diablo, viendo que los bufidos de su hermaño no le dejaban pegar los ojos. En esto se ocupaban las dos referidas deidades, cuando de repente se levantó tal estruendo en los patios, corredores y portalon del palacio, que parecia hundirse aquella soberbia máquina. Alteróse Mercurio; dió un salto de la cama al suelo, y hubo de perder el juicio hallándose á pié, esto es, sin talares, porque madama Terpsícore, la mas juguetona y revoltosa de todas las nueve, habia ido poco ántes á la cama pasito á pasito, y se lo habia quitado por hacerlo rabiar. Afligióse sobremanera, y á tientas se puso los gregüescos, la chupa y la camisa; porque es fama que el tal dios no puede dormir en verano si no depone todos los trastos, quedándose á la ligera como su madre le parió.

Ya que se halló decente el correveydile de los dioses, salió en pernetas con su caduceo en la mano, y en la cabeza el acostumbrado sombrerillo. Iba corriendo á averiguar la causa del alboroto; y al atravesar un corredor vió venir un burujon de gente que luego conoció ser de los de casa. Bernardo de Valbuena y el buen Ercilla conducian á Clio desmayada y casi moribunda, el peinado desecho, el brial roto, y las narices hinchadas y sangrientas. ¿Qué es esto? dijo el dios al ver aquel lastimoso espectáculo; ¿qué es esto?

=¿Qué ha de ser? respondió Juan de la cueva, que venia haciendo aire á la desmayada con un cuaderno de minuetes; ¿qué ha de ser? sino que toda la comarca está en alarma, el palacio lleno de enemigos, las Musas cual mas cual ménos estropeadas, y Apolo nuestro señor muy á pique

de quedar por puertas si duerme cuatro minutos mas. = ¿Pero no sabrémos... ? = No hay mas que saber, añadió Ercilla, sino buscar á Apolo, darle parte de lo que pasa, y acudir todos á la defensa, sin andarse en aquí me la puse, ni en tú te la tienes, Pedro. = ¡ Cáspita, dijo Mercurio, y en que lindo dia me he venido á comer á esta maldita casa! Bien hacia yo en no querer admitir el convite por mas que mi hermano me molia á recados todos los domingos: mi padre come mucho mejor que él, y mas me gustan dos tragos de néctar que tres pucheros de agua fresca de Aganipe: no, si yo fuera tonto, no me sucederia esto. ¡ Majadero de mí, que podria ahora estar en el Olimpo, miéntras mi madrastra duerme la siesta, jugando con Hebe á la pizpirigaña y al salta tú, y no que ahora el diantre sabe lo que me aguarda! ¡ Voto va mi fortuna!

Esto decia Mercurio lleno de indignacion; y mientras unos llevaban á acostar á la triste Clio, y otros buscaban á Esculapio que estaba herborizando en un tejado húmedo, y otros corrian desatinados de una parte á otra, él marchó en diligencia á la alcoba de Apolo, que muy ageno de lo que pasaba roncaba todavía como un.... .

Dióle un pellizco, y otro, y otro, y ni por esas podia dispertarle, de manera que irritado de la poltronería, alzó el palitroque de las serpientes, y le dió con él tan desmesurado masculillo, que á darle otro, no lo hubiera contado por gracia el señor Timbreo. Desenvolvióse de las colchas medio aturdido, y á pocas razones que entre los dos pasaron, los interrumpieron Erato y Polimnia que entraron en el dormitorio dando alaridos y remesándose los pelos como unas desesperadas.

¿Qué haces, hermano? le decian á Apolo: aprisa, corre, vuela, vete por la puerta de la bodega, que ya las Horas

UNED

han ensillado y enfrenado á Flegon para que montes en él y escapes. Corre, y avisa á nuestro padre Júpiter para que á fuerza de rayos, centellas y tempestades de azufre, alquitran y ruedas de molino, ataje si puede nuestra desgracia. ¡Ay! y dirásle que no se descuide, que no es esta como la de antaño; que no son gigantillos de por ahí los que tiene que despachurrar y hacer gigote, sino un ejército el mas formidable que se habrá visto desde que, para oprobio de la humanidad, se estilan ejércitos en el mundo.

—Vamos, dijo Apolo, vamos á ver que es ello, que ni yo os entiendo, ni puedo adivinar á que viene toda esa bulla, y á buena cuenta ya estoy medio descalabrado, y cuanto he comido se me ha revuelto en el estómago con el susto. = Ay, hijo mio; ¿descalabrado estás? dijo Erato: pues qué, ¿te has hallado ya en la refriega? ¿te ha herido alguno de aquellos poetas descomunales? = No sé quien me ha herido, dijo Apolo; pero ¿qué dices de poetas? ¿qué? Los que asisten en palacio, y son mis cortesanos y amigos, ¿han podido mover alguna sedicion? No son esos, replicó Polimnia; ni ¿cómo era posible caber en ellos tal iniquidad? Ni son los que conocemos, ni son poetas, ni sabios, ni cosa que lo valga: son unas cuantas docenas de docenas de pedantones, copleros ridículos, literatos presumidos, críticos ignorantes, autores de tanta traduccion galicada, tanto compendio superficial, tantos versecillos infelices que ni hemos inspirado ni hemos visto. Son de aquellos que de todo tratan; y todo lo embrollan, para quienes no hay conocimiento ni facultad peregrina: unos, que hacen tráfico del talento ageno, y le machacan, y le filtran, y le revuelven, y le venden al público dividido en tomas; otros, que no habiendo saludado jamás los preceptos de las artes, y careciendo de aquella sensibilidad, don del cielo, que es sola capaz de dar el

UNED

gusto fino y exacto que se necesita para juzgarlas, se atreven á decidir con aire magistral de todo lo que no es suyo, persiguen y ahogan los mejores injenios con sátiras tan mordaces como desatinadas, y aspiran por medios viles á levantar su gloria sobre la ruina de los demás. Otros y estos, estos son los mas en número y los mas insolentes, que pasan la vida atando en insufribles versos una polilla asquerosa, que embadurnan y apestan el teatro con unas cosas que llaman comedias, compuestas de retazos mal arrancados de aquí y de allá, atestadas de mas defectos que los originales que copian, y sin ninguna de aquellas perfecciones que disculpan ó hacen olvidar los errores de las antiguas. Estos son los que por tanto tiempo han tenido y tienen tiranizado el teatro español, estos los que empuercan diariamente los papeles públicos, y estos en fin, los que haciéndose intérpretes de la nacion que los tolera, se han atrevido al son de zambombas, chiflatos y cencerros, á llorar las desgracias de la patria en la pérdida de sus amados príncipes, y á interrumpir con desapasibles graznidos el comun quebranto, cuando la muerte arrebató al cielo al mas piadoso de sur reyes, para levantar sobre el trono español al mas grande de todos ellos. Estos son los que acaudillan y dan atrevimiento á los demás. Pero ¿qué me detengo?... ¡Mísera!... Corre y verás por tí mismo lo que es ocioso referir: el riesgo es inminente; y si tu presencia no le aparta, se perdió el Parnaso; tu soberanía y el esplendor de las Musas Castellanas se perdieron para siempre.

En efecto, Apolo echó á correr como un gamo, y Mercurio jadeando detrás de él, se despepitaba por la pérdida de sus talares. De esta manera iban que volaban á puto el postre; y el estruendo militar crecia por instantes. Abrió Apolo una ventana que daba al patio del alcázar, y vió el

UNED

mas tremendo espectáculo que pudiera creerse. Dos ejércitos, porque segun su número no parecian otra cosa, se combatian furiosamente al pié de la escalera principal; el uno defendiendo el paso de ella; y el otro, que ocupaba todo el portalon y gran parte de las galerías bajas, obstinado en abrirse camino y ganar los puestos que se le defendian. El ejército amigo se componia de las guardias y dependientes del palacio, y de los poetas comensales de Apolo, que capitaneaban las tropas y resistian con vigor los ataques del enemigo, en tanto que las Musas, esto es, siete de las nueve, porque Calíope y Clio estaban ya á componer, acompañadas de varias ninfas subalternas y de las criadas, se ocupaban en conducir al puesto armas y pertrechos para los que combatian en defensa de su titubeante honor. El ejército contrario era una turba confusa de diversas gentes que habia unido por casualidad el furor, y peleaban sin órden ni disciplina, ni gefes que los gobernasen; pero con tal ímpetu y desesperado arrojo, que entrambos dioses recelaron mucho del éxito que podria tener aquella tremenda pelea.

Apolo se rebujó en una capa astrosa que al paso le prestó un proyectista, y se caló hasta las cejas un bonete de doctor para no ser de nadie conocido. Echó andar siguiéndole su hermano, y á breve rato se hallaron en lo alto de la escalera. Mercurio quiso informarse del estado de las cosas, y volvió diciendo que por parte de los suyos se hacian prodigios de valor; pero que era tal la fuerza contraria, que temian verse precisados á retirarse á las eminencias para desde allí ofender con mas ventaja, aunque en menos terreno, á los sitiadores.

Malas nuevas fueron estas para el dios de los tabardillos, tanto, que al escucharlas comenzó á temblar de pié y de ma-

UNED

no como los que tienen mucho miedo; el cual miedo se le aumentó sobremanera viendo subir á Terpsícore muy llorosa y cariacontecida, con un diente en la mano, y apretándose con toda su fuerza un chichon que llevaba en la frente, tamaño como un huevo; y entre suspiros y sollozos y gemidos tristísimos, ¡hay hermanos! dijo, que esto va de mal en peor; los nuestros ya desfallecen. Quevedo y Cervantes ¡mi querido Cervantes! están heridos y se han retirado de los puestos que guardaban; los enemigos se aumentan sucesivamente; no hay remedio, cedamos é tanta desventura.

=¿Y mis zapatos? dijo Mercurio; ¿qué hiciste de ellos? ¿en dónde me los has puesto, picarona? =Ahí los tienes, respondió la Musa, sacándolos de la faltriquera; póntelos aprisa, que para escaparte son que ni pintados.

=¿Qué es esto de escapar? replicó Mercurio puesto ya de cuclillas y atándose á toda prisa las correhuelas de los escarpines aligeros: ¿yo escapar? no en mis dias: ahora sí, escapar: dejadme á mí y veréis quién es Calleja.

Dicho esto se disparó por los aires adelante como un cohete; y encaramándose á las bovedillas sobre el campo de batalla, empezó á gritar con voz de trueno ó estampido de cañonazo á aquellos desesperados combatientes. ¡Ah de abajo! decia, ¿qué tremolina es esta? ¿qué locura se os ha metido en los cascos? ¿Así se profana el alcázar de mi hermano? ¿Estamos en algun bodegon? Canalla soez, ¿qué es esto?

Oyendo tan halagüeñas razones, paró algun tanto la pelea: alzaron todos la vista, y viendo en el aire aquel espantajo voceador, no pudieron ménos de maravillarse: y él valiéndose de la turbacion que su presencia les habia causado, prosiguió diciendo: Mi hermano Apolo quiere que dejeis las armas por una y otra parte; y á vosotros, quien

UNED

quiera que seais, hombres desconocidos y revoltosos, os ordena que si alguna pretension tuvieseis, me la digais al instante, sin andaros en ambajes ni tranquillas, que como ella sea justa, desde luego quedaréis servidos; porque de no hacerlo así, por el alma de mi madre os juro, que yo os daré á conocer de modo con que se debe tratar á los dioses.

Separáronse en efecto las dos cuadrillas: los de casa volvieron á ocupar su escalera, y los intrusos recogiendo algunos heridos, se hicieron un peloton. Mercurio entónces volvió á preguntar la causa de aquella barahunda; pero como no habia entre los contrarios caudillo alguno que llevara la voz, fueron tantas las que dieron por querer responderle todos á la par, que aunque se desgañifaba diciéndoles que callasen, y uno solo hablara por ellos, no lo pudo conseguir en manera alguna.

Irritado pues, de ver que nada podia lograrse de bien á bien con aquella gente vocinglera y atolondrada, batió los talones, echóse encima de la turba, y agarrando del pescuezo al primero que le vino á mano, voló con él otra vez al techo, y desde allí les dijo: puesto que no es posible haya union entre vosotros para que un comisionado vaya á dar cuenta á mi hermano de lo que solicitais, he pillado á este para que hable por todos, y nos informe de lo que hasta ahora no habeis querido decir; pero entretanto que le llevo y os lo traigo, haya un armisticio general, para que no pasen los estragos adelante, y se componga todo á pedir de boca. Los nuestros no saldrán un solo dedo del último escalon de esa escalera, ni vosotros pasaréis tampoco de la línea de estos arcos; nadie se atreva á insultar á otro: no hagan gestos ni se tiren chinarritos, ni se escupen, ni se oiga una pulla ni mala razon, y cuenta con ella: porque si hasta ahora he usado de medios suaves pa-

UNED

ra conteneros, si llegais á enfadarme, vibraré contra vosotros los rayos de mi padre Júpiter, que los tenemos apilados en la armería, muchos en número, recien bruñidos, y todos ellos sin estrenar. Esto decia el dios del babeo únicamente para atemorizarlos; porque, segun se supo despues, no habia en toda la casa mas instrumentos bélicos, que un puñal sin punta y mohoso de la señora Melpómene.

Lo cierto es que con esta diligencia cesó el combate; las tropas se retiraron á los parajes señalados; y el dios, satisfecho de aquella obediencia, marchó con el perillan que habia pescado, asiéndole fuertemente de las agallas que no le dejaba gañir.

Quiso ante todas cosas dar cuenta á Apolo de lo ocurrido; y abriendo un caramanchon sucio que habia servido muchos años de carbonera, metió en él su presa; torció la llave, colgósela del dedo meñique, y en un santiamen buscó á su hermano que estaba ojeando á toda prisa *El arte de la guerra del filósofo de Sans-Souci*, y disponiendo un plan de fortificacion y defensa, le dió buenas esperanzas, y le contó ni mas ni ménos cuanto se acababa de referir.

Holgóse en estremo el dios intenso con las noticias que le dió Mercurio: tratóse de lo que en el caso convenia, y resolvieron que Apolo recibiese la embajada con toda ceremonia para dar á la pompa y aparato un remusguillo de amenaza; que se oyese con benignidad al enviado, ó por mejor decir al traido, y que aunque fuese necesario ceder un poco á las circunstancias, se procurase no exasperar á unas gentes demasiado dispuestas á cometer cualquier esceso; y en fin, que miéntras durase la grave escena, Mercurio desgastase los talones en ir y venir, y volver y tornar para lo que ocurriese en una y otra parte.

UNED

Hecho esto, mientras Apolo se fué á vestir de gala y alheñarse la cabellera, su hermano marchó á buscar el preso: asomóse de camino á un agujero que caia al portalon, y vió que estaban todos quietecitos como unos muertos, sin chistar ni mistar, ni decirse los unos á los otros una mala desvergüenza. Alegróse mucho de ver aquella tranquilidad, y se fué en derechura á la carbonera donde estaba su hombre: escuchó un poco por la cerradura, y parecióle que estaba recitando versos, y así era la verdad, porque en ménos de un cuarto de hora que llevaba de encierro, habia ya compuesto dos ovillejos, un mandrigal y tres sonetos caudatos, quejándose de su mala suerte y llorando su prision como pudiera el mismo Mecías.

¡Cuerpo de tal conmigo, dijo Mercurio, y qué pájaro tenemos en la jaula! Para mis barbas si no es este el peor de su rebaño. ¡Haya picaruelo! ¿No ha nada que entró en el cisquero, y ya tenemos coplillas de pié quebrádo, y estrambotes, y mariposilla incauta, y arroyuelo murmurador? Por mi vida que el tal improvisante debe de tener manejo y vena.

En esto le abrió la puerta del cochitril, diciéndole muy halagüeño: salga acá fuera, señor galan, salga acá fuera, que ya he llegado á entender su habilidad: sálga y véngase conmigo, que mi hermano Apolo está deseoso de conocerle.

¡Oh favor; esclamó el de los ovillejos, ¡oh favor! y tendiéndose en el suelo cuan largo era, agarró de las piernas á Mercurio y le besó los piés una y muchas veces. El dios se resistia, pero no lo pudo evitar, levantóle con mucho agasajo, y el poeta sin curarse de limpiar el ciseo y telarañas qne tenia en el rostro, manos y vestido, siguió á Mercurio haciéndole mil reverencias, quitándole con ridícula oficiosidad las pelusitas que llevaba en la ropa, y ade-

UNED

lantándose á espantar con un pañuelo asqueroso las moscas para que no ofendiesen á la deidad, que al ver aquellos obsequios apénas podia contener la risa.

¡Qué, es posible, decia arqueando las cejas, y dándose palmadas en la frente, qué, es posible que Apolo, el rubicundo Delio, el claro Cintio, el Patáreo númen desea verme, solicita conocerme y tratarme! ¡Oh favor! ¿Pero es cierto, soberano Alípede, es verdad, ó ilusion dulce de mi deseo? ¿Es realidad física ó estravío de la imaginacion férvida? ¿Es soporoso nocturno rapto, que en la atezada calígine..... = No es calígine, ni rapto atezado, ni cosa alguna de las que habeis dicho, replicó Mercurio: mi hermano os quiere ver y á eso vamos allá; pero os advierto en claridad que trateis de no hablarle en culto, ni le juzgueis del vocablo, ni le digais quisicosas ni garambainas, porque os mandará tirar de un balcon y le obedecerán al punto.

= ¿Qué decís ínclito nuncio del Tonante? replicó el del cisco: ¿tanta cólera podrá caber en los celestes númenes? No, facundo nieto de Atlante, no lo hallo posible. = Si es posible ó no, dijo Mercurio, veréislo despues; y vuelvo á avisaros que si no dejais esas gallardías de estilo, lo habréis de pasar muy mal, señor repentista. — *Sileo libenter*, dijo el poeta; y en estas y otras razones se hallaron en una pieza inmediata al salon de audiencia. Asomóse Mercurio y vió que aun no habia venido Apolo; y no hallando á quien poder confiar la guardia del coplero, tuvo que detenerse con él, mal de su grado.

El otro se paseaba por la sala á grandes trancos, haciendo una reverencia profundísima siempre que atravesaba delante de Mercurio, y esto lo repetia tantas veces, que el dios le encargó que no lo hiciera, porque no gustaba de cumplimientos.

POESÍAS.

Mas vale callar.

Santo silencio profeso,
No quiero, amigos, hablar;
Pues vemos que por callar
A nadie se hizo proceso:
Ya es tiempo de tener seso,
Bailen los otros al son,
Chiton.
Que piquen con buen concierto
Al caballo mas altivo
Picadores si está vivo,
Pastelero si está muerto:
Que con ojaldre cubierto,
Nos den un pastel frison,
Chiton....

QUEVEDO.

Caducidad de lo terreno.

Recuerde el alma adormida,
Avive el seso y despierte,
Contemplando
Como se pasa la vida,
Como se viene la muerte,
Tan callando.
Cuan presto se va el placer,
Como despues de acordado,
Da dolor;
Como á nuestro parecer
Cualquiera tiempo pasado,
Fué mejor.
Y pues vemos lo presente,
Como en un punto se es ido,

UNED

Y acabado;
Si juzgamos sabiamente,
Darémos lo no venido
Por pasado.
No se engañe nadie, no,
Pensando que ha de durar
Lo que espera
Mas que duró lo que vió;
Porque todo ha de pasar,
Por tal manera.
Nuestras vidas son los rios
Que van á dar en el mar,
Que es el morir:
Allí van los señoríos
Derechos á se acabar,
Y consumir:
Allí los ríos caudales,
Allí los otros medianos
Y más chicos,
Allegados son iguales,
Los que viven por sus manos,
Y los ricos....
Este mundo bueno fué
Si bien usásemos dél,
Como debemos:
Porque segun nuestra fé
Es para ganar aquel
Que atendemos
Y aun el Hijo de Dios
Para subirnos al Cielo,
Descendió
A nacer acá entre nos,
Y vivir en este suelo,
Do murió.
Ved de cuan poco valor
Son las cosas tras que andamos,
Y corremos
En este mundo traidor;
Que aun primero que muramos
Las perdemos.
Dellas deshace la edad,
Dellas casos desastrados,
Que acaecen,
Dellas por su calidad

En los mas altos estados,
Desfallecen.
Decidme, ¿la hermosura,
La gentil frescura y tez
De la cara,
La color y la blancura,
Cuando viene la vejez,
Qué se para?
Las mañas y lijereza,
Y la fuerza corporal
De juventud,
Todo se torna graveza,
Cuando llega al arrabal
De senetud.....
Si fuese en nuestro poder
Tornar la cara hermosa,
Corporal,
Como podemos hacer
El alma tan gloriosa
Angelical;
¿Qué diligencia tan viva,
Tuvieramos toda hora,
Y tan presta,
En componer la captiva,
Dejándonos la señora,
Descompuesta?
Estos reyes poderosos
Que vemos por escrituras
Ya pasadas,
Con casos tristes llorosos,
Fueron sus buenas venturas,
Trastornadas,
Asi no hay cosa tan fuerte,
Que á papas y emperadores
Y prelados,
Asi los trata la muerte,
Como á los pobres pastores
De ganados.
Dejemos á los Troyanos,
Que sus males no los vimos
Ni sus glorias,
Dejemos á los romanos,
Aunque oimos y leimos
Sus historias.

UNED

No curemos de saber
Lo de aquel siglo pasado
¿Qué fué de ello?
Vengamos á lo de ayer,
Que tambien es olvidado
Como aquello.
¿Qué se hizo el rey D. Juan,
Los infantes de Aragon,
Qué se hicieron?
¿Qué fué de tanto galan,
Qué fué de tanta invencion,
Como trajeron?
Las justas y los torneos,
Paramentos, bordaduras
Y cimeras
Fueron sino devaneos,
¿Qué fueron sino verduras
De las eras?
Las dádivas desmedidas,
Los edificios reales
Llenos de oro,
Las bajillas tan febridas,
Los Henriques y reales
Del tesoro,
Los jaeces y caballos
De su jente y atavíos,
Tan sobrados,
¿Dónde irémos á buscallos?
¿Qué fueron sino rocíos
De los prados?
Tantos duques escelentes,
Tantos marqueses y condes
Y barones
Como vimos tan potentes,
Di, muerte, ¿dó los escondes
Y traspones?
Y sus muy claras hazañas,
Que hicieron en las guerras
Y en las paces,
Cuando tú, cruel, te ensañas,
Con tus fuerzas las aterras
Y deshaces.
Las huestes innumerables,
Los pendones, estandartes

UNED

Y banderas,
Los castillos impunables,
Los muros, y baluartes
Y barreras,
La cava honda chapada,
O cualquier otro reparo
¿Qué aprovecha?
Que si tú vienes airado,
Todo lo pasas de claro
Con tu flecha.

MANRIQUE.

A mis libros.

Fausto consuelo de mi triste vida
Donde con tino á sus afanes hallo
Blandos alivios, que la calma torna,
Plácida al alma.
Rico tesoro, deliciosa vena,
Do puros manan, cual el almo rayo
Que Febo lanza esclareciendo el orbe,
Santos avisos.
Donde Minerva providente cela
Sus maravillas, monumento ilustre
Del genio escelso que feliz me anima,
Libros amados.
Do de los siglos la fugaz imágen,
Donde, natura, su opulenta suma,
Del seno humano el laberinto ciego
Quieto medito.
Nunca dejas de iluminarme, nunca
En mi cansada soledad de serme
Útil empeño, pasatiempo dulce,
Séquito grato.
Vuestro comercio el ánimo regala,
Vuestra doctrina el corazon eleva,
Vuestra dulzura célica el oido
Mágica aduerme.
Cual reverdece la sonante lluvia
Al seco prado, y regocija alegre
La árida tierra, que su seno le abre
Madre fecunda.

UNED

Por vos escucho en el Aonio cisne
La voz ardiente y cólera de Ayace;
Los trinos dulces que el amor te dicta,
Cándido Teyo.
Por vos admiro de Platon divino
La clara lumbre, y si tu mente alada,
Sublime Newton, al olimpo vuela
Raudo te sigo.
En la tribuna el elocuente labio
Del claro Tulio atónito celebro:
Con Dido infausta dolorido lloro
Sobre la hoguera.
Sigo la abeja, que libando flores
Ronda los valles del ameno Tibur;
Y oigo los ecos repetir tus ansias,
Dulce Salicio.
Viéndome así del universo mundo
Noble habitante, en delicioso lazo
Con las edades que en el hondo abismo
Son de la nada.
Nunca preciados, de la suerte, ó libro
Lleve mi vida, cesaréis de serme,
Ora me encubre favorable, y ora
Fiera me abata.
Bien me revuelva en tráfagos civiles,
Bien de los campos á la paz me torne;
Siempre maestros de mi vida, siempre
Fieles amigos.

VALDÉS.

El perro fiel custodio.

Duerme, niño hermoso,
Descansa al abrigo
De follage amigo
En bosque frondoso.
Alegres las flores
Con varios matices,
Estienden tapices
De vivos colores.
Abeja industriosa
Te canta el arrullo,

Con sordo murmullo
Volando afanosa.
En suave gorjeo
Responde el pardillo
Y del cefirillo
Te halaga el oreo.
Duerme pues seguro
De mala acechanza
Bajo la confianza
Del celo mas puro.
No porque se aleja
Tu madre hasta el prado,
Su tierno cuidado
Sin guarda te deja.
Guardian fiel te diera,
Que el mayor tesoro
Superior al oro
Guardarle pudiera.
Leal compañero,
Asiduo sirviente,
Celador prudente,
Tutor verdadero.
Si el soplo mas leve
El aura suspira,
Anheloso mira,
Por ver quien se mueve;
Y el raudo volar
Del ave altanera
Con planta lijera
Se pone á observar.
¿Qué amigo podria
Ser tan oficioso?
¿Qué hermano, qué esposo
Tal custodio haria?
Desvalido infante,
Llevado así eres
A nuevos placeres
Que vienen delante.
Muy pronto pasados
Dias infantiles,
Los goces á miles
Te esperan colmados.
Cuando retozon
Salte el corderillo

De tu caramillo
Al plácido son,
Los frescos albores
Tus juegos verán,
Los animarán
Del sol los ardores;
Y no fatigado
Al paterno techo
Requerirás lecho
Dulce y abrigado,
Hasta que tendida
La tiniebla grave,
Tu fuerza se acabe
Al sueño rendida.
Grata primavera
De vida inocente,
¡Oh! si cual riente,
Fueras duradera!
Pero ya enojoso
Tras ella el estío
Pone el alvedrío
Freno riguroso.
Cruda alternativa
De males y bienes,
Favor y desdenes
De la suerte esquiva.
Tú que ahora dichoso
Al sereno cielo
Gozas sin recelo
Holgura y reposo,
Tiempo verás cuando
En tu madre amada
La edad avanzada
Estragos causando,
Tus manos donosas
Cerrarán sus ojos,
Y de sus despojos
Cuidarán piadosas.
Tal pasa la vida,
Desigual corriendo,
Ya huracan tremendo,
Ya calma garrida.
¡Feliz el que puede
Con sábia templanza

UNED

Gozar de bonanza,
Si á borrasca cede!

NO ME OLVIDES.

El qué dirán.

Tengo un hijo grandullon
Que es un bravo calavera.—
¿Cuál? ¿El pobre *Segundon*?
Sí.—Pues déle V. carrera,
Que eso vale un beneficio.
No quiere....—Aprenda un oficio.
Por la via mercantil
Ó con la industria fabril
Tendrá honra, tendrá pan.—
Ya....—Mas *¿qué dirán?*

Ayer gastó en un convite
Ocho mil reales doña Ana,
Y dicen que se repite
La misma funcion mañana.
En tanto, tiene un hermano
Que á su puerta llama en vano;....
Pero no es hombre elegante.
Le hospedaria al instante,....
Aunque fuera en el zaguan;
Pero.... *¿qué dirán?*

Los versos de Fabio muerdo,
Aunque sé que buenos son.—
No es eso obrar como cuerdo.—
Como no es de mi opinion....
Antes que saliese á luz
Su drama, le hice la cruz.
Mi corazon no le odia,
Mas ¡cantar la palinodia
Primero me matarán.
¡Jesus! *¿qué dirán?*

Da un baile el embajador
El mártes de esta semana,
Y convida á D. Melchor,

Y á su mujer Feliciana.
Entre vestidos y coche,
Por *darse tono* una noche
Gastarán lo que no tienen....
Pero de infanzones vienen,
Y si á la fiesta no van,
¡Cielos! *¿qué dirán?*

Insolente vanidad,
Torpe egoismo villano,
¡Ah! ¿cuándo tendréis piedad
Del pobre género humano?
¡Oh miseria! El falso honor
Enjendra el fausto rubor.
¡Cuánto y cuanto mal hacemos;
Cuánto y cuánto bien perdemos
Por un maldito refran!
Por *el qué dirán.*

BRETON.

Vida del muchacho.

Hermana Marica
Mañana que es fiesta,
No irás tú á la amiga,
Ni yo iré á la escuela,
Pondráste el corpiño
Y la saya buena,
Cabezon labrado,
Toca y alba negra.
Y á mí me pondrán
Mi camisa nueva,
Sayo de palmilla,
Media de estameña,
Y si hace bueno,
Traeré la montera
Que me dió la pascua
Mi señora abuela,
Y el estadal rojo,
Con lo que le cuelga
Que trujo el vecino
Cuando fué á la feria.

UNED

Irémos á misa,
Verémos la iglesia.
Darános un cuarto
Mi tia la ollera.
Comprarémos dél,
Que nadie lo sepa,
Chochos y garbanzos
Para la merienda.
Y en la tardecita,
En nuestra plazuela.
Jugaré yo al toro,
Y tú á las muñecas.
Con las dos hermanas,
Juana y Madalena,
Y las dos primillas
Marica y la tuerta.
Y si quiere madre
Dar las castañetas,
Podrás tanto de ello,
Bailar en la puerta.
Y al son del adufe
Cantará Andregüela
No me aprovecharon,
Madre, las yerbas.
Y yo de papel
Haré una librea
Teñida con moras,
Porque bien parezca,
Y una caperuza
Con muchas almenas,
Pondré por penacho
Las dos plumas negras
Del rabo del gallo
Que acullá en la huerta
Anarangeamos
Las carnestolendas.
Y en la caña larga
Pondré una bandera
Con dos borlas blancas
En sus trazaderas.
Y en mi caballito
Pondré una cabeza
De guadamacil,
Dos hilos por riendas.

UNED

Y entraré en la calle
Haciendo corbetas,
Yo y otros del barrio,
Que son mas de treinta
Jugarémos cañas
Junto á la plazuela,
Porque Bartolilla
Salga acá y nos vea:
Bartola la hija
De la panadera,
La que suele darme
Tortas con manteca....

GÓNGORA.

Convite en el campo.

Debajo de aquel árbol
De ramas bulliciosas
Donde las auras suenan,
Donde Favonio sopla;
Donde sabrosos trinos
El ruiseñor entona,
Y entre quejuelas rie
La fuente sonorosa,
La mesa, ó Nise, ponme
Sobre las frescas rosas,
Y de sabroso vino
Llena, llena la copa.
Y bebamos alegres
Brindando en sed beoda
Sin penas, sin cuidados,
Sin sustos, sin congojas.
Y deja que en la córte,
Los grandes, en buena hora,
De adulacion servidos
Con mil cuidados coman

IGLESIAS.

Los dias.

¡No es completa desgracia
Que por ser hoy mis dias,

UNED

He de verme sitiado
De incómodas visitas!
Cierra la puerta, mozo,
Que sube la vecina,
Su cuñada y sus yernos
Por la escalera arriba.
Pero ¡qué!.... No la cierres,
Si es menester abrirla:
Si ya vienen chillando
Doña Tecla y sus hijas.
El coche que ha parado,
Segun lo que rechina,
Es el de D. Venancio,
¡Famoso petardista!
¡Oh! ya está aquí D. Lúcas,
Haciendo cortesías,
Y D. Mauro el abate,
Opositor á mitras.
D. Genaro, D Zoilo,
Y doña Basilisa,
Con una lechigada
De niños y de niñas.
¡Qué necios cumplimientos!
¡Qué frases repetidas!
Al monte de Torozos
Me fuera por no oirlas.
Ya todos se preparan,
(Y no bastan las sillas)
A engullirme vizcochos,
Y dulces y bebidas.
Llénanse de mujeres
Comedor y cocina,
Y de los molinillos
No cesa la armonía.
Ellas haciendo dengues
Aquí y allí pellizcan,
Todo lo gulusmean,
Y todo las fastidia.
Ellos los hombronazos,
Piden á toda prisa
Del rancio de Canarias,
De Jerez y Montila
Una, dos, tres botellas,
Cinco, nueve se chiflan;

UNED

¿Pues, señor, hay paciencia
Para tal picardia?
¿Es esto ser amigos?
¿Así el amor se esplica?
Dejando mi dispensa
Asolada y vacia.
Y en tanto los chiquillos,
Canalla descreida,
Me aturden con sus golpes,
Llantos y chilladiza.
El uno acosa el gato
Debajo de la silla;
El otro se echa á cuestas
Un cangilon de almibar,
Y al otro que
Detrás de las cortinas,
Un ojo y las narices
Le aplastó la varilla.
Ya mi baston les sirve
De caballito, y brincan;
Mi peluca y mis guantes
Al pozo me los tiran.
Mis libros no parecen:
Que todos me los pillan,
Y al patio se los llevan
Para hacer torrecitas.
¡Demonios! Yo que paso
La solitaria vida,
En virginal ayuno
Abstinente eremita:
Yo ¿que del matrimonio
Renuncié las delicias,
Por no verme comido
De tales sabandijas,
¿He de sufrir ahora
Esta algazara y trisca?
Vamos, que mi paciencia
No ha de ser infinita.
Váyanse en hora mala:
Salgan todos aprisa:
Recojan abanicos,
Sombreros y basquiñas.
Gracias por el obsequio
Y la cordial visita,

Gracias; pero no vuelvan
Jamás á repetirla.
Y pues ya merendaron,
Que es á lo que venian,
Si quieren baile vayan
Al soto de la villa.

MORATIN.

Màximas de filosofía oriental.

Si á la luz las virtudes del bueno
Se han de ver, que en la sombra vivió,
Es forzoso que al negro veneno
De la envida se esponga y furor.
Si la llama voraz no abrazara
Cuanto cerca de sí descubrió,
Su perfume esquisito no alzara
El incienso que humea al calor.

. . . . . .

Poniendo un pié en el vicio
Y otro en la virtud,
Vacila siempre el hombre
Dudoso y sin luz.

. . . . . .

No te lamentes jamás de tus males
Ante los hombres pidiendo consuelo;
Reirse tienen burlando tu duelo,
Por mas que implores socorro de iguales.
Tal del herido
Al buitre alegra el postrer alarido.

. . . . . .

Como una cuerda tirante
El orgullo figuremos,
Que está amagando el instante
En que rota la miremos.

. . . . . .

Frágil mueble es la vida, simple y necio
Quien su poco valor en mucho precia.
¿La esperanza engañosa en que se aprecia,
Do fortuna sujeta al golpe recio?

UNED

Es muerte lo pasado, y solamente
Es algo el breve soplo de presente.

. . . . . .

El alma nunca envejece,
Que es cual diamante preciado,
En cofre vil encerrado
Y puesto en la oscuridad.
El cofre viene á romperse
Y á la nada se reduce,
Pero el diamante reluce
Saliendo á la claridad.

. . . . . .

Vive do quier, y donde vivas forma
Rico caudal de virtud y saber.
Que te serán honrósa y cierta norma
Mas que el blason de noble descender.
Hombre es aquel que dice: «soy yo mismo.»
No es hombre aquel que diz: «mi padre fué».

. . . . . .

Acostúmbrate á mirar
A los males cara á cara,
Pues la línea que separa
El padecer del gozar
Vez muy rara
Nuestra vista la distingue,
Y antes la vida se estingue
Que la dicha conozcamos.
Si contemplamos dispiertos
La sombra de algun placer,
Tan inciertos
Son, tan breves y fugaces,
Que apenas somos capaces
De saber
Si es de sueño ú realidad
Lo que al pronto nos agrada,
Y está de sombras velada
La verdad.

. . . . . .

Cortada la vida en dos partes veo:
Sueño es lo pasado, el resto un deseo.

UNED

El triunfo del Ave-María.

Hermosa Reina del dia,
Con tal miedo os llego á hablar,
Que no acierto á pronunciar
Un *Dios te salve María.*
No puedo tener desgracia
Con tu nombre, claró está,
Que en ti, Virgen, no cabrá,
Pues eres *llena de gracia.*
Del mas soberbio enemigo
Tú me llegastes á librar:
Pero ¿qué no has de alcanzar
Cuando el *Señor es contigo?*
Mil bendiciones adquieres
De los que mas te queremos,
Y en aquesto nada hacemos
Porque tú *bendita eres.*
Si á tu Hijo airado vieres,
Defiéndenos, clara estrella,
Sol hermoso, y la mas bella
Entre todas las mujeres.
Para remedio absoluto
Del árbol envenenado,
Eres planta que ha criado
Dios, y *bendito es el fruto.*
Al mundo le diste luz,
Sí, despues que Gabriel vino,
Y huésped santo y divino
Fué *de tu vientre Jesus.*
Mucho hay que decir de vos,
Y lo que mas os levanta
Es llamaros *Vírgen Santa*
María Madre de Dios.
De alcanzar vuestros favores
Tengo ya feliz indicio,
Que es en vos piadoso oficio
Rogar por los pecadores.
Mas para lograr mi suerte,
Lo que os pido, bella aurora,
Es qûe me asistais *ahora,*
Y en la hora de la muerte.

La presencia de Dios.

Do quiera que los ojos

UNED

Inquieto torno en cuidadoso anhelo,
Allí, gran Dios, presente
Atónito mi espíritu te siente.
Allí estás; y llenando
La inmensa creacion so el alto empíreo
Velado en luz te asientas,
Y tu gloria inefable á un tiempo ostentas,
La humilde yerbecilla
Que huello, el monte que de eterna nieve
Cubierto se levanta,
Y esconde en el abismo su honda planta:
El aura que en las hojas
Con leve pluma susurrante juega,
Y el sol que en la alta cima
Del cielo ardiendo el universo anima:
Me claman que en la llama
Brillas del sol: que sobre del raudo viento
Con ala voladora
Cruzas del occidente hasta la aurora.
Y que el monte encumbrado
Te ofrece un trono en su elevada cima:
La yerbecilla crece
Por tu soplo vivífico y florece.
Tu inmensidad lo llena
Todo, Señor, y mas; del invisible
Insecto al elefante,
Del átomo al cometa rutilante.
Tú á la tiniebla oscura
Das su pardo capuz, y el sútil velo
A la alegre mañana,
Sus huellas matizando de oro y grana.
Y cuando primavera
Desciende al ancho mundo, afable ries
Entre sus gayas flores
Y te aspiro en sus plácidos olores.
Y cuando el inflamado
Sirio mas arde en congojosos fuegos,
Tú las llenas espigas
Volando mueves, y su ardor mitigas.
Si entónces al bosque umbrío
Corro, en su sombra estás; y allí atesoras
El frescor regalado,
Blando alivio á mi espíritu cansado.
Un religioso miedo

Mi pecho turba, y una voz me grita :
En este misterioso
Silencio mora, adórale humildoso.
Pero á par en las ondas
Te hallo del hondo mar : los vientos llamas
Y á su saña lo entregas ;
Ó si te place, su furor sosiegas.
Por do quiera, infinito
Te encuentro, y siento en el florido prado,
Y en el luciente velo
Con que tu umbrosa noche entolda el cielo.
Que del átomo eres
El Dios, y el Dios del sol, del gusanillo
Que en el vil lodo mora,
Y el ángel puro que tu lumbre adora.
Igual sus himnos oyes,
Y oyes mi humilde voz, de la cordera
El plácido balido,
Y del leon el hórrido rujido.
Y á todos dadivoso
Acorres, Dios inmenso, en todas partes,
Y por siempre presente,
¡Ay! oye á un hijo en su rogar ferviente.
Óyele blando, y mira
Mi deleznable sér; dignos mis pasos
De tu presencia sean,
Y do quier tu deidad mis ojos vean.
Hinche el corazon mio
De un ardor celestial, que á cuanto existe,
Como tú se derrame,
Y, ó Dios de amor, en tu universo te ame.
Todos tus hijos somos:
El tártaro, el lapon, el indio rudo,
El tostado africano
Es un hombre, es tu imágen, y es mi hermano.

MELENDEZ.

Ruina de Itálica.

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo, Itálica famosa :
Aquí de Cipion la vencedora
Colonia fué, por tierra derribado

Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente
De su invencible gente.
Solo quedan memorias funerales,
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo;
Este llano fué plaza, allí fué templo;
De todo apénas quedan las señales;
Del gimnasio, y las termas regaladas
Leves vuelvan cenizas desdichadas;
Las torres que desprecio al aire fueron
A su gran pesadumbre se rindieron.
Este despedazado anfiteatro,
Impío honor de los dioses, cuya afrenta
Publica el amarillo xaramago,
Ya reducido á trájico teatro:
¡O fábula del tiempo! representa
Cuanta fué su grandeza, y es su estrago.
¿Cómo en el cerco vago
De su desierta arena
El gran pueblo no suena?
¿Dónde, pues fieras hay, está el desnudo
Luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?
Todo desapareció, cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo:
Mas aun el tiempo da en estos despojos
Espectáculos fieros á los ojos,
Y miran tan confusos lo presente,
Que voces de dolor el alma siente.
Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Gran padre de la patria, honor de España,
Pio, felice, triunfador Trajano,
Ante quien muda se postró la tierra,
Que ve del sol la cuna, y la que baña
El mar tambien vencido gaditano.
Aquí de Elio Adriano,
De Teodosio divino,
De Silio peregrino,
Rodaron de marfil y oro las cunas.
Aquí ya de laurel, ya de jazmines
Coronados los vieron los jardines,
Que ahora son zarzales y lagunas,
La casa para el César fabricada,
¡Ay! yace de lagartos vil morada.

UNED

Casas, jardines, Césares murieron,
Y aun las piedras que de ellos se escribieron.
Fabio, si tú no lloras, pon atenta
La vista en luengas calles destruidas,
Mira mármoles y arcos destrozados,
Mira estátuas soberbias que violenta
Nemesis derribó yacer tendidas,
Y ya en alto silencio sepultados
Sus dueños celebrados.
Así á Troya figuro,
Así á su antiguo muro,
Y á ti, Roma, á quien queda el nombre apénas,
¡O patria de los Dioses y los Reyes!
Y á ti, á quien no valieron justas leyes,
Fábrica de Minerva, sabia Atenas:
Emulacion ayer de las edades,
Hoy cenizas, hoy vastas soledades:
Que no os respetó el hado, no la muerte,
¡Ay! ni por sabia á ti, ni á ti por fuerte.
¿Mas para que la mente se derrama
En buscar al dolor nuevo argumento?
Basta ejemplo menor, basta el presente;
Que aun se ve el humo aquí, se ve la llama,
Aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento.
Tal genio, ó religion fuerza la mente
De la vecina gente,
Que refiere admirada,
Que en la noche callada
Una voz triste se oye, que llorando,
Cayó Itálica, dice; y lastimosa
Eco reclama *Itálica* en la hojosa
Selva que se le opone resonando,
Itálica, y el claro nombre oido
De Itálica, renuevan el gemido
Mil sombras nobles de su gran ruina:
Tanto aun la plebe á sentimiento inclina.
Esta corta piedad que agradecido
Huésped, á tus sagrados Manes debo,
La doy y consagro á Itálica famosa:
Tú, si el lloroso don han admitido
Las ingratas cenizas de que llevo,
Dulce noticia asaz, si lastimosa;
Permiteme piadosa
Usura á tierno llanto:

Que vea el cuerpo santo
De Geroncio tu mártir y prelado:
Muestra de su sepulcro algunas señas,
Y cabaré con lágrimas las peñas
Que ocultan su sarcófado sagrado.
Pero mal pido el único consuelo
De todo el bien que airado quitó el cielo,
Goza en las tuyas sus reliquias bellas
Para envidia del mundo y las estrellas.

RIOJA.

A la ascencion.

¿Y dejas, pastor santo,
Tu grey en este valle hondo, oscuro,
Con soledad y llanto,
Y tú rompiendo el puro
Aire te vas al inmortal seguro?
Los ántes bienhadados,
Y los agora tristes y afligidos,
A tus pechos criados,
De ti desposeidos
¿A dó convertirán ya sus sentidos?
¿Qué mirarán los ojos
Que vieron de su rostro la hermosura,
Que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?
¿Aqueste mar turbado
Quién le pondrá ya freno? ¿Quién concierto
Al viento fiero airado?
¿Estando tú cubierto
Qué norte guiará la nave al puerto?
¡Ay! nube envidiosa,
¿Aun de este breve gozo, qué te quejas?
¿Dó vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres, y cuán ciegos, ay, nos dejas!

FR. L. DE LEON.

La voz de Dios.

¿Será verdad, Dios mio,
¿Separáste de mí tu paz sagrada?

Mírame desolada
Sin fuerzas ni alvedrío
Lasa ya de vivir ciega y penada.
En mi amargura, ¡ó cielo!
Vacila ya la fe de mi esperanza
Y el corazon no alcanza
En tanto desconsuelo
A recobrar la dicha ó la bonanza.
Hubo una edad dichosa,
En que el roce del aura pasagera
Sobre mi cabellera,
O ya la deliciosa
Fragancia de una flor me estremeciera.
Allá en la noche oscura
Miéntras la esfera límpida miraba,
La armonía escuchaba
Con que en blanda dulzura
Tu espíritu, Señor, me acariciaba.
Que en esa edad risueña,
En la que todo es puro, y todo hermoso,
Y en letargo amoroso
El corazon ensueña,
Todo tiene lenguage misterioso.
Por do quier se levanta
Una célica voz que á amar convida:
«Amad, dice, la vida:
«Con fraternidad santa
«Amaos los humanos sin medida.
«Amaos como hermanos
«De un mismo autor universal hechuras,
«Alzad las frentes puras
«Y enlazad vuestras manos
«Para ensalzar al Dios de las alturas.»
Y yo tendí los brazos,
Loé al Señor llamando á los nacidos:
Venid, dije, queridos,
Que con fraternos lazos
Vivirémos en Dios por siempre unidos.
Y las gentes llegaron,
Y al oir mi llamar se detuvieron;
Mas luego me escupieron,
Burlando se alejaron
Y en la tribulacion me abandonaron.
Tú, Señor, que lo oiste

¿Porqué su ingratitud no castigáste?
¿Cómo así me dejáste?
¡Cómo así enmudeciste,
Y tu espíritu, ó Dios, de mí apartáste!
¿No ves que sin tu amparo
Faltar puedo á tu ley que tierna adoro?....
Yo tu consuelo imploro
Porque me es ¡ay! mas caro
Que en la tribulacion me lo fué el lloro.
Ven, ven al alma mia,
Espíritu de Dios reverenciado;
Siempre que te ha invocado
Quien férvido en ti fia,
El triste corazon sintió calmado.
Ven, ven.... mas reavivada
De mi esperanza ya la llama siento;
Húmeda al firmamento
Elevo la mirada,
Lugar do hallaré paz á mi tormento.
Ya no siento en verdad la voz melosa
Que me dijo do quier «amor te abona;»
Mas otra en su lugar oigo gozosa
Porque es de Dios tambien, que poderoso
Me repite: *mujer, sufre y perdona.*

M.ª JOSEFA MASANÉS.

El reloj.

Cuando en la noche sombría,
Con la luna cenicienta,
De un alto reloj se cuenta
La voz que dobla á compás;
Si al cruzar la estensa plaza,
Se ve en su tarda carrera
Rodar la mano en la esfera
Dejando un signo detrás,

Se fijan allí los ojos,
Y el corazon se estremece,
Que segun el tiempo crece
Mas pequeño el tiempo es;
Que va rodando la mano,

UNED

Y la existencia va en ella,
Y es la existencia mas bella
Porque se pierde despues.

Tremenda cosa es pasando
Oir entre el ronco viento,
Cual se despliega violento,
Desde un negro capitel
El son triste y compasado
Del reloj que da una hora,
En la campana sonora
Que está colgada sobre él.

Aquel misterioso círculo,
De una eternidad emblema,
Que está como un anatema
Colgado de una pared,
Rostro de un sér invisible
En una torre asomado
Del gótico cincelado
Envuelto en la densa red,

Parece un ángel que aguarda
La hora de romper el nudo
Que ata el orbe, y cuenta mudo
Las horas que ve pasar;
Y avisa al mundo dormido
Con la punzante campana
Las horas que habrá mañana
De ménos al despertar.

Parece que el ojo del tiempo,
Cuya viviente pupila
Medita y marca tranquila
El paso á la eternidad.
La envió á reir de los hombres
La omnipotencia divina,
Creó el sol que la ilumina
Porque el sol es la verdad.

Asi á la luz de esa hoguera
Que ha suspendido en la altura,
Crece la humana locura.

Mengua el tiempo en el reloj:
El sol alumbra las horas,
Y el reloj los soles cuenta,
Porque en su marcha violenta
No vuelva el sol que pasó.

Tremenda cosa es por cierto,
Ver que un pueblo se levanta,
Y se embriaga, y rie, y canta
De una plaza en derredor;
¡Y ver en la negra torre
Inmoble un reloj marcando
Las horas que va pasando
En su báquico furor!

Tal vez detrás de la esfera
Algun espíritu yace
Que rápidamente hace
Ambos punzones rodar.
Quizá, al declinar el dia
Para undirse en occidente,
Asoma la calva frente
El universo á mirar.

Quizá á la luz de la luna,
Allá en la noche callada,
Sobre la torre elevada
A meditar se asentó.
Y por la abierta ventana
Angustiado el moribundo
Al despedirse del mundo
De horror transido le vió.

Quizá asomado á la esfera
Las noches pasa y los dias,
Marcando la hora postrera
De los que habrán de morir.
Quizá la esfera arrancando
Asoma al oscuro hueco
El rostro nervioso y seco
Con sardónico reir.

¡Ay! que es muy duro el destino

De nuestra existencia ver
En un misterioso círculo
Trazado de una pared;
Ver en números escrito
De nuestro orgulloso sér
La miseria.... el polvo.... nada,
Lo que será nuestro *fué!*

Es triste oir de una péndola
El compasado caer,
Como se oyera el ruido
De los descarnados piés
De la muerte que viniera
Nuestra existencia á romper:
Oir su golpe acerado
Repetido una, dos, tres,
Mil veces, igual, continuo,
Como la primera vez.

Y en tanto por el oriente
Sube el sol, vuelve á caer,
Tiende la noche su sombra;
Y vuelve el sol otra vez;
Y viene la primavera,
Y el crudo invierno tambien,
Pasa el ardiente verano,
Pasa el otoño, y se ven
Tostadas hojas y flores
Desde las ramas caer.

Y el reloj dando las horas
Que no habrán mas de volver,
Y murmurando á compás
Una sentencia cruel,
Susurra el péndulo, «*nunca*,
Nunca, *nunca* vuelve á ser
Lo que allá en la eternidad
Una vez contado fué.»

ZORRILLA.

El ángel y el niño.

¡Niño feliz! hermoso, le llamaron,

Como un sol, las mujeres, al nacer;
Mas su madre, besándole en la frente,
«Ángel de Dios» llamóle, y ángel fué.

Que era tan bello aquel niño
Con su cabellera de oro,
Que el Señor para su coro
Ya al nacer le destinó:
Por eso su frente hermosa
De candor místico-santo,
Y sus mejillas de rosa
De sacro rubor bañó.
Y encendió Dios con su aliento
De fuego una alma en su seno,
Altar sacrosanto, lleno
De ardiente divino amor;
Y dióle por compañero
Y defensor en el suelo
Al ángel que allá en el cielo
Posa á los piés del Señor.
Y el ángel con él hablaba,
Como un amigo á su amigo,
Y en sus juegos se mezclaba,
Porque era niño como él:
Con él cantaba sus cánticos
Postrado en el mismo lecho,
Y él recostado en su pecho
Soñaba sueños de miel.
Por eso en aquella hora
En que las aves, los árboles,
Y las nubes que el sol dora,
Hablan al hombre de Dios,
Son el pabellon de los cielos,
En un prado, cada dia
En santa paz y alegría
Hablaban así los dos:

EL ÁNGEL.

«¡Bello es vivir! la tierra con sus flores,
Sus nubes, sus cascadas y su mar,
Sus mantos de verdor, sus ruiseñores,
Es el jardin de Dios, del hombre altar.

EL NIÑO.

«¡Bella es la vida! sí; mas ¿quién por ella
Trocara el cielo, templo del Señor,
Altar do es una antorcha cada estrella,
Su sacerdote *Dios*, su incienso *Amor*?

EL ÁNGEL.

«¡Bella es la infancia! el niño aquí en el suelo
Es de amor, de inocencia, un serafín;
Para amar le hizo hermoso el Dios del cielo,
Para orar le dió labios de carmín.

EL NIÑO.

«¡Bello es ser niño! mas sus dias de oro
Diera y sus juegos, flores y reir,
Para ensalzar á Dios en santo coro,
Ángel postrado en alas de zafir.

EL ÁNGEL.

«¡Bello es, ó niño! el sol de las mañanas,
Matizando las hojas del clavel;
La tarde con sus voces de campanas
Que saludan al Santo de Israel.

EL NIÑO.

«¡Bella es la aurora! hermoso el despedirse
Del sol el mundo, el sol del ruiseñor;
Mas bello es, ¡ay! en himnos derretirse
De amor en el regazo del Señor.

EL ÁNGEL.

«¡Bello es vivir! la tierra con sus flores,
Sus nubes, sus cascadas y su mar,
Sus mantos de verdor, sus ruiseñores,

Es el jardin de Dios, del hombre altar.

«¡Bella es la vida! si, mas ¿quién por ella
Trocara el cielo, templo del Señor,
Altar do es una antorcha cada estrella,
Su sacerdote *Dios*, su incienso *Amor*?

Así dijeron: y el viejo
Campanario de la villa
Sobre la tarde amarilla
Alzó tres veces su voz;
Tres veces tambien el niño,
Sobre las flores de hinojos,
Tintos de gozo los ojos,
Oró á la madre de Dios.
Y luego al volver la vista
En vez del niño, á su lado
En su propia luz velado
A un ángel del Señor vió;
Y otra vez fijó en los cielos
Sus rasgados ojos bellos....
¿Qué vido, Señor, en ellos,
Que mirándolos murió?
Que es fama que aquella noche
Viése subir hácia el cielo
Dos estrellas, tras un velo
De nivea esplendente luz;
Y á la mañana siguiente
A una madre que lloraba,
Miéntras triste derramaba
Flores al pié de una cruz.

¡Niño feliz! hermoso, le llamaron,
Como un sol, las mujeres, al nacer;
Mas su madre, besándole en la frente,
«Ángel de Dios» llamóle, y ángel es!

RUBIÓ.

¡Pobres niños!

No llores, niño inocente,
Porque el tapiz de tu lecho,

UNED

En mil harapos deshecho,
No conserve tu calor;
No llores, no, si una madre
Tienes que, en su seno amigo
Ofreciéndote un abrigo.
Te acaricie con amor.
Eres mas feliz que el huérfano
Que duerme en cama suntuosa,
Sin que sus labios de rosa
Cierre el beso maternal;
Que miéntras él se desvela
Sin que le aduerma un cariño,
Tú no lo encuentras, pobre niño,
Y hallas alivio á tu mal.
Él no, y es un inocente
Como tú, ¡y es tan hermoso!
Y es como tú candoroso;
Los dos vivís una edad,
Y los dos llorais; tú, pobre,
Lloras temblando de frio,
Y el otro llora, ¡hijo mio!
Sin saberlo, su horfandad.
¡Ah! no lloreis, mis queridos,
Que hay para los dos un cielo,
Para los dos un consuelo,
Un manto para los dos.
Hay una virgen que vela
Por los niños desgraciados,
Y deja á los fortunados
Para que los vele Dios.

ALVAREZ.

El buen pastor.

Allí por bosques y prados
Entre el tomillo y romero,
Vaguea un pastor lijero,
Cerros saltando y collados.
Acaso de los ganados
Se aparta, y entre los riscos,
Breñas, jaras y lentiscos
Les busca en varios parajes,
Ya los mas puros aguajes,

Ya los mas pingües apriscos.

Ya lo diviso bañado
Del matutino rocío.
Ya lo miro en el estío
Todo en sudor empapado:
Blanco, rubio y encarnado,
Y entre miles escojido,
Yo no sé porque aflijido
Anda y vuelve sin reposo;
Sin duda que cuidadoso
Alguna oveja ha perdido.

Es así; y por encontrar
Esa su perdida oveja,
En monte y risco no deja
Breña por examinar.
No hay en el campo lugar,
Que no rejistre su anhelo:
Ni teme el rigor del yelo,
Ni del calor los desmayos,
Ni le asustan con sus rayos
Las tempestades del cielo.

Tanto amor, tan esquisita
Diligencia le merece,
Si falta ó desaparece
Una perdida ovejita.
Cierto, que no necesita
Ni de esta, ni de otra alguna;
Porque en bienes de fortuna
Ningun otro le prefiere;
Mas, quiere á todas, y quiere,
Que no se pierda ninguna.

Yo me acuerdo que tocaba
Su zampoña pastoril
Para llamar al redil
La oveja, que se alejaba:
Sé bien cuan dulce sonaba
Su lira, rústico Orfeo;
Y si no me engaño, creo
Que cantaba por los prados:
Venid los que estais cansados,

Y os daré alivio y recreo.

Si es que teneis embarazo
Para pasar adelante,
Llegad, que os quiero al instante
Cargar en mi mismo brazo:
Venid, y aquí en mi regazo
Aliviad vuestras tristezas.
Él cantaba estas finezas,
Y otras muchas infinitas,
Que en los cedros dejó escritas,
Y aun duran en sus cortezas.

A usanza de los pastores
Con sencillas candideces
Cantaba tambien á veces
Epitalamics y amores.
Ven, cantaba entre las flores,
Ven, blanca paloma hermosa,
Ven al pecho, dulce esposa,
En cuyo seno mi mano
Del halcon y del milano
Te esconderá cuidadosa.

No permitas, que se agrave
El ansia de mis sentidos;
Haz que suene en mis oidos
Tu melíflua voz suave.
Dijo: y un deliquio grave
La voz suspende al pastor:
Venid, zagalas, favor
Dánle, afables y piadosas,
Aplicad flores y rosas,
Porque se muere de amor.

Una cruel peste maltrata,
Y á toda la tierra infesta,
Y con saña muy funesta
A todo el ganado mata:
Era la causa inmediata
Una maligna serpiente,
Cuyo emponzoñado diente,
De mortal tósigo lleno,

Infestó con su veneno
Las aguas desde su fuente.

Envenenado corria
Ya desde su nacimiento
El arroyo, en que sediento
Todo hijo de Adan bebia:
En sus riberas habia
Cadáveres á montones.
A tantas tribulaciones
Otras muchas se allegaban;
Pues al ganado asediaban
Los lobos, y los leones.

Ve el pastor desde la altura
El riesgo de su ganado:
Baja á tierra y afanado
El remedio le procura.
Busca del agua mas pura
Nuevo arroyo, fuente nueva,
(Sin que á enturbiarla se atreva
Sierpe, que al ganado dañe),
Para que en ella se bañe,
Y salud y gracia beba.

Tanto á su grey favorece,
Tanto á sus ovejas ama,
Que las unge y embalsama,
Las confirma y fortalece.
Con este don, que le ofrece,
Su debilidad repara;
Y si tal vez le prepara
Algun correctivo cuerdo,
Como por darle un recuerdo,
Le hace un desaire en la cara.

Él enseñó á los pastores
Unas palabras muy claras,
Bien que de virtudes raras
Contra pecantes humores.
De esta suerte, si en las flores,
En las yerbas y en el prado
Algun nocivo bocado

El apetito pastaba,
En dos palabras sanaba
Tal pastor á su ganado.

Siempre á su salud atento,
Por si el pasto venenoso
Tal vez le fuese sabroso,
Le buscó el mejor sustento:
Era este tal alimento
De las flores la mejor;
De tal virtud y sabor,
Tan gustoso y soberano,
Que del mas celeste grano
Era purísima flor.

Por si del mal precedente
Reliquia alguna existiera,
Inventó un óleo, que fuera
Uncion la mas escelente:
Daba salud conveniente
A la enfermedad suprema,
Y con ella no hay quien tema
Dolores, muertes, ni ruinas;
Pues entre mil medicinas
Es de una virtud *estrema*.

Yendo á dar por su ganado
La vida entre mil dolores,
Dejó á los demas pastores
Un codicilo y legado.
Poder les deja otorgado
De ordenar quien dé sustento
A su grey, y cuide atento
Del pasto de la dehesa:
Y es esta cláusula espresa
De su nuevo testamento.

Tambien del rebaño deja
Cierta pasion remediada,
Mandando que habite cada
Oveja con su pareja:
Aunque permite á la oveja
Que crezca, y se multiplique,

Solo consiente que aplique
Su amor á solo un esposo:
Que es el amor mas furioso,
Y necesita de dique.

En fin con su sangre baña
(Que es su marca y su señal)
Al rebaño, al mayoral,
Al redil y á la cabaña.
Demos, que ya Dios con saña
Apunta el arco severo:
¿A qué lugar ir certero
Podrá el darlo disparado,
Que no le encuentre marcado
Con la sangre del cordero?
¡O cordero! ¡O buen pastor!
Pues por parecer cordero,
Del pellico mas grosero
Vestir quisiste el candor.
El que no te tenga amor,
Su infeliz perdicion tema;
Tema la desgracia estrema
De un eterno desconsuelo,
Y contra él fulmine el cielo
El mas terrible anatema.

LOZANO.

Al pintor Madrazo.

«Los siglos van su carrera
Siguiendo en rápido giro,
Hundiendo en el polvo á Tiro,
Y á Nínive la altanera.
Como arenas deleznables,
Los imperios formidables
Van sus plantas implacables
Sumerjiendo en el *no ser*;
Y con hondos caractéres,
Entre penas y placeres,
Van sobre todos los séres
Esculpiendo.—¡Perecer!
«¡Misterio! ¿Quién sondará

UNED

Tu sombra no penetrada?
Todo salió de la nada,
Y todo á la nada va.
¡Es un abismo profundo!
¡Como el fango mas inmundo,
Todas las cosas del mundo
Condenadas á morir!
¡Los orbes á derrumbarse,
Los mares á desecarse,
Las estrellas á apagarse,
Y los hombres á sufrir!
«De las glorias de la guerra,
Del genio el tiempo ¿qué hará?
El tiempo consumirá
Cuanto pase por la tierra.
Esas legiones triunfales,
Esas santas catedrales,
Esos lienzos inmortales
De *Correggio y Rafael*,
Serán cenizas que el viento,
En remolino violento,
Elevará al firmamento,
Para dejarlas en él.
«¡Nada de ellos quedará!....
Solo un aura pasajera
A la gente venidera
Tantos prodijios dirá!
De ejércitos vencedores,
De vosotros, escultores,
De nosotros, los pintores,
Quedará tan solo el nombre;
¿Y el tiempo al verso respeta
Y la obra del poeta
Eterna vive y completa
En la memoria del hombre?»
Con acento de dolor
Así se lamenta y jime
Madrazo, el jóven sublime,
Madrazo, el grande pintor.
¡El que á la gente española,
Que sus pendones tremola
Triunfantes en Ceriñola,
Hoy ciñe nuevo laurel!
¡El que, sediento de gloria,

Guardado á eterna memoria
Da vida á la antigua historia
Con su mágico pincel!
¡Y se lamenta! ¡delirio!
¿Ignora su mente inquieta
Que la palma del poeta
Es la palma del martirio?
¿Que no hay mas duro tormento,
Mas amargo sentimiento,
Que ver en el pensamiento
Una sublime creacion;
Y solitario adorarla,
Y no poder animarla,
Y que perezca, dejarla
Como una vaga ilusion?
¡Oh! ¡si pudiera fiel
El poeta á las naciones
Presentar sus creaciones,
Como las concibe él!
¿Piensa el mundo por ventura,
En su orgullosa locura,
Que conoce tu hermosura,
Eva del poeta inglés?
La que el hombre se imagina,
Hermosura peregrina,
De aquella creacion divina
Reflejo pálido es.
Si, lo que pueden hacer
Escultores y pintores,
Eva en mármol ó en colores,
Es al fin una mujer.
La que el poeta veia,
Nada de humano tenia,
Era hermana de María,
Era un astro tutelar;
Nadie podrá comprenderla,
Nadie jamás podrá verla,
Porque era como una perla
Allá en el fondo del mar.
Tu mano la pintaria
En su mistica belleza
¡*Federico!*—tu cabeza
Tal vez la comprenderia.
No en mármoles de Carrara

Bien *Canova* presentara
Del poeta de Ferrara
La bellísima Leonor;
Ni el de Vinci, ni Ticiano;
Ni el divino sevillano,
Solo el jóven cuya mano
Guia un ángel del Señor.
Solo tú, pintor moderno,
Alumno de Rafael;
Pintor poeta como él,
Como él divino y eterno.
El de la gloria te admira,
Sus pensamientos te inspira,
Y en ti gozoso se mira;
De su genio una centella,
Ansioso de eternizarte,
Te dá por iluminarte
A tí, del cielo del arte
Brillante y jóven estrella.
Aquel dia en que tomó
Color tu mano y pinceles,
De proféticos laureles
Un ángel te coronó;
Y del matiz de las flores,
Y de los puros albores,
Y de los varios colores
De la aurora boreal,
Formó para tí aquel dia,
Honor de la patria mia,
El genio de la armonía
Una paleta ideal.
Pues bien:—que tus obras vea
Esta patria que te ama;
Que todo el mundo á tu fama
Estrecho término sea.
En estos tiempos aciagos
De escandalosos amagos,
De rebelion y de estragos,
Sé tú del arte el sosten.
Y sepa la gente estraña,
Que si hay rencores y saña
En este suelo de España,
Hay aquí artistas tambien.
En las ruinas de Sion

Cantó el sublime profeta,
Cantó Homero, el gran poeta
Entre guerras á Ilion.
En desórden intestino
Agitado el florentino
Vió al adusto gibelino
Que en vida al orco bajó:
Entre el furor de la guerra
Despedazada Inglaterra,
De su ensangrentada tierra
Divino Milton brotó.
Así del Etna en la orilla,
Que eterna lava corona,
Mejor el fruto sazona,
Mas bella la planta brilla.
¡Qué en los tiempos funerales
Nazcan genios inmortales,
En tus leyes eternales
Está grabado, Señor!
Por eso á España, que gime
Bajo el dolor que la oprime,
Le diste un jóven sublime,
Madrazo, el grande *Pintor*.

OCHOA.

El niño dormido.

Bajo el álamo que hojoso
Cubre con su pompa umbría
La pacífica cabaña
Del enamorado Aminta,

Él y la sensible Lisi
En plácido sueño un dia
Vieron al hermoso niño,
Que es su gloria y sus delicias.

La faz graciosa inclinada
Del un lado, las mejillas
Bien cual dos rosas fragantes
Por el calor encendidas,

Como bañada la boca

UNED

En una grata sonrisa,
Y sobre su lácteo pecho
Dobladas las manecitas.

Los brazos entrelazados
Aminta y Lisi, una misma
La accion, los rostros unidos
Y fija en su amor la vista,

Por no turbar su reposo
Ni á respirar se atrevian,
Embebecidos gozando
De su beldad peregrina.

¡Ay! dijo la amable Lisi,
Suspirando enternecida,
¡Cuánto en sus felices sueños
Es la inocencia tranquila!

¡Cómo la paz la acompaña!
¡Cómo el contento la anima!
¡Y con su risa los cielos
Benévolos la acarician!

Goza, dulce esposo, goza
Como tu Lisi querida
Mirando el clavel hermoso
Que mi fino amor te cria.

Goza, y si es posible el lazo
Que afortunados nos liga,
Contemplándolo se estreche;
Y en él crezcan nuestras dichas.

¡Ve con que indecible gracia
Aun dormido está! ¡qué linda
Su frente aparece ornada
De su cabellera riza!

¡Cuál entreabiertos los ojos
Como dos luceros brillan,
Y aun entre sueños parece

Que cariñosos nos miran!

El aleli mas florido,
La mas fresca clavellina,
La mas hermosa azucena,
La rosa que ámbar espira,

Nada son con nuestro amado:
Mayor es su lozanía,
Sus gracias mas acabadas,
Mas su belleza divina.

Su rostro es la misma gloria,
La paz, el gozo, la risa,
La candidez, la inocencia
Se unen en él á porfía.

¡O rostro en que venturosos
Todos mis gustos se cifran!
¡O sol! ¡O adorado hijo,
Mi embeleso y mi alegria!

Feliz descansa; y tu sueño
Disfruta en calma benigna,
Que solícita en tu guarda
Vela la ternura mia;

Cual la cándida paloma
Sus pichoncitos abriga,
Y de su seno amoroso
Los sustenta y vivifica.

Descansa; y que tu reposo,
Tus sueños, tu amable vida,
Los ángeles tus hermanos,
Velando en torno bendigan.

Álamo feliz, tus ramos
Sobre él blandamente inclina,
Y con tus sonantes hojas
Oficioso le cobija.

UNED

Trinad, ó canoras aves,
Con mas dulce melodía
Para no turbar su sueño,
Y á verle llegar festivas.

Tú, agradable cefirillo,
Haz á mi bien compañía,
Y en su congojada frente
Plácido el sudor mitiga.

¡Cielos! una madre os ruega:
En vuestra bondad propicia
Acojed mi hijo querido;
Y honrado y dichoso viva.

Haced, haced que en su seno
A una pululen unidas
La caridad oficiosa,
La piedad y la justicia:

Incesantes dél brotando
Como de una vena rica
Cuando de noble y de grande
Mas la humanidad sublima.

Y tú, idolatrado esposo,
Ve en nuestro hechizo dormida
Á la inocencia, que apénas
En su placidez respira.

Ve al lustre de nuestros años
En su juventud florida,
A nuestro arrimo y consuelo
En la ancianidad tardía.

Ve al serafin, al lucero
Mas radiante.... una ramita
Súbito al soplo del viento
Del álamo desprendida,

Cayendo en la faz del niño
Nubló á los padres su dicha,

UNED

Que á un tiempo al verle despierto
Y que asustadillo grita,

¡Ay! ¡hijo adorado! esclaman;
Y sobre él con mil caricias
Para acallarle en sus brazos
Riendo se precipitan.

MELENDEZ.

Madrid y el campo.

¡Oh! ¡qué linda es la pradera
Un dia de primavera,
Cuando la rosada aurora
Perlas y diamantes llora
Sobre la yerba y la flor!—
Pero la cama es mejor.
¡Cómo es grato, entre la sombra
Pisando la verde alfombra,
Por la verita del rio,
Caminar el caserío
Del vecino labrador!—
Pero en un coche es mejor.
¡Oh! ¡cómo en estiva siesta
Regocijan la floresta
Fresca, lozana y umbría
Con su dulce melodía
El mirlo y el ruiseñor!—
La de Rossini es mejor.
¡Oh! ¡qué hermosa es la perdiz
Con su galano matiz,
Volando de ramo en ramo
Hácia el mentido reclamo
Del astuto cazador!—
Pero en la mesa es mejor.
¡Oh! ¡cómo en la pura fuente
Bulliciosa y transparente
Entre las menudas guijas
Sin ausilio de botijas
Brinda el agua!—Si señor;
Pero un sorbete es mejor.
Si no sopla rudo cierzo,
¡Oh! ¡qué bien sabe el almuerzo

En campiña libre y rasa!—
Sí, por cierto; pero en casa
De mi amigo el senador
Se almuerza mucho mejor.
Bien hayan las lugareñas,
Tan amantes, tan risueñas,
Tan sencillas....—Pero atroces
Con sendos pares de coces
Muestran su rústico amor.
Mi madrileña es mejor.
Buen provecho á los secuaces
De placeres montaraces;
Mas yo á la corte me atengo.
Que es bueno el campo, convengo,
Delicioso, encantador....—
Pero Madrid es mejor.

BRETON.

La buena vida.

Deseais, señor Sarmiento,
Saber en estos mis años,
Sujetos á tantos daños,
Como me porto y sustento,
Yo os lo diré en brevedad,
Porque la historia es bien breve,
Y el daros gusto se os debe
Con toda puntualidad.
Salido el sol por oriente
De rayos acompañado,
Me dan un huevo pasado
Por agua, blando y caliente,
Con dos tragos del que suelo
Llamar yo néctar divino,
Y á quien otros llaman vino,
Porque nos vino del cielo.
Cuando el luminoso vaso
Toca en la meridional,
Distando por un igual
Del oriente y del ocaso,
Me dan asada y cocida
De una gruesa y gentil ave,
Con tres veces del suave

Licor que alegra la vida.
Despues que cayendo viene
A dar en el mar esperio,
Desamparando el imperio
Que en este horizonte tiene,
Me suelen dar á comer
Tostadas en vino mulso,
Que al enflaquecido pulso
Restituyen á su sér.
Luego me cierran la puerta,
Yo me entrego al dulce sueño:
Dormido soy de otro dueño,
No sé de mi nueva cierta.
Hasta que habiendo sol nuevo,
Me cuentan como he dormido,
Y así de nuevo les pido,
Que me den néctar y huevo.
Ser vieja la casa es esto,
Veo que se va cayendo,
Voyle puntales poniendo,
Porque no caiga tan presto.
Mas todo es vano artificio:
Presto me dicen mis males
Que han de faltar los puntales,
Y allanarse el edificio.

ALCAZAR.

Desafío del Cid.

Non es de sesudos homes
Nin de infanzones de pro
Facer denuesto á un fidalgo
Que es tenudo mas que vos.
Non los fuertes barraganes
Del vueso ardid tan feroz
Prueban con homes ancianos
El su juvenil furor.
Non son buenas fechorias
Que los homes de Leon
Fieran en el rostro á un viejo,
Y no el pecho á un infanzon.
Cuidárais que era mi padre
De Lain Calvo sucesor,

UNED

Y que no sufren los tuertos
Los que han de buenos blason.
¿Mas cómo vos atrevisteis
A un home que solo Dios,
Siendo yo su fijo, puede
Facer aquesto, otro non?
La su noble faz ñublasteis
Con nube de deshonor,
Mas yo desfaré la niebla:
Que es mi fuerza la del sol.
Que la sangre dispercude
Mancha que finca en la honor,
Y ha de ser, si bien me lembro,
Con sangre del malhechor.
La vuesa, conde tirano,
Lo será; pues su furor
Os movió á desaguisado
Privándovos de razon.
Mano en mi padre pusisteis,
Delante el rey con furor;
Cuidá que lo denodasteis,
Y que soy su fijo yo.
Mal fecho ficisteis, conde,
Yo vos reto de traidor,
Y catad si vos atiendo,
Si me causareis pavor.
Diego Lainez me fizo
Bien cendrado en su crisol,
Yo probaré en vos mis fuerzas
Y en vuesa mala intencion.
Non vos valdrá el ardimiento
De mañero lidiador,
Pues para me combatir
Traigo mi espada y troton.
Aquesto al conde Lozano
Dijo el buen Cid Campeador,
Que despues por sus fazañas
Este nombre mereció.
Dióle la muerte y vengóse;
La cabeza le cortó;
Y con ella ante su padre
Contento se afinojó.

ESQUILACHE.

UNED

Desafío de Tarfe.

Si tienes el corazon,
Zaide, como la arrogancia,
Y á medida de las manos
Dejas volar las palabras;
Si en la vega escaramuzas,
Como entre las damas hablas,
Y en el caballo revuelves
El cuerpo, como en las zambras;
Si el aire de los bohordos
Tienes en jugar la lanza,
Y como danzas la toca,
Con la cimitarra danzas;
Si eres tan diestro en la guerra
Como en pasear la plaza,
Y como á fiestas te aplicas,
Te aplicas á las batallas;
Si como el galan ornato,
Usas de lucida malla,
Y oyes al son de la trompa,
Como el son de la dulzaina;
Si como en el regocijo
Tiras gallardo las cañas,
En el campo al enemigo
Le atropellas y maltratas;
Si respondes en presencia,
Como en ausencia te alabas;
Sal á ver si te defiendes
Como en el Alhambre agravias:
Y si no osas salir solo,
Como lo está el que te aguarda.
Algunos de tus amigos
Para que te ayuden saca.
Que los buenos caballeros
No en palacio ni entre damas
Se aprovechan de la lengua,
Que es donde las manos callan;
Pero aquí que hablan las manos,
Ven, y verás como habla
El que delante del rey
Por su respeto callaba.

UNED

Esto el moro Tarfe escribe
Con tanta cólera y rabia,
Que donde pone la pluma,
El delgado papel rasga.
Y llamando á un page suyo,
Le dijo: «véte al Alhambra,
Y en secreto al moro Zaide
Da de mi parte esta carta;
Y dirásle que le espero
Donde las corrientes aguas
Del cristalino Genil
Al Generalife bañan.»

ESQUILACHE.

La meditacion.

Hay un sitio en la orilla del rio
Que no azota el levante cruel;
Salpicado de flores, sombrío,
Donde crecen el sauce y laurel:
Donde siempre la brisa resuena,
Donde siempre descuella la flor,
Donde el sol entre ramas apena
Lanza un tibio y velado esplendor.
Corre el Bétis, y besa la orilla
Murmurando su puro cristal:
Asomado á occidente el sol brilla,
Solitario y lejano fanal.
De los cisnes escucho allí el canto
Y el murmullo del negro ciprés:
La onda pura y dorada entretanto
Viene triste á estrellarse á mis piés.
Sueños vagos encantan el alma;
Tristes voces se escuchan do quier;
Desparece el dolor en la calma,
Desparece en la calma el placer.
Ningun eco, el silencio turbando,
Interrumpe mi vago pensar;
Solo escucho las ondas silbando,
Solo escucho las brisas pasar.
Y las ondas que llegan rizadas
Se deshacen, y vienen despues
Otras mil, que á su vez arrolladas,

Con espuma salpican mis piés.
Se suceden cual todo en el mundo:
Cual sucede una flor á otra flor;
Cual del alma en el valle profundo,
El dolor sigue siempre al dolor:
Cual el llanto á los llantos sucede;
Como sigue el afan al afan;
Cual la sangre abrasando precede
En el pecho un volcan á un volcan.
Asi siempre corriendo y llegando,
Todo pasa, y se gasta, y se va:
Asi siempre sintiendo y pensando
La esperanza la vida nos dá.
La esperanza del bien siempre engaña,
La esperanza no engaña del mal;
Y la vida se seca, cual caña
Al aliento del austro fatal.
La belleza que tierna sonrie
Si mi vista la suya encontró,
De mi ardor devorante se rie,
Del ardor que otro tiempo encendió.
De esperiencia á otra triste esperiencia
Corre el hombre sin nunca acabar,
Si una flor perfumó su existencia,
Al instante la ve marchitar.
El vivir es amarga ironia:
Sin embargo se anhela el vivir:
Si la vida vé pálida y fria
¿Por qué aterra al humano el morir?
Y ese instante que cuenta de vida
Prolongarle quisiera el mortal;
Mas allá de la tumba temida
Sueña en gloria, se sueña inmortal.
Pide á un Dios que le saque de olvido,
Le demanda otra vez existir;
Si mi vida ha de ser cual ha sido,
Que me deje en la nada dormir.
Todo al lado del hombre reposa;
Nada siente su negro dolor:
Silba siempre la brisa amorosa,
Mece siempre su tallo la flor.
Mil insectos estienden sus alas
Esmaltadas con oro y zafir:
La natura me muestra sus galas,

Sin que pueda con ella reir.
Los perfumes que exhalan las flores
Arrebata la brisa fugaz;
De las ondas los tristes clamores
Con dulzura me gritan la *paz*.
Y esa paz que yo tanto deseo,
Y esa paz que á los cielos pedí,
Esconderse en las ondas la veo,
Apartarse la miro de mí.
¿Qué me importa que luego la luna
Me ilumine con lumbre de amor?
¿Qué me importa que nube ninguna
Me oscurezca su puro esplendor?
¿Qué me importa mirar las estrellas
Sobre un cielo azulado brillar?
Ya están fijas cual lámparas bellas,
Ya se lanzan de luz en un mar.
Nada puede borrar mi tristeza;
No lo puede el delirio de amor;
La sonrisa de tierna belleza
No consigue ahuyentar mi dolor.
Ni aun el tiempo lo puede tampoco:
Mi dolor con el tiempo nació,
Y su mano fatal poco á poco
De mis ojos la venda quitó.
Es tan solo una voz la fortuna:
Son palabras la gloria y virtud;
Ellas llenan la cándida cuna,
Ellas llenan el negro ataud.
¡Y yo un tiempo sus aras de ofrendas,
De suspiros y llanto cubrí!
De la gloria buscaba las sendas;
De infortunio la senda seguí.
Es la dicha ilusion de un instante;
Es un sueño de paz y de amor;
Es un rayo de luz inconstante;
Lo constante no es mas que el dolor.

CASTRO.

Al Sér Supremo.

¡O tú, eterna unidad, cuya presencia
Llena el espacio, el movimiento rige,

Brilla inmudable sobre el raudo vuelo
Del tiempo asolador! ¡Dios sin segundo,
Sér sobre todo sér, único y trino!
Incomprensible, inesplorable, agotas
Contigo solo la existencia entera.
Tú abrazas, tú diriges, tú mantienes
El universo. ¡O sér, á quien el hombre
Dios apellida, y los demás ignora!

Podrá osada medir la humana mente
Del océano los profundos senos,
Sus arenas contar, contar los rayos
Que se exhalan del sol; mas no hay medida
No hay peso para ti. ¿Quién romper pudo
El velo en que ocultáste tus arcanos?
La centella mas pura, mas brillante
De la razon humana, aunque se encienda
En tu sagrada luz, vencer no puede
La inmensa oscuridad de tus decretos.
Piérdese en ella el pensamiento altivo,
Como el instante que pasó se pierde
En la insondable eternidad. Tú fuiste
Quien á la primera nada llamó cáos
Y existencia despues. En tí principio
Tuvo la eternidad: único orígen
Eres tú de la luz y la armonía:
Toda beldad, toda existencia, es tuya.
Tu palabra es creadora: el universo
Lleno está de los rayos de tu lumbre:
Tú eres, fuiste y serás, glorioso, grande,
Dador del sér, sostenedor del mundo.

Rodeáste el universo no medido
Con tu cadena augusta, y le inspiráste
El soberano aliento: tú reuniste
El principio y el fin, sabio enlazando
La dulce vida á la forzosa muerte.
Cual de la ardiente llama se desprenden
Centellas voladoras, de tu seno
Los soles y los mundos se exhalaron;
Y cual bullendo entre la luz febea
Mil átomos fugaces de oro brillan
Al rededor de la argentada nieve;
Así la hueste alada de los cielos

Resplandece cantando tu alabanza.
¡Cuántas antorchas, que encendió tu mano,
Vagan infatigables por la esfera,
Obedecen tu voz, muestran tu gloria,
Con beldad elocuente y giro activo!
¿Qué sois, astros brillantes? Sois columnas
De lúcido cristal, raudales de oro,
Lámparas de éter puro ú otros soles
Que mil y mil sistemas iluminan?
¿Y qué son para tí? Lóbrega noche
Comparada al fulgor del mediodía:
Ménos que gota para el mar inmenso.
Y yo, mortal, ¿qué soy?—Mil y mil mundos,
La innumerable hueste del empíreo
Aumentada y espléndida, brillando
Con cuanta gloria el pensamiento alcanza,
¿Qué son en tu presencia? Solamente
Un átomo insensible, y yo la nada.

Nada soy; mas tu lumbre bienhechora,
Traspasando los orbes á mi pecho
Llegó tambien: tu espíritu divino
En mi espíritu brilla como el rayo
Puro del sol en la delgada bruma.
Nada soy: mas yo vivo, y á tí anhelo
En las alas del deseo: por tí animo,
Aliento y crezco, y en tu amor confío,
Y aspiro hasta tu solio soberano;
Y pues yo existo, ¡ó Dios! sin duda existes.

Moderador del orbe, tú dirigo
Mi pensamiento á tí; tú le refrena,
Y de mi errante corazon sé guia.
Átomo hundido en el inmenso mundo,
Yo soy algo, señor, pues tú me hiciste,
Entre el cielo y la tierra colocado,
Último ya de los mortales séres,
Estoy cercano á la mansion dichosa
Cuna del ángel, y en el linde mismo
Do empieza del espíritu la patria.
Yo completo la escala de los séres:
De la materia el último celaje
Se pierde en mí, y á mí se sigue olueg
El espíritu puro.—¡Yo soy polvo,

UNED

Y mandar puedo al rayo: yo monarca
Y esclavo, insecto y Dios!—¿Cuál fué mi origen?
¿Cómo existió esta máquina admirable,
Tan misteriosamente concebida,
Tan portentosamente organizada?
Nada sé, solo sé que un poder sumo
Dió al embrion humano sér y vida,
Que él de si mismo recibir no pudo.

¡Ó palabra creadora, fuente eterna
De la vida y del bien, alma del alma!
¡Ó Dios de mi salud! tu amor, tu lumbre,
En su brillante plenitud mi pecho
De un inmortal espíritu llenaron.
Él vencerá los reinos de la muerte.
Él ceñirá las nobles vestiduras
De sacra eternidad; y levantando
Sobre la tierra vil sus santas alas,
Volará á ti, su autor, su inmensa fuente.
¡Ó esperanza inefable! si no dignos
Son de ti los humanos pensamientos,
Tu imágen que en los ánim.s grabaste
Te pague el homenage de alabanza.
Solo asi, ó eternal sabiduría
Ó infinita bondad, solo asi puede
Mi humilde pensamiento á ti elevárse.
Admiro el universo, noble hechura
De tu diestra; tus leyes obedezco;
Adoro tu: grandeza; y, cuando voces
Ya faltan á mis labios, habla el alma,
le gratitudD las lágrimas vertiendo.

DERZHAVIN.

Gloria y orgullo.

Léjos de mi placeres de la tierra,
Fábulas sin color, sombra, ni nombre,
A quien un nicho miserable encierra
Cuando el aura vital falta en el hombre.
¿Qué es el placer, la vida y la fortuna
Sin un sueño de gloria y de esperanza?
Una carrera larga é importuna,
Mas fatigosa cuanto mas se avanza.

UNED

Regalo de indolentes sibaritas
Que velas el harem de las mujeres,
Opio letal que el sueño facilitas
Al ébrio de raquíticos placeres,
¡Léjos de mí!—No basta á mi reposo
El rumor de una fuente que murmura,
La sombra de un moral verde y pomposo,
Ni de un castillo la quietud segura.
No basta á mi placer la inmensa copa
Del báquico festín libre y sonoro,
De esclavos viles la menguada tropa,
Ni las llaves de espléndido tesoro.
De un Dios hechura, como Dios concibo;
Tengo aliento de estirpe soberana;
Por llegar á gigante enano vivo;
No sé ser hoy y perecer mañana.
Yo no acierto á decir, «la vida es bella,»
Y descender estúpido al olvido;
Amo la vida, porque sé por ella
Al alcázar trepar donde he nacido.
De esa inmensa pasion que llaman *Gloria*
Brota en mi corazon la ardiente llama,
Luz de mi sér que abrasa la memoria,
Voz de mi sér inestinguible clama.
¡*Gloria!* ilusion magnífica y suprema,
Ambicion de los grandes, en quien quiso
Velar Dios esa mística diadema
Que nos dará derecho al paraiso.
Nada es sin tí la despreciable vida,
Nada hay sin tí ni dulce ni halagüeño.
Solo en aquesta soledad perdida
La sombra del laurel concilia el sueño.
Solo al murmullo de la escelsa palma
El noble orgullo con su aliento agita;
En blando insomnio se adormece el alma,
Y en su mismo dormir crea y medita.
Zéuxis, Apéles, Píndaro y Homero
Bajo ese verde pabellon soñaron,
César, Napoleon y Átila fiero
Bajo ese pabellon se despertaron.
Por tí el delirio del honor se adora,
Por tí el hinchado mar hiende el marino,
Por tí en su gruta el penitente llora,
Y empuña su bordon el peregrino.

Por ti el soldado se vendió á sus reyes
Y lidia agora con porfía insana,
No por esas que ignora pobres leyes,
Por comprar una lágrima mañana.
Por ti del negro túmulo en la piedra
Ambicioso el mortal graba su nombre,
Porque tal vez entre la tosca yedra
Otro dia al pasar le lea un hombre.
Por ti acaso el cansado centinela,
Que incendió una ciudad en la batalla
Su cifra indiferente miéntras vela
Pinta con un tizon en la muralla.
El polvo, en que hubo sus cabañas, Roma
Por ti con templos y palacios pisa:
Por ti su gesto satisfecho asoma
Tras su inmenso sarcófago Artemisa.
Por ti vencida se incendió á Corinto,
Por ti la sangre en Maraton se orea,
Por ti una noche con aliento estinto
Tumba Leónidas demandó á Platea.
Por ti trofeos el cincel aborta,
Y álzanse torres con tenaz porfía;
Porque es la vida deleznable y corta,
Y todos quieren prolongarla un dia.
Por eso velo con la noche obscura
Sobre un volúmen carcomido y roto,
Y una mañana sueño de ventura
Y otra existencia en porvenir remoto.
Por eso en mis estériles canciones
El blando son del agua me adormece,
Y entre pardos y errantes nubarrones
De la noche el fanal se desvanece.
Oigo en mi canto el lánguido murmullo
Del aura que los árboles menea,
De la tórtola triste el ronco arrullo
Y la sonora lluvia que gotea.
Veo las sacrosantas catedrales,
Los antiguos y góticos castillos,
Y el granizo se estrella en sus cristales,
Ó azota sus escombros amarillos.
¡Oh! si sentís esa ilusion tranquila,
Si soñais que en mis cánticos murmura
Ya el aura que en los árboles vacila,
Ya el mar que ruje en la tormenta obscura;

UNED

Si al son gozais de mi cancion que miente
Ya el bronco empuje del errante trueno,
Ya el blando ruido de la mansa fuente
Lamiendo el césped que la cerca ameno;
Si cuando en negra aparicion nocturna
La raza evoco que en las tumbas mora,
Os estremece en la entreabierta urna
Respondiendo el espíritu á deshora;
Si llorais cuando un cántico doliente
Hijo estraviado ante mi madre lloro,
O al cruzar por el templo reverente
La voz escucho del solemne coro;
Si alcanzais en mi pálida megilla,
Cuando os entono lastimosa endecha,
Una perdida lágrima que brilla
Al brotar en mis párpados deshecha;
Todo es una ilusion, todo mentira,
Todo en mi mente delirante pasa.
No es esa la verdad que honda me inspira;
Que esa lágrima ardiente que me abrasa
No me la arranca ni el temor ni el duoe!
No los recuerdos de olvidada historia:
Es un raudal que inunda de consuelo
Este sediento corazon de gloria.
¡Gloria! madre feliz de la esperanza,
Mágico alcázar de dorados sueños,
Lago que ondula en eternal bonanza
Cercado de paisages halagüeños.
Dame ilusiones, dame una armonía
Que arrulle el corazon con el oido,
Para que viva la memoria mia
Cuando yo duerma en eternal olvido.
¡Léjos de mi, deleites de la tierra,
Fábulas sin color, forma ni nombre,
A quién un nicho miserable encierra
Cuando el aura vital falta en el hombre!
¡Gloria, esperanza! sin cesar conmigo
Templo en mi corazon alzaros quiero,
Que no importa vivir como el mendigo
Por morir como Píndaro y Homero.

ZORRILLA.

Isabela viuda de Herfrando.

Isabela entretanto algunas tardes
Triste desciende al mar, triste y vestida
De blancas tocas y de negro luto,
A darle con sus lágrimas tributo.
Allí sentada llora entre dos peñas
La gran tragedia de su esposo Herfrando,
Por divertirla el mar entre pequeñas
Conchas rojos corales iba echando:
Y los delfines con alegres señas
Bonanza en su dolor pronosticando
Entre las aguas sosegadas bullen,
Y en círculos de plata se zabullen....
Mas, ¿qué será consuelo á un desdichado?
Todo le cansa, aflige, y le congoja;
Fuego es el agua, el céfiro pesado
Aunque vaya saltando de hoja en hoja;
Sierpes las flores, áspides el prado;
Del blanco arroyo el murmurar le enoja;
Que cuanto por el campo alegre suena
Sospecha que murmura de su pena....

LOPE DE VEGA.

Arenga de Colocolo á los Caciques.

Caciques del estado defensores,
Codicia del mandar no me convida
A pesarme de veros pretensores
De cosa que á mí tanto era debida;
Porque segun mi edad, ya veis, señores,
Que estoy al otro mundo de partida;
Mas el amor que siempre os he mostrado,
A bien aconsejaros me ha incitado.
¿Por qué cargos honrosos pretendemos,
Y ser en opinion grande tenidos,
Pues que negar al mundo no podemos
Haber sido sujetos y vencidos?
Y en esto averiguarnos no queremos

UNED

Estando aun de españoles oprimidos:
Mejor fuera esta furia ejecutalla
Contra el fiero enemigo en la batalla.
¿Qué furor es el vuestro, ó Araucanos,
Que á perdicion os lleva sin sentillo?
¿Contra vuestras entrañas teneis manos,
Y no contra el tirano en resistillo?
¿Teniendo tan á golpe á los cristianos,
Volveis contra vosotros el cuchillo?
Si gana de morir os ha movido,
No sea en tan bajo estado y abatido.
Volved las armas y ánimo furioso
A los pechos de aquellos que os han puesto
En dura sujecion con afrentoso
Partido á todo el mundo manifiesto:
Lanzad de vos el yugo vergonzoso:
Mostrad vuestro valor y fuerza en esto:
No derrameis la sangre del estado,
Que para redimir nos ha quedado.
No me pesa de ver la lozanía
De vuestro corazon, ántes me esfuerza;
Mas temo que esta vuestra valentía
Por mal gobierno el buen camino tuerza:
Que vuelta entre nosotros la porfía,
Degolleis vuestra patria con su fuerza:
Cortad pues, si ha de ser desa manera,
Esta vieja garganta la primera.
Que esta flaca persona atormentada
De golpes de fortuna, no procura
Sino el agudo filo de una espada,
Pues no la acaba tanta desventura:
Aquella vida es bien afortunada,
Que la temprana muerte la asegura:
Pero á nuestro bien público atendiendo
Quiero decir en esto lo que entiendo.
Pares sois en valor y fortaleza:
El cielo os igualó en el nacimiento:
Del linaje, de estado y de riqueza
Hizo á todos igual repartimiento,
Y en singular por ánimo y grandeza
Podeis tener del mundo el regimiento:
Que este gracioso don no agradecido
Nos ha al presente término traido.
En la virtud de vuestro brazo espero,

UNED

Que pueda en breve tiempo remediarse;
Mas ha de haber un capitan primero,
Que todos por él quieran gobernarse;
Este será quien mas un gran madero
Sustentare en el hombro sin pararse;
Y pues que sois iguales en la suerte
Procure cada cual ser el mas fuerte.

ERCILLA.

Consuelo celestial.

Dime, padre comun, pues eres justo,
¿Porqué ha de permitir tu providencia,
Que, arrastrando prisiones la inocencia,
Suba la fraude á tribunal augusto?
¿Quién da fuerzas al brazo, que robusto
Hace á tus leyes firme resistencia?
¿Y qué el celo, que mas la reverencia,
Gima á los piés del vencedor injusto?
Vemos, que vibran victoriosas palmas
Manos inicuas; la virtud gimiendo
Del triunfo en el injusto regocijo.
Esto decia yo, cuando riendo
Celestial ninfa apareció, y me dijo:
¿Ciego, es la tierra el centro de las almas?

ARGENSOLA.

Judid.

Cuelga sangriento de la cama al suelo
El hombre diestro del feroz tirano,
Que opuesto al muro de Betulia en vano
Despidió contra sí rayos al cielo.
Revuelto con el ansia el rojo velo
Del pabellon á la siniestra mano,
Descubre el espectáculo inhumano
Del tronco horrible convertido en hielo.
Vertido Baco el fuerte arnés afea,
Los vasos y la mesa derribada,
Duermen las guardas que tan mal emplea:
Y sobre la muralla coronada
Del pueblo de Israel, la casta Hebrea

Con la cabeza resplandece armada.

LOPE DE VEGA.

A Marco Bruto.

Yaces al fin, ó del valor latino
Última gloria, por tu fuerte mano;
Tentado habiendo reducido en vano
La libertad al orbe, de ella indino.
Tu virtud te guió, perdió el destino;
Pero pudo tu esfuerzo soberano
Mostrar que fuiste capitan romano,
Y solo sucesor de Bruto dino.
¡Ó si agena ambicion no te moviera
A desnudar el hierro, ó ya desnudo,
Siquiera á tus hazañas la ventura!
Que ninguno tu igual en Roma hubiera;
Mas trájote en desprecio el hado crudo
Del grave seso y la virtud segura.

HERRERA.

Lucrecia.

Baña llorando el ofendido lecho
De Colatino la consorte amada,
Y en la tirana fuerza disculpada
Si no la voluntad, castiga el hecho.
Rompe con hierro agudo el casto pecho,
Y abre camino al alma, que indignada
Baja á la obscura sombra; do vengada
Aun duda si su agravio ha satisfecho.
Venció al paterno llanto endurecida,
Y de su esposo el ruego, que no basta
Menosprecio con un fatal desvío.
Ceda al debido honor la dulce vida,
Que no es bien, dijo, que otra ménos casta
Ose vivir con el ejemplo mio.

ARGUIJO.

A Cárlos.

Aquí yacen de Cárlos los despojos;

La parte principal volvióse al cielo,
Con ella fué el valor; quedóse al suelo
Miedo en el corazon, llanto en los ojos.

FR. L. DE LEON.

El túmulo de Felipe II.

Vive Dios, que me espanta esta grandeza,
Y que diera un doblon por descrillla:
Porque ¿á quién no suspende y maravilla
Esta máquina insigne, esta braveza?
Por Jesucristo vivo, cada pieza
Vale mas de un millon; y que es mancilla
Que esto no dure un siglo. ¡O gran Sevilla!
Roma triunfante en ánimo y riqueza:
Apostaré que la ánima del muerto
Por gozar este sitio hoy ha dejado
El cielo de que goza eternamente.
Esto oyó un valentou, y dijo: «es cierto
Lo que dice voacé, seor soldado,
Y quien dijere lo contrario, miente.»
Y luego en continente
Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.

CERVANTES.

FIN.

ÍNDICE.

	PÁGS.
De los sentimientos humanos.	1
De la inmortalidad del alma.	4
Monarquía goda.	20
Bacon, Descartes, Newton, Leibnitz.	22
Cantares sagrados.	27
Meditaciones.	30
Epítome de la historia de España hasta el principio del siglo XVIII.	40
Paralelo entre las costumbres primitivas de los españoles, y las que tenian á fines del siglo XVI.	43
Razonamiento de Cortés á sus soldados antes de acometer á Narvaez.	45
Retrato del carácter moral y político de Motezuma.	46
Memoria sobre educacion pública.	49
Elogio de las bellas artes.	55
Discurso sobre la geografía histórica.	59
Influencia del cristianismo en la literatura.	65
Cartas marruecas.	86
Cuatro palabras sobre el origen de las pasiones.	89
Los catalanes en Grecia.	99
Batalla de Lepanto.	106
Fin de la guerra de sucesion.	110
Dos de Mayo.	113
Insurreccion general contra los franceses.	120
Insurreccion de Cataluña.	122
Reflexiones sobre la guerra de la independencia.	124
Somatenes.	127
Batalla de Bailen.	130
Primer sitio de Gerona.	137
Segundo sitio de Gerona.	139
Tercer sitio de Gerona.	141
La heroina zaragozana.	156
Retrato de Jovellanos.	157
Retrato de Floridablanca.	159
De la seguridad individual.	161
Empeños y desempeños.	163
Varios caractéres.	171
El castellano viejo.	176
La vida de Madrid.	188
El mundo por dentro.	193
Sueño de la muerte.	200

UNED

D. Quijote y Sancho Panza en la venta despues de apaleados 216
Armas y letras. 218
La derrota de los pedantes. 224

POESÍAS.

Mas vale callar. 1
Caducidad de lo terreno. . . . . id.
A mis libros. 5
El perro del custodio. 6
El que dirán. 9
Vida del muchachio. 10
Convite en el campo 12
Los dias. . . . . id.
Máximas de filosofía oriental. 15
El triunfo del Ave-María. 17
La presencia de Dios. . . . . id.
Ruina de Itálica. 19
Á la Ascension. 22
La voz de Dios. . . . . id.
El reloj. 24
El ángel y el niño. 27
¡Pobres niños! 30
El buen pastor. 31
El pintor Madrazo. 36
El niño dormido. 40
Madrid y el campo. 44
La buena vida. 45
Desafío del Cid. 46
Desafío de Tarfe. 48
La meditacion. 49
Al Sér Supremo. 51
Gloria y orgullo. 54
Isabela viuda de Herfrando. 58
Arenga de Colocolo á los Caciques. . . . . id.
Consuelo celestial. 60
Judid. . . . . id.
Á Marco Bruto. 61
Lucrecia. . . . . id.
Cárlos. . . . . id.
El túmulo de Felipe II. 62

FIN DEL ÍNDICE.

UNED

Si

Si este libro se perdiere co-
mo puede suceder es de una
estudiante que lo ha de mene

G

BIBLIOTECA CENTRAL * UNIVERSIDAD DE BARCELONA

UNED

Ines

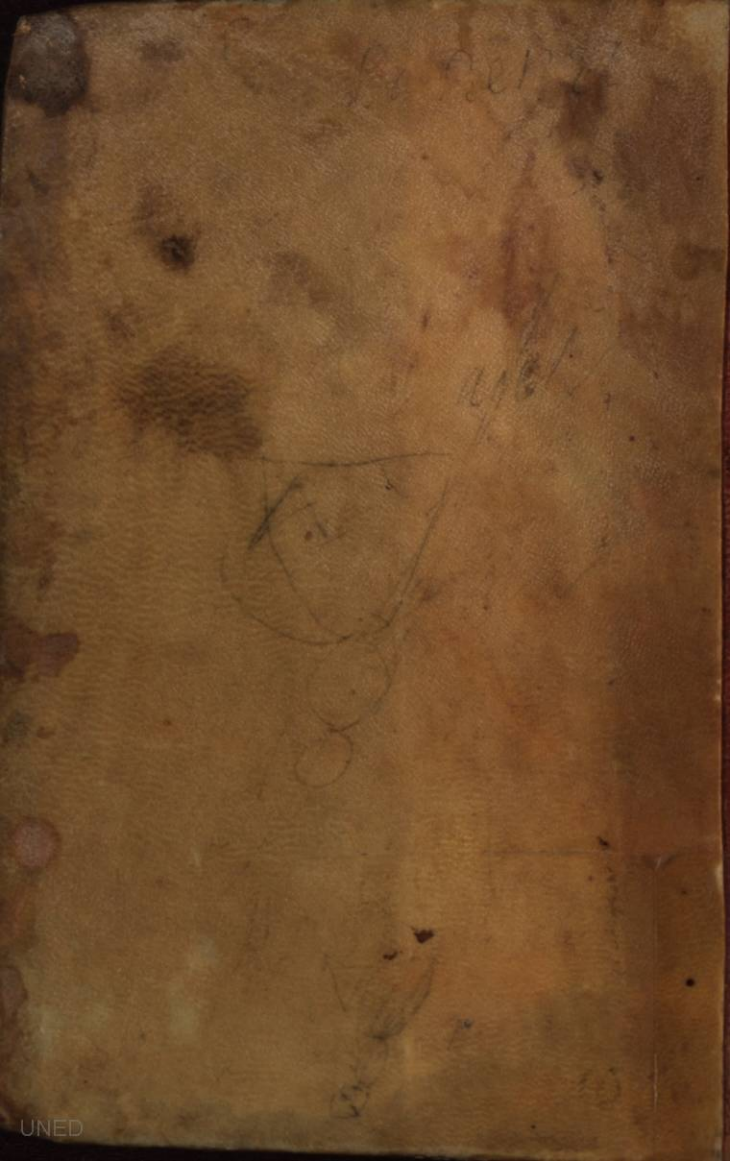
Ines

Ines

UNED

10000415727BICE
L.T. 1332

67



L.T.
1332
UNED